

Jordi Amat

EL HIJO DEL CHÓFER



Lectulandia

En la Cataluña donde Jordi Pujol ganaba una tras otra las elecciones y los medios construían la imagen de un oasis libre de corruptelas, la trayectoria del periodista y abogado Alfons Quintà (1943-2016) —literariamente reconstruida aquí por Jordi Amat— refleja una perversa encrucijada de asedio y poder, dinero y tráfico de influencias. Crecido a la sombra de Josep Pla y periodista de gran prestigio durante la Transición, a lo largo de los años, gracias a su conocimiento de las cloacas del poder político y financiero, Quintà —artista consumado del chantaje, el acoso y la manipulación— desarrolló una prestigiosa carrera mediática, llena, a la vez, de claroscuros inquietantes. Fue el primer delegado en Cataluña del diario «El País», desde donde destapó el caso Banca Catalana; fue el primer director de la televisión autonómica catalana (nombrado por cuanto sabía de la trastienda del poder, según propia confesión); creó asimismo El Observador, un medio afín al gobierno convergente, cuya hegemonía terminó despreciando profundamente; y acabó sus días, sin apenas ser leído, denunciando los recortes en sanidad y la deriva del Procés. El trágico colofón a esta trayectoria se producía en diciembre de 2016: Alfons Quintà, enfermo, asesinaba de un disparo a su expareja y a continuación se suicidaba.

Jordi Amat

El hijo del chófer

ePub r1.0

Titivillus 18.12.2020

Jordi Amat, 2020

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

En este aspecto está la clave de nuestra vieja discusión: ¿por qué, en nuestro país, nadie dice la verdad?

Carta de Josep Pla a Jaume Vicens Vives

Índice de contenido

Cubierta

El hijo del chófer

Prólogo. Pla agoniza

1 El hijo del chófer

2 Ángulo muerto

3 En Transición

4 Banca rota

5 La fuerza del mito

6 La trama

7 A la deriva

Epílogo. El fin de la tragedia

Nota del autor

Prólogo

Pla agoniza

El final empezó medio año atrás. Primero fue el desmayo durante la Nochevieja, antes de cenar en el motel donde tantas veces se ha arrastrado ebrio desde el comedor a la habitación. Después vino el ingreso en la clínica de Figueres. Una breve estancia inesperada en el monasterio de los monjes cistercienses. Finalmente, como siempre, el retorno a la casa que lo protege como un destilado amniótico. Allí, entre sus sombras, donde se ha salvado de todo menos de la propia decadencia. Era de esperar. Desde el momento en que había decidido no comer casi nada sólido arrastraba una anemia. Comer poco y beber. Whisky y café y whisky. Perdidas las fuerzas, a principios de semana los órganos vitales dejan de funcionar. La esclerosis le provoca problemas de irrigación y la congestión pulmonar se suma a la desnutrición. Cada vez menos proteínas, descontrol de los leucocitos. Tratan la infección con antibióticos. Fiebre y neumonía. Los análisis que le han hecho los médicos muestran que el estado del enfermo es crítico. Son pesimistas. Quizá sea cuestión de días. Quizá solo unas horas. Ya no habla. Todavía reconoce a quien tiene al lado, dicen, pero solo gesticula. No hay esperanza: ya no escribe, ya no escribirá. El viaje se acaba.

Alguien lo explica como si estuviese dentro de la casa, al lado de los hermanos, el sobrino, el editor y el amigo de siempre del pueblo. Y parece que él está allí, como una sombra oscura. La crónica más precisa del último día de la vida de Josep Pla la escribe el periodista Alfons Quintà. Está saturada de información. Sabe quién llama a la masía. Sabe quién acompaña al escritor. Incluso detalla el resultado de los análisis médicos. Sin moverse de su despacho en casa, o desde la redacción, que solo es un piso al final de la Rambla de Barcelona, podría ver aquellas habitaciones, recorrer la casa de Pla con su memoria. La conoce desde que era un niño y su padre iba allí con tanta frecuencia. Aparcaba el Lancia en la puerta y sacaba lo que llevaba en el coche. Un día un periódico —ejemplares de *Le Monde*—; otro, el correo —cartas y más cartas—, demasiadas veces una botella de vino francés o whisky escocés. A veces a Josep Quintà lo acompañaba su hijo. El hijo del chófer.

Mirando lo que nadie quiere ver, Alfons Quintà oscurece la realidad con sus artículos a la vez que se autorretrata mostrando su carácter y sus obsesiones. Está la realidad, donde la vida pasa, y hay otra dimensión de la realidad, que también forma parte de la vida, donde domina la ambición, la lucha por el poder y la supervivencia. Esta otra dimensión es la que ve Quintà. La única. Como si viviera allí o casi siempre estuviera atrapado. Caído en sus ángulos muertos. El artículo sobre la agonía que publica en *El País*, como tantas otras veces, es ansioso. Él, que come compulsivamente a la vez que está obsesionado por su peso, repite no una sino más de dos veces que Pla, incomprensiblemente, había dejado de comer. El artículo vuelve y retorna a lo mismo, como quien grita, airado y rabioso. ¿Por qué nadie dice la verdad? Él cree que la dice, siempre, sin asumir que la verdad nunca se puede decir completa porque no se puede decir todo al mismo tiempo.

Cuando a primera hora el periódico llegue a manos de los lectores, se estará produciendo el desenlace. La agonía había empezado la madrugada del miércoles al jueves. El día se levantó gris. Sobre las diez y media de la mañana sobreviene el paro cardíaco. Este infarto de miocardio, a diferencia del de 1972, ya no lo podrá relatar. Mientras la noticia empieza a expandirse, los familiares visten el cadáver, le colocan el rosario entre las manos y dejan el cuerpo en la misma habitación donde Pla acaba de morir. A Llofriu llegan amigos, conocidos, saludados. Esa casa había sido el corazón de un país. Allí bombeaba el pasado, el mito y la inteligencia a través de la conversación y la literatura. Uno de los primeros en llegar es el expresidente Josep Tarradellas. Mientras vela el cadáver, quizá recuerda un encuentro anterior, cuando él se pudría en el exilio y soñaba con el regreso. Pla lo entrevistó para madurar una alternativa política a la dictadura franquista. Enero de 1960. Han pasado veinte años. De esa conjura formó parte Josep Quintà. Ahora, en abril de 1981, quizá solo lo valora Tarradellas. También lo sabe Alfons Quintà. Quién sabe si alguien más lo recuerda.

Al día siguiente, funeral a las cinco de la tarde. Minutos antes, cuando el ataúd todavía espera a que la funeraria se lo lleve de la masía, llega uno de aquellos personajes influyentes que, como tantos otros durante más de medio siglo, habían quedado magnetizados por la inteligencia salvaje del difunto. Es Narcís de Carreras. Un hombre del poder regional. Política, fútbol, finanzas. En una ocasión, en la vida de Carreras también se cruzó la obsesión asediante de Quintà. Fue en 1972. El periodista, usando el rencor personal y las influencias que ha heredado de su padre, obtuvo un piso en condiciones privilegiadas en el barrio de Les Corts de Barcelona. Es donde vive ahora.

Aquel piso de la calle Fígols formaba parte de una promoción que había construido la principal entidad de ahorros del país —La Caixa—, y Quintà, tirando de sus hilos con fuerza, había conseguido reunirse con Carreras, que era quien presidía la institución. Fue Pla quien hizo la gestión y Quintà consiguió lo que pretendía. Durante días Carreras sintió un regusto amargo que, al cabo de los años, todavía experimenta cuando vuelve a cruzarse con el nombre de Quintà impreso en las páginas del periódico. Casi un año antes, en el mes de mayo, había sentido otra vez la agria bocanada. Fue cuando debía elegirse su sustituto para presidir la entidad bancaria. Usando la cabecera del diario *El País* como un proyectil, Quintà atacó al presidente elegido —Salvador Millet i Bel, cuñado de Carreras— para defender a un amigo, de su padre y de Josep Pla y de Tarradellas, que aspiraba al cargo —Manuel Ortínez— y que tanta información confidencial le había dado. Horas y horas de conversación telefónica y biliosa con Ortínez. Horas y horas de teléfono para entrar en la dimensión oscura de la realidad.

Mientras Narcís de Carreras, a quien acompaña su hijo Francesc, habla con Pere Pla, una comitiva de coches oficiales aparca ante la puerta de la masía. Bajan primero los agentes de seguridad. Le abren la puerta del coche oficial. Sale Jordi Pujol. Hace un año que es presidente de la Generalitat. Atraviesa el umbral, sube las escaleras para ir al primer piso, llega a la sala de la chimenea, da el pésame a la familia. Silencio. No habían sido unas relaciones fáciles, las de Pujol con Pla. Tampoco lo son las de Pujol y Quintà. Es una historia larga. Se cumple un año desde el momento en que el periodista asedia al presidente. El ataque había empezado con aquel artículo de página entera, a cuatro columnas, firmado por Quintà y Carlos Humanes. «Dificultades económicas del grupo bancario de Jordi Pujol». Se había publicado el 29 de abril de 1980, cuando solo habían transcurrido cinco días de su elección como presidente de la Generalitat.

Aquel artículo hizo pública una crisis bancaria que tendría consecuencias políticas. Quintà no lo sabe, pero lo que dice y aquello que da a entender esa página se convertirá en el centro irradiador de su vida profesional, y condicionará para siempre su proyecto de vida. No lo sabe ni lo puede saber. Como mucho, al final, lo intuirá. Pero nadie conoce el argumento completo de su vida. La vida no tiene argumento. Solo lo inventan los biógrafos cuando elaboran sus ilusiones biográficas. Esta lo es, y es oscura, demasiado, como su protagonista.

El artículo de Quintà publicado hace un año fue el primero de una campaña sostenida. Artículos escritos por Quintà o por los periodistas que

trabajan con él en la redacción barcelonesa de *El País*. A algunos dirigentes de Convergència, Pujol les dirá que aquella campaña, avalada por la dirección del periódico, acabó con la salud de su padre. Ni siquiera cuando escribió el obituario de Florenci Pujol, el 1 de octubre de 1980, Quintà perdió la oportunidad de ir tramando su insidia. Todo el mundo lee sus artículos. Escribe en el diario más influyente de España cuando los diarios todavía tienen influencia. Él se sitúa en el pico de su prestigio. Dispara contra todo. Todo lo ve embrutecido. La agonía de Pla, la locura de Salvador Dalí. Partidos que se autodestruyen y un President, a quien conoce y con quien ha hablado en privado, a quien está dispuesto a coaccionar con la coartada del periodismo de investigación. Este es su poder y lo quiere, quiere más, para vengarse.

Pujol deja pasar el rato, esperando que los presentes salgan con él hacia la iglesia de Palafrugell. Narcís de Carreras también lee incomodado aquellos artículos que hablan del banco creado por los Pujol hace algo más de veinte años. En un aparte, el presidente de la Generalitat y el expresidente de La Caixa conversan. Para ganar la atención de Jordi Pujol, casi con lisonja, Narcís de Carreras carga contra el periodista obsesionado con Banca Catalana. Contra ese hombre que pasó demasiadas horas de su infancia y juventud en aquella casa. Con el cadáver de Josep Pla en la habitación contigua a la sala, mientras los dos esperan el momento de encaminarse hacia el funeral, Pujol levanta la cabeza. Lo mira con la convicción de quien tiene el poder y sabe ejercerlo. Pocos como él saben hacerlo. Le anuncia con naturalidad que gracias, pero que no se preocupe. El caso Quintà ha quedado resuelto.

El hijo del chófer

El único hijo del matrimonio Quintà Sadurní nace en Figueres el 28 de agosto de 1943. Fue en el Carrer Nou, aunque han vuelto a cambiar el nombre y ahora es la avenida José Antonio. Ese día de verano, en esa pequeña ciudad del norte de Cataluña y cercana a la frontera con Francia, nace el hijo de Josep y Lluïsa: Alfons. La familia de la madre regenta una zapatería ubicada en la principal avenida comercial de la ciudad: El Globo. Josep Quintà, que tiene treinta años cuando nace su hijo, se dedica al textil. Es viajante y para hacer su trabajo tiene algo que en esa España pocos tienen: vehículo propio. La vida es difícil. La posguerra es mísera. Un día, en el guardabarros de su coche, Quintà oculta zapatos que roba en la tienda de la familia de su mujer. Los quiere revender. Lo descubren. La relación con los Sadurní se degrada.

A Josep Quintà no le gusta estar en casa y le gusta hacer favores. Manuel Brunet le pide uno. ¿Puede llevarlo en su coche a Palafrugell? Para Brunet la vida tampoco es fácil. El mundo donde este periodista había brillado ha desaparecido. Ahora sobrevive escribiendo artículos reaccionarios sobre el curso de la Segunda Guerra Mundial. Los publica en el semanario que tiene como colaborador estrella a Josep Pla: *Destino*. Brunet quiere verse con Pla. Quintà acepta. Lo acompañará. Le gusta conversar y aproximarse a la gente interesante. Tipos como el periodista Brunet. Tipos como Pla. El 6 de diciembre de 1944 aparca su coche en la cercana y silenciosa Palafrugell. Pasan unas horas con unos amigos. Brunet los conoce. Quintà todavía no. Y no saben que en ese país sin libertad alguien les está vigilando.

El guardia civil de Palafrugell ha recibido una orden clara de la superioridad policial de la provincia. Es probable que en la localidad, en la casa en la que Brunet y Quintà están entrando, se celebren de forma periódica reuniones de conspiración política. El policía llama por teléfono a la central de Girona e informa sobre quiénes estaban presentes en la casa, que es propiedad de Pere Pla, el hermano del escritor. Entre seis y ocho personas. Al día siguiente redacta un informe ampliando la información. Había sido otra reunión de un grupo de amigos del pueblo a la que se habían sumado los dos hombres del coche. Brunet es conocido, Quintà no. El policía redacta una

breve nota sobre él: «Corredor mercantil, domiciliado en Figueres, calle José Antonio ignorándose el número (sus suegros son dueños de la zapatería El Globo)». Esa noche Josep Quintà conoce a quien va a convertirse en el hombre de su vida. Josep Pla. Vive solo en la casa de campo familiar, tiene la diabólica manía de escribir, se va acercando a los cincuenta y no tiene coche. Es así y en aquel momento cuando empieza la relación entre ellos dos.

Dedicatoria manuscrita en un ejemplar de *Costa Brava. Guía general y verídica*, fechada en agosto de 1945: «Querido Quintà, muy agradecido y con la amistad de siempre». Medio año después, una segunda dedicatoria en otro ejemplar del mismo libro. Ahora, al matrimonio Quintà Sadurní, y fechada en Figueres. Ya no son solo palabras de compromiso, porque en algunas ocasiones Pla cena con el matrimonio y el niño en el piso de la avenida José Antonio. Lluïsa cocina muy bien. Y a los dos les agradece su colaboración para redactar el libro. ¿Cómo le han ayudado? Pocos meses después Pla amplía la dedicatoria de ese ejemplar. Otra vez en Figueres, coincidiendo con las fiestas patronales de la ciudad. Escribe a mano que algunos de los itinerarios de la guía están incompletos, pero los escribirá después del verano tras haber navegado por esa parte de la costa con los amigos pescadores de Quintà. Quintà tiene un velero amarrado en el puerto de Roses. Un Tumlare. A Pla le gusta navegar en esa barca. En ocasiones les acompañan los viejos pescadores del lugar. Pau de la Menuda. Joan Calons. Baldiri Gallinaire. Pep Cantina. Josep Pla los escucha y se inspira en ellos para escribir cuentos sobre geografía humana.

El niño Alfons también los escucha. En su conciencia, la navegación con el padre y la sagacidad de los pescadores será el sol de la infancia. Pero en la avenida José Antonio, acumulando días a solas con su madre, demasiadas veces la vida es como una noche oscura. Estudia en un buen colegio: los Hermanos de las Escuelas Cristianas de La Salle, que todos llaman Los Fossos. Algunas familias bien de la comarca escolarizan allí a sus hijos; la escuela cuenta con buenos profesores, que no se limitan a repetir el catecismo nacionalcatólico. Pero algo raro hay en el niño Quintà. No porque juegue al siete y medio usando garbanzos con los abuelos Sadurní. El problema no es que más de una vez se abra la cabeza jugando. Lo extraño son los problemas de relación con sus compañeros. Gasta bromas poco habituales, gamberradas que no se olvidan. Como tantos niños de posguerra, forma parte de una agrupación de *scouts* y pronto demuestra afición por la lectura. Le gusta pasear por el centro de la ciudad. En el Novel de la Rambla se acerca al escritor Carles Fages de Climent —un buen amigo del figuerense Salvador

Dalí—, que le recomienda que lea clásicos como Plutarco y Marcial. A veces se acerca al taller de un talabartero que está cerca de casa. Le gusta verle trabajar. Pero un día la persiana está cerrada y nadie le sabe explicar dónde se encuentra el artesano a quien admiraba. Escuchará un cuchicheo. Aquel hombre se había quedado sin trabajo. Se suicida.

Alfons crece entre la oscuridad moral de una Figueres donde los ricos son franquistas y contrabandistas, y la luz de la bahía de Roses, donde disfruta de una vida familiar plena y plácida. Esa claridad ilumina dos instantáneas. Están ellos dos. Nadie más. Padre e hijo. Josep y Alfons. Ellos dos y nadie más. En una, ambos están de pie en un extremo del barco, enganchado el cuerpo del uno al del otro, subiendo abrazados la vela, sonriendo a cámara. El hijo lleva una gorra de pescador en la mano. Se la han dejado los viejos pescadores que aparecen en otras imágenes. En la otra fotografía familiar el padre sostiene la misma gorra. Otra vez solos los dos, en la playa tras un baño. Elegantes como siempre, muestran naturalmente el torso. Un gesto de amor filial. ¿Cuántos años tiene? Alfons está a punto de cumplir los nueve o los diez. Todo, por entonces, es radiante. O lo parece. O lo puede ser. Pero tampoco están solos.

Hay otra fotografía en esa serie. Sigue siendo Roses, pero no están ni en la playa ni en el mar. Es en la calle del pueblo costero. El sol impacta en la frente de Josep Quintà, que no puede seguir mirando a la cámara. Guarda una mano en el bolsillo mientras apoya el brazo sobre la espalda de su hijo. Padre, hijo y coche. El Lancia de los Quintà. Ellos dos y unos amigos. En un extremo de la imagen, Pla. En el centro, un hombre de mediana edad que irradia plenitud. También veranea allí. En la imagen tiene a un niño pequeño cogido en brazos y otro hijo suyo está junto a él. Es Jaume Vicens Vives, un historiador que ha decidido convertirse en intelectual de una sociedad que sigue civilmente secuestrada. Vicens se ha propuesto que esa sociedad se redescubra, sea consciente de sus taras constitutivas y de sus potencialidades. Lo hace siguiendo el magisterio de Pla, que de manera informal le encomienda esa misión: salvar la conciencia colectiva de un país sepultado. La relación entre Pla y Vicens, que es fundacional, necesita un apoyo para que fructifique. Alguien de confianza que actúe al mismo tiempo como amigo y secretario. Esa figura en la sombra, que no aparece en los libros de historia porque su lugar es la cotidianidad sin relieve, es Josep Quintà.

Quintà padre visita al editor de Pla en Barcelona, recoge el sobre con dinero y le lleva el correo al escritor. Lo acompaña a veces cuando tiene una comida, por ejemplo con Camilo José Cela, y de alguna manera se ocupa de su agenda. Pla lo necesita. Lo recoge en Palafrugell para que se vea con

Vicens en Roses y en una ocasión coincide con el catalanista católico Josep Benet. Otra mañana de luz, Vicens y Benet navegan en el velero de Quintà y Alfons sale en la foto. Otro día Quintà acompaña a Pla a Sant Feliu de Guíxols para que salude a otro viejo periodista, Gaziel, que también cena en casa de los Quintà. A veces lo recoge en el *mas* y enfilan la carretera para que Pla se vea con Vicens en el piso que el historiador tiene en Barcelona. Los lleva a Perpiñán para que puedan hablar con absoluta libertad. O los invita a comer en casa porque Lluïsa cocina el pescado que le han dado los pescadores de Roses. Entonces Quintà pone encima de la mesa un borgoña o un queso francés que ha comprado en una de sus escapadas al otro lado de la frontera. Alfons mira, escucha y registra en la memoria. Un día Vicens explica que Franco ha pedido que traduzcan al castellano un estudio suyo que se distribuye en catalán. Otro día salen de casa para dar una vuelta por Figueres o recorrer alguna zona del Ampurdán con el Lancia. Hablan Pla y Vicens, y a veces habla también Quintà.

A lo aprendido en sus trabajos como historiador, Vicens suma esa experiencia de conversación y contemplación para seguir evolucionando y convertirse en intelectual. De ese saber se nutre su visión sobre la esencia de un país de pescadores, payeses y comerciantes. Gente que negocia, pero no gobierna. Gente que pacta en pueblos y ciudades. La escribe en un ensayo que de inmediato se convierte en un clásico: *Notícia de Catalunya*. Es el fruto de la relación de Pla y Vicens, y Quintà entre bambalinas. Es un diálogo de posguerra que refunda una cultura. Nada más imprimirse el libro, Vicens le envía un ejemplar a Quintà con esta dedicatoria: «Amigo Quintà: tú eres de las cuatro o cinco personas que, si no puedes calificar de hijo este libro, lo puedes considerar como a un ahijado. De tus conversaciones han florecido algunas de las cosas principales que se traslucen en estas páginas, de la misma manera que tu cordial amistad me ha estimulado continuamente a gestarlas». Nada de eso sería posible si Quintà no dispusiese del coche. La relación entre el que conduce y el conducido alcanza a veces una curiosa intensidad.

Ser amigo de Pla o su escudero o su caballero servidor acaba teniendo para Josep Quintà más importancia que ser marido y padre. Su único hijo primero lo intuye con desconcierto y luego lo asume con dolor. El matrimonio de sus padres ha empezado a carcomerse. El padre apenas está en casa. O está con Pla o está con los amigos de Pla. Pero no es solo el círculo de Pla. Recorre los pueblos de la zona para visitar a las costureras y venderles género, y algunas de estas parece que también son amantes esporádicas. Por eso cuando pasa por casa los gritos y los silencios se repiten en el piso de la avenida José

Antonio. Eso le reprocha Lluïsa, eso hunde a Alfons. Y algunas no son solo amantes de una noche. Ya pasa temporadas largas instalado en el hotel Costa Brava de Palafrugell. Como mínimo una amante estable, y de esa amante tendrá hijos. Cuando Josep Quintà regresa a casa, su hijo espera el momento en que lo verá marcharse de nuevo. Cree que lo hace para vivir con otra familia. Con la mirada sigue los pasos del abandono. Ese recorrido traza una grieta en su conciencia donde se va posando el resentimiento.

A los trece años las cosas empiezan a torcerse. Al comportamiento extraño se suman los suspensos en la escuela. Curso 56/57. Las seis asignaturas que había suspendido las aprueba en la convocatoria extraordinaria. Pero el siguiente año escolar ya no aprobará ciencias naturales ni tampoco matemáticas ni siquiera en la convocatoria extraordinaria.

Josep Pla tiene poder. Su poder es poder decir la verdad. No es poder político ni económico. Tampoco institucional. No es el poder del cuarto poder porque ese es un poder menguado cuando no hay libertad de expresión para poder decir la verdad. El poder de Pla es intelectual. Blando e informal. Lo atesora y lo desprende. Lo nutre su experiencia, sus lecturas y su sagacidad. Y ese poder llama a los otros, porque las ideas, en última instancia, actúan como el fundamento donde el poder no se transmite pero sí se regenera. Durante medio siglo Pla ha seducido a elites sucesivas con ese poder. A catalanas y no pocas españolas. Elites políticas, económicas, culturales o periodísticas. El lugar donde Pla despliega su seducción es una mesa donde se come y se bebe y el eje son sus palabras. Con su mirada, incapaz de esconder sus emociones, y su discurso, que podía partir de una anécdota y tras un chascarrillo, Pla tenía la capacidad de hacer viajar en el tiempo a su interlocutor y trasladarlo a la memoria del siglo o al corazón del mundo. El poder intelectual es el de la influencia de las ideas.

En el ejercicio material de esa influencia, Josep Quintà actúa como un instrumento indispensable. A veces en mesas distinguidas de Barcelona, pero casi siempre en restaurantes de comida tradicional del Ampurdán. En especial cuando llega el verano y los hombres del poder duro se instalan en sus segundas residencias. Y es así como Quintà, entre plato y plato, acaba siendo uno más de la red de Josep Pla. Es un círculo que se va ensanchando en torno a Pla. No son solo los amigos de Palafrugell. No es solo Vicens. Serán empresarios, financieros y economistas. Quintà los conoce, los ve y les habla de tú a tú porque él también tiene su poder: el capital social que significa haberse convertido en la mejor vía de entrada para acceder a Josep Pla. Para mantener ese capital, que se ha ganado conduciendo, se necesita dominar

algunos códigos. La buena educación, el capital que da la información y una agenda. Así puede asistir al despliegue del poder intelectual de Pla, aprender cuál es la dinámica de la influencia. Cuando ha podido la ha usado en beneficio propio, de los suyos o de sus amigos. ¿Podría pedirle a ese profesor, amigo Vicens, que apruebe a mi hijo? Ese es su poder. Poder es la producción de los efectos deseados. Si no eres influyente —si no puedes descolgar el teléfono o pedir un favor cuchicheando al oído cuando los otros apenas se dan cuenta y al fin conseguir lo que pretendes— no estás dentro. Quintà lo está. Su hijo Alfons, mientras acumula resentimiento, lo ve.

El diálogo entre Pla y Vicens es tan potente que gesta un nuevo poder intelectual. Vicens lo usa para establecer contacto con el poder político y trata de influir en él. De eso hablan con Pla y eso escucha Quintà. Hablan de lo que más les importa. Libros y política. «Informe político. Impresionante efecto», consigna Pla en su agenda el 23 de febrero de 1956, después de una comida en casa de Vicens. Y Quintà se sienta a la misma mesa, participa de la misma conspiración burguesa. Al día siguiente, aún en Barcelona, se celebra una cena en un restaurante de moda, el Glacier. Repiten los tres con pocos comensales más, y al día siguiente Pla y Quintà vuelven juntos al Ampurdán. Si no fue en la cena del Glacier cuando se lo contó, debió de hacerlo en el vagón del tren que compartían y que tomaron en la Estación de Francia. No había sido una comida cualquiera. Es un almuerzo con otro poder. No el suyo, que es el intelectual. Es un poder al que escritores y periodistas no acostumbran a acceder. El poder del dinero.

Su anfitrión es un seductor Manuel Ortínez. Treinta y cinco años. Conectado con la Costa Brava a través de su esposa, Ortínez es devoto del escritor. Uno más. Le gusta su prosa, le fascina del mismo modo que magnetizó a Vicens. No pierde la oportunidad de una sobremesa con él, contemplar cómo hablando abre la caja negra donde se revelan los códigos de un país, de sus líderes, de la política. Ortínez, que es capaz de identificar como nadie quién tiene poder, sabe que Pla lo tiene y quiere que conozca a su jefe: Domingo Valls i Taberner. Puro poder económico. El hombre más determinante en el sector económico de mayor peso, todavía, en Cataluña: el textil. Quiere que se conozcan. Que Valls le revele los secretos de la burguesía, los que Ortínez gestiona.

Listo y elegante, bien relacionado y con determinación para conseguir lo que necesitaba, Ortínez pronto fue cooptado por los grandes empresarios. A ellos les facilitó una red de contactos privilegiada con el Madrid político. Llegaba a los despachos de los ministerios económicos, sobre todo Industria,

y lubricaba esa red con maletines repletos que llenaban esos burgueses catalanes. Ejerce el cargo de consejero director del Servicio de Comercio Exterior de la Industria Textil Algodonera. Era el *lobby* del que se había dotado la que todavía era la principal industria catalana. A esos industriales la autarquía de la dictadura les ha concedido una prórroga y, a corto plazo, sacan gran rendimiento de esa situación anómala. A Ortínez los industriales del textil lo habían contratado para que con la mano derecha cuidase la estrategia pública del *lobby* a la vez que, con la izquierda, moviese los hilos de la estrategia invisible y no menos necesaria para el grupo: diseñar los vericuetos del fraude fiscal que el poder político del régimen mira sin ver. Pocos conocen tan bien el método de evasión de capitales. Tiempos turbios. La corrupción está institucionalizada.

Ortínez conoce las leyes del fraude y sabe cómo aplicarlas. Sabe cómo engañar al Estado para obtener los dólares y comprar el algodón que necesitan los industriales para los que trabaja. Tánger. No es Casablanca, pero allí también se juega. En la economía de la ciudad hay catalanes bien situados. Algunos dirigen bancos, algunos los tienen en propiedad. Es el único mercado libre de intercambio de divisas donde la peseta es aceptada. Allí se podían cambiar pesetas por dólares, pero la cuestión era cómo conseguir que las pesetas saliesen de España para llegar a la ciudad marroquí y allí efectuar el cambio. Este delito implicaba crear una estructura estable de contrabando de capitales. En Barcelona, dos socios tienen los contactos necesarios para blanquear la operación. Los grandes industriales, a través de Ortínez, contratan sus servicios. Uno de esos pícaros es David Tennenbaum. El otro espabilado es Florenci Pujol, un hombre hecho a sí mismo que se gana la vida como agente de Bolsa. Juntos actúan *de facto* como testaferros de los industriales del textil. La mecánica es conocida. Los hombres de negro de los industriales le entregan a Pujol sacos llenos de billetes de cien pesetas. Su socio los hace llegar a Tánger. Algunos bancos —en especial el Banco Inmobiliario de Josep Andreu Abelló— aceptaban las pesetas y las transformaban en dólares en cuentas abiertas en Estados Unidos o Suiza. Por hacer aquella gestión, faltaría más, Tennenbaum y Pujol cobran una comisión. Parte del dinero lo dejan en Suiza. Con otra parte del dinero del contrabando, más el que gana como agente de Bolsa, Pujol, fascinado por el activismo antifranquista de su hijo Jordi, compra un banco. El 18 de marzo de ese 1959 se celebra la junta de accionistas de la Banca Dorca. La familia propietaria vende las acciones al grupo de Pujol. Dos años después la entidad pasa a denominarse Banca Catalana.

Ese 24 de febrero de 1956, Valls i Taberner no dedica la comida a relatarle a Pla esos tejemanejes, por descontado. Pero Pla no es un ingenuo. «El seguro contra la precariedad de las dictaduras ha sido siempre y en todas partes la evasión de capitales», escribiría en sus notas personales, «sobre esta evasión la dictadura de Franco ha hecho la vista gorda, naturalmente». Durante esos años de fracasada autarquía económica, algunas personas ganaron muchísimos millones con estas maniobras opacas. Pero un poder fundado en la corrupción, cuando esa corrupción es sistémica, aunque no tenga un contrapoder que lo cuestione, acaba corroyendo la estabilidad del Estado. A mediados de los cincuenta esa era la situación en España, y el franquismo, para permanecer en el poder, busca y encuentra el mecanismo para estabilizarse. En ese período de transición de la dictadura autárquica a la dictadura capitalista, que tiene la economía como motor, empieza a tramarse la relación entre Pla y Ortínez. Intercambian sabiduría por información. Incorporan a grandes figuras a su círculo. Economistas como Joan Sardà y Fabián Estapé, que son los autores intelectuales del Plan de Estabilización que en 1959 cambiará España para siempre. También Armand Carabén. A veces el ensayista Joan Fuster. De manera informal, cena tras cena, van constituyendo una especie de Camelot. Sentados en una mesa redonda, piensan en el futuro del país y tienen capacidad de decisión sobre la política real. De esos cambios y de ese país hablan cruzando en la conversación diversos poderes. Intelectual, económico y político. Quintà escucha. A veces lo acompaña su hijo. Alfons Quintà aprende. Pla lo conoce desde siempre. Es el hijo de su amigo. Alfons es el hijo del chófer. Han viajado juntos. Le ha regalado libros. Como ese día que, hablando de filosofía, el chaval manifestó interés y Pla no dudó en darle su ejemplar del diccionario de Ferrater Mora.

Pero Pla también sabe que algo va mal. El padre no puede ocultarlo y empieza a pedir favores a los amigos. El hijo del chófer tiene ya dieciséis años y está hundido.

El curso 58/59 Alfons Quintà empieza estudiando internado en el instituto Saint-Louis de Gonzague de Perpiñán. Desde allí, en noviembre, escribe una carta a Pla. Su padre le recomienda mantener correspondencia con el escritor. Le pregunta si irá o no a entrevistar a Pau Casals, le habla de otro escritor catalán exiliado —Josep Maria Corredor— y le agradece un libro que le había prestado. «Muchas gracias por lo que se preocupa por mí». Pero las cosas tampoco se encarrilan. Tampoco servirán los golpes que en otras ocasiones le había propinado su padre, incluso con la hebilla del cinturón, palizas cuyas marcas ya no se borrarán de su cuerpo. Los golpes eran un trauma más

relacionado con el padre Josep Quintà, y que se sumaba a su naturalizada doble vida. Claro que lo sabía y, en los momentos de bajón, como el bumerán de la tristeza, le golpearía de nuevo. No era solo el trabajo, los viajes y las ventas de tejidos. No eran solo las escapadas a Francia y el regreso con los quesos y los vinos. El hijo sabe que su padre volverá a marcharse y sabe que su familia es una farsa y sabe que a su padre quien más le importa no es él sino Pla. Pla y su circunstancia. La red de influencia y los secretos atrapados dentro de la red para blindar esa influencia y conectar con el poder. El padre vive en esa red, está dentro de ella, lo ilumina la luz de Vicens y el oro de Ortínez. Pero al vivir allí, desampara a un hijo que va de la extravagancia a la enfermedad, condenándole a la huida del vacío y a la venganza para paliar el odio y la rabia que acumula.

Ciento treinta millones de dólares del Gobierno de Estados Unidos. Cien millones más de la Organización Europea de Cooperación Económica. Setenta y cinco del Fondo Monetario Internacional. Sesenta y ocho de la Banca Privada de Estados Unidos. Y cuarenta y cinco a través de la consolidación de deudas bilaterales con países europeos. 418 millones de dólares que debían usarse para hacer lo que Franco afirmaba en el decreto ley del 21 de julio de 1959: «Ha llegado el momento de iniciar una nueva etapa que permita colocar nuestra economía en una situación de amplia libertad». El Plan de Estabilización lo aprueba el dictador y es la clave de bóveda de la transformación ya no del Estado sino del país. Lo ha ideado, de manera destacada, Joan Sardà —por entonces director del Servicio de Estudios del Banco de España—, con la ayuda, entre otros, del catedrático Fabián Estapé. Sobre ellos dos, pocos días después de aprobado el Plan, hablan Ortínez y Pla, que lo plasma en sus libretas fascinado y desconcertado. «Son socialístoides, para no decir comunistoides, tienen un desprecio perfecto por la burguesía, pero colaboran y son los agentes más activos en la salvación de este régimen de abyección de Franco». Había mucho antifranquista en el franquismo, le dice Ortínez. Pla extrae una lección: «Las dictaduras lo corrompen todo, porque como solo pueden combatirse desde dentro, crean apariencias de duplicidad escandalosas».

¿Hasta qué punto ellos dos, Pla y Ortínez, han naturalizado esa duplicidad? Aparentemente la trayectoria de Pla puede ser vista como la de un colaboracionista. Ortínez, por su parte, le dijo a Pla que había colaborado y, si pudiese, colaboraría todavía más para desenmascarar la burricie del sistema. Políticamente Ortínez piensa en grande. Lleva a la práctica una estrategia de influencia dentro de la dictadura, pero su ambición desbordaba los límites del

régimen. No hay poder completo sin contar con el cuarto poder. Siguiendo sus indicaciones los industriales del textil adquieren buena parte de la propiedad de *El Correo Catalán*. Su hombre en el periódico es el periodista Manuel Ibáñez Escofet, que también es responsable de prensa y propaganda del Servicio de Comercio Exterior de la Industria Textil Algodonera. Naturalmente Pla empieza a escribir en sus páginas. No negocia con el director sino con la propiedad. El discurso del periódico es claramente favorable a la estabilización económica, pero al mismo tiempo Ortínez muscula una alternativa por si el sistema entrase en crisis.

A petición de este, a través de una de sus cuentas opacas, el *lobby* del textil empieza a financiar al presidente de la Generalitat de Cataluña en el exilio. Josep Tarradellas tiene sesenta años. Vive en una casona en Saint-Martin-le-Beau, en la región del Valle del Loira, a unos doscientos cincuenta kilómetros de París. Ha fundido su vida a una institución abolida, que pervive en el recuerdo y se conserva solo en el papel de carta donde imprime su sello. Lleva lustros maniobrando para seguir siendo la única personalidad relevante en ese mundo de despojos, pero sabe que el valor político de la expatriación es nulo. Apuesta por reinventarse y decide que la mejor estrategia es establecer contacto con figuras del interior. Para conseguirlo necesita los mejores recursos humanos y algunos recursos económicos para mantenerse a flote. Persigue a cómplices no entre el activismo antifranquista sino entre los círculos del poder catalán; ese hombre será Ortínez e identifica a Vicens Vives como la personalidad clave. Porque Vicens pendula hacia el antifranquismo y conspira con actores del interior y del exilio. En Perpiñán se reúne con el veterano dirigente socialista Manuel Serra Moret. Ha ido allí con Josep Quintà. Para no levantar sospechas, en los asientos de atrás, dos niños. Albert Vicens y Alfons Quintà. Quintà padre se integra en la conspiración política. Organiza una nueva reunión. La de Tarradellas con Pla en París. Viajan en el coche de Ortínez y conduce Quintà.

El objetivo es perfilar la nueva estrategia de Tarradellas. Ante los industriales del textil, su oferta es desactivar la tentación revolucionaria y liderar una alternativa moderada y pactista. Es una vía de actuación que tendría que interesar a la elite económica, que lo pretende seguir siendo después de Franco. Que todo cambiase para que el dinero no cambiase de manos. Tarradellas se ofrece como un seguro a los burgueses para los que trabaja Ortínez. Pla cumple perfectamente con el encargo implícito de Ortínez. El largo informe de la reunión que escribe debe funcionar como la carta de presentación del presidente exiliado ante la burguesía catalana. Su

propósito diría que era justificar una inversión o aumentarla. Su argumento era presentar al viejo republicano como un actor estabilizador para cuando se produjese la fase de cambio político. Tarradellas era viejo, de acuerdo, pero no era un político del pasado sino una posibilidad de futuro. Pragmático, consciente de la dinámica real del poder —la política, como ocurre siempre y él reiteraba, se adapta al dinero— y con ideas claras sobre la economía.

Tarradellas tenía el relato, pero le faltan argumentos para sustentarlo. Quienes deben ayudarlo son un equipo de pocas personas, coliderado por él y Vicens Vives. Necesita el equipo y recursos. Y en la sala de máquinas de la operación, Josep Quintà. Es el enlace. Lleva la agenda. Atiende llamadas. Transmite mensajes. Porque durante las semanas posteriores a la reunión, Tarradellas no para. O dice que no para. El lunes 14 de marzo Tarradellas habla por teléfono con Quintà para fijar un nuevo encuentro con Pla y Ortínez. Para que la conversación con el político exiliado sea segura, Quintà se ha desplazado a Perpiñán. Hablan a la hora convenida y, después de colgar, se sube de nuevo al coche, cruza la frontera y regresa a Figueres. Nada más llegar redacta una misiva en un papel de carta de la zapatería El Globo detallándole las instrucciones a Pla. Lo irá a buscar el viernes 18 al *mas*, cenarán en Figueres y al día siguiente, en Carcasona, se celebrará la nueva entrevista con Tarradellas, a la que asistirá también Ortínez.

En esa carta la mujer de Quintà, Lluïsa, escribe unas pocas líneas. No es la primera vez, pero aquí no se limita al saludo amistoso de costumbre: «Me gustaría mucho hablar con usted un momento». Es extraño. ¿Por qué Lluïsa Sadurní quería hablar con Pla?

La reunión de Carcasona del día 19 transcurrió como estaba previsto. El día 20 una nota manuscrita en un papel con el membrete del hotel La Résidence especifica los nombres de los miembros del equipo y su papel. Tarradellas, responsable del área de organización política y relación con la CNT. Ortínez, encargado de las relaciones con la burguesía industrial. Vicens Vives, contacto con la Iglesia, sobre todo con la abadía de Montserrat. Y para los asuntos económicos, Joan Sardà, colaborador de Tarradellas durante la guerra y cerebro del Plan de Estabilización. ¿Hasta qué punto estaban todos ellos comprometidos? Tarradellas sin duda. Ortínez también. ¿Los otros? Quintà, que no es uno de los miembros del equipo, pero está en la operación, sin duda. «Tenga la seguridad de que, en lo poco que esté a mi alcance, tendrán la máxima ayuda». El domingo día 20 Quintà y Pla regresan al Ampurdán, comen con gente influyente de Barcelona, y hablan de Tarradellas. Al principio de semana Pla y Quintà van a Barcelona, se reúnen

con Ortínez y comentan que muy bien el encuentro. Pero Vicens enferma y no se cura. «Aún está enfermo, mejora de una manera lenta, este es un contratiempo», le escribe Quintà a Tarradellas.

La evolución de su enfermedad se la detalla Vicens a Pla en una carta redactada días después. Tiene problemas respiratorios. «Se ve que me contagié con un virus muy peligroso, del tipo de la gripe de 1918, y que si no hubiésemos tenido los recursos médicos actuales en pocos días me habría ido de este mundo». La carta está escrita el 15 de abril de 1960. En las líneas finales Vicens le habla de los Quintà. De Josep y de Alfons: «No me atrevo a decirle a Quintà las noticias que tengo de su hijo. Hace el vago por Girona, sin el menor sentido de la responsabilidad. No va a clase, no pasea, no juega al fútbol, nada de nada. Es la abulia absoluta. Es necesario que su padre lo ordene, porque si no, le dará un disgusto. Y para ordenarlo no hay otra solución que hacerlo trabajar en el comercio, empezando por el cargo más modesto, ¡y a espabilarse! Hablaré con él en este sentido, sin concretar — aunque sé que ya tiene un suspenso asegurado—; pero deberíais hacerle unas reflexiones generales, ya que él os tiene una admiración sin límite. Aunque lo que os propongo sea duro, creo que para eso estamos los amigos. El pequeño Quintà no sirve para estudiar; cuanto antes empiece a *pencar*, mejor». De su hijo quería hablar Lluïsa Sadurní con Josep Pla. La situación se ha desbordado. Lo sabe incluso Josep Tarradellas: «Mi mujer y yo nos preocupamos por vuestro hijo; ya verá que haremos todo lo posible para resolver su mal». 14 de abril de 1960. Alfons Quintà tiene dieciséis años.

La Casa Americana de la embajada de Estados Unidos concede becas para estudiantes de bachillerato. Una ayuda para estudiar en Estados Unidos durante un curso y con alojamiento en casa de una familia norteamericana. Los candidatos deben tener dieciséis o diecisiete años. El expediente académico tiene que ser bueno y el nivel de inglés se certificará con un examen. «Al efectuar la selección, serán considerados de gran importancia la personalidad y el carácter de los candidatos. Asimismo se juzgará si ha de ser un buen representante de su país en los Estados Unidos». La solicitud debe presentarse antes del 30 de noviembre de 1959. Alfons Quintà lee la noticia en *La Vanguardia* del 8 de noviembre y le propone a su padre que esa puede ser una solución. Marchar un año a Estados Unidos. Pero el padre o no lo ve, o está por otras cosas. El hijo necesita una autorización paterna para hacer la solicitud y el padre, por dejadez o precisamente porque está angustiado por su comportamiento, decide no firmarla. Y la negativa no hace otra cosa que

ensanchar la distancia entre los dos. Alfons ya está más cerca del odio que del amor.

Aquel verano de 1959 Alfons ha viajado en coche junto a su padre y Josep Pla por el norte de España. Si alguien puede vencer las resistencias de su padre es Pla. Le escribe una carta a Palafrugell el 11 de noviembre: «Le ruego que usted solo le comente la posibilidad de que yo vaya [a Estados Unidos]. Espero que le aconsejará sobre lo que crea más conveniente, porque sobre mí está indeciso y confundido y ya he perdido más de un mes de clase». Junto a la carta adjunta el recorte del periódico. Pero el adolescente se queda en su país y pierde el curso sin hacer nada. Vagabundea. Son las informaciones que transmite Vicens a Pla. Ya puede mover los hilos su padre para que los profesores del instituto lo aprueben. No es ese el problema. Tampoco es incapacidad para concentrarse.

El adolescente Quintà empieza a leer compulsivamente los libros que compra en la librería de Ramon Canet (no olvida la lectura de *El jugador* de Dostoievski) o se familiariza con alguna prensa extranjera, para empezar, el *International Herald Tribune*. La abulia y el vagabundeo solitario por las calles de Girona más bien parecen signos de una temprana depresión no diagnosticada y que empeora. Naturalmente su padre se preocupa. Es consciente de que algo falla. La situación es suficientemente complicada para confesársela a Josep Tarradellas. Se lo ha comentado en Carcasona. Y Tarradellas, al volver a la casa de campo donde vive, lo comenta con su mujer y ella pregunta en el liceo donde estudia su hijo si tendrían plaza para el hijo de un amigo. Incluso le buscan una familia de confianza entre el vecindario para que le acojan. Los Tarradellas saben la verdad. Que está enfermo. Meses después le preguntan a su padre por una operación. ¿Ha ido bien? Desean que Alfons ya se haya restablecido.

Abril de 1960 es un período crítico para Alfons Quintà. Rompe con su mundo. Corta presentándose como un revolucionario. Sobre todo necesita huir. Vivir lejos de su padre, marcharse de Figueres. Cortar con los orígenes. Borrar el abandono. ¿Cómo hacerlo? Probablemente desde Barcelona redacta una carta que es la temprana radiografía de un espíritu torturado. El destinatario es Josep Pla y su padre no debe leerla. Trama una estrategia de ocultación por si cayese en manos de su padre, que a veces le lleva la correspondencia a Pla. La meterá dentro de un sobre en cuyo remitente escribe un nombre falso. No la enviará por correo convencional. La colocará en medio de un libro. Y a mano, garabateando letra menuda, justificará su estratagema. Lo que Alfons escribe no debe saberlo Acates. Quien lea la carta

sabe de quién está hablando. Es un personaje literario. El acompañante de Eneas, el fiel amigo, el que siempre está cuando el héroe lo necesita. Acates es Josep Quintà. El héroe de Josep Quintà es Josep Pla. El enemigo de Alfons Quintà es Acates, su propio padre. Este es el esquema de la tragedia y, en la arquitectura sentimental del adolescente, se mezclan rabia, rencor y desesperación. La carta es un espejo y refleja inteligencia. Una inteligencia en parte infantil y en parte maligna.

Señor:

Imagino que tan desagradable le será a usted recibir esta carta como a mí escribirla. Si así lo hago es porque no tengo más remedio.

Repetidas veces he pedido a mi padre que me firmase una autorización para poder pedir el pasaporte y otra para poder sacarme el carné de conducir. Las dos cosas, principalmente la primera, son vitales para mí si se tiene en cuenta la profesión que ejerceré el año que viene.

Si no lo pido antes de un mes deberé esperar dos años, ya que me encontraré en edad militar y por eso necesito la autorización *urgentemente*.

Como que a usted, burgués, mis necesidades de no burgués le deben hacer gracia, el motivo de la presente no es pedirle sus buenos oficios, sino comunicarle lo que sigue.

Si antes del 30 de este mes de abril mi padre no ha accedido incondicionalmente y no ha firmado las dos autorizaciones antes mencionadas, y teniendo en cuenta que si no lo hace sería completamente ilógico y la única explicación que tendría es que fuese una venganza personal, yo me vería en la necesidad de comunicarle al señor Juan Vicente Creix, inspector jefe de la Brigada Política Social de Barcelona con quien tengo relación, todo lo que sé sobre ustedes y otros miembros del «equipo». Eso me resultaría muy desagradable si se tiene en cuenta que a quien más comprometería sería al señor Ruiz del Valle, policía de Girona, que nada tiene que ver con sus puercas maniobras.

Aprovecho la ocasión para recordarle que es un delito grave verse en el extranjero con señores como Josep Tarradellas y Serra Moret, y de uno de estos encuentros tengo constancia fotográfica. Además le hago saber que tengo cartas del señor Tarradellas dirigidas a mi padre.

Espero de su espíritu de raciocinio que comprenderá que, por ser tan natural e insignificante lo que le pido, a lo que tengo derecho, que no será necesario llegar a extremos tan desagradables para todos. De todas formas *le doy mi palabra de honor de que en caso de que mi padre se negase, haría lo que le he dicho*.

Le recuerdo que la fecha límite es el día 30 del mes en curso. Este día por la mañana telefonearé a mi madre para decirle si sabe si mi padre ha accedido y *ha hecho* lo solicitado.

Espero que esta carta defina exactamente y para siempre nuestras futuras relaciones.

Quintà

Quiere sacarse el carné de conducir y quiere tener pasaporte para poder irse del país. Pero es menor de edad, solo tiene dieciséis años, y necesita una autorización paterna. Josep Quintà no se la da y no hay manera de que su padre reconsidere la decisión. Las consecuencias inmediatas alteran sus planes de vida: no podrá trabajar en lo que tiene previsto y le tocará cumplir con el servicio militar. ¿Cómo puede ser que su padre le deteste tanto? Solo encuentra una explicación para esa conducta: el afán de venganza. Y como tiene que responder al ataque, Quintà encuentra una manera rebuscada para amenazarle. No solo a su padre. También al hombre de la vida de su padre. También a Josep Pla.

Los puede destruir con la información de la que dispone y sabe a quién le puede interesar. Lo que Alfons Quintà sabe implica a un inspector de policía: Eduardo Ruiz del Valle. Es el jefe del departamento de Policía de Fronteras de Cataluña, y de la argumentación de la carta se desprende que esa persona permite a Quintà cruzar la frontera, pero que desconoce qué motiva los viajes de Pla y su padre. Alfons lo sabe. «Maniobras puercas». Puede referirse a los viajes que Pla hará acompañado de su padre para ingresar dinero en cuentas suizas o puede referirse a los viajes de conspiración política. ¿No sabe Pla que están en una conspiración ilegal? Porque Alfons Quintà sabe quién es quién. Sabe quién es el dirigente socialista exiliado Manuel Serra i Moret y sabe que Tarradellas es el presidente exiliado. Que se conocen puede demostrarlo, en el primer caso, porque tiene fotografías que atestiguan que se habían reunido en Perpiñán. De Tarradellas tiene las cartas que le ha dirigido a su padre. Tiene el relato, tiene los nombres y tiene las pruebas. Quintà tiene información y está dispuesto a usarla para chantajear a Josep Pla. La información es poder. Quintà lo aprende pronto. Porque sabe también a quién puede interesarle lo que sabe. No dice la policía. Explicita el nombre del comisario de la Brigada Político Social de Barcelona: el torturador Juan Vicente Creix.

¿Tiene relación Creix con Quintà? ¿Qué tipo de relación? O es un farol o es el tipo de relación que se desprende de la carta: podría ser un confidente. Porque así amenaza a Pla. Si no consigue que su padre haga lo que él pide, los

delatará. ¿Qué debe pensar Pla cuando lee la carta? Podría parecerle una chiquillada, pero también puede provocarle miedo. Porque a ese chaval lo conoce desde que ha nacido y, aunque a Pla los niños le importan más bien poco, sí sabe que aquel es problemático. O porque lo ha calado o porque se lo ha confesado su padre. Además, su amigo Vicens Vives se lo explica con cierto pormenor. Porque Vicens tiene razón. Lo de ese adolescente que se define ya en términos de clase y que le amenaza es un auténtico problema. Lo que Alfons Quintà ha descubierto es que la información sobre la conducta de los otros puede usarse como un poder para conseguir lo que uno quiere. Lo que Quintà parece no tener en cuenta es que su deseo no es una orden, y esa confusión, que es incapaz de resolver porque le obligaría a reconocer que su conducta se basa en el chantaje, se convierte en un elemento constitutivo de su personalidad adulta. Parece que los otros no le importan. Solo le importa él mismo.

Con la muerte de Jaume Vicens Vives en junio de 1960, la operación Tarradellas queda abortada. Tarradellas mantiene el contacto postal con Josep Quintà porque era la mejor manera de intentar mantenerlo activo con Pla, pero a Pla Tarradellas cada vez le parece menos interesante, arrugándose con un relato que poco tiene que ver con un presente de cambio. El político vuelve a ser un exiliado en el olvido, mientras el escritor sigue magnetizando el poder económico, en conexión con la política, que se ha regenerado con los Planes de Desarrollo. Emerge una burguesía moderna y que planta el mástil de su poder en la Costa Brava para reproducir las relaciones de las capitales y para reproducirse. En esas rutas del poder algunas van y vienen del Mas Pla a restaurantes de la zona. Aparece Pere Duran Farell —que lidera la llegada del gas desde Argelia— o veteranos que se han sabido adaptar a las nuevas coordenadas, como el economista Sardà —que sigue vinculado al Gobierno—, el periodista Ibáñez Escofet —cada vez más prestigioso en la prensa de Barcelona— o el financiero Ortínez —que a principios de 1963 deja de ser el estratega del textil, que va a menos, y se vincula al sector bancario, como delegado del Banco Bilbao en Cataluña—. Estos son los hombres del Camelot de Pla.

Josep Quintà sigue sentado ante la mesa redonda que Pla congrega a su alrededor esté donde esté. Quintà los escucha, bebe con ellos y cuando termina la fiesta acompaña a Pla a su casa mientras el sol y la resaca vencen a la última copa de whisky y a la madrugada. El padre sigue integrado en la red, junto a la elite burguesa que pilota alguna de las dimensiones del desarrollismo en Cataluña, pero su hijo se descuelga de ese mundo. Su salida

vital es el mar. Navegar para liberarse. Estudia en la Escuela de Náutica de Barcelona para hacerse oficial de la Marina Mercante. Durante un tiempo trabaja como marino en la ruta entre Barcelona y Menorca. En abril de 1963 es uno de los pocos oficiales que, previa solicitud oficial de ingreso, es admitido provisionalmente en la Milicia de la Reserva Naval, como consta en el *Boletín Oficial* del Ministerio de Marina. En el curso 63/64 empieza la carrera de Económicas en la Universidad de Barcelona. Está politizado y le interesa el cine. En una revista universitaria, clandestina, publica una crítica de *Nunca pasa nada*, de Juan Antonio Bardem, que se estrena ese 1963. También participa en un cinefórum donde se ve y se discute la épica soviética de *El acorazado Potemkin*. Tras la sesión unos pocos deciden improvisar una manifestación, fugaz como solo pueden serlo entonces.

Ese día conoce a Inmaculada. Empiezan a salir juntos. Él va a su casa a buscarla y caminan horas y horas por Barcelona. A ella, que estudia Filosofía y Letras, le parece que Alfons está absolutamente al día de las últimas novedades intelectuales francesas. Le deja libros, números de *Les Temps Modernes*. Y mientras caminan, él se confiesa. Lluïsa, su madre, es una mujer desgraciada por culpa de su padre. Lo odia. Es un odio absoluto cuyo fundamento es la conciencia reiterada del engaño. Una amante detrás de otra. Alfons lo repite obsesivamente y mezcla el odio con el afán revolucionario de acabar con la realidad burguesa en la que viven. Su compromiso parece absoluto. Tienen que estar preparados para cuando llegue la revolución, y estar dispuestos a los sacrificios que sean necesarios. El primero, no tener hijos. Para un revolucionario no hay otra causa que la revolución. Y cuando habla de revolución, habla de lucha armada. El paseo larguísimo que ha empezado a primera hora de la tarde los ha llevado hasta Montjuïc. Allí hay un campo de tiro. Y Quintà dispara, preparándose para la revolución y pensando en su padre. Hasta que la utopía violenta queda desactivada en un vagón de tren.

Tren número 1160. Estación de origen: Portbou. Estación de llegada: Barcelona. Él sube en Figueras. Dos guardias civiles de la aduana volante revisan las maletas del pasaje. En la suya encuentran unos veinte libros, la mayoría escritos en francés. Una fotografía de Lenin ilustra la portada de uno de ellos. Al propietario de la maleta lo detienen acusado de propaganda ilegal. En el atestado, la policía dirá que eran cuarenta y cuatro libros, ocho revistas y tres folletos, ejemplares de periódicos y recortes de prensa. Metralla ideológica comunista y «una bandera catalana separatista». En Barcelona la autoridad le pidió que lo llevase a su piso para hacer un registro. Más de lo

mismo. Libros, folletos y revistas de la misma ideología. Es el 3 de junio de 1964. Dos semanas sin libertad.

La red de Pla se activa. El 22 de junio el escritor consigna en su agenda que han dejado a Alfons en libertad provisional. Pero queda pendiente el juicio en el Tribunal de Orden Público. El día 25 de junio Pla y los Quintà — padre e hijo— se desplazan a Barcelona y se ven con Ortínez, Carabén o Ibáñez Escofet. Un día el joven va al *camping* donde Inmaculada está trabajando. Lo acompaña su padre. Hablan un rato. Se despiden. La pareja no se verá nunca más. Parece el último verano de Alfons Quintà ligado a su padre y a la red de Pla. La noche del 25 de julio se apunta a la comida de la elite empresarial a la que se han sumado dos invitados que llegan al Mas Pla en el coche de los Quintà: son Joan Fuster y el cantautor Raimon. Cenar. Beben. Hablan y vuelven a beber. La madrugada les atrapa con el vaso en la mano y se quedan a dormir en la casa. Aprovechando que Dionisio Ridruejo ha vuelto del exilio y veranea en la Costa Brava, los Quintà lo visitan en Tamariu y le piden un favor. ¿Podrían recomendarle un abogado que defienda a su hijo ante el Tribunal de Orden Público? El antiguo falangista, que ya es un socialdemócrata de oposición, tiene un buen candidato: el monárquico Fernando Álvarez de Miranda.

Una vez que ya tienen abogado, el padre Quintà se mueve buscando contactos para influir en el jurado. Escribe a un hombre del cuarto poder perfectamente integrado en el sistema, alguien que ha conocido en la red de Pla y que veranea en Calella. Es Carles Sentís. Es la máxima expresión del capital social consolidado gracias a su presencia en los medios oficiales. No se han visto desde hace años, pero él tal vez podría hacer algo. Josep Quintà le pide que plantee el caso de su hijo a algunos de los jueces del tribunal. La carta está fechada el 14 de septiembre y la vista oral se celebrará el día 26. «Espero comprendas mi estado de ánimo, que es lo que me lleva a pedirte este favor; inútil es decirte que estoy a tu disposición para cualquier cosa que quieras de mí siempre». Sentís cumple. Escribe a José Antonio P. Torreblanca. Le explica lo sucedido y así descubrimos cuál podía ser la condena.

«El fiscal ha pedido tres años y cien mil pesetas. Su caso se ve el sábado próximo. El sumario es el 124/64, rollo 163/64. Esta petición del fiscal me parece realmente desmesurada no solo en el aspecto procesal. Con casos como este, creo yo, se fomentan en determinadas personas jóvenes unas apreciaciones que, en principio, no tendrían». El día 26 se celebra la vista. Una de las cuatro de esa mañana. La agencia de noticias Cifra difunde un

comunicado de prensa que acaba así: «Por último se vio la causa seguida contra Alfonso Quintà Ladarnuy —sobrino de José Pla— a quien el fiscal pidió tres años de prisión menor y multa de cien mil pesetas por el delito de asociación y propaganda ilegal». El día 30 es condenado con pena de cárcel. Seis meses y un día. No deberá ingresar en prisión, pero sí pagar diez mil pesetas (si no las pagaba estaría un mes arrestado). Fernando Álvarez de Miranda decide presentar un recurso. No es propaganda ilegal y lo defenderá en el Tribunal Supremo. Es una politización de su caso. Alfons Quintà lo comenta con Josep Benet, al que había visto de pequeño navegando en la barca de su padre en Roses y que ya es un abogado que defiende a militantes antifranquistas en el Tribunal de Orden Público. Lo hablan saliendo del despacho donde trabaja Benet, el día que se manifiestan juntos en la Plaça del Rei para protestar por que el régimen y las tensiones internas han conseguido que el abad Escarré de la abadía de Montserrat —un símbolo religioso y político— tenga que marcharse a vivir a Italia. Al centenar de personas congregadas los dispersan rápidamente las porras de los grises.

Antes de celebrarse el nuevo juicio, Alfons Quintà es expulsado de la Reserva Naval. «Jefatura de Instrucción. Milicia de la Reserva Naval. Bajas. O. M. 2341/65 por la que se dispone la baja en la Milicia de la Reserva Naval del cabo segundo Alfonso Quintà Sadurní». *Diario Oficial del Ministerio de la Marina* del 5 de junio de 1965. Todo se está torciendo. Tres semanas después recibe una comunicación oficial que es la puntilla a su proyecto de vida. Ni la Marina Mercante ni Económicas. Debe incorporarse al servicio militar. Es destinado a la fragata *Sarmiento Gamboa* de Cartagena. Tampoco podrá examinarse. Tiene veintidós años, casi veintitrés. Si nadie lo remedia, le toca cumplir con el servicio militar hasta 1967. El esfuerzo de más de un lustro para huir del origen concluye con un interrogante. ¿Qué será de su vida?

A bordo de una fragata en Cartagena, condenado a compartir el tiempo con sus demonios, Quintà piensa en la forma de huir. Y, como hizo su padre año y medio atrás, escribe a Carles Sentís. Porque si Sentís, que dirige la cadena EFE, tiene influencia suficiente para escribir a un juez del Tribunal de Orden Público, tal vez podría descolgar el teléfono, llamar al ministro de Marina y pedirle una gestión. Él lo necesita. «Aquí me siento completamente desplazado. Me es imposible hacer algo positivo», escribe a Sentís. Y le pide que llame al ministro y le pida un favor. Es el hijo de un amigo, está injustamente condenado y que le hayan destinado a Cartagena es un problema, porque allí no puede estudiar ni examinarse. Eso es lo que querría Alfons Quintà. Irse de Cartagena y, como mal menor, acabar de cumplir el servicio militar en Barcelona. Además tiene una oferta de trabajo de alguien que Sentís conoce bien: un exiliado republicano que se ha instalado otra vez en Barcelona. Un periodista veterano: Jaume Miravittles.

Lo conoce a mediados de la década de los sesenta, como siempre a través de sus padres. Quizá estos lo conocieron ese día en Roses, en el pueblo donde Josep Quintà tiene amarrado su velero. Porque fue en Roses donde Miravittles, al poco de regresar del exilio, bautizó a su tercer hijo y a esa ceremonia, como mínimo, fueron invitados Josep Pla y Manuel Ibáñez Escofet, que era el hombre más influyente en la redacción de *El Correo Catalán*, el periódico en el que Miravittles había empezado a escribir desde que pudo volver a residir en Barcelona. El bautizo es una cita donde se reencuentra el Camelot de Pla. El nombre de Miravittles aparece en sus agendas y Josep Quintà, más que nadie, sigue estando en ellas.

La vida de Miravittles, que estaba a punto de cumplir los sesenta años, es un concentrado de la primera mitad del siglo xx. Amigo de juventud de Dalí en Figueres, catalanista radical en tiempos de Primo de Rivera (ese compromiso lo pagó con un primer exilio), después militante comunista revolucionario y durante la Guerra Civil responsable de la propaganda de la Generalitat por encargo de Tarradellas (momento en el que traba buena amistad con André Malraux). Segundo exilio. Primero en Francia, luego en

México, al fin en Estados Unidos. Durante ese período se transforma en un publicista (muchos artículos que se difunden por Latinoamérica, no pocos libros) que entendió la nueva realidad en la lógica de la guerra fría y desde esa posición empezó a pensar cómo sería la evolución política de la dictadura a la democracia. En 1963, tras diversas peticiones, vuelve a España con su mujer norteamericana y dos hijos. Primero tuvo que instalarse en Madrid. Un año después fijó la residencia en Cataluña. Y entonces se vincula a esa red de periodistas veteranos tan bien conectados al poder del presente (él mismo entiende el potencial transformador del Plan de Estabilización y lo promociona) y el futuro realista. En ese contexto conoce a Alfons Quintà.

Lo conoce, le propone colaborar y Quintà acepta. A principios de 1966 querían reunirse con Carles Sentís. Quintà, si no entonces, será muy poco después, empieza a actuar como una fuente regular del periodista más importante del antifranquismo. Durante la segunda mitad de la década, José Antonio Novais —el corresponsal de *Le Monde* en España, la persona que daba voz internacional a la oposición a la dictadura— tiene al joven Quintà como informador. Porque si Quintà tiene algo, ya entonces y cada día más, era información, porque sabe sacar partido de la red donde había crecido. Y por ello, y no es un farol, pronto tiene una tarjeta de visita con su nombre como colaborador de la agencia Associated Press y es probable que ya sea corresponsal del *New York Times*. Quizá Miravittles y Quintà iban a ofrecerle servicios de información a Sentís. Quizá querían tener un papel en las gestiones entonces en marcha para conseguir que se autorizase por fin un periódico en catalán —el nombre era *Migdia*, allí estaba implicado Ibáñez Escofet, era un compromiso del ministro Manuel Fraga, y eso sí resultó ser un farol—. Quizá querían hablar de *Tele/eXpres*, un diario de tarde cuya licencia había sido concedida por el ministro Fraga a Sentís y a Ignacio Agustí, y que había empezado a publicarse en septiembre de 1964.

De alguno de esos temas probablemente querían hablar Quintà y Miravittles con ese paradigma del cuarto poder catalán que por entonces es Sentís. No sé si finalmente llegaron a hablar, pero sí que la colaboración entre Miravittles y Quintà se interrumpe pronto. Las formas fueron buenas, respetuosas, pero después, poco a poco, Quintà empieza a calumniar a Miravittles. A quien quisiera escucharle le repetía que Miravittles era un agente de la CIA —le llamaba MiraCia— y cuando difundió el rumor, con éxito considerable, ser miembro de la agencia de inteligencia era prácticamente como ser un servidor de Satán. Es un tiempo de antiamericanismo rampante. Se producen estallidos revolucionarios y jóvenes

airados de Occidente entran en un torbellino ideológico y de costumbres. Quintà, que ha dejado rastro de radicalización comunista, respira las palpitaciones del momento.

Ha conocido a uno de los dirigentes del nuevo socialismo catalán: Raimon Obiols. Le propone constituir un pequeño grupo que exprese su solidaridad con el pueblo vietnamita y en contra del Gobierno de Estados Unidos. Quintà le enseña a Obiols la declaración constituyente de un comité catalán creado con ese objetivo. «El Gobierno norteamericano practica, cada vez más abiertamente, la política de esas fuerzas que en diferentes épocas han pretendido, mediante la violencia, ahogar los anhelos de paz y libertad de los pueblos». También se la enseña a Benet, que le dice dónde podría imprimir esa declaración para distribuirla clandestinamente: en un convento de monjas de la calle Sant Elies. Logra hacerlo llegar al comité de redacción clandestino de *Nous Horitzons*, la revista cultural del partido de los comunistas catalanes. Allí se publica a finales de 1967, momento en el que Quintà pide su ingreso en el PSUC. La dirección tiene dudas porque no acaban de ver claras sus intenciones. Para salir del paso toman una decisión excepcional: constituirán una célula falsa para hacerle creer a Quintà que es militante del partido. La forman el veterano Josep Solé Barberà, el profesor sancionado Xavier Folch y Guillem Sánchez Juliachs. Quintà, que les asegura que ha viajado a Vietnam, se da cuenta de que los encuentros en casa de Solé Barberà son un engaño. Y ya no asiste a la tercera reunión.

¿Por qué su biografía está tan llena de singularidades y extravagancias? En 1968, cuando ya había decidido dedicarse al periodismo pero aún no ejercía, se produce un episodio que deja pasmado a su compañero de piso. En un rellano de la escalera, este se cruza primero con la pareja de Quintà, que está huyendo, aterrorizada. Al cabo de pocos segundos irrumpe Quintà. Salta enloquecido los peldaños persiguiéndola. Ella le acaba de decir que ya no puede más y que rompe la relación. Quintà reacciona con violencia y amenaza con matarla. No es solo violencia verbal. No son solo gritos e insultos. Porque Quintà no está psicológicamente preparado para que lo abandonen, y cuando le dejan de la mano no se hunde sino que responde con un afán de venganza absoluta. El odio se posesiona de él y le hace provocar el máximo dolor posible. ¿Por qué, junto al vibrador y las esposas, guarda el arma? ¿Por qué, a los veinticinco años y a punto de empezar los estudios de periodismo, esconde una pistola en un cajón de su habitación en el pequeño piso cerca de la avenida Meridiana de Barcelona? Quintà corre detrás de la mujer pistola en

mano. Es la posibilidad real del asesinato. Pero al llegar a la calle, se detiene un instante.

Esa reacción no es una excepción. Es un patrón de conducta que, con variantes, se repite a lo largo de su vida. Parecería como si la imposibilidad de matar al padre la reconvirtiese en una vivencia brusca con las mujeres, otorgándole al sexo una importancia psicótica, que construía otro ángulo muerto de su personalidad. También ese fuego interior le convertía en un obsesivo sin freno, empeñado en conseguir una información al precio que fuese yendo más allá de la moral. Incluso su conducta bulímica, porque puede comer sin control, tenía algo de psicopatía no diagnosticada ni tratada. Alfons Quintà, veinticinco años. El hijo del chófer vuelve a su piso de la avenida Meridiana con un arma en la mano. Se encierra en la habitación. El compañero a quien había invitado a convivir con él decidió que era hora de cambiar de piso otra vez.

El jefe de la sección de local está sentado frente a él. Él y los compañeros de la redacción, que es pequeña, saben que hoy volverá a quejarse del sueldo, como cada día, y como cada día lo escucharán todos porque proclama sus quejas a gritos. A final de mes le entregan cinco mil pesetas en un sobre. Es la paga para un estudiante en prácticas. En el vespertino *Tele/eXpres* pagaban poco, pero podían firmar con su nombre. El primer artículo que publicó Alfons Quintà en prensa —firmado A. Quintà— apareció el 2 de octubre de 1969 y su tema era el impacto laboral que en algunas empresas tenía el caso Matesa. El jefe de su sección, como todos los compañeros, está viendo a Quintà quejarse del sueldo, pero escucha también lo que puede oír el otro periodista que está sentado en la mesa contigua a Quintà. Las conversaciones con su padre, en las que resuena una relación sumamente compleja. La madre ya vive sola en el piso de Figueres de siempre. En una ocasión, Quintà va a su ciudad natal. Conduce su coche de segunda mano —un Panhard— y tiene de copiloto a un compañero de redacción. Aparcan en la avenida José Antonio. Quintà sale del vehículo, llama a su madre y desde la calle le hace una sola pregunta: «¿Ya tienes el dinero?». Se lo lanza desde la ventana y Quintà se va.

Habría sido improbable que él hubiese obtenido plaza en la redacción si no fuese porque su padre forma parte del Camelot de Pla. Después de la entrada de la familia Godó en el accionariado en el *Tele/eXpres*, el director del periódico es Manuel Ibáñez Escofet. En octubre de 1968 Ibáñez, que había estado vinculado a la burguesía del textil y que había sido subdirector de *El*

Correo Catalán, sustituye a Carles Sentís en la dirección de ese periódico que pudo crearse en 1964 cuando el ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga, concedió la licencia. De *El Correo* se llevó algunos colaboradores — veteranos como Miravittles, jóvenes como Joan de Sagarra—, pero seguramente lo más importante de su nueva etapa como director fue su apuesta continuada por jóvenes recién licenciados con quienes establecía una relación casi paternal. Podía ser colérico, los gritos salían de su despacho y podían oírse desde la otra punta del pasillo de la redacción, pero al mismo tiempo Ibáñez quería también ser percibido como un amigo y un maestro para todos aquellos jóvenes que empezaban en la profesión. Era el caso de Quintà. Al principio.

En 1969, las protestas por el asesinato de Enrique Ruano obligan a la dictadura a instaurar el estado de excepción en todo el país. Quintà ejerce como periodista en prácticas porque está matriculado como estudiante de la primera promoción de la Escuela Oficial de Periodismo de Barcelona. La Escuela no está lejos de la redacción. El *Tele/eXpres* en la calle Tallers; la Escuela, en la Rambla de Canaletes. Esta se había reabierto gracias a otra iniciativa del ministro Fraga y entonces el gesto se interpreta como una medida para contrapesar la prestigiosa escuela que tiene activa la Iglesia y donde se estaban formando algunos periodistas contestatarios que modernizarían los medios durante la Transición. En la Escuela Oficial no se es muy estricto con la asistencia a clase; en aquella primera promoción, además de Quintà, figuran entre otros Alfonso Carlos Comín o el futuro novelista Emili Teixidor. Sus compañeros recuerdan que Quintà estaba al día de los apuntes y lo sabía todo de la vida de la Escuela.

Fèlix Fanés, el hijo de Ibáñez Escofet, es otro de los compañeros de curso. Cuando lo reencontró en la redacción del *Tele/eXpres*, recordó el primer día que se habían visto. Fue poco después de la detención, en el despacho que su padre tenía en *El Correo*. Allí estaban los Quintà, padre e hijo, y cuando salieron del despacho Ibáñez Escofet le contó lo que le habían dicho: este chico es comunista, pero ahora dice que quiere ser monje de Montserrat. No se lo recordará. Durante una semana del verano de 1970 Fanés, que es otro joven culto y airado, y que también escribe en *Tele/eXpres*, estudia en el piso de Quintà de la avenida Meridiana. Quintà tiene veintiséis años o tal vez ya ha cumplido veintisiete. Hace dos años que su pareja le anunció allí mismo que le dejaba y él, que perdió el control, la persiguió con una pistola en la mano.

Pero ese fracaso sentimental está olvidado. Ha conocido a otra mujer. Mariluz. Se han casado. Los compañeros del periódico no la conocen. Hay

quien dice que trabajaba en la gestión de un fondo de Banca Catalana, aunque eso podría ser después. Hay quien dice que se conocieron en la redacción de Enciclopèdia Catalana.

En ese momento en Barcelona estaban en marcha diversos proyectos de elaboración de diccionarios enciclopédicos, cuyas entradas en muchos casos estaban a cargo de estudiantes concienciados. Pero la Enciclopèdia Catalana, además, era un proyecto con una dimensión política inequívoca. Más que adaptar al catalán una enciclopedia extranjera (era la primera idea), su propósito era describir el mundo desde un lugar y una perspectiva concreta: la de los Països Catalans y la del nacionalismo catalán. Un editor tuvo la idea, un primer equipo aún reducido se encargó de elaborar el proyecto y el mismo editor lo presentó a un banco que financiaba operaciones parapolíticas de ese tipo.

De entrada, Banca Catalana, cuyo cerebro era Jordi Pujol, abrió una línea de crédito de seis millones de pesetas. Así pudo estructurarse el primer equipo: un director —Jordi Carbonell—, un subdirector de ciencias —Ramon Folch— y otro de humanidades —Jaume Casajoana, que sería uno de los mejores amigos de Quintà—. Trabajaban en un piso de la calle Provença, en el Eixample. Era una vivienda larga, la cruzaba un pasillo y a cada sección le correspondía un despacho donde trabajaban sus redactores.

La idea inicial era que cada semana se distribuyese un fascículo que se enviaría a los centenares de suscriptores que quisieron apoyar la empresa. El primero se publica en el otoño de 1968. Para intentar mantener ese ritmo, que no se llegó a cumplir, el equipo rápidamente se amplía a cien redactores. Uno de ellos es Quintà, a quien se le asignan, en principio, las entradas de náutica, que sabe redactar gracias a lo aprendido durante su etapa como marino mercante. La empresa le parece mal estructurada y peor organizada, pero el trabajo le gusta. Además de obtener un sueldo razonable, allí conoce a buena parte de la nueva *intelligentsia* del catalanismo. Con algunos incluso entablará cierta amistad. Afianza el contacto con el dirigente socialista Raimon Obiols, que era jefe de personal de la Enciclopèdia y que durante un tiempo le asiste como falso fotógrafo en algunas de las entrevistas que Quintà realiza en el *Tele/eXpres*.

Entonces Quintà se aproxima a opciones partidistas de la izquierda radical, acercándose a alguno de los círculos de la organización Bandera Roja. En la resaca del Mayo francés, el virus revolucionario se está extendiendo también entre la oposición antifranquista y contagia el ambiente de trabajo de los jóvenes redactores de la enciclopedia. No estaban solo contra el

franquismo. Tenían como enemigo a la democracia liberal y en muchos casos su modelo principal era Cuba o la República Popular China, además de sintonizar con las palpitaciones altermundistas.

En estas circunstancias la mecánica de la empresa es un polvorín. Si por una parte muchos trabajadores se sienten incómodos porque se saben trabajando a favor de un banquero como Pujol, por otra intentan decantar el proyecto para que sea una herramienta al servicio de la revolución. Los impulsores lo ven como un proyecto intelectual colectivo al servicio del catalanismo; algunos redactores, como un proyectil cultural para combatir al capitalismo. Las asambleas son constantes y el principal motivo de controversia es si la obra debía decantarse hacia un modelo de cultura nacional popular (lo formulan con Gramsci) o limitarse a estar al servicio del proletariado como herramienta del cambio revolucionario. Y mientras los redactores asaltan el cielo en cada asamblea, la propiedad de la empresa pierde cada vez más dinero.

La deuda con Banca Catalana no para de aumentar y, al fin, el banco exige el control de la empresa: se quedan con las acciones, la mayoría de las cuales pertenecían a Max Cahner, y se responsabilizan de la gestión. En mayo el tema llega al consejo de administración de Banca Catalana. El abogado Francesc Cabana —yerno de Florenci Pujol, fundador de la entidad y uno de sus principales directivos— expone los números (rojos) y se discute sobre su viabilidad. O se abandona el proyecto, que es una sangría económica, o se asume que su financiación dependerá básicamente del banco. Apuestan por la segunda opción Pujol y el propio Francesc Cabana y es mayoritaria en el consejo porque cuenta con el apoyo del padre de Pujol —Florenci— y del empresario perfumista Joan B. Cendrós —fundador de Òmnium Cultural—. Pero al entrar en esa nueva fase, es decir, al aumentar la influencia de Pujol, aún son más eléctricas las tensiones en el trabajo cotidiano. Los redactores más radicalizados impulsan huelgas continuas. Quintà, a quien la mayoría considera listo, antipático y despectivo, es un piquete activo. Se pasea por los despachos de las distintas secciones para vigilar si sus compañeros secundan o no las huelgas. En ese piquete coincide con Ferran Fullà, figura de peso en Bandera Roja y con quien Quintà estrena amistad.

Como mínimo hay sesenta y cinco entradas firmadas por AQS (Alfons Quintà Sadurní) en la Enciclopèdia. Básicamente pertenecen a tres secciones: Cronología, Transportes y Astronomía y Astronáutica. Escribió la biografía de astrónomos antiguos. La mayoría pertenecían al campo semántico del mar

o a la marina. Y fue precisamente él quien redactó las dos acepciones de «ángulo muerto». Son sus únicas aportaciones de la sección militar:

«Espacio que queda en torno a las obras defensivas y de los tanques en que no puede ser batido con fuego directo por las armas propias», «Zona del terreno resguardada del fuego y de la observación por un accidente natural o artificial».

El lector lee las dos acepciones de la entrada en el primer volumen de la enciclopedia y comprende, más o menos, el significado del sintagma. Pero saber que Quintà lo ha redactado es interesante. Pocas imágenes son tan clarificadoras para comprender su compleja psicología.

En la formación de su conciencia se han producido accidentes profundos que la hacen inaccesible. Tal vez pueden intuirse, por unos segundos, a través de su mirada. Si la mirada es lo que primero y más se mira del rostro de los otros, la de Quintà revela extravagancia. Mira más fijamente de lo normal, con los ojos extraordinariamente abiertos, es incómodo mantenerle la mirada. La suya, a través de las gafas, agrede. No acoge. Repele. Inquieta porque es la puerta de entrada a la anormalidad. Detrás se intuye un sujeto con la moral agujereada por los ángulos muertos. Es un territorio de odio y dolor, dominado por otro rostro: el de su padre. Josep Quintà abandonando el piso familiar, otra vez las amantes, mientras los gritos de Lluïsa Sadurní se escuchan de fondo y él acumula resentimiento y afán de venganza. En el eje de su subjetividad, Quintà tiene ese ángulo muerto desde siempre y siempre lo ha ocultado con una conducta extremada. A algunos simplemente les resulta cargante, pero a otros les da pavor. Es el polo opuesto al modo en que su padre, en silencio y sin llamar la atención, se hizo uno más en la red de Josep Pla. Él se afirma con conductas que van de la mala educación a la violencia verbal. Alfons exhibe una virilidad bronca para ser reconocido.

A un compañero del periódico le dice que el día anterior se ha tirado seis veces a su pareja. No se regodea en el gozo sino en la animalidad. Pero esa masculinidad también es vulnerable. La va a destruir Mariluz. Ese verano de 1970, cuando Quintà prepara los exámenes de la Escuela de Periodismo en el piso de la Meridiana, Mariluz no está en casa. Fanés pregunta por ella. «Se ha ido de viaje», responde taxativo Quintà. Pero cuando llevan algunas noches estudiando, un día Quintà, sollozando, le confiesa la verdad. Algunas noches él ha traído prostitutas a casa. Ella se lo ha pedido porque así se satisface

sexualmente. La verdad es que ella había asumido su homosexualidad, pero para alguien tan débil psicológicamente como él, con una vivencia del sexo obsesiva, aquella circunstancia se tornaba intolerable. Era una mina que podía hacer explotar su ángulo muerto. Lo siente como una humillación. Para que los otros no cuestionasen su virilidad, optó por difundir el bulo de que su pareja era hermafrodita. El rumor no tardó en extenderse. Incluso en la tertulia de los amigos de Pla, en Palafrugell, se bromeó sobre aquel niño raro.

A dos compañeros de redacción del *Tele/eXpres* les pide un favor extraño. Que lo acompañen al juzgado y avalen su declaración como testigos: su mujer tiene genitales masculinos. Ellos se niegan. A una compañera de la redacción le cuenta una y otra vez su historia, hace de la inestabilidad que no controla una estrategia de seducción. Funciona. El cruce de inteligencia y desequilibrio despierta pasiones. Primero, con voz profunda y sinuosa, relata la historia de su relación frustrada en el bar cerca de la redacción donde iban los colegas del periódico. «Vamos a cenar, niña». Es el Hostal Sol. Después, si puede, y pudo, acompaña a la periodista a su piso —que comparte con un grupo de estudiantes extranjeras—. Contando cómo le han abandonado, una y otra vez, llora. A veces él ilustra esa tragedia con fotografías eróticas de él con su antigua pareja o de él, ella y las prostitutas. A la periodista, con la que empieza una relación, le pide que guarde una caja llena de esas imágenes que le humillan. Durante unas semanas consolidan la relación, pero rápidamente, como ocurrirá casi siempre, ella descubrirá que el drama personal absorbe y es la antesala del asedio, y le cierra la puerta del piso. No importa que él la llame desde una cabina, desesperado, ni que incluso llame al piso desde el portero automático de la finca. No abrirá. Quintà es un amante tóxico.

Y junto a esa reacción, otra. La venganza. No solo la misoginia. No solo la homofobia, que se le descontrola cuando Terenci Moix acude a la redacción para entregar su artículo. Quintà sana su dolor solitario en la venganza. Piensa en cómo puede hacer daño a sus víctimas y actúa para conseguirlo.

Mariluz se instala en un piso propiedad de La Caixa. Era el piso donde habían vivido dos dirigentes comunistas —Isidor Boix y María Rosa Borràs— y que habían abandonado durante el estado de excepción de 1969, cuando tuvieron que pasar a la clandestinidad. Borràs, colaboradora de la Enciclopèdia, intercedió para que ese piso fuera para Mariluz. Al enterarse, Quintà entró en cólera. A principios de septiembre de 1970 logró reunirse con Enrique Luño Peña —director general de la entidad financiera— para decirle que La Caixa había facilitado el piso a una lesbiana que era amiga de una

comunista que, a su vez, era amiga de un militante comunista —Francesc de Carreras, hijo del presidente de La Caixa—. Así se lo contó Narcís a su hijo Francesc. Al mismo tiempo Quintà entendió que podía conseguir un piso a través de La Caixa y actuó en una doble dirección. Anunció a los compañeros de la redacción que escribiría artículos contra la entidad para que le concedieran un piso en las mejores condiciones. Con tres, presumía, sería suficiente. Y al mismo tiempo pidió reunirse con Narcís de Carreras y hacerle la petición formal de esa concesión.

Naturalmente sabía quién podía usar las influencias para conseguir no solo la cita sino un buen resultado. Se lo pidió a Josep Pla y Josep Pla hizo lo que Quintà le pedía. El 13 de septiembre, Quintà escribía a Pla dándole las gracias: «El piso es exactamente el que quería. Tiene un alquiler extraordinariamente bajo y es francamente espléndido». A partir de entonces esa sería la casa de Quintà. El tercero primera del número 27-29 de la calle Fígols en el barrio de Les Corts de Barcelona. Invitó a un compañero del *Tele/eXpres* a compartir el piso. Este aceptó, pero la prueba duró solo tres meses. Se cansó y se marchó.

Al trabajo como redactor de la Enciclopèdia en la calle Provença y en la calle Tallers como periodista en prácticas del *Tele/eXpres* —que en poco tiempo Ibáñez ha convertido en el periódico de las nuevas mentalidades, donde escriben los que prometen—, Quintà suma otro ingreso. Desde octubre de 1970 publica artículos sobre política internacional en el semanario *Presència* de Girona. Escribe, pues, sobre asuntos locales en la redacción y, en casa, sobre cuestiones internacionales. En sintonía con el tumulto ideológico que caracteriza el final de la década de los sesenta, piensa el mundo desde una óptica marxista, antiimperialista y revolucionaria. No es un raro. Son las palpitaciones del tiempo.

Desde el primer artículo Quintà ya fija posición. Parte de la hipótesis de que desde el final de la Segunda Guerra Mundial había surgido un equilibrio tenso dominado por la Unión Soviética y Estados Unidos. En los últimos tiempos dicho orden global se había mantenido, pero pagando el precio de las dosis más o menos altas de violencia represiva o incluso bélica. Santo Domingo, Vietnam o Checoslovaquia. Pero el 68, como mínimo en apariencia, había actuado como un catalizador disruptivo. Octubre de 1968: revolución antiimperialista en Perú decretando la nacionalización de intereses norteamericanos. Agosto de 1969: golpe de Estado en Libia. Y hacía pocos días que había llegado al poder el Gobierno de Unidad Popular en Chile y se había producido otro golpe de Estado en Bolivia. ¿Eran motivo de esperanza?

Para Quintà, no. Estados Unidos seguía conservando su poder controlando las industrias transformadoras en esos países. Chile, como desarrollaría en artículos posteriores, podía demostrarlo. Podía optar por introducir reformas limitadas, pero si el Gobierno Allende se atrevía a ir más allá, las cosas, entonces sí, se pondrían verdaderamente feas: «El día que cambie realmente, las imágenes que nos llegarán de Chile serán —por desgracia e irremisiblemente— mucho más trágicas desde un punto de vista humano».

La mirada de Quintà es muy ideológica, pero también solvente. Las necrológicas que escribe sobre Lázaro Cárdenas o Charles de Gaulle, pongamos por caso, tienen ambición interpretativa completa de personajes de gran complejidad histórica. Tampoco se amilana ante el desafío de hablar de Polonia o Etiopía. Usa el marxismo, cuyos textos demuestra haber leído, como una teoría omnicomprendensiva de las relaciones entre clases sociales y la dinámica del poder. Habla de la descolonización frustrada de África y elogia al Che Guevara, pero al mismo tiempo afirma que la multiplicación de focos guerrilleros no se ha producido o ha sido un fiasco. Reflexiona sobre Camboya y no olvida Vietnam, en cuya defensa impulsó un pequeño movimiento de protesta. Carga contra los partidos socialdemócratas que intentan lo imposible —aunar en un mismo frente político a diversas clases sociales— y ve con esperanza los cambios incipientes que aparecen en distintos puntos olvidados del globo: «Empiezan a arder unas brasas de donde emergerá un fuego que acabará con todas las fuerzas que se oponen a la lucha inmemorial del hombre por su propia liberación, liquidando, destrozando, haciendo añicos, destruyendo toda posibilidad de que el hombre siga siendo un lobo para el hombre».

Vive políticamente en la utopía y predicando la revolución liderada por el proletariado para construir la sociedad sin clases, pero su fascinación igualitaria para que el hombre viva en paz social contrasta con una conducta individual, cotidiana, caracterizada por la mala educación. Lo sabe y no le importa o no lo evita, al contrario. Hace ostentación de conocimiento, de superioridad y no le disgusta humillar a un colega. Parece disfrutar generando antipatía. Quintà consolida una imagen bipolar de sí mismo. Es procaz y bulímico. Dispone de enormes conocimientos y de una memoria envidiable, pero al mismo tiempo es un ser que en la dimensión privada y social resulta difícil, muy difícil de soportar. Así se muestra y así es contemplado y así se normaliza su figura en los medios periodísticos. Los problemas que le van surgiendo, los de la época o alimentados por su personalidad conflictiva, los interioriza como humillaciones. Tiene que vengarlos.

Será así en el caso de la Enciclopèdia. Los gestores de Banca Catalana no han logrado reconducir una situación económica desastrosa. La propiedad, que estaba asumiendo pérdidas de millones de pesetas, acaba por aceptar que el proyecto es inviable. El consejo de administración quiere soluciones y se plantean diversas posibilidades. En una reunión celebrada el 25 de febrero de 1971 con los redactores, Pujol y Cabana, en representación de Banca Catalana, ofrecen la cesión de la empresa a los trabajadores. No funcionó. Pujol quería cerrar la empresa y le encarga el trabajo sucio a un abogado de su confianza. Se presentó un expediente de crisis y se pidió la suspensión de los contratos laborales durante tres meses. Se desencadena un conflicto laboral considerable. Ocupación del vestíbulo de la sede del banco en el Paseo de Gracia y reparto de hojas volantes contra Pujol, y allí, en el piquete, Quintà. Los redactores amenazan incluso con destruir el fichero completo de las entradas que ya habían redactado. La dirección, con astuta nocturnidad, entra en los despachos, vacía los archivadores y traslada el material a un lugar seguro. Al día siguiente empieza una huelga indefinida. Los huelguistas pasan una noche dentro del local. A primera hora de la mañana acude la policía. Dos redactores, que estaban desayunando frente al edificio, apuestan que el primero en escaparse será Quintà. Treinta segundos después lo ven salir corriendo del edificio.

Quintà se marcha de Enciclopèdia Catalana. Su contrato queda definitivamente cancelado. Lo interioriza como una humillación que no perdonaría y la marca del odio la estampa en la pared de su despacho. Una tarjeta de visita de Jordi Pujol. Allí se queda para no olvidar, es decir, para vengarse. Mientras espera el momento de atacar, como si se tratase de un ritual maligno, clava chinchetas en la tarjeta.

En 1971 se queda sin el sueldo de la Enciclopèdia y sin el sobresueldo que representan las colaboraciones en *Presència*. Tras acumular multas por publicar artículos que a la dictadura le parecían punibles (porque eran informativos), el franquismo encuentra la rendija para forzar la suspensión de la revista: se cancela su inscripción en el registro de empresas periodísticas argumentando que aquella ni tenía una plantilla organizada ni se ajusta a la normativa vigente. Quintà tendrá que ir tirando con ese maldito sobre de cinco mil pesetas que le pagan en el periódico a final de mes. Y como tantas veces, cuando necesitaba un favor, ahora vuelve a escribir a Josep Pla: «Resulta que estaría muy interesado en empezar a trabajar en *La Vanguardia*. Las razones son múltiples y diversas. En primer lugar, sigue siendo el periódico más importante del país. Y, en segundo lugar, las condiciones de

trabajo y los sueldos de sus redactores contrastan, casi escandalosamente, con las que ahora tengo en el *Tele/eXpres*». Se lo pide porque alguna vez Pla mismo se había ofrecido a usar su influencia y le anuncia que, para concretar el favor, su padre le visitaría y le precisaría el ruego. Pero esta vez no va a funcionar.

Y en la redacción de la calle Tallers sus compañeros vuelven a escuchar lo de siempre. Que él es becario mientras los otros son ya redactores, que ellos tienen un sueldo decente y él solo las dichas cinco mil pesetas. Lo decía, lo gritaba, y siguen trabajando. «Soria, ¿sabes cuándo cobramos?», pregunta cada dos por tres al compañero que se sienta frente a él. Lo escucha, deja que se explaye, y sigue con su artículo. Cada vez los compañeros tienen más claro que Quintà no trabaja en equipo, que va a la suya y se calla lo que podía ser motivo de queja. De vez en cuando, paternal, el director lo sermonea. La redacción no es muy amplia y todos contemplan, y escuchan, lo que ocurre en el despacho de Ibáñez Escofet. Y todos, que son conscientes de que Ibáñez es gritón pero paternal, se sorprenden al comprobar cómo Quintà no acepta la lección del director sino que incluso desafía su autoridad. Hasta que a Ibáñez se le termina la paciencia y no puede contener un ataque de ira. Lo despide.

No fue por un motivo concreto, pero los que la ven no olvidan la escena. Lo echa a patadas de la redacción. Ya no volverá a escribir en el *Tele/eXpres*. Pocas personas se solidarizaron con él. Uno de ellos es el joven periodista Salvador Alsius. Quintà no lo olvida. Y tampoco olvida a Ibáñez Escofet y lo que vive como otra injusticia y una nueva humillación. En el despacho de casa, junto a la tarjeta con el nombre de Pujol figura la de ese director de periódicos tan querido por tantos jóvenes periodistas. Él podría haber sido uno de ellos. No lo será. No será un maestro sino un enemigo. Uno más. En la calle Fígols, pues, en el centro de la diana de la pared, otro nombre. Manuel Ibáñez Escofet. Más chinchetas agujereando su conciencia.

El poder del cuarto poder. De la dirección de la agencia EFE a la dirección del *Tele/eXpres*; de la dirección del *Tele/eXpres* a la de Radio Barcelona. El 27 de septiembre de 1972 se celebra el acto de traspaso en el estudio Toresky. Después de diez años, Manuel Tarín Iglesias —creador de los premios Ondas— da el relevo en la dirección de la emisora a Carles Sentís. A Quintà le falta tiempo para ofrecerse a Sentís y a mediados de 1973 ya colabora en la principal cadena de radio de la ciudad.

Es un punto de inflexión en su trayectoria. No es otro periodista más de su generación. A partir de ese momento Quintà empieza a construirse una agenda propia de contactos, siguiendo de entrada los intereses de Sentís.

Entrevista a algunos escritores o a algunos diplomáticos y sobre todo da voz a figuras que tienen actitudes más o menos reformistas desde dentro del franquismo. Muchas veces el pretexto de la conversación es la publicación de un libro. Conversa con figurones influyentes como Manuel Fraga, José María de Areilza, Ricardo de la Cierva o Ramón Serrano Suñer. Y es entonces, durante su primer año en la radio, cuando los Quintà mueven los hilos para que Sentís entrevistase a Josep Pla.

En el piso de la calle Fígols, Alfons Quintà escribe cartas a Josep Pla. Anuncia fecha de la entrevista, horarios, y le envía un cuestionario, que será la base de la entrevista de Carles Sentís. Se emite el 1 de mayo de 1974 dentro del programa *Giravolt*, un magazín moderno y de actualidad en catalán que Televisión Española emite en desconexión. Son diez minutos que empiezan en el exterior del Mas Pla. Tras unas palabras de presentación, el espectador entra en el lugar de memoria nuclear de Pla: la habitación central del primer piso. La habitación del Mas donde dentro de siete años le estarán velando mientras agoniza.

Los realizadores montan la entrevista para que la primera impresión sea la de la mirada de Pla. Mira cansado a Sentís. Están sentados uno frente al otro, junto a ese fuego donde el tiempo y la pluma han quemado el hundimiento moral de la posguerra. Sobre la pequeña mesa, donde ha escrito a mano miles de cuartillas antes de rematar el artículo en la cama donde morirá, hay extendido un pequeño tapete blanco. Unas páginas dobladas, el cenicero, una cafetera, un par de copas de cristal y la botella de vino a granel. Si está ante esas cámaras y con el micrófono de collar colgado, quizá sea porque antes la producción del programa lo ha invitado a una buena comida. Cumple con lo que se espera. La boina, el sorbo de vino, el cigarrillo y la falsa modestia. La máscara del propietario rural que podría estar devorando su propia obra.

Pla, primavera del 74, con la desidia en la mirada y frente a Carles Sentís. Sentís conoce bien a Pla, lleva medio siglo leyéndolo, y Pla, que lleva toda la vida construyendo su personaje, ha ido diseminando las pistas para que su sociedad entienda el tipo de escritor que querría ser. Stendhal, por ejemplo. Sentís lleva la conversación hacia el escritor francés. Sabe que, al hablar de lo que más le importa, Pla olvida la máscara. Solo entonces habla como lo hace en el Camelot que ha creado a su alrededor. Habla como si estuviera en las tertulias en cafés o en los restaurantes de las grandes ciudades o los pequeños pueblos. Ese Pla es mejor que el personaje. De un momento a otro el humanista europeo despeña el discurso con un adjetivo irónico y, tras la última copa, remata con un sarcasmo incorrecto.

¿Stendhal? «Era uno de los mejores autores de Francia porque era un hombre casto. Las mujeres nunca le hicieron caso». Se enamoraba con facilidad, le dice Sentís. Y Pla, que devora biografías buscando vida moral, se acelera al hablar de cómo el sexo es la herida por donde Stendhal desparrama su literatura. Acelera, sonrío, en la mano aguanta el cigarrillo mientras con la derecha aguanta la cerilla ardiendo. ¿Las mujeres de Stendhal? «Todas putas». Y se enciende el cigarrillo. «Eso ya lo cortarán, pero es igual», dice para que lo escuche el equipo que graba la entrevista. Se escucha la risa. De Sentís y del equipo de la televisión. Pero no solo la suya. Hay más gente en la habitación. Risas de complicidad masculina al mostrar sin vergüenza el lado turbio de la vida moral. Las putas y las risas de los hombres. Risas de Sentís, del equipo y de dos convidados de piedra que están en la misma estancia. En algún momento el realizador los ha mostrado en un plano medio. No hablan, ríen entonces y en algún otro pasaje sonrío, pero allí parecen estar solo para escuchar o quizá para vigilar. Tan anodinos como inquietantes. El primero, sentado más cerca de Pla, un hombre maduro y elegante, viste traje gris y lleva una corbata con franjas de colores. Piernas cruzadas y manos apoyadas sobre la rodilla. El otro hombre, de edad indefinida, está más cerca de Sentís. Brazo derecho flexionado, apoyado sobre un sillón y la mano en la sien. Lo más destacado del tipo, en la habitación a media luz, es verle inmóvil con aquellas gafas oscuras. Son los Quintà.

A mitad de la entrevista Pla, que ya ha contado que vivió en Estocolmo y que intentó escribir un libro sobre la burguesía catalana sin conseguirlo, habla de sus lecturas (ahora Valéry), de los libros que ha donado a la biblioteca de su pueblo y recuerda sus años en París, porque allí, más que pasear por los bulevares, leyó. Nada le ha interesado tanto como leer, dice, y escribir un poco porque, dice, no sabe mucho. La cámara se desplaza entonces para mostrar a Sentís y es ahí como podemos ver algo mejor a Alfons Quintà.

Está justo detrás de él, muy cerca, como una negra sombra. Por su aspecto aparenta ser más viejo de lo que es. Sigue con la mano derecha apoyada en la sien (por el puño que sale de la chaqueta, viste camisa blanca), más que gafas de sol deben de ser unas gafas graduadas con los cristales oscuros, tiene bigote y se peina el pelo largo para ocultar una calvicie incipiente. Tiene treinta años y desde hace cinco, como mínimo, se dedica al periodismo. Tiene treinta años, comparte escena con Josep Pla y su padre, y esos minutos de televisión son el epílogo de una larga historia de tensión íntima.

En esa habitación pasó horas y más horas de su infancia y juventud. Era un privilegio porque, gracias al papel de Josep Quintà en la vida de Josep Pla,

él había tenido un trato casi familiar con el escritor y había podido conocer a algunos de los catalanes del poder económico, figuras que apenas aparecían en los papeles públicos, pero que él había conocido de primera mano. Tenía información y tenía un capital social del que no disponían sus compañeros de profesión. Pero esa ventaja, que supo aprovechar, era la consecuencia de una herida biográfica. Nadie había sido más importante para su padre que Josep Pla. Había adaptado su vida al escritor y así había colocado a su propia familia en una posición secundaria. Esa era la cara y la cruz de ser el hijo del chófer. Pero ese tiempo ha terminado. Lo escenifica aquella entrevista. Ahora está en pie de igualdad con su padre. Está junto a Sentís. A través del periodismo puede huir de sus fantasmas. Gracias a la buena relación que durante ese año en antena ha construido con Sentís —el director de Radio Barcelona—, Quintà recibe un encargo que lo catapultará a una de las posiciones de mayor influencia del periodismo catalán del momento.

A las tres del mediodía suena un breve *jingle* pop en el dial de Radio Barcelona. Apenas diez segundos que remata una voz femenina joven y alegre pronunciando el nombre del programa. Es la sintonía de *Dietari*. Es un programa de radio normal para gente normal, pero con algo fundamental que lo distingue: es el primer magazín de radio en catalán desde 1939. Ha habido otros programas en catalán, sobre música o sobre folklore, pero este es el primer programa de actualidad. La idea ha sido de Carles Sentís, convencido de quién sería el mejor director posible: Alfons Quintà. Pero conseguir la autorización no es sencillo. La apoya el viejo abogado Antonio Garrigues, que preside el grupo radiofónico, pero el permiso no llega y mientras tanto Quintà es redactor jefe de la revista *Ondas* y ejerce de crítico cinematográfico. Hasta que al fin Sentís logra el visto bueno del director general, Pío Cabanillas. En la rueda de prensa para presentar la temporada de la cadena, Quintà explica el proyecto. Viste traje y corbata, lleva bigote y tiene el pelo largo, a pesar de las entradas. El primer programa se emite el 2 de septiembre de 1974.

Cada día de la semana un colaborador fijo tiene su sección propia para hablar de deportes, economía, actualidad ciudadana, literatura y lengua catalana. El programa logra una cuota de audiencia considerable. Durante el primer año de emisión, con Franco más muerto que vivo pero bastante vivo todavía para seguir matando, los oyentes del programa pudieron escuchar (la mayoría por primera vez) la voz de algunos referentes de la oposición. Por el estudio pasan muchos de quienes ansían desempeñar un papel protagonista en el proceso de democratización que empezará cuando muera el dictador. No es extraño que el Servicio de Información Militar grabe y elabore informes sobre el programa. A la censura le cuesta autorizar a algún entrevistado. A los líderes en ciernes que Quintà entrevista, o ya los conocía o los conoce en ese momento. Ellos descubren al periodista que cuenta con uno de los poquísimos altavoces en un medio de comunicación de masas. *Dietari* les sirve para darse a conocer a una sociedad que escucha la radio pero que ha sufrido un sistemático proceso de despolitización a través de los medios de comunicación.

Alfons Quintà tiene ahora treinta y un años. Teje, por primera vez, una red de contactos que ya es la suya. No es la de su padre. A su favor tiene la memoria de lo visto y lo escuchado desde que era niño. No hay un solo periodista de su generación que sepa como él cómo se ha desarrollado el poder en Cataluña durante la posguerra desarrollista. Su cara pública y su cruz privada. Tiene conocimiento de ese pasado y lee la mejor prensa extranjera, tiene interés por la política internacional y contactos, fervor y ambición. Es reconocido como uno de los periodistas del cambio y se hace con una agenda de nombres y teléfonos clave. Es ahora cuando deja de ser visto como el hijo del chófer.

Despliega su potencial en diversos medios. Para ganarse un sobresueldo dirige una revista de arte y coleccionismo —*Galería*—, muy bien editada y que vive de la publicidad de galerías de toda España, en cuyo consejo de redacción coloca a algunos amigos (Anna Balletbó, Fèlix Fanés o Enric Ucelay-Da Cal). Vuelve a colaborar en *Presència* —la revista ha conseguido de nuevo autorización—. Pronto su firma será habitual en un semanario madrileño surgido de una de las familias del reformismo franquista. La pilota un mito del periodismo político español: José Antonio Novais, a quien Quintà había conocido a mediados de la década de los sesenta. La empresa editora es Gadiana, que hace años publica ensayismo liberal menor, tiene entre sus colaboradores a Juan Luis Cebrián y su propietario es Ignacio Camuñas. Desde 1973 Gadiana publica una revista: *Gentleman*. Quiere ser una tribuna para un centrismo nuevo, moderno y hedonista. Allí es donde Cebrián publica su entrevista clave al embajador español en Londres, Manuel Fraga. Es un extenso retrato que presenta al político conservador como referente para el futuro inmediato, pero también reubica la percepción sobre Cebrián: ese joven periodista de la elite madrileña empieza a ser considerado como un buen candidato para dirigir el periódico que impulsa Fraga, el diario que debe orientar el cambio político. Ya tiene nombre, *El País*, pero aún no tiene permiso. En el mes de abril de 1975 Cebrián abandona *Gentleman* y la revista pasa a denominarse *Guadiana*. Quintà será pronto uno de sus colaboradores.

Cuando empieza la Transición, Quintà traza la curva ascendente de su parábola profesional. Así reafirma su intimidad precaria, herida desde la separación de Mariluz, que asienta exhibiendo una pulsión sexual desenfrenada.

Su voz sinuosa llega desde *Dietari* a un transistor de Sabadell donde lo escucha una mujer. Llama a la centralita de Radio Barcelona, dice que es enfermera y pregunta por Quintà. Le propone verse, se ven, se acuestan. Al

llegar a casa Quintà descuelga el teléfono, llama a los amigos y les cuenta todos los detalles. Llama a cualquier hora. A la una de la madrugada y repite cada detalle, cada gesto, enumera las veces que ha eyaculado, reproduce los gritos de ellas. Tiene que contarlos. Tienen que saberlo. La promiscuidad en el trabajo no es extraña. Se insinúa sin pudor a colaboradoras del programa. Ahora es abuso, entonces sometimiento. Con algunas mantiene relaciones esporádicas. Y lo cuenta. Cuando un amigo viene a la radio, se acerca a ellas y las señala, gesticula, le da igual ser basto, le gusta serlo, proclama que se ha acostado con esa y con la otra. Y cuando se reúne con un grupo de amigos periodistas, entre risas y copas y más copas, repite que las mejores amantes son las japonesas. Él habla un poco esa lengua. Presume con los colegas diciendo que cuando llegan a Barcelona ya tienen su teléfono, le llaman, las pasea por la ciudad, se las tira. Y si no se las tira, lo cuenta igualmente.

Quiere que se sepa que es el mejor amante. Quiere ser el mejor periodista. Sigue siendo corresponsal del *New York Times* en Barcelona. A principios de 1975 viaja a Portugal para comprobar la transformación política del país para una agencia internacional, pero lo que de veras empieza a ser su especialidad es la política catalana. Lo demuestra en *Dietari*, en *Presència*, en *Guadiana*. En ese semanario, cuyo delegado en Barcelona era otro antiguo compañero del *Tele/eXpres* —Pere Oriol Costa—, Quintà se estrena en mayo de 1975 escribiendo la crónica de una conferencia del vicepresidente ejecutivo de Banca Catalana: Jordi Pujol está construyendo ya su partido para ganar el centro político y ser el actor principal de la democratización en Cataluña. Quintà se estrena con Pujol.

En 1974, cuando se funda *Convergència Democràtica de Catalunya*, Jordi Pujol adquiere la cabecera del diario *El Correo Catalán* —se hará con el paquete mayoritario de acciones un año después— y compra el semanario *Destino*. Es consciente de que no ganará poder político si no tiene un pie en el cuarto poder. Por ello también es uno de los principales accionistas catalanes de la empresa que editará el diario *El País*. Su apuesta por convertirse en representante de las clases medias y un sector de la burguesía moderada es pública desde su conferencia del 21 de enero de 1975 en el auditorio de la escuela de negocios Esade, donde se congrega una parte no menor de la nueva clase dirigente catalana. Ya no es el poder esclerotizado de la dictadura. Es el poder blando catalanista y respira alternativa democrática. Esa sensación la transmite en las conferencias que Pujol dicta desde entonces. Allí donde va, llena el auditorio. Al fin Quintà distrae a la censura y logra llevarlo a *Dietari*. Lo visita no en el banco sino en la redacción de *El Correo*, donde está

corrigiendo un editorial. Asiste a la conferencia «Barcelona, “entitat política”» junto a setecientas personas y al poco publica la crónica en *Guadiana*. Titula «La bomba Pujol». El texto de la entradilla es crítico: «Si aquel parlamento fue una explosión», dice refiriéndose al de Esade, los últimos, en Girona y Barcelona, «deberían ser calificados de meros petardos: un poco de ruido y pocas consecuencias materiales...». Pero eso no es lo significativo y Quintà lo constata.

No solo es que la sala estuviera a rebosar, es que habían tenido que habilitarse diversas habitaciones anejas para poder seguirla en directo. Quintà capta cómo opera el magnetismo del líder nacionalista. Se fija en el público. Son representantes modélicos de la clase media catalana, que sabían que Pujol era lo que dijo el presentador —«un expresidiario»— y era esa mesocracia, dominante en la Cataluña de los sesenta, la que había quedado imantada por el discurso. La mejor demostración había sido su reacción ante esta afirmación de Pujol: «Creo que, en su conjunto, Porcioles fue un gran alcalde». Al escucharlo, el público calla asintiendo. El alcalde franquista, representante del regionalismo crecido durante el desarrollismo, presentado como un buen alcalde. Era una consideración que la oposición habría considerado un tabú. Pero no lo es para Pujol. Tampoco, según constató Quintà, para su auditorio. «Tal afirmación habría provocado todos los revuelos imaginables en otras circunstancias y si hubiese salido de otra boca, pero la comunión público-conferenciante era tan total, el carisma tan enorme, que aquel calló y otorgó». Esa era la clave: «La receptividad del público presente ante su líder indiscutido era total».

Aquí no era crítico con Pujol, pero lo sería durante las semanas siguientes. Informaba del enésimo fracaso de Pujol en su afán por controlar los medios de comunicación y a los intelectuales. Estaba pasando en *Destino*, donde se censuraban artículos —de Francesc de Carreras, por ejemplo—, y el caso era una repetición de lo ocurrido años atrás, cuando se produjo «la eliminación de un centenar largo de intelectuales de la realización de la Gran Enciclopèdia Catalana». Quintà sigue la polémica porque era su manera de mostrar de manera indirecta su antipujolismo, de la misma manera que al cabo de unas semanas encuentra el mecanismo para sembrar cizaña entre Ibáñez Escofet, caracterizándolo como «muy vinculado a la persona del financiero Jordi Pujol», y la propiedad del *Tele/eXpres*. «Se señala en fuentes periodísticas que el posible cambio de director obedecería a un deseo de reorientar la línea del periódico, que en la actualidad dista de ser rentable». Quintà no perdería

oportunidad. Cada pulla le servía para desclavar una chincheta de las tarjetas de visita en su despacho.

Tiene cierto control sobre el tipo de información que coloca en los medios en los que colabora. En *Guadiana* presenta a Pujol ante un lector concienciado español, mientras que en *Presència*, como en *Dietari*, practica periodismo de calidad dando voz a figuras de la oposición. Publica entrevistas con figuras de primera línea. La primera, que aparece casi al mismo tiempo que la crónica sobre la conferencia de Pujol, es a un veterano progresista, activo ya durante la Segunda República, que también quiere desempeñar cierto papel en el cambio político: Josep Andreu Abelló. Este había militado en Esquerra Republicana, es demócrata y millonario. Se había enriquecido durante el exilio en Tánger, con sus bancos y con sus urbanizaciones, participando de las operaciones financieras de blanqueo de capitales. Quintà da voz a Andreu Abelló como un referente de sensatez. Lo fotografía en su casa y el lector de la revista lo descubre como un hombre elegante y burgués aunque hable de obreros y sindicatos. Básicamente el lector lo percibe como un liberal democratizador que avala su posición con la vieja experiencia de la política republicana. Y como tiene experiencia y como sabe que ese pasado puede actuar como una losa, defiende una idea: «Lo que ahora es importante son las jóvenes generaciones que no vivieron la Guerra Civil».

Pero si los jóvenes eran quienes debían liderar el cambio, algunos iban a quedar excluidos. En Saint-Martin-le-Beau Josep Tarradellas, setenta y seis años, lee la entrevista. Andreu es un rival, uno más de sus críticos, y él los vigila. Además siempre que puede lee a Quintà —el hijo del hombre que acompañaba a Pla, aquel chaval que tan preocupado tenía a su padre—. Y decide escribirle una carta. «Os ruego, querido amigo, que me queráis excusar por daros a conocer mi estado de espíritu ante estas insólitas declaraciones que solo sirven a quienes nunca han respetado ni respetan nuestros anhelos de libertad». Tarradellas también quiere que Quintà le tenga en cuenta y si puede ser, como en su día hizo su padre, que juegue a su favor. «Me gustará poder visitarle cuando esto sea posible», le responderá Quintà. Si apuesta por un político durante la Transición, es por Tarradellas.

El verano de 1975 Quintà es un periodista de éxito. *Dietari* le da fama y prestigio. Su nombre aparece entonces en el ámbito de medios de comunicación del Congrès de Cultura Catalana —el foro donde el rupturismo redacta el libro blanco de la institucionalización de Cataluña—. Acude como corresponsal al Festival de Cine de Cannes y escribe una crónica para *Presència* (además de hacer las fotos que ilustran la página). Habla de

política, de la sección oficial y de otras donde se proyectan películas más interesantes. Y también del mercado de compra y venta de películas. «En este terreno la pornografía ya parece dominarlo todo. Uno acaba harto. Los primeros planos de sexo son tan y tan abundantes que es posible adquirir complejo de... ginecólogo. De esta manera el ciclo erótico cierra un ciclo y funciona al contrario de lo que originalmente pretendía, para ser un afrodisiaco».

Al volver de Cannes pasa por Prada de Conflent porque participa en un seminario sobre comunicación social en la Universitat Catalana d'Estiu —uno de los núcleos de irradiación del catalanismo progresista—. En ese seminario se imparten conferencias sobre todos los géneros, pero destacan dos temas: la preparación del primer periódico en catalán que podrá publicarse desde el final de la Guerra Civil —será el *Avui*— y los rumores sobre una posible cancelación de *Dietari*, «la más importante de las emisiones radiofónicas en catalán». Era un problema interno, avanzó Quintà en Prada. Se pretendía acortarlo, que fuera solo una entrevista después de un programa sobre literatura catalana. Se intentaba desmontar el magazín normal para que fuera una anécdota en la parrilla. Nadie dudó de quién pretendía desactivar el potencial del programa. Tenía que ser el director, Sentís. Quintà activa una campaña para que el programa repitiese con el mismo formato de la temporada anterior. Presión para que Sentís rectificase y, entre cartas al director y protestas, Sentís rectifica. El programa volvió a emitirse con regularidad y pronto sumaría a Enric Canals como colaborador cualificado.

Durante las semanas centrales del verano del 75 Quintà escribe para *Guadiana* una serie magnífica sobre política catalana. Tiene el mapa de la izquierda, el centro y la derecha en la cabeza. Del interior y de lo que queda en el exilio. De los defensores del *statu quo*, los reformistas y los rupturistas. Y no se corta. El primer escrito de la serie lo dedica a la derecha. Plantea un recorrido que se inicia con el colapso de las derechas catalanistas ante la Guerra Civil. Y revela algo que nadie había puesto negro sobre blanco: «El secretario político de Francesc Cambó, el escritor Josep Pla, se integra en los Servicios de Información del Nordeste de España». Dicho con otras palabras, Quintà —que había construido su trayectoria bajo su protección— descubre que Pla había sido un colaborador activo de una agencia de espionaje favorable al bando insurrecto financiada por la derecha catalana. Nadie lo había afirmado en público. Quintà rompe el tabú. Pla, espía. Y en el número siguiente, al contar «¿Quién es quién en la política catalana?», además de

presentar nombres conocidos, incluye la fotografía del presidente de la Generalitat. No era un rumor. Existe. Josep Tarradellas.

Apuesta por él. Quintà es el primer periodista que lo hace y Tarradellas también apuesta por él. A través de un hombre de confianza en el interior, recibe el mensaje que Tarradellas ha escrito después de la muerte de Franco: «Sin confusiones ni complejos, nos guste o no, hemos de reconocer que el general Franco ha instaurado la monarquía que quería, y su victoria, al menos por ahora, se prolonga hasta después de su muerte». Y en la carta personal que acompaña el mensaje, Tarradellas le propone una reunión. Quintà accede. Quintà se compromete. «La primera Institución de Cataluña y su Presidente protagonizan los anhelos de progreso y libertad de nuestro pueblo», escribe en una carta el 30 de diciembre de 1975. Y prosigue: «De acuerdo con sus deseos —que me honran— he concretado con Jaume los días concretos de la visita que debemos hacerle. Es inútil añadir que esta puede ser modificada en función de sus intereses, ya que su única finalidad es poder contribuir —modestamente— al proceso del que usted es el abanderado».

Principios de 1976. Doce horas de coche en dirección a Saint-Martin-le-Beau. No es el Lancia de su padre. Es su Packard. Él no es el chófer. Es el periodista que tendrá la exclusiva. El primero que presentará a la sociedad catalana y española a Josep Tarradellas. Del viaje sacó dos entrevistas. Una para *Guadiana*, otra para *Presència*. En las dos las fotografías son suyas y en los dos artículos él aparece fotografiado junto a Tarradellas. En una, dentro de la casona, él viste traje y jersey oscuro, corbata y camisa de cuadros finos. Como siempre, parece mayor de lo que es. Bigote alargado, calvicie incipiente y las gafas enormes de montura oscura. En otra fotografía, en el exterior y de un día distinto, no viste tan formal. Jersey abotonado, camisa y las manos cruzadas tras la espalda. El día es soleado, Tarradellas viste camisa de manga corta y realiza un gesto de amistad. Con la mano izquierda estrecha el brazo de un Quintà que mira al horizonte.

Al lector le descubre un político veterano, pero inmune a la nostalgia y sin interés por el pasado. No quiere plantear la batalla de la memoria. Tarradellas no padece el trauma del exiliado. Su obsesión es la política, la construcción del futuro inmediato. Analiza los movimientos que se producen en Cataluña y España, se forma una opinión precisa sobre todo e intenta establecer contactos con el poder político y en los otros poderes. Los del sistema y los de la oposición. Tiene un plan de actuación. Un plan para volver y para gobernar. No es nuevo. Es el que en su día tramó con Manuel Ortínez y que exige contar con un equipo reducido pero integrado por figuras del máximo nivel.

¿Podía contarse con Quintà para ese equipo? ¿Qué podía contarle a Quintà? «Quien mantiene y escribe esta entrevista conoce a Tarradellas desde hace una docena de años, lo que equivale a decir que lo conoció siendo un adolescente. Hay, pues, en la entrevista un clima de franca amistad que se convierte en un obstáculo a la hora de redactar sus manifestaciones. Una pregunta hace medir todas las palabras. ¿Qué es lo que debe trascender y qué es lo que debe ser considerado confidencia hecha al amigo?» Lo cierto es que la entrevista tuvo un impacto relativo, pero Tarradellas está agradecido. Quintà, en cambio, se indigna con las dos revistas. En *Guadiana* se cargaron el primer párrafo. Las mutilaciones en *Presència* son peores. Había llamado expresamente al director para rogarle que si cortaba algo, se lo advirtiese. No llamó, pero dejó de publicar varios folios enteros.

Quintà se lo cuenta a Tarradellas en una carta escrita a principios de marzo de 1976. La inestabilidad política y social es intensa y no puede descartarse la posibilidad de una involución. El rey, nombrado por Franco y aún no ratificado por los españoles, acaba de hacer una visita oficial a Cataluña. A Quintà le parece estéril y lo hace constar en su crónica. «Mucha decepción», la tituló. «La situación es de una inseguridad total», le confiesa en esa carta a Tarradellas, «creo que no puede descartarse la idea de un posible golpe de fuerza de la ultraderecha». Pero personalmente no estaba preocupado. Tiene muchísimo trabajo. Pronto el President recibiría noticias directas de una novedad importante. Deja todos los medios escritos donde colabora. Será la voz catalana del periódico que crea el poder para liderar el cambio.

Hacía meses que se hablaba de un nuevo periódico concebido para liderar el posfranquismo. Era la plataforma privada impulsada por el reformismo de extracción franquista. El que había estado dentro del sistema oficial y el que se había situado en los márgenes, pero quería integrarse en él durante la transformación en marcha. Esas elites serían sus primeros accionistas y todos apoyaban el propósito de la empresa: orientar la transición desde la óptica del liberalismo conservador y muy descafeinado del Madrid capitalino. Su lector modelo eran las nuevas clases medias que apostaban por la modernización democrática de España. En la elección del primer director esa suma de vectores cuadra. Pero el joven Cebrián —treinta y un años, socializado en el moderantismo democristiano— debe formar un equipo no solo madrileño. Para escoger a su periodista de referencia en Cataluña se fía del consejo de dos reformistas catalanes de prestigio. Uno que era sistema puro, otro que era poder económico. El primero es Carles Sentís, que quiere hacer política; el

segundo, el hombre fuerte del Banco Urquijo, Ramon Trias Fargas, que ya ha creado su partido. Los dos dan el nombre de Alfons Quintà. Cebrián acepta.

Quintà publica en *El País* desde el primer número, el 4 de mayo de 1976. Sus notas y artículos son una continuación del tipo de información que realizaba en *Guadiana*. Pero aquella revista apenas fue leída —le ganó la partida *Cambio 16*—, mientras que *El País* se sitúa en el eje de la Transición desde el primer momento, y Quintà se convirtió en informador de referencia de lo que ocurría en Cataluña. Tiene poder del cuarto poder y el poder político lo sabe. En el periódico habla de todo. Desde los conciertos de los cantautores a la elección de rectores universitarios, de las huelgas a las reuniones de todo tipo que se celebraban en Barcelona. Casi nunca información económica. La prioridad, como ocurría en todo el país, es la política. Cenas, rumores, alianzas. Y de entrada, una visión de conjunto para que el lector de toda España se hiciese una composición de lugar.

«La burguesía catalana renunció a la política en favor de los problemas económicos». Era el titular de su primer artículo y a esa tesis sumaba otra: «Victoria suya de gran alcance fue el Plan de Estabilización». Es una afirmación equívoca porque fundamentalmente ganó el franquismo. Pero esa victoria política tuvo su dimensión económica y ciertamente facilitó la modernización del tejido industrial catalán. Surge así una nueva burguesía, en parte la que había orbitado en torno a Pla, y de ese círculo, al hablar del cambio, destaca alguien a quien conoce y admira: Pere Duran Farell, «figura del gran industrial de claras convicciones catalanistas, pero que, sin embargo, posee intereses que se mueven a nivel de todo el Estado español, e incluso, a nivel multinacional». Destaca a Duran y a Pujol, «de quien hablaremos más ampliamente».

Lo hizo tan solo dos días después. En otro reportaje, dedicado al centro, lo presenta como «vicepresidente ejecutivo de Banca Catalana» y subraya que «posee una fortuna personal procedente de una gran empresa de productos farmacéuticos». No dijo que es un accionista del periódico, y Pujol lo es, y sí dijo cuál era su potencial político: tiene las condiciones para liderar el espacio del reformismo democrático. Lo que tiene —y no tienen otros— es capital de lucha antifranquista —interrogatorios, tortura, cárcel—, reconocido por la pequeña y mediana burguesía. Un capital que Pujol pone en valor para que esas clases mesocráticas transiten del franquismo a la democracia sin necesidad de realizar examen de conciencia alguno.

Pocas semanas después Pujol volvía a un titular suyo. Quintà anuncia que ha dejado Banca Catalana: «Hasta enero del presente año, había sido

vicepresidente ejecutivo de la entidad, así como, muy posiblemente, el dirigente de la misma que desarrollaba un papel más activo». Su lugar en el consejo de redacción se había desdoblado: habría una vicepresidencia primera —ocupada por su padre Florenci— y una segunda. Pero la noticia, que venía a confirmar la voluntad de Pujol de dejar la banca para dedicarse a la política, la aprovechaba para reiterar que aunque no la dirigiera ni fuera su presidente, en Banca Catalana era él quien mandaba. «Su función siempre fue capital».

Para Quintà es evidente que Pujol era un centro de la política catalana, pero existía otro lugar. En ese reportaje sobre el centro, como una coda, menciona a Tarradellas porque esa, con mayor o menor convicción, es su apuesta: «Esta figura política ha jugado un papel de arbitraje en innumerables ocasiones, algunas de ellas, recientes, y su autoridad es explícitamente reconocida». Quintà es el periodista a quien Tarradellas, por teléfono o a través de sus colaboradores en el interior, filtra sus iniciativas y Quintà actúa como un miembro del estado mayor tarradellista cuando el presidente exiliado aún era un desconocido para la mayoría de la población. Pero Quintà entiende su lógica, que es la de la Transición.

La primera entrevista a Tarradellas que publica *El País* aparece en el verano de 1976, cuando Adolfo Suárez ya es presidente del Gobierno. Lo presenta como un hombre de Estado que había tratado con figuras del Estado franquista. Puede seguir siendo interlocutor. Quintà le pregunta las condiciones para establecer un diálogo y para Tarradellas resulta evidente: «Una sola. Reconocimiento de la Generalidad de Cataluña y de su presidente». Podía parecer imposible, pero también lo era la amnistía y ya se ha avanzado en esa dirección. La cuestión es que él y solo él debe ser el interlocutor de referencia. Tan solo en una ocasión, durante las décadas de exilio, había pensado en delegar sus atribuciones. Nadie lo sabía hasta que Quintà lo explica en esa entrevista: «Solamente a finales de la década de los cincuenta, Tarradellas estuvo dispuesto a delegar la representación de la Generalidad en el interior al prestigioso historiador Jaume Vicens Vives. Este hecho —que ahora *El País* ha sido autorizado a revelar por vez primera— quedó truncado por la muerte de Vicens Vives en julio de 1960».

Lo que Quintà no revela, ni entonces ni nunca, es por qué lo sabía él. Y lo sabía porque él era hijo de su padre, pero a su padre no lo nombrará jamás en sus artículos.

¿Por qué no me llama Quintà? Después de años de ostracismo, el teléfono de Saint-Martin-le-Beau suena cada día con mucha frecuencia. No son pocas las visitas que recibe Tarradellas. Viejos conocidos, periodistas, políticos de la

oposición. Y no tardará en aparecer un emisario del Gobierno Suárez. La casa se convierte en un lugar de culto. Pero después de la última entrevista Quintà, que nunca fallaba, que era de los suyos, ha dejado de llamar. Al fin, desde Barcelona y después de la Diada del 11 de septiembre —la primera que tiene autorización legal—, el periodista descuelga el teléfono, llama a Tarradellas en Francia y comunica las últimas informaciones que ha podido obtener. Seguramente Carles Sentís será director de *La Vanguardia* —el conde de Godó y su hijo abordaron el asunto en una comida con Suárez en la Moncloa— y es probable que también haya cambios en *Tele/eXpres*. Lo publica al cabo de una semana, demostrando que cuenta con las mejores fuentes.

A Tarradellas le justifica su silencio. Está preparando exámenes. Quintà estudia Derecho. O está matriculado en Derecho. Sorprende que precisamente entonces, cuando va sobrepasado de trabajo (*El País*, el programa de radio), curse estudios universitarios. Pero tampoco es que le dedique muchas horas, la verdad. Algunos profesores le aprueban porque él ofrece algo a cambio: publicar un artículo en las páginas de Opinión en el periódico. No tiene reparos y, a la hora del examen, saca apuntes de la asignatura y copia descaradamente. Pero en un caso la estrategia no funciona, aunque él sea Quintà, de *El País*. La profesora ayudante de Derecho Penal lo ve copiar, lo reprende, Quintà contesta y ella lo expulsa del aula. Después explica la anécdota en el comedor de profesores y todos ríen juntos y todos saben quién es y todos le llaman igual: «El hijoputa de Quintà». Lo que no esperan, porque no lo conocen, es la venganza. En un breve del periódico denunció que se había expulsado sin justificación a un alumno de un examen en la facultad de Derecho de la Universidad de Barcelona.

A finales de los setenta, el Quintà que brilla actúa con cierta impunidad. Apenas le importa marcar distancias con Tarradellas, a pesar de haber apostado por él. Tarradellas, que interpreta bien a las personas, lo constata al instante: «No es el de antes», apunta en su dietario, «es amable, pero no es lo mismo». La diferencia es que está dando rienda suelta a un comportamiento sin mucho freno porque sabe que a su favor tiene un instrumento del poder: un medio de comunicación que está consiguiendo lo que se había propuesto, tomar diariamente la temperatura al proceso de cambio político. Y nadie quiere romper la relación con él. Tener a favor o en contra entonces a *El País* es fundamental para prestigiarse en el debate público porque existe el cuarto poder, pero todavía no existe el poder político democrático.

Quintà sabe aprovecharse de esa posición. Sabe que los otros saben que es mejor intentar mantener buena relación con él que enemistarse. Y porque sabe

que ellos saben, se aprovecha de esa circunstancia. Ese era su poder y el teléfono es el arma que utiliza sin control. Llama sin parar. Para confirmar una información, para obtener un dato, llama a cualquier hora. A la una de la madrugada o a las siete de la mañana. Carece de escrúpulos. Le da igual molestar. Sabe que, en el otro extremo del teléfono, les interesa mantener el canal de comunicación con él, es decir, con *El País*. Descuelgan, identifican de inmediato esa voz de macho, sedosa, y asumen que acabarán largando. Porque si no confiesan lo que él quiere a la primera, volverá a llamar.

Todo el día es así. Por la mañana, al mediodía, por la noche. A la hora de comer, en casa de un político, suena el teléfono y la familia ya sabe que el padre o el marido no comerá con ellos porque se pasará una hora charlando con Quintà. Mercedes, su pareja de entonces, tampoco entiende cómo es capaz de molestar con tanta insistencia, hasta que asume que su afán no es otro que hacerse con la noticia. Él antes que nadie, él más que nadie. Es su manera de vivir el oficio. Su intensidad es adictiva, pero podía resultar tóxica. Se descuelga de su generación. Apenas nadie de la profesión tiene buena relación con Quintà. Por eso mismo es tan difícil mantener una relación personal con él. Su magnetismo es su voracidad, pero también su fragilidad. Es un buen amante y un adulto necesitado de protección. Porque de repente se despeña, cae en el ángulo muerto de su subjetividad y enseña en bruto los despojos de su biografía. La huida de Mariluz, sin posibilidad de retenerla, humillando esa hombría que exhibía sin pudor porque necesitaba afirmarla para sentirse fuerte. La vieja huida del padre, tras dejarlos a él y a la madre solos en el piso de la avenida José Antonio, mientras él marchaba a Palafrugell con un dulce para comerlo en familia con su amante.

Sus ángulos muertos muestran el abandono del que no se siente responsable. Son espacios que deberían estar protegidos, silenciados, para esconder la herida y acallar el dolor. «No quiero hablar de eso», repetía cuando le preguntaban por sus traumas. Por la mujer que lo abandonó. Por el padre que los había abandonado. Fue entonces, una noche de 1976, cuando ella, al verlo desnudo, lo descubrió. Entonces le fue más fácil comprender la cotidianidad de la bipolaridad, esa alegría a la que seguía de repente un cambio radical, como si el mal lo poseyera. Son las marcas en la espalda, el rastro permanente de las palizas de su padre con la hebilla del cinturón. Lo vio y se fue. Ella también. Una más. Y Quintà actúa como otras veces con otras mujeres. La llama compulsivamente. Desde el teléfono de su casa. Desde una cabina enfrente de la casa de aquella periodista. Desde el portero

automático de su casa. No abrirá. Ya sabe lo que otras han aprendido. Seguir con él sería entrar en una espiral de destrucción y hundirse.

A finales de 1976, tras la aprobación de la Ley para la Reforma Política en las Cortes aún configuradas por el franquismo, Suárez puede acelerar el proceso de democratización del Estado. La oposición se incorpora a los canales de diálogo con el Gobierno y que llevan hacia las primeras elecciones pautadas por el reformismo. El instrumento para incorporarse al proceso es una comisión de notables de la oposición: la Comisión de los Nueve. Para representar a las nacionalidades el elegido es Jordi Pujol. Él actuará como el interlocutor catalán de referencia. Pero al asumir esa función en la Comisión desactiva, en un segundo, las posibilidades de Tarradellas para convertirse en el interlocutor de la política catalana con el Estado. Tarradellas pide la dimisión de Pujol. Se reúnen a mediados de diciembre en París. Tarradellas dice a los medios que Pujol acepta su petición y dimitirá, pero Pujol llega a Barcelona y no dimite. ¿Quién miente? Quintà sabe quién puede aclararlo. Alguien que estuvo en la reunión, aunque no lo ha revelado. Es una de las personas de las que quiere vengarse, a quien ha clavado más chinchetas en la pared del despacho: Manuel Ibáñez Escofet. Es amigo común de Pujol y Tarradellas y Tarradellas le pidió que estuviera presente para que hubiese un testimonio.

Los entresijos del episodio los desvela Quintà en una crónica publicada el 30 de diciembre de 1976. Revela que Ibáñez estuvo allí y que ha recibido una carta donde Tarradellas cuenta su versión. «Ibáñez Escofet ha confirmado ya a dos informantes de *El País* la veracidad de las afirmaciones de Tarradellas contenidas en la carta, pero precisó que no puede obrar en contra de Pujol». Pero Pujol no dimite y Quintà, maquinando con Tarradellas, piensa cómo desactivarlo.

Explica que el exiliado se ha reunido con el presidente de la Diputación de Barcelona, Joan Antoni Samaranch. Ese contacto le permite a Quintà lanzar un globo sonda en el artículo. «Con estos hechos es posible que se dé un paso importante que podría enmarcarse en el contexto del esbozo de pacto que, según todas las apariencias, existiera entre el Gobierno Suárez y Josep Tarradellas. La finalidad del mismo sería restablecer la Generalitat de Cataluña y lograr el regreso de su actual presidente. Al efecto se recuerda que Tarradellas jamás se ha pronunciado contra la monarquía como institución, y en cambio ha afirmado que la Generalitat existió en Cataluña tanto bajo la monarquía como en período republicano». Dicho con otras palabras:

Tarradellas acepta la monarquía, quiere que se sepa públicamente, porque sabe que es la cláusula esencial de la Transición.

En círculos de la Casa del Rey se toma nota del mensaje, aunque no es la primera vez que se escucha. Porque sí, desde antes de la constitución de esa Comisión, existía un canal de comunicación abierto entre el Gobierno y Tarradellas. Lo sabía Quintà porque se lo había contado su impulsor —otra vez Manuel Ortínez— y por ello había escrito esas palabras en su crónica. Pero había quien empezaba a conocer los detalles. A finales del mes de enero Manuel Prado y Colón de Carvajal —una de las personas más próximas a Juan Carlos— felicita a Ortínez por su iniciativa a la salida de un funeral en Madrid. La conversación la escucha Ramon Trias Fargas —porque el entierro era el de su suegro, el doctor Trueta— y al cabo de pocos minutos la escena se la explica Ortínez a Quintà. Días después Quintà llama a Trias Fargas. No da credibilidad alguna a un contacto entre Tarradellas y el Estado. Entonces Quintà contacta con Ortínez y Tarradellas. ¿Les parece políticamente útil desvelar esa operación de Estado?

Lo discuten comiendo en un restaurante en un pueblo costero del sur de Francia, cerca de la frontera. Mientras comen una ensalada de primero y una lubina de segundo, hablan obsesivamente de política. Tarradellas cree que hay una alianza implícita entre Pujol y los comunistas para desactivarle. Pero no puede seguir negando a los partidos un papel, aunque él querría tenerlo en exclusiva. En pocos días se reunirá con cinco representantes del espacio hegemónico del centro izquierda catalanista. Del bolsillo saca una ficha que enseña ahora a Ortínez y a Quintà. Está escrito el anagrama APRO y el número 4700. Es el número de cartas que ha recibido apoyándolo gracias a una campaña de Esquerra Republicana, es una demostración de cierta popularidad. APRO significa a agentes provocadores: Pujol puede utilizarlos para forzarlo a enfrentarse al Gobierno, desacreditándolo como pactista, y dejando todo el espacio de la moderación a Pujol. En la reunión con los partidos, Tarradellas verá quién puede reforzarle. No tiene otro interés.

El día anterior a esta reunión, Tarradellas llama a Barcelona. Quintà le dice que se está equivocando. No actúa como periodista para obtener información sino implícitamente como un integrante del equipo de fieles que trabajan a favor de su retorno con la Generalitat reinstaurada. No es un periodista sino un activista que se confiesa como tal en la carta que ese mismo día le escribe: «Desde las pasadas navidades hasta el día de hoy, discretamente pero intensamente, y con total fidelidad a Catalunya, he obrado en favor de su inmediato retorno. Entendía qué pasaba, entendía su política, y

creía que no podía estarme de brazos cruzados». Legitimado por ese compromiso, le dice que no podría seguir apoyándole. La reunión se celebra el viernes 18 de febrero. Rematará su crónica sobre el encuentro Tarradellas y la oposición, celebrado en Perpiñán, diciendo que algunos sectores habían sentido un «notable desconcierto». Pero no ha habido progresos. Tarradellas no firma ni cede en nada. Se limita a intercambiar impresiones.

Ya debe saber que su nombre abrirá la edición del martes del diario *El País*. No era una información más. Es un *scoop* muy potente y es su principal intervención desde el periodismo en la Transición. 22 de febrero de 1977. Tiene treinta y tres años. Título: «Existen contactos entre Suárez y Tarradellas». Subtítulo: «Manuel Ortínez, exdirector general, intermediario». La inesperada aparición pública de Ortínez en un episodio que podía ser clave para la política española convierte la biografía de Quintà en una especie de novela familiar. De repente, a través de su biografía y sus artículos, se contempla la mecánica opaca de las redes del poder. Opaca no es perversa. Es difusa porque esconde que, tras la intervención en la realidad para transformarla, se oculta siempre la lucha de los poderes aliados y en competencia entre ellos.

Hay una dimensión de su vida que parece encaminarle a dar esa noticia. Ortínez ha sido un nombre omnipresente en su vida. Él era quien había implicado a Pla y a su padre en 1960 en la formación del equipo político del exiliado. En el verano de 1965, pendiente de su procesamiento, Pla y Ortínez habían comido en su casa de Figueres porque al día siguiente verían a Tarradellas, pues Ortínez quería pedirle permiso para aceptar un cargo de responsabilidad económica en la dictadura. Ortínez es sistema y, dentro o fuera del poder, ha realizado gestiones para ayudar al hijo del amigo de Pla cuando ha tenido problemas. Ahora Ortínez es una de sus mejores fuentes. Ahora ese hijo, tarradellista y convertido en uno de los periodistas más influyentes de la Transición en Cataluña, es el encargado de descubrirle ante la sociedad del cambio y mostrar asimismo que el Gobierno, además de tener a Pujol como interlocutor, había sondeado también a Tarradellas.

Para los lectores del periódico, Ortínez es un desconocido. Lo presenta como un veterano del poder financiero español. El hombre de los industriales del textil a través del cual pudieron realizar una operación de blanqueo de capitales. El director del Banco de Bilbao en Barcelona. El impulsor del Banco Industrial de Cataluña. El director general del Instituto de Moneda Extranjera, que pertenecía al Ministerio de Comercio. Durante la segunda mitad de los sesenta, el príncipe Juan Carlos realizó un curso en esa dirección

general que controlaba el movimiento de divisas. Trabaron una buena amistad. El subsecretario de su ministerio era Alfonso Osorio. En 1976 Juan Carlos era rey y movía los hilos del cambio, y Osorio era ministro de la Presidencia. Y fue por recomendación de Ortínez, para plantear una alternativa política a la situación catalana, cuando desde Presidencia se encomendó al jefe de los Servicios de Inteligencia —el teniente coronel Andrés Cassinello— que se reuniese con Tarradellas y redactase un informe sobre la reinstauración de la Generalitat como factor, disruptivo y estabilizador, del proceso de cambio político.

En su noticia de portada de aquel 22 de febrero, sin tantos detalles pero descubriendo lo esencial (actores y contactos), Quintà cuenta una operación secreta y de alto nivel. Desde un punto de visto informativo, es una noticia excepcional y desde ese momento es transparente que Ortínez es una de sus principales fuentes de información. Pero no solo una fuente. Es un cómplice de la operación de regreso de Josep Tarradellas.

Tres días después de las elecciones constituyentes del 15 de junio de 1977, Quintà recoge con su Seat 127 al ganador en Cataluña: el socialista Joan Reventós. En el coche va también Raimon Obiols. Les ha citado Ortínez en el hotel Victoria. Les explica que hay una operación de Estado en marcha para que Tarradellas regrese a Cataluña y se restablezca la Generalitat. Como los socialistas han ganado las elecciones, Ortínez les propone que capitalicen la operación. Reventós dice que esa decisión debe discutirla con la dirección del partido. Ni Obiols ni Quintà abren la boca, pero Ortínez les dice que le den una respuesta cuando lo hayan decidido y que pueden contactarle a través de Quintà, porque ellos hablan cada día por teléfono. Después de esa reunión Ortínez y Quintà tienen otra en casa de un veterano político e intelectual: Maurici Serrahima. Cuando salen de su casa en el barrio de Sarrià, Serrahima llama a Josep Benet. Le cuenta lo que le han contado y Benet, que detesta a Tarradellas y se siente políticamente reforzado —el senador que ha obtenido más votos en toda España—, le contesta a su viejo amigo que es impensable que esa operación se concrete.

Desde el sábado 18 de junio Quintà espera la llamada de los socialistas. «Si no te llaman, tú no les llames», le comenta Ortínez. Pasan los días y no llaman. Al cabo de una semana Quintà marca el número de teléfono de la casa madrileña de Manuel Ortínez. Está en una cabina del Portal de l'Àngel. Responde la mujer de Ortínez. No puede decirle dónde está su marido. Dos días más tarde sabrá qué ha ocurrido. El lunes 27 de junio Josep Tarradellas llega a Madrid, sube a un coche acompañado por Carles Sentís y se dirige a la

Presidencia del Gobierno, donde le recibe Adolfo Suárez. Adaptado a las coordenadas de 1977, era la fórmula Ortínez explicitada en el informe de Josep Pla de 1960 tras esa reunión de la que Josep Quintà fue testimonio. Tarradellas pacta con el Estado para estabilizar el proceso de Transición reinstaurando la Generalitat. Quien mejor lo ha contado ha sido Alfons Quintà.

Durante ese verano de 1977, Carles Sentís dio una fiesta en su casa de veraneo en la Costa Brava. Los corrillos estaban pendientes del invitado estrella: el presidente Suárez. Y Suárez, al ver que entre los asistentes está Ortínez, se acerca con una sonrisa al financiero:

—Todo esto lo iniciaste tú. Un día hemos de escribir juntos un libro para contarlo.

El diálogo lo escuchó y lo anotó Alfons Quintà. Él lo sabía todo. Hablaba con todo el mundo, no había fuente que no controlase, pocos tenían tan buena información como él.

No era un buen escritor de periódicos. Su prosa era descuidada, frenética, cocainómana, pero es un buen periodista a la hora de obtener la información que revela secretos sobre las tramas de intereses y el funcionamiento del poder. Tuvo premio. El 11 de septiembre de 1977 sus lectores supieron que había sido promocionado. Él y su homólogo en el País Vasco, Jesús Ceberio, dejan de ser corresponsales para ser considerados delegados. La noticia se publica el 11 de septiembre e incluye una breve biografía: «Alfons Quintà, treinta y tres años, soltero, periodista y oficial de la Marina Mercante, creó los programas en catalán de Radio Barcelona y ha trabajado para la programación catalana de TVE, *The New York Times*, Associated Press, France Presse y el diario *Tele/eXpres*. Fue asesor científico de la Gran Enciclopèdia Catalana y ya ha dejado en *El País* pruebas de su capacidad profesional adelantando informaciones sobre la política catalana que significaron auténticos *scoops*».

Al cabo de un mes y medio Quintà redacta una crónica que abría otra vez la portada del periódico. Era la información sobre la toma de posesión de Josep Tarradellas como presidente de la Generalitat. La elección del titular, en el corazón de la primera página, revela la interpretación que debía darse a ese acto de institucionalización: «Tarradellas juró ante Suárez lealtad al rey don Juan Carlos». En su intervención en el Palau de la Generalitat, Suárez también destacó el papel de la Corona y Quintà lo subrayó: «En un párrafo muy significativo, Adolfo Suárez afirmó concretamente: “Como dato histórico que ya ha sido destacado, hay que decir que si fue Felipe V quien firmó el Decreto de Nueva Planta que anulaba las instituciones autonómicas

catalanas, ha sido el rey don Juan Carlos I quien las ha devuelto”». Era la clave de bóveda de la Transición. Mientras se celebraba aquel acto, Juan Carlos está en Arabia Saudí, acompañado de algunos ministros y empresarios. Por la noche, beben whisky de extranjería en el hotel y el rey fuma los habanos que le envía por valija diplomática Fidel Castro y se pacta la venta de armamento al país árabe sin pasar por las comisiones preceptivas del Ministerio de Defensa.

Todos los corresponsales llaman a Camilo Valdecantos. Es su coordinador. Él toma las crónicas que le envían periodistas de provincias. Él es el primero que atiende las llamadas de Quintà. Pero Quintà llama a cualquier sección. Siempre la última noticia, siempre la mejor exclusiva. Escuchan sus misterios y saben lo que Quintà espera y exige. Hablar con Cebrián. Y a Cebrián le explica la noticia, lo que la noticia oculta y revela, y quizá le descubre sus fuentes. Su red llega a cualquier espacio de poder en Cataluña.

Todos le pasan información a Quintà. Convergentes y anarquistas, tarradellistas y socialistas. En una sesión del Congreso del PSC se pide que las personas que suelen filtrarle información se abstengan de hacerlo, e incluso esa comunicación se publica en *El País*. Un consejero de la Generalitat mantiene una reunión privada con sus asesores en el despacho y al día siguiente lee la conversación en un artículo transcrito tal cual. Dimite el presidente de Banca Catalana —Jaume Carner Suñol— y Quintà lo sabe porque la información le llega desde el propio consejo de administración. En sus artículos a veces hay declaraciones, pero en muchas otras son fuentes anónimas que opinan o informan. Son aquellas personas a quienes Quintà llama a cualquier hora del día o de la noche y escuchan cómo encadena una pregunta tras otra para obtener la información, que espera con una ansiedad voraz. Al día siguiente se ven en los papeles, temen haber dicho más de la cuenta o se descubren malinterpretados y se quejan. O le llaman o en ocasiones escriben cartas al director. Pero el método de trabajo de Quintà no cambia. Llama una vez, otra y otra.

Hay quienes están dispuestos a seguirle el juego. En el consejo de Gobierno de Tarradellas, donde hay consejeros técnicos pero también políticos, hay quien le informa con puntualidad del contenido de las reuniones. Uno de los integrantes del Gobierno que le pasa algunas primicias es Pujol. Pero la mejor de todas sus fuentes es Ortínez, ese hombre en la sombra que ha sido nombrado consejero. «Han tenido que transcurrir catorce meses para que también Ortínez llegara al poder, lugar donde le gustaría estar siempre». Va al poder para que el poder no cambie de manos. Su objetivo,

según Quintà, es construir desde dentro una fuerza política para impedir que los partidos de izquierda ganen las primeras elecciones autonómicas. La idea de Ortínez, según Quintà, sería replicar en Cataluña la fórmula Suárez ensayada con UCD: incorporar a los políticos del antiguo régimen, instalados en la administración municipal, en una organización política que tendrá como líder a Tarradellas. «Al igual que Suárez —pero no estrictamente al servicio de este—, el nuevo consejero de Gobernación utilizará rabiosamente el poder para configurar un partido sobre la base de un conglomerado de organizaciones». Pero Ortínez vio que esa opción no cuajaría y que no se podría formar el partido de Tarradellas.

Ortínez tenía una buena alternativa para seguir en el poder y Quintà la contó de inmediato a sus lectores. El 5 de abril es nombrado miembro del consejo de administración de La Caixa. No ejercería como tal mientras fuera consejero de la Generalitat, pero tenía claro por qué le habían designado: cuando Narcís de Carreras abandonase por razones de edad el cargo que ostentaba, Ortínez le sustituiría como presidente de la entidad bancaria. Desde *El País* Quintà maniobraría a favor de ese objetivo, pero esa elección se frustra. Valdría como una demostración de cómo se estaba diluyendo la influencia del tarradellismo. A medida que se acercaban las primeras autonómicas, esa influencia se disolvía porque el presidente no había querido liderar una oferta electoral. Despotricaba de unos y otros, como siempre de Pujol y ahora también de Suárez, y así lo cuenta Quintà (porque así se lo explica Ortínez). Pero cuanto más cerca estaba la convocatoria electoral del 20 de marzo de 1980, más claro se veía que había concluido la hora de Tarradellas.

En ese ciclo, que tan poco miraba al pasado, al inmediato y al lejano, todos los actores mueven ficha porque es un momento trascendental: el futuro presidente sería el encargado de institucionalizar un nuevo poder. No pasa siempre. En realidad no pasa casi nunca. El ganador de esas elecciones dará forma política a la Cataluña democrática, y por ello, para evitar la victoria de las izquierdas, la elite del empresariado financia una campaña de contrapropaganda. Los nombres y las cifras los dio Quintà en sus artículos. Desde el periódico dispara en múltiples direcciones y apunta a los dos principales candidatos a obtener la victoria: Reventós y Pujol.

Y es aún en la precampaña cuando Quintà, al final de un artículo, incrusta una información a la que apenas se dio importancia. La capacidad de acción de Pujol está limitada porque algo le hipoteca. Se dedicaba a la política, pero no solo a la política. Acababa de hacer gestiones al máximo nivel para

conseguir que el Banco de España encaminase a La Caixa a tapar agujeros de Banca Catalana. La crisis bancaria estaba desbocada y el banco del que Pujol era el primer accionista no se escapaba de una coyuntura crítica. Quintà lo contó a finales de 1979.

Fue durante esas fechas cuando los tres principales líderes políticos catalanes viajaron juntos a Madrid. Han pedido hora a Juan Luis Cebrián para hacerle una petición. Pujol, Reventós y el dirigente comunista Antoni Gutiérrez Díaz. Le piden al director de *El País* que destituya a su delegado en Barcelona. El director del periódico les dijo que no se preocuparan. Pronto habrá una reestructuración de la delegación.

Por esos días un viejo conocido de Quintà le dedica un artículo en el diario *Avui*. Se titula «Què fa córrer Alfons Quintà?», y lo escribe Jaume Miravittles —para quien él había inventado el apodo de Jaume Mira-Cia—. Es un texto de opinión extraño. Miravittles comienza su escrito con un elogio. «Es un gran periodista. En el sentido que los anglosajones definen al reportero, es decir, el hombre que capta las noticias y las interpreta a su manera. No dudo en considerarle el mejor reportero de Cataluña y probablemente de toda España. Ve la noticia, sabe dónde está la fuente y después la explica de una manera clara y nunca pesada». Es el mayor elogio público que se ha publicado y se publicará sobre Quintà. Los dos son de Figueres, dice, y él lo conoció a través de sus padres. «Fue la primera persona, tras mi llegada del exilio, que trabajó conmigo». Había sido en 1965. Antes de terminar el primer párrafo subraya una señal de extrañeza de ese momento: le había pedido siempre que no le llamase «Señor Miravittles», no era necesaria tanta formalidad, pero Quintà mantuvo el tratamiento de respeto porque, pensaba Miravittles tiempo después, había preferido mantener la distancia. «Era, pero eso lo comprendí más tarde, una barrera, consciente o inconsciente, situada por él en nuestra relación personal». No era casual que usara la palabra inconsciente.

De manera abrupta Miravittles cambia de protagonista. Pasa de Quintà a Salvador de Dalí. Destacaba el conocimiento de Sigmund Freud que tenía el pintor surrealista. «Fue uno de los primeros catalanes que leyó y comprendió a Freud». Pero no era solo que lo hubiese leído, es que Dalí se había fundido con la teoría del sujeto del psicoanálisis. «Era, es, un sujeto freudiano». Esa asunción de las teorías de Freud no era algo anecdótico sino constitutivo de su personalidad. «Cree que la figura del héroe es la de quien rompe con su padre y con todo lo que representa la paternidad». Romper era una manera de decirlo, pero había otra más contundente: «Mentalmente Dalí es un parricida,

mató a su padre y a su hermana». Y no solo mató a su padre para resolver su complejo de Edipo, sino que al construir su personalidad pública hizo extensivo ese combate por afirmar su personalidad matando incluso la cultura y los mitos de su propio país: «Salía mentalmente reforzado de esas pruebas, era una especie de exorcismo para que huyesen sus demonios».

Y de aquí Miravittles salta otra vez a Quintà. Su voluntad de atacar denigrando había de tener una motivación equiparable a la de Dalí. «En mi opinión el caso Quintà es, por comparación menor, una reacción parricida parecida a la de Dalí. Mentalmente Quintà ha matado a su padre y a su madre; su *usted* conmigo era una demostración de distancia negativa». Para Miravittles ese era el ángulo muerto de Quintà. Era un sujeto freudiano y mentalmente un parricida. Pero mientras Dalí, además de su actitud pública, exorcizó el trauma en su obra, Quintà, en teoría, solo debería haber intentado matar a través del periodismo. Estaba ocurriendo por entonces con Tarradellas. Él sabía que el matrimonio Tarradellas había tratado con cariño a ese periodista que ahora lo maltrataba en sus artículos. Pero en realidad Miravittles sabía que ese era un comportamiento típico de Quintà. Lo que ahora sufría Tarradellas lo habían padecido antes otros. Sentís, Ibáñez Escofet o él mismo. Y la repetición de ese patrón de conducta no podía ser casual, sino que era la demostración de una psicopatía.

Como Dalí, era un sujeto freudiano, que necesitaba permanentemente exorcizar a sus demonios. Cometer, simbólicamente, parricidios. Matar a su padre. Matar a las figuras paternas que le habían ayudado. Porque solo matándoles podía olvidar sus traumas. Y como Dalí, además, no se limitaba a matar al padre, sino que el ángulo muerto era tan profundo que se extendía más allá del propio círculo familiar, más allá de la red donde había crecido, para destruir a todo el país hundiendo a sus mitos. Dalí lo hizo en sus años surrealistas, Quintà lo estaba haciendo con Tarradellas. Matándolo estaba matando a Cataluña. La paradoja es que esa maldad, que era el motor de su personalidad donde los ángulos muertos carcomían su estabilidad, tenía una manifestación pública que era la clave de su prestigio. El afán de informar para destruirlo todo y vengarse de las humillaciones que sentía haber padecido lo convertía en ese reportero. Lo demostraría pocas semanas después.

El 24 de abril de 1980 Jordi Pujol, ganador de las primeras elecciones autonómicas, es elegido President de la Generalitat al obtener la mayoría en el Parlament de Cataluña. Quintà publicó dos crónicas sobre la jornada en *El País* del día siguiente. Una en la portada, que se iniciaba con la proclama que

Pujol había hecho a las diez y media de la noche: «Ya estamos aquí, ya estamos aquí después de mil años de historia y tiraremos adelante». La crónica extensa terminaba casi con una advertencia. Para Pujol la gobernabilidad no sería fácil. «Los apuros parlamentarios de la elección de Pujol debilitaban su imagen. Ello hará preciso una enérgica actuación por parte del nuevo Gobierno autonómico, ya democrático, por cuanto que, de otro modo, podría naufragar entre las maniobras que desde el Parlamento o por Tarradellas puedan organizarse». ¿De qué maniobras estaba hablando? La respuesta la dio él mismo.

Martes 29 de abril de 1980. Alfons Quintà, treinta y siete años, firma dos noticias publicadas en esa edición. En una anuncia que Josep Tarradellas no asistiría a la toma de posesión oficial de Jordi Pujol. La otra era un reportaje, firmado junto con Carlos Humanes, que encajaba perfectamente con el perfil de reportero descrito por Miravittles. No es noticia de portada, pero podría haberlo sido. Trata de economía, pero se publica en las páginas de política. Debía ser la primera entrega de una serie. Solo se publicará ese artículo, pero con esa página empieza su leyenda. En la dirección de Madrid les parece bien. Desclava una chincheta de la tarjeta de Jordi Pujol que conserva en su despacho. Una noticia puede iluminar un tiempo. Diagnosticar la patología de una sociedad y descubrir cómo se proyecta en la psicopatía del autor. Una exclusiva puede ser un intento de parricidio.

DIFICULTADES ECONÓMICAS DEL GRUPO BANCARIO DE JORDI PUJOL

Mientras Jordi Pujol era elegido presidente de la Generalidad, varios cientos de trabajadores de la empresa Unidad Hermética —de la que el Banco Industrial de Cataluña (BIC) es accionista mayoritario— estaban situados delante del Parlamento catalán y coreaban frases nada agradables con relación a Pujol, al tiempo que repartían octavillas en las que la coalición política de Pujol era directamente vinculada a empresas en situación crítica.

El tema no está tan solo en boca de la izquierda, uno de cuyos representantes ya hizo una directa alusión con ocasión del primer debate parlamentario autonómico. Dentro del mismo partido de Pujol, altos dirigentes del mismo han explicado el temor de que los problemas económicos condicionen alternativas políticas en base a una eventual debilidad del presidente electo ante el Gobierno de Madrid. En particular, se recuerda la amplia discrecionalidad que la ley da a la Administración estatal en el terreno bancario, a través del Banco de España. La participación de Jordi Pujol y su familia, en tanto que accionista, en el grupo Banca Catalana, se

estima en fuentes financieras en un 13 %. Hasta hace poco el único representante de estos intereses era Jordi Pujol. Esta participación constituye desde su fundación la más importante del grupo bancario. Ello llevó al presidente electo de la Generalidad a la vicepresidencia ejecutiva de Banca Catalana (BC). «De hecho», indican fuentes del grupo, «el único que mandaba era Jordi Pujol, quien siempre fue poco inclinado a delegar funciones». En 1977 fue sustituido en el cargo mencionado por su padre, ya de avanzada edad, quien lo continúa desempeñando.

Las fuentes indican que desde aquel momento Pujol tuvo la intención real de desvincularse de la dirección del grupo bancario. Pero los problemas que posteriormente aparecieron le obligaron a intervenir de forma directa. Estos problemas se concretaron en especial en el pasado mes de agosto y con relación a la alta dirección del Banco Industrial de Cataluña y, por extensión, en BC. Estaban, por un lado, generados por la crisis industrial general —que, obviamente, repercute en todos los bancos industriales—, pero, por otro lado, procedían de una política muy expansionista y de la sorprendente incorporación al grupo bancario del Banco Industrial del Mediterráneo (BIM), que había tenido que ser intervenido por el Banco de España.

Discrecionalidad del Banco de España

Fuentes oficiales próximas al Banco de España indican ahora que el grupo de Banca Catalana pertenece al conjunto de «unos veinte bancos españoles que necesitan ayuda expresa del Banco de España». Dentro de este conjunto hay unos cinco bancos que están muy mal, ninguno de los cuales pertenece al grupo de Banca Catalana, si bien uno de estos cinco (el Banco de Asturias) puede volver a integrarse en el grupo, al cual perteneció. El caso del grupo Banca Catalana está condicionado por la adquisición del Banco Industrial del Mediterráneo, que supuso una ayuda del Banco de España del orden de los 5000 o 6000 millones de pesetas. Al parecer, alguno de los vencimientos de esta ayuda ha sido prorrogado, debido a la mala situación de su cartera de préstamos industriales, bastantes de los cuales no son recuperables. Todo ello obedece a una política de saneamiento y control de las operaciones, seguida muy de cerca por el Banco de España, cuya discrecionalidad en sus poderes es muy grande. Todas las fuentes indicaron que hoy no existe relación cotidiana y directa entre Pujol y el grupo bancario, pero que, en algunos aspectos, «el único que conoce todas las teclas es Pujol». Fuentes de la dirección del partido de Pujol afirmaron que «sería conveniente que Pujol efectuase una declaración pública sobre su situación económica real y evitase todo tipo de relación directa con el grupo bancario. Se trata de evitar que pueda crearse confusión, como la provocada por la declaración efectuada

infructuosamente por Miguel Roca Junyent, cerca del secretario general de las Comisiones Obreras catalanas en ocasión del conflicto y cierre de la empresa de cervezas de Moritz, del grupo del BIC». Las fuentes indicaron que toda la comprensión expresada hasta ahora por los comunistas respecto a Pujol podía convertirse en todo lo contrario y que el único antídoto es un radical distanciamiento de Pujol respecto a sus intereses económicos.

«Si el gobernador del Banco de España aprieta un botón, Jordi Pujol puede tener un calambre en su saliente sillón de presidente de la Generalidad», afirmó textualmente a este diario un consejero de la Generalidad provisional.

Los centros de interés y preocupación son diversos. En el sector bancario, las operaciones de venta del Banco de Asturias y las incorporaciones plenas del Banco Industrial del Mediterráneo y del Banco Industrial de Cataluña. En el sector inmobiliario y de obras públicas la compra del polígono de Montigalá (dos millones de metros cuadrados) y el control de la empresa deficitaria Túneles y Autopistas de Barcelona, SA (Tabasa). En el sector industrial, dos empresas con reconocidas dificultades (La Farga Casanovas y Unidad Hermética). El grupo Banca Catalana lo conforman actualmente, además de esta, el Banco Industrial del Mediterráneo, el Banco Industrial de Cataluña, el Banco de Girona y el Banco de Barcelona.

Un banquero antifranquista

Banca Catalana nació en 1959, gracias a la compra de la minúscula Banca Dorca, de Olot. Desde el primer momento su dirección real estuvo siempre en manos de Jordi Pujol, si bien por razones políticas, es decir, por su antifranquismo, dicha dirección estuvo camuflada. Pujol era el vicepresidente ejecutivo. En torno al banco inicial se ha configurado un grupo que ha sido instrumento de la filosofía política de Pujol. Aparentemente, Pujol se halla desvinculado ahora del grupo. Pero su despacho político es contiguo con la sede central de Banca Catalana. En la crisis que se produjo entre Banca Catalana y su banco industrial (el Banco Industrial de Cataluña), en agosto del pasado año, el propio Pujol tuvo que intervenir decisivamente, según fuentes de ambas entidades. Las mismas se refirieron al papel de Pujol con relación a la obtención de créditos oficiales para empresas del Banco Industrial de Cataluña (BIC). Estas gestiones se llevaron a cabo con intervención del vicepresidente del Gobierno, Fernando Abril Martorell. En este sentido destaca un crédito oficial de setecientos millones de pesetas a la empresa La Farga Casanova.

Por su parte, el grupo industrial Vilarrasa, del BIM, recibió la pasada semana un crédito extraordinario de 540 millones de pesetas dentro de un

plan de saneamiento que comporta la amortización de doscientos puestos de trabajo. El grupo Vilarrasa está compuesto por Vilarrasa, SA; Vilarrasa Sicra, SA, y Utiel, SA, y pertenece al sector de aglomerados y contrachapados.

Hoy, el Banco Hipotecario de España firmará un convenio de colaboración con BC y BIC por importe de 1500 millones de pesetas destinados a conceder créditos para promoción y adquisición de viviendas de protección oficial.

La crisis del pasado agosto se saldó parcial y momentáneamente gracias a una ayuda de 2000 millones por parte de la Caja de Pensiones para la Vejez y de Ahorros de Cataluña y Baleares (CPVA).

Mil millones lo fueron en concepto de suscripción de acciones (equivalentes al 7 % del capital) y otros mil millones en concepto de crédito hipotecario sobre el nuevo edificio del grupo de Banca Catalana — inicialmente pensado para ser solo la sede del BIC—, cuyo coste podría alcanzar los 3000 millones de pesetas. Es, sin duda, el edificio más lujoso de Barcelona y una de las mejores sedes bancarias de Europa.

Inicialmente, el proceso de crecimiento de Banca Catalana (BC) fue bueno y rápido. Como banco comercial de claro ideario catalanista —cuando Cataluña, al revés del País Vasco, carecía de bancos propios— fue muy bien acogido por la pequeña burguesía, estamento social que precisamente tanto bajo la Segunda República como bajo la dictadura se identificaba más unánimemente con el catalanismo histórico. Por sus características, esta clientela, que en sus inicios fue el principal activo, se convertía, al crecer el banco, en un lastre para su expansión industrial y de actividad financiera.

A partir de su éxito como banco comercial, BC decide dar el salto cualitativo. Para ello refuerza sus lazos con el BIC (creado en 1964 con participación de BC y que ya era el mayor banco industrial). La crisis mundial de 1973 les coge en plena expansión, y a pesar de ello mantienen su política de crecimiento. De la misma manera que la perspectiva del fin del franquismo era para la gran banca española un elemento que se sumaba a la crisis económica acentuando la prudencia, para el grupo Banca Catalana era un activo más a capitalizar, contrarrestando el pesimismo producido por la crisis mundial. El grupo veía en el fin del antiguo régimen y la correspondiente creación de una Cataluña autónoma posibilidades de alcanzar una posición hegemónica en el negocio bancario.

Dentro de su política de expansión, BC compra en 1970 el Banco de Langreo por trescientos millones de pesetas, a través de una sociedad financiera de su grupo, llamada Serfi, SA. Procede a cambiarle el nombre y lo denomina Banco de Asturias. Por la misma época adquiere su participación

en el Banco de Alicante. También compró y volvió a vender el Banco de Crédito e Inversiones.

No se publican artículos como «Dificultades económicas del grupo bancario de Jordi Pujol». Carlos Humanes y Alfons Quintà lo han escrito con la retórica de los reporteros del *Washington Post* que habían tumbado a un presidente. Aparecen implicados ministros, diputados, el Banco de España, Banca Catalana y todo orbita alrededor del nuevo presidente de la Generalitat de Cataluña. Desde el titular mismo Humanes y Quintà apuntan a Jordi Pujol. Es una pedrada contra el cristal del palacio. Perfora la trama que construyen los poderes entre sí para blindar su perpetuación. Algunos de los hombres del poder más influyentes de España están en esas cuatro columnas de TNT. No es un artículo que pueda publicarse sin el visto bueno del director del periódico ni puede escribirse sin un trabajo de investigación meticuloso. En esa página entera el cuarto poder ejerce su función democrática. En esa página están concentrados veinte años de economía española.

Durante la primera posguerra Florenci Pujol se ha enriquecido gracias a una operación de tráfico de divisas. Su hijo, a quien los ecos del poder del dinero le llegan por lo que contaba su padre, es un activista del catalanismo católico contra la dictadura. Su primer panfleto pretende despertar a la burguesía de su torpe complicidad con el franquismo. Su ambición es fundar un poder catalán. Un instrumento necesario para conseguirlo es un banco. Su padre, que lo admira con temor, compra uno. Negocia con una familia a la que había conocido en la Bolsa y él, junto con un grupo de amigos suyos y de su hijo, adquiere ese banco local y familiar: Banca Dorca de Olot. Ahora que tienen un banco en propiedad deciden el equipo directivo. El presidente es un pata negra de la burguesía catalanista: el joven Jaume Carner, compañero de activismo católico de Pujol. El secretario del consejo es Francesc Cabana —casado con una hija de Florenci—. Quien manda es Jordi Pujol, aunque su papel queda en segundo término (en especial tras su detención, tortura y condena). Banca Dorca, que no tardó en cambiar de nombre para denominarse Banca Catalana, inicia una fuerte expansión para que Cataluña disponga de un potente instrumento financiero.

En el contexto de la reconstrucción económica española posterior al Plan de Estabilización, el banco debe servir también como dinamizador de una nueva industrialización. En 1964, en una cena que tuvo al arquitecto Oriol Bohigas como anfitrión, Jordi Pujol así lo plantea a tres figuras clave de la vida económica: Joan Sardà, Manuel Ortínez y Fabián Estapé —tres integrantes del Camelot de Josep Pla—. Ortínez hace suya la idea del banco industrial y se pone manos a la obra. Convoca reuniones con las principales fortunas catalanas. El 25 de junio de 1965 se constituye el Banco Industrial de Cataluña. Un 25 por ciento de las acciones las suscribe el Banco de Sabadell, otro 25 por ciento el Banco Comercial Transatlántico y otro 25 por ciento Banca Catalana, que coloca a varios de sus hombres fuertes en el consejo de administración del nuevo banco. El 25 por ciento restante lo suscriben centenares de inversores a título personal. Tras la marcha a Madrid de Ortínez para presidir el Instituto Español de Moneda (nada mejor que tener al lobo vigilando el gallinero), Pujol logra que Banca Catalana se haga con el control del Banco Industrial de Cataluña. Esa posición, sumada a la expansión y buenos resultados del banco del que su familia era la accionista principal, le otorgaba un creciente protagonismo en la vida económica catalana. Desde esa posición de poder, Pujol financiaba una considerable actividad parapolítica cuyo afán era la nacionalización de una sociedad sometida desde hacía lustros a la alienación nacionalcatólica de la dictadura.

Pero al llegar la crisis económica de los setenta, la industria inicia un ciclo de crisis que impacta en los resultados del Banco Industrial de Cataluña. No es algo excepcional. Sí lo es el apoyo de Pujol a empresas que atraviesan dificultades. No piensa como un banquero sino como un político. Más que tener las cuentas saneadas, piensa en mantener el tejido económico del país. Incluso más. Apostando porque su banco se consolide como un auténtico poder financiero, prosigue con una política expansiva. En ese tiempo de recesión, aprovechando la crisis en la que estaba entrando el sector financiero, entiende que la mejor opción es adquirir parte o la totalidad de las entidades en situación precaria. Era el caso del Banco Langreo, del de Alicante y en especial del Banco Industrial del Mediterráneo. Engrandece su implantación, al tiempo que pone la entidad en mayor riesgo. La esperanza es que esa apuesta fuese premiada con el fin de la dictadura. Si salían reforzados de la crisis, llegarían nuevos clientes, nuevos accionistas, nuevos inversores.

Esa política bancaria pronto se solapa a la decisión de Pujol de crear su propio partido catalanista para la Transición. 1974. Desde su posición de poder, con apoyo social notable, Pujol es visto por los Gobiernos reformistas

como uno de los mejores interlocutores posibles. Es visto como una figura de la oposición, pero un hombre de orden. Es un banquero. Formalmente, en 1976 Pujol deja su cargo como vicepresidente del banco. Lo sustituye su padre —como había contado Quintà y repite en el artículo—. Lo más probable es que sea entonces cuando Florenci, al comprobar cómo su hijo iba pignorando la fortuna para afianzar su pulsión de liderazgo político, decida destinar parte del dinero que tiene en el extranjero a su nuera y a sus nietos. Porque Pujol va lanzado. Él, un hombre del poder económico, empezaba a ser reconocido por los hombres del poder político y así se integraba en la trama que construyen los poderes entre sí. Ante la crisis que sufría Banca Catalana, de la que él seguía siendo su principal accionista, el Pujol diputado de las Cortes constituyentes y de la primera legislatura habría usado sus relaciones con el poder del Estado —no era la primera vez— para regatear esa situación crítica. Pero la losa que arrastra Banca Catalana limita las posibilidades de acción de Pujol como presidente de la Generalitat. Esa era la tesis de Quintà.

El periodista lo había escrito hacía pocos meses, imperceptible en medio de una crónica, pero ahora ese diagnóstico en el que política y economía se entremezclaban es el eje de su artículo en *El País*. También será el eje de la campaña de acoso que activan él y con él la dirección del periódico.

Este primer artículo es implacable porque describe la losa en la que se estaba convirtiendo Banca Catalana desde todos los ángulos posibles. Según afirmaban los periodistas Quintà y Humanes, había problemas en empresas vinculadas al grupo de diversos sectores: financieras, inmobiliarias, industriales. Había sido necesario que el Banco Hipotecario firmase un convenio de colaboración por un valor de 1500 millones de pesetas. La Caja de Pensiones había inyectado 2000 millones de pesetas en la entidad. La suma de todas las cifras es de vértigo y, ante ese precipicio económico, la política.

El problema no era la manifestación del día de la investidura. No eran los gritos que se oyeron ante el Parlament. «¡Pujol, escucha, tu empresa está en lucha!» «¡Pujol, invierte, el paro no divierte!» «¡Pujol, cabrón, trabaja de peón!» Ese conflicto laboral era lo de menos. El problema es la batalla por el poder.

El artículo es un ejemplo de la función democrática del cuarto poder, pero el cuarto poder solo es independiente en teoría. No lo es en la práctica. Al fiscalizar los otros poderes, en especial los poderes duros —el dinero, la ley, la política—, ejerce una función en la batalla que se da dentro de cada uno de los poderes y en la interrelación que se establece entre ellos creando una trama que garantice su estabilidad pero también su impunidad. Los ingenuos

no sirven para este oficio. No es un territorio para la moral. Es una batalla destructiva. Abrasa a quien la juega y la pierde, encumbra a quien la gana.

¿Quién del poder político o del económico se beneficia de esa noticia? ¿A quién le interesa que se publique? ¿Qué aporta el periodista bursátil Carlos Humanes y qué aporta Alfons Quintà? ¿Quiénes son sus fuentes?

Hipótesis. Solo hipótesis. De la lectura del artículo se desprende que existen cuatro fuentes. Dos del poder político y dos del económico. Una fuente del poder político es un consejero de la Generalitat de Tarradellas. Pueden ser varios, pero uno ha sido una fuente continua de Quintà y siempre se ha movido en el mundo de las finanzas: Manuel Ortínez —vicepresidente de La Caixa en aquel momento—. Otra fuente es un dirigente de Convergència. Dos son sus fuentes tradicionales en el partido. Jaume Casajoana, a quien conoce desde Enciclopèdia Catalana y con quien habla por teléfono con frecuencia, y Ramon Trias Fargas. Trias, que será consejero de Economía de Pujol, también es una figura destacada del sector bancario y en sus notas privadas había consignado su sospecha de que Pujol usaba su papel político para asuntos relacionados con el banco de su familia. Quintà lo considera un maestro. Mantienen una relación discreta. Una vez al mes comen en restaurantes donde saben que no serán vistos. Dos son también las fuentes financieras. Una del Banco de España —donde Quintà no tiene contacto, pero sí Humanes— y otra de la propia Banca Catalana. Esa es la fuente principal del artículo, está bien informada, aporta datos precisos. ¿Quién es la garganta profunda? Quintà conoce a Jaume Carner, quien había presidido la entidad desde su fundación hasta el año anterior. Quintà considera que Carner es una buena persona y que, cuando caiga en desgracia, será víctima de Pujol. Pero piensa que, en realidad, apenas sabe nada sobre la situación de la entidad.

Estas podrían ser las fuentes. Podrían ser otras, pero estas resultan verosímiles. Y después de las fuentes, la interpretación política de la situación en función de la historia de la entidad y la coyuntura parlamentaria del momento. Aquí se cruzan los poderes con los intereses personales. La pregunta, como el detective que quiere resolver un crimen, es quién quiere y puede atacar a Pujol. ¿Quién es capaz de imaginar una intervención tan fría y tan eficaz desde el cuarto poder para atacar a Pujol, pero sabiendo que quienes van a recibir primero el golpe son los accionistas de Banca Catalana? Pocos sectores son tan antipujolistas desde tan pronto como lo son los entornos del tarradellismo. A todas esas suposiciones se suma una última pregunta sin respuesta. Entre las elecciones celebradas el 20 de marzo y la sesión de investidura, Quintà dice que ha tenido una reunión a solas con Jordi

Pujol. Dice Quintà que ese día hablaron del modelo de lengua catalana que usaría la Generalitat. ¿Solo de eso? Es improbable. ¿Qué espera Quintà? De Tarradellas se ilusionaba con un cargo como responsable de medios de comunicación. No lo obtuvo y empezó a atacarlo. Era su forma de proceder. ¿Ahora también? ¿Es el artículo una reacción coactiva al sentirse traicionado y una demostración de su capacidad para atacar? ¿Qué quiere Alfons Quintà?

El 29 de abril de 1980, el mismo día que murió Alfred Hitchcock, Francesc Cabana —secretario del consejo de administración de Banca Catalana— se sabe espectador activo de un episodio de terror. Claro que sabe que la situación del banco es mala, pero aún no asume que no hay tiempo para dar marcha atrás. Y si no lo sabe él, Pujol sí lo sabe. ¿Quién más lo sabe? La cúpula del Banco de España también debe saberlo. ¿Quién más? El problema es que desde ese día lo sabrán miles de personas. Ya no es un rumor. Es dinamita. Es información.

A primera hora de la mañana el cuñado de Pujol leyó con pavor el artículo de Quintà. Vértigo. Cabana lo relee, le ve el truco, sabe que el artículo, sin mentir, está construido con verdades parciales y dicha parcialidad tiene como objetivo atacar a Jordi Pujol. Pero el ataque, en la práctica, va más allá. En plena crisis del sector bancario, afecta a Banca Catalana. Lo que debe quedar en los despachos se ha hecho público. Cabana, comprometido como pocos en el saneamiento de la entidad, busca los números rojos de su agenda y hace las llamadas pertinentes. Obtiene más información. Le dicen que hay preparado un segundo artículo. Saldrá al día siguiente y lo debe impedir. Maniobra para que Mariano Rubio —gobernador del Banco de España— lo pare. En la sede del Banco de España Mariano Rubio descuelga el teléfono, llama a Cebrián.

Juan Luis Cebrián entiende perfectamente lo que está en juego. Lo sabe ahora, lo sabía ayer. Lo sabía antes incluso. Y ahora, casi como un ritual, puede ejercer su poder ante el poder. Es un acto reflejo. Porque él ya es poder y lo es porque en sus manos está la decisión de publicar o no, pongamos por caso, la segunda parte, este artículo que tiene sobre la mesa. Más que la deontología profesional se impone cierta idea de responsabilidad que, a la hora de la verdad, se solapa con el placer del mando. Sentir que de él depende la suerte de una entidad financiera o la carrera política de una figura de la Transición. Y Cebrián le concede el indulto. No lo publica. Llama a Barcelona, se lo dice a Quintà y, sorprendentemente, el periodista no parece disgustado. Él también entiende la lógica del poder y sabe que conserva un comodín que, de alguna manera, puede seguir empleando. El director de *El País*, por su parte, también juega sus cartas. Y las juega con astucia. A

Mariano Rubio y a Francesc Cabana —es decir, a Jordi Pujol— les hace llegar esa segunda parte que ha decidido no publicar. Por ahora.

Cabana lee el artículo, que pocos más leerán porque nunca se publicará tal como había sido escrito, y así sabe lo que sabe Quintà. Y sabe que a él le toca actuar porque es el responsable de las relaciones con la prensa de Banca Catalana. Su primera prioridad está clara. A través de amigos comunes contacta con Quintà. Su propósito es establecer un hilo directo y estable con el periodista que les ha puesto en la diana. Lo establecen. Y si no lo sabe ya, no tardará en saber que el hilo es bidireccional. Quintà llama una y otra vez. Y hay otra prioridad, que tampoco le cuesta obtener. Minimizar la repercusión del artículo. En el resto de España algún periódico lo resume. En Barcelona es otro cantar. La reacción de los medios de información, los prestigiosos y los críticos, es la misma. Un silencio estruendoso.

Durante quince días Quintà concede una tregua informativa. Quince días sin noticias de Banca Catalana. Pero a partir del 16 de mayo empiezan a publicarse con relativa frecuencia notas sobre problemas del banco. Desarrolla lo dicho. Lo amplía. No puede dejarlo. Lo comenta con poca gente, esa es la verdad, pero un colega que lo escucha mientras come con él en el Amaya de Las Ramblas lo ve como poseído por el caso que está destapando. Durante la comida no habla de otra cosa. Denunciar las anomalías del banco que comandó quien ahora es presidente se ha convertido en una especie de misión que va más allá de lo profesional. Y en otros artículos, aunque no sean directamente sobre el banco, si Pujol se cruza por la noticia, lo recuerda para que el lector no olvide. Ese hombre es el principal accionista del grupo bancario (y entonces ya no es necesario decir que el banco atraviesa problemas).

Los artículos o los firma Quintà o una periodista que trabajaba con él. Se habían conocido cuando ella era corresponsal en Barcelona de *Cambio 16* y la ha incorporado a la delegación. En el piso de *El País* en Barcelona, al final de La Rambla, está ella, Mercedes Rivas, y otro colaborador de confianza, Enric Canals, que de vez en cuando también publica información sobre el banco de Pujol. Ellos tres y una secretaria a quien Quintà en ocasiones trata con esa falta de educación de la que él parece no darse ni cuenta. No le molesta ser desagradable. Le da igual que los otros lo piensen. Lo que él quiere, aunque parezca clamar en el desierto, es acabar con Pujol denunciando la mala gestión de un banco que puede acabar hundido.

Cabana debe desactivarlo. Quintà se ha convertido en un problema reputacional. Hay que pararlo. Porque la campaña política contra Pujol

amenaza, más que a la presidencia de la Generalitat, a la situación precaria del banco. A Pujol no le afecta en su acción política, aparentemente, pero puede crearle una situación complicada al banco. Compensar esa mala imagen es el objetivo de Cabana.

Habla con periodistas de otros medios, mantiene reuniones con banqueros extranjeros que habían abierto o podían abrir líneas de crédito al banco, escribe quejoso al subdirector general del Banco de España. Junto a esta carta, el dossier con todos los artículos publicados entre el del 29 de abril y el 13 de mayo. «Evidentemente se nota la base política de los ataques, pero eso no obsta para que el tema de nuestras supuestas dificultades económicas esté en la calle, con todas las consecuencias negativas que comporta», escribe Cabana, y continúa: «espero que se hayan terminado los artículos de *El País*, aunque sé de buena tinta que hay dos más desarrollando el tema y pendientes de publicación». Está obsesionado. «Confío, repito, que no surjan nuevos capítulos ni nuevos recortes. De todas maneras, imagino que, como mínimo, el tema nos va a suponer dos meses de freno en nuestro crecimiento y abundantes problemas personales». Necesita acabar de una vez por todas con esa campaña. El objetivo es silenciar a Quintà. ¿Cómo?

Está en manos de la cúpula directiva del periódico. Tiene que reunirse con ellos. Será en Madrid o no será, y será en Zalacaín porque las mesas de ese restaurante de lujo, en especial las de los reservados, son desde siempre uno de los comedores donde el humo de los puros se confunde con el aroma de las influencias. 4 de julio de 1980. En una parte de la mesa Cabana y dos altos directivos de Banca Catalana. Como hombre puente actúa Francisco Fernández Ordóñez, que no está ya en el Gobierno de UCD pero volverá a estar después con el del PSOE. Por parte de *El País* el director del periódico y Jesús Polanco, principal accionista de la empresa editora. Se sientan. Cabana le entrega un dossier a Cebrián. La colección de los artículos publicados hasta ahora. El director, al que descubre muy pagado de sí mismo, lo hojea displicente. La primera impresión de Cabana es que no va a conseguir lo que pretende. Cebrián quiere aclarar exactamente su posición. Cada día recibe llamadas. No de un ministro, como mínimo de dos. Hay días que llaman tres. Y el turno de palabra pasa a Fernández Ordóñez. Hay bancos que están mucho peor que Banca Catalana, pero no sufren esa campaña y los artículos tienen consecuencias: salidas de depósitos. Por ello Raimon Carrasco, que pronto será presidente de la entidad, les pide responsabilidad a Polanco y a Cebrián.

Cebrián escucha con suficiencia los argumentos de los comensales. Cuando han terminado no titubea. En Estados Unidos un caso como el de Banca Catalana habría motivado un *impeachment*. ¿Son conscientes de ello? Además Cebrián, envalentonado ante unos interlocutores que no esperan una deriva semejante, quiere que sepan algo que posiblemente ignoran. Lo habían llamado del Banco de España para que no publicase dos artículos más que debían aparecer después del día 29 de abril. Pero no le habían negado la veracidad de la información. Banca Catalana tiene problemas, no serios, pero problemas. Y otro dato más. El artículo del 29 de abril lo tuvo sobre la mesa antes de publicarlo. Durante la campaña electoral tenía una primera versión con la información fundamental. Decidió que no saliese para no interferir en las elecciones de marzo de 1980. Cabana sale incomodado de la comida. No ha funcionado.

Durante el verano de 1980 Quintà sigue publicando artículos relacionados con Banca Catalana, repitiendo, como quien clava una chincheta en una tarjeta de visita, el nombre de su principal accionista: Jordi Pujol. Pero *El País* ya no es el único medio donde los problemas bancarios se cruzan con los políticos. Los problemas políticos ya no afectan solo a la Generalitat, sino que se están convirtiendo en metralla utilizada en las Cortes de Madrid para desgastar a un Gobierno Suárez que está entrando en coma. Empieza a sustanciarse un rumor. Es un bulo, pero cala. Existe un acuerdo secreto entre UCD y Convergència para inyectar dinero a la entidad a través del Banco de España. Así lo afirma la revista del PSOE *El Socialista*, aportando números dudosos pero escandalosos. El caso Banca Catalana ya no es solo un problema económico y político en Cataluña. Es entonces cuando empieza a adquirir dimensión en la política española.

Cabana teme que el asunto sea motivo de controversia en la moción de confianza que el presidente Suárez ha planteado para intentar reforzar su estabilidad cada vez más precaria. Y sabe que González tiene intención de sacar el tema. El 18 de septiembre Cabana llama a Ernest Lluch —portavoz de los socialistas catalanes en el Parlamento— para pedirle que no usen ese argumento en el debate. Lluch acepta y hablan de la campaña de Quintà. El diputado tiene claro quién la imagina y la promueve: el presidente Adolfo Suárez, el ministro Rodolfo Martín Villa, el Expresident Josep Tarradellas. Quintà actuaría como su brazo ejecutor. Por la tarde, en el Parlamento, Lluch cumple, envuelve la controversia en un comentario irónico, pero Rodolfo Martín Villa recoge el guante y se refiere explícitamente a los diputados catalanes y socialistas que son accionistas de Banca Catalana. Porque lo son.

La politización española del caso ya es evidente. En los pasillos del Congreso discuten un diputado socialista y otro nacionalista catalán. El primero le echa en cara al segundo los 15 000 millones que presuntamente el Banco de España ha enviado a Banca Catalana, el segundo replica pidiéndole explicaciones porque el PSOE ha votado a favor de los candidatos que UCD ha presentado para formar el Consejo General del Poder Judicial. Dos accionistas de Banca Catalana, los dos de la dirección socialista, hablan de la situación. Josep Andreu Abelló le dice a Joan Reventós que deben vender las acciones.

El problema es político, es financiero. También es personal. Desde que había empezado la serie en *El País*, Quintà recibe unas llamadas extrañas. El teléfono del piso de la calle Fígols suena a primera hora de la mañana. Él duerme porque cierra tarde el periódico. Al otro lado de la línea escuchaba una voz adulta. No se identifica. De sí mismo únicamente dice que tenía un volumen considerable de acciones de Banca Catalana. Solo eso. Leía sus artículos, estaba preocupado. ¿Le podía revelar, de veras, cuál era la situación objetiva del banco? Le pide más detalles y Quintà le propone verse un día. No, no podía. Pero al cabo de unos días la misma persona vuelve a llamar. Quintà quiere descubrir quién es. Tiene una sospecha. Le hace algunas preguntas para confirmar su hipótesis. Ese es su talento como reportero: inteligencia afilada para sonsacar la información a sus interlocutores.

—Usted es Florenci Pujol.

Siguiente llamada. Quintà insiste, tienen que verse. Se citan en el bar Sandor, lugar de encuentro de franquistas encanecidos donde a uno le lustran los zapatos mientras la aceituna flota en un vermut pasado de moda. Quintà sugiere aquel bar porque no está lejos de la casa del padre de Pujol, que vive en la calle Borí i Fontestà. Se verán con disimulo. No quedan en la terraza sino en el interior del local. Se sentarán en mesas separadas, tras cruzar el pasillo, al fondo de la sala. No les verán juntos, pero ellos están tan cerca que pueden mantener una conversación. Quintà explica, seguro, y asedia, seguro también. ¿Lo trató como una fuente más? ¿Le llegó a chantajear Quintà? ¿Qué le contó Florenci Pujol? Quintà le pregunta quién le informa y Florenci Pujol dice que ya nadie le cuenta nada. Solo el señor Costa. ¿El conserje? Sí, él. Quintà lo recuerda. Vestimenta oscura, americana cruzada, botones metálicos. Era quien le había abierto cuando se había visto con Pujol para hablar de política, en el despacho de Convergència contiguo al edificio del banco.

Los problemas se intensifican en el banco y el 24 de octubre Francesc Cabana recibe la llamada inevitable. Desde el Banco de España le comunican que en breve empezarán una inspección. Tres días después llegan los hombres de negro a la sede. En teoría habrían de estudiar la situación de las empresas participadas, pero de entrada ya piden otra información: las actas del consejo de administración y la relación de los accionistas. En teoría los trabajadores no deben saber que la inspección está en marcha, pero no es fácil disimular la presencia de esa pareja de desconocidos que se pasan horas y más horas revisando la documentación interna.

La madrugada del martes 30 de octubre Florenci está inquieto. Se levanta de la cama y le dice a su mujer que va a dormir a otra habitación menos calurosa. Ella no se durmió y le pareció escuchar cómo su marido susurraba el nombre del hijo. Por la mañana, como él no se despertaba, sus familiares abren la puerta de la habitación. Había sufrido un infarto. Moría a los setenta y tres años. Lllaman al President, que ya estaba en la Generalitat preparando el debate parlamentario que tenía que celebrarse esa tarde. Lo dejó todo para ir a la casa del padre. Durante semanas repitió a gente próxima que su padre, que no tenía enfermedad conocida, había muerto por la presión constante de Quintà.

Al día siguiente Quintà publica la necrológica: «En los años de estricto control monetario, participó en negocios de obtención de divisas, que eran obligados para la supervivencia de la industria catalana. En los años cincuenta adquirió la industria farmacéutica Fides-Martí Cuatrecases, que últimamente fue vendida tras haberla donado a sus dos hijos». Remató el artículo con esa información que repetía una y otra vez: «El paquete de acciones de Banca Catalana propiedad de la familia Pujol —cuya parte principal estaba ya en manos de Jordi Pujol— es el mayor de dicho grupo bancario, el cual, a su vez, es la primera institución de su orden en Cataluña». Incluso entonces, en esas circunstancias, Quintà muerde, como si no hubiese ocasión para la piedad.

La muerte de su suegro Florenci Pujol lleva a Cabana a replantear su posición. Podría ser un buen momento para dejarlo, porque la presión va a más, y ahora él es el único miembro de la familia en la cúpula del banco al que ha dedicado su vida. Cree tanto en Banca Catalana que invertirá la herencia en acciones para demostrar su compromiso. Y ocurrió lo que era plausible. Quintà ya lo sabe. Tiene la exclusiva y dispara. 26 de noviembre de 1980. Titular: «El Banco de España inspecciona Banca Catalana». ¿Quién es su fuente? No proviene del Banco de España, es interna. Conocía bien la historia de la entidad porque, según escribe, le había recordado una

inspección anterior: la que durante el franquismo se realizó cuando habían solicitado abrir una sucursal en Madrid. ¿Quién podía recordarlo? Ahora, según esa fuente anónima, «la inspección no era esperada, es ociosa y no muestra una finalidad clara». Era política. En expresión rarísima de la fuente, es «una inspección supernumeraria». ¿La impulsan financieros del Opus Dei?

La noticia vuelve a poner el foco en ellos, pero ahora también en el Banco de España. Así lo hace saber el gobernador a los directivos de la entidad. Les manda un télex con el texto del artículo y les pide una rectificación de la que quería tener conocimiento antes de que la enviaran al periódico. Cabana la redacta, llama a Mariano Rubio, se la lee, el gobernador da el visto bueno y Cabana la envía a *El País*. La publicarán al día siguiente. Afirmar que es una inspección rutinaria, que las relaciones con el Banco de España son cordiales, que no han recibido ayuda especial alguna, que falta a la verdad quien afirme lo contrario. Y un último punto. Cabana dice que «está ya cansado del intento de politización de todo lo que hace y deja de hacer Banca Catalana». Pero cuando al día siguiente Cabana lee el desmentido se desazona. No lo han publicado completo. Se indigna. Escribe a José Antonio Martínez Soler —redactor jefe de *El País*— «una carta particular y de amigo a amigo». Para él era importante dejar claro que la fuente de Quintà quedaba descalificada. Y no fue así. Necesita que los lectores sepan que la inspección es como las otras que realizaba el Banco de España, también en entidades de Madrid. Y eso no queda claro. Y por eso le escribía la carta. Un día le llamaría para citarse y comer, «el primer día que tu periódico no hable de nosotros».

La renovada ofensiva de Quintà tiene consecuencias inmediatas. Un banco norteamericano que les apoyaba comunica a la dirección que deja de hacerlo porque había recabado informes negativos sobre la situación de la entidad. Los depósitos se estancan. Y Cabana, que ya no sabe cómo parar la campaña de ese periodista y ese periódico, llama a Martínez Soler pocos días después de haber enviado esa carta de amigo a amigo. Se queja con amargura. Pero lo asume. No hay nada que hacer. Cebrián le ha dado bula a Quintà. Así lo anota en su diario personal.

Cuando a finales de noviembre la minoría catalana en Madrid decide apoyar los presupuestos de un Suárez agónico, en el propio partido y en la oposición hay desconcierto ante la decisión de Pujol. No se justifica porque no hay contrapartidas. O las hay y son opacas. «Respecto a posibles “contrapartidas escondidas”, las más variadas fuentes financieras y políticas se refieren ya de forma constante a la importante y delicada presencia

patrimonial de Jordi Pujol en el mundo bancario». Son muchos meses con la misma historia. Hablar de la banca para atacar a Pujol.

A finales de 1980 ya no es solo el banco. Quintà ataca los pilares de una sociedad. Culturales, económicos, políticos. Publica pocos artículos sobre Banca Catalana, pero de vez en cuando vuelve a colar la idea de que Jordi Pujol, por ser accionista de un banco en crisis, es una marioneta cuyos hilos los mueve el Banco de España en Madrid. Pero Quintà habla de todo. Inicia una serie sobre Andorra, país que presenta como el Hong Kong de los Pirineos: política feudal y opacidad bancaria. También ataca al nuevo presidente de La Caixa, hablando por boca del frustrado Ortínez. Ataca al partido comunista de Cataluña, el PSUC, porque diversas facciones contactan con él para que hable mal de unos y de otros. Enfrente a «banderas blancas» con «sectores prosoviéticos». Una sola fuente le permite hablar de una tendencia. Puede haber una intención ideológica, pero sobre todo es la proyección de sus obsesiones y su carácter. El PSUC retrocede, se escinde, fracasa, explota y desaparece. Él no es la única causa, pero ha actuado a conciencia como un pirómano para incendiar la organización. Al mismo tiempo, malmete dentro del partido de los socialistas e informa de una conjura contra su primer secretario. Joan Reventós es amigo suyo, de acuerdo, pero dispara contra él. También airea las pugnas por el poder dentro de Convergència, la primera por el delfinato. Titula con intención. Apunta a Miquel Roca, y este, que se harta de las filtraciones, se queja y en una reunión de la dirección señala al compañero que cree que habla demasiado: Jaume Casajoana. Este, próximo a Quintà, deja el comité ejecutivo y Quintà, al escribir la noticia, dice lo que pocos recuerdan: era el colaborador más antiguo de Pujol.

Cada artículo oculta un parricidio. Sabe a quién apunta y aprieta el gatillo de su pluma para herir a quien se cruce por su camino. Dice lo que nadie se atreve a contar. Apenas nadie osa alzar la voz. Nadie escapa a su afán de venganza, una venganza que escribe con prosa sincopada. Lo encubre en el rigor informativo, con las fuentes anónimas que siembran sus artículos y a las que asedia con llamadas a todas horas. Publica que Josep Pla padece anorexia. «Su actual estado está únicamente determinado por una absoluta falta de apetencia (anorexia, en términos médicos) de origen no somático, sino presumiblemente psíquico, pese a que mantiene una total lucidez mental. Este deseo de no tomar alimento reviste caracteres comparables con la denominada *anorexia mental*». Lo cuenta el 31 de enero de 1981. No consta que Pla respondiese. Pla se está muriendo. Y Quintà juega con las reputaciones y con

las trayectorias, siempre queda impune. Cebrián le ha dado bula, escribe Cabana en sus notas personales, y Quintà actúa en consecuencia. ¿Cómo? Cabana responde. Como un virrey.

Con el año nuevo Cebrián le ha dicho a Quintà que ha llegado la hora de dar una tregua. No más Banca Catalana durante una temporada. Quiere que se sepa. Se lo confirma a un directivo del banco y durante esa comida hablan otra vez de Quintà. El director no lo conocía cuando puso en marcha el periódico, dice, se lo recomendaron Carles Sentís y Ramon Trias Fargas. Cebrián quiere que se sepa que él no tiene nada contra Pujol, aunque este sí tenía algo contra su empresa: se había atrevido a verbalizar su disgusto por la proyectada edición catalana de *El País*. Fue durante una cena en la Casa dels Canonges, la residencia oficial del presidente de la Generalitat. Polanco y Cebrián habían acudido allí para comunicarle aquella intención. En la mesa redonda también está Quintà. Los tres escuchan los reparos a la línea ética de *El País*. Que vale ya del divorcio y el aborto. Los tres escuchan que Pujol no ve con buenos ojos ese proyecto periodístico. Si un medio de Madrid es sustancial en Barcelona, implica que Barcelona no es autosuficiente en el ámbito comunicativo. Si la propiedad no está aquí, él tampoco la podrá controlar. Ninguno de los presentes lo olvidó, pero la empresa no cambió de posición. Ahora sí han decidido activar el proyecto y Quintà es su hombre en Cataluña.

Cambios. Tensiones. Crisis política. La estabilización del Estado de 1978. Faltan diez días para que a media tarde un teniente de la Guardia Civil y otros miembros del cuerpo entren en el Congreso de los Diputados para interrumpir el proceso democrático.

Cuando los golpistas aceptan su derrota y los políticos secuestrados en el Congreso salen del edificio tras una noche de angustia, el presidente en funciones Adolfo Suárez sabe adónde debe dirigirse. A la Zarzuela. Aquel 24 de febrero, a pesar del cansancio, se suceden las reuniones y se acumulan los secretos de Estado. Al salir de la Zarzuela, el coche oficial de Suárez lo lleva a la Moncloa. Ahora, reunión de Gobierno. En la Zarzuela, mientras tanto, otra reunión trascendental. El rey convoca a la Junta de Defensa Nacional. No es la última reunión de alto nivel que preside Juan Carlos. Pasadas las ocho de la tarde ha convocado a los principales líderes políticos. Están presentes el presidente del Gobierno en funciones, el ministro de Defensa, el líder de la oposición —Felipe González— y los líderes conservador y comunista —Manuel Fraga y Santiago Carrillo—. No están los portavoces parlamentarios de los nacionalismos periféricos. Juan Carlos les lee el documento que ha

escrito valorando la situación. Lo comentan y se conjuran para no filtrar nada a la prensa.

Dos días después Leopoldo Calvo-Sotelo es investido presidente del Gobierno. Tras los meses de desgaste de Suárez, se inicia una fase de apaciguamiento. El momento es crítico. Nunca como entonces la relación entre el presidente y el líder de la oposición será tan fluida. Es hora de *resetear* el proceso de transformación política para afianzar las instituciones del Estado del 78. Lo demuestra su afán compartido de pactar el desarrollo del proceso autonómico de manera concertada. El 4 de abril se constituye una comisión de expertos presidida por el catedrático Eduardo García de Enterría para elaborar un dictamen. Al cabo de mes y medio lo dan a conocer. Ante esa nueva dinámica Jordi Pujol siente amenazada la institucionalización del autogobierno según estaba pautado por el Estatuto de Autonomía. Así se lo comunica a Calvo-Sotelo el 7 de abril. Se planta. Quiere que su posición sea bien conocida en toda España. No solo en Cataluña, donde es dominante. En el conjunto del país.

No hay canal más influyente para conseguirlo que el periódico que lo ataca. El domingo 12 de abril, Pujol es entrevistado en *El País*. La entrevista ocupa una página y están claros los mensajes que quiere transmitir. O la dicta o la edita él, porque no contiene ni un titubeo argumental. El desarrollo autonómico catalán no puede ser el chivo expiatorio de la crisis política que desembocó en el golpe de Estado. Un dictamen de expertos no puede desnaturalizar un Estatuto votado en las Cortes, en el Senado y refrendado por la ciudadanía. Si la dinámica de la desnaturalización se impusiese tras el 23F, como parecía preludiar el recurso contra la ley en virtud de la cual las competencias provinciales se traspasaban a la Generalitat, podía iniciarse un período de inestabilidad. Ese era el mensaje central. ¿Podía de nuevo la cuestión catalana, que no había sido problemática durante la Transición, dividir a la sociedad española como había ocurrido durante la Segunda República? La pregunta se la formula el autor de la entrevista. Alfons Quintà. En la entrevista, Pujol se presenta como un político que advierte contra una situación que ve inquietante, pero se presenta como un factor de estabilización del Estado. Es la carta que quiere jugar. Y porque quiere jugarla ha solicitado públicamente reunirse con el monarca. Quiere que se sepa. Quintà lo publica el 22 de abril.

Al día siguiente empieza el desenlace de otra información que Quintà había seguido durante los últimos meses. Pla agoniza. En su artículo da el último parte médico. Repite la idea de que el escritor, incomprensiblemente,

ha decidido dejar de comer. Sabe que entre manos tenía un libro sobre la vejez. Pla agoniza en el dormitorio del Mas Pla de Llofriu, aquella casa donde Quintà pasó horas de su infancia y juventud, donde su padre —un simple comercial del textil— conoció a la elite catalana de su tiempo. Pla muere el 23 de abril, cae el telón de la historia más profunda de su biografía. Al día siguiente Pujol se desplaza *al mas* para dar el pésame a la familia de un escritor que nunca lo trató con consideración. Mientras vela el cadáver, antes de ir al funeral, coincide con el expresidente de La Caixa, Narcís de Carreras. Aquel hombre de otro tiempo, que cada vez tiene menos que ver con el presente en construcción, mantiene una conversación de circunstancias con el presidente de la Generalitat. Le habla a Pujol de ese periodista que tantas veces le ha atacado. Carreras lo ha experimentado porque Quintà también ha intentado entrometerse en la sucesión de la presidencia de La Caixa. Carreras es complaciente con Pujol. Tal vez demasiado. Critica a Quintà. Más de una vez. El presidente de la Generalitat lo escucha y, sin precisar, le revela el secreto. Que no se preocupe. El asunto Quintà, dice Pujol el 24 de abril de 1981, cuando han transcurrido dos semanas de la entrevista, ya es un problema solucionado.

Pujol y Quintà mantienen abierto ya un canal de comunicación. A mediados del mes de julio el President lo cita en el Palau de la Generalitat. Lo recibe en su despacho y le lee una carta dirigida al rey. Le escribe con regularidad, le dice al periodista. Pujol quiere que Juan Carlos interceda para que parte del legado de Salvador Dalí se quede en Cataluña y Pujol le pide que escriba defendiendo esa misma idea en el periódico. No es la primera persona que quiere usarlo en relación con el legado de Dalí. El historiador Javier Tusell —director general de Bellas Artes— le ha pedido lo mismo mientras comían en un restaurante del Paseo de la Castellana de Madrid. Lo mismo pero exactamente al revés. Que ponga su tribuna en *El País* a favor de que el legado Dalí vaya al museo de arte contemporáneo de Madrid. Y uno y otro se lo piden porque Quintà, que ha escrito que Dalí está loco, está desarrollando con éxito una campaña de difamación contra el secretario del pintor. Afirma que Enric Sabater, con la connivencia de Gala, es un mafioso que falsifica obra gráfica del artista. Titular del 20 de marzo de 1981: «Los derechos de reproducción de la obra de Salvador Dalí han sido la base de la fortuna actual de su exsecretario». Dos páginas que pueden acabar con la carrera del secretario del pintor.

Enric Sabater, el secretario aludido, quiere desactivar esa campaña basada en falsedades. Uno de los periodistas que desmiente a Quintà es Vicenç

Gracia, que publica varios reportajes con información suministrada por Sabater mismo. Por eso, cuando una noche Gracia ve a Quintà en la discoteca Up&Down, le pregunta qué pretende con aquella campaña. Gracia contempla cómo los ojos se le engrandecen de ira. «Nada. No hay motivo alguno. Nada». Tras responder huye atemorizado. Tal vez no haya otra voluntad que hacer daño cuando está en su mano. Dañar. Intoxicar todo lo que pueda. Convertir la realidad en el cenagal donde habita su conciencia.

«La Generalidad, según informó su presidente, se acaba de dirigir al Parlamento catalán para que este proponga al Parlamento español la promulgación de una ley que establezca la creación de un tercer canal de televisión para Cataluña, en cumplimiento de lo determinado por el Estatuto de Autonomía». La frase aparece en la crónica sobre la última rueda de prensa de Pujol que Alfons Quintà publica el 5 de mayo. El titular se refiere al cortocircuito autonómico del momento. Había buena voluntad para conectar de nuevo el Estado de las Autonomías, según el comunicado que Pujol leyó tras haberse reunido con el ministro Martín Villa. Pero circula también el rumor de que se está intentando consolidar un frente autonómico en el Parlament por si la concertación que se está estudiando desnaturaliza el Estatut. Y entre una cosa y otra, la televisión.

En virtud del Estatut (artículo 16.3), la Generalitat podrá regular, crear y mantener una radio y una televisión públicas. Es una competencia que Pujol quiere activar, naturalmente, y para lograrlo había creado una Dirección General de Medios de Comunicación dentro del Departamento de Cultura. Su responsable era un periodista de Televisión Española a quien le habían concedido una excedencia: Agustí Ferrer. En teoría él es el encargado de realizar el proyecto del tercer canal. La televisión de la Generalitat era una promesa electoral de Pujol. Aparecía incluso en la propaganda para recabar el voto: «Una televisió catalana». Pero además, contar con un medio tan potente también podía serle útil para influir en la opinión pública.

El Banco de España está terminando su auditoría de Banca Catalana y esta mostraría una situación como poco preocupante. El desequilibrio patrimonial en el banco es crítico y el consejo de administración de este no duda en usar su influencia política. Le pide a Pujol que actúe. El presidente de la Generalitat se moviliza para que entidades financieras catalanas colaboren en la resolución de la crisis. Él también quiere impedir que la entidad acabe controlada por bancos de fuera de Cataluña. Llama a La Caixa. Llama a empresarios. Durante meses buscan una salida. No la encontrarán.

En este contexto, Pujol sabe que una televisión propia podría serle de gran utilidad. No hay poder sin dispositivo de representación. Es más que obvio; más aún conociendo su viejo interés por disponer de medios de comunicación a su favor. Para ello había adquirido el semanario *Destino* y había aumentado su influencia en *El Correo Catalán* durante la Transición. Tenía a Manuel Ibáñez Escofet en una posición dominante en *La Vanguardia* y, además, desde febrero de 1981 este era su asesor de prensa. El nombramiento apenas se había publicitado, pero había sido fruto de un decreto. Simplifico: al tiempo que Ibáñez era subdirector del principal periódico de Cataluña, donde ejercía como responsable principal de la información política sobre la autonomía, el viejo director de Quintà en el *Tele/eXpres* —el que le despidió, el otro nombre al que clavaba chinchetas en el despacho de su casa— asesoraba al equipo de presidencia de la Generalitat. Lo reveló Quintà en una noticia publicada durante el verano de 1981.

El artículo se titula «Jordi Pujol inicia, con 100 millones de pesetas, la creación de una cadena de Prensa y radiotelevisión catalanas». Es un texto equívoco, con tantas certezas como fantasmas, pero identifica la estrategia de control de medios privados que Pujol está ideando. Quiere dotarse de un potente grupo de comunicación. Los medios del grupo serían dos periódicos —el *Avui* y *El Correo Catalán*, los dos en una situación económica más bien agónica— más una red de emisoras de radio, aunque por entonces la potestad de la Generalitat para conceder licencias era dudosa (como daba a entender un recurso de anticonstitucionalidad presentado por el Gobierno central). A la prensa y a la radio podría sumársele una televisión privada: Televisió de Catalunya S. A. «El que Jordi Pujol decida de lleno en el terreno de la emisión televisiva privada, aún en ciernes en España, muestra que queda todavía lejos la obtención por la Generalidad del tercer canal, de carácter público, o bien que Pujol teme la mediatización que lógicamente supondrá su debilidad en el Parlamento autónomo, donde no posee mayoría». Para crear ese grupo Pujol pondría 100 millones de pesetas de su bolsillo y esa sería la primera piedra económica en la que también colaborarían empresarios afines. «La actuación de Jordi Pujol no será de carácter público, sino que, por el contrario, lo mantendrá lo más reservado posible». Su hombre de confianza, según Quintà, es Antoni Subirà —que es diputado de Convergència, es primo carnal de Pujol y hombre de su máxima confianza—. Pero además es presidente del consejo de administración del diario *Avui* y vicepresidente de una empresa cuyo origen había sido opaco: Televisió Catalana S. A. En *El Correo*, por otra parte, también se cuenta con un hombre de confianza para

llevar a cabo la operación: Xavier Ribó es presidente del consejo de administración, además de ser vicepresidente del Banco Industrial del Mediterráneo (que pertenecía a Banca Catalana).

La intencionalidad de ese proyecto comunicativo, según Pujol, era política. Mejor, electoralista. «Como telón de fondo hay que indicar la proximidad de las elecciones. Los socialistas poseen una importante carta con su gran presencia en la organización en Cataluña de la televisión pública estatal. Se trata de una presencia dominante, que preocupa en alto grado a Pujol, dada la influencia de los programas y boletines informativos de ámbito catalán». Necesitaba compensar. Para eso necesita el grupo y la descripción, quizá con más fantasmas que certezas, como mínimo renueva la conciencia que tenía Pujol de la importancia política de la comunicación. Pero este artículo, que en otro momento pudiera haber reforzado a Quintà, no es bien visto por la dirección de su periódico. Cebrián lo riñe. Tampoco lo entienden algunos lectores. A su antiguo director en *Presència* le llega una carta de un amigo valorando su trayectoria. Quintà había sido antifranquista en la radio, de acuerdo, pero se dedicaba obsesivamente a atacar a la Generalitat desde *El País*. No era constructivo. Había una rabia de fondo.

A los pocos días, quizá para compensar, publica un artículo que puede desestabilizar al principal partido que se opone a Pujol: destapa que en casa de Josep Andreu Abelló se celebran reuniones de conspiración para apartar a Reventós de la dirección del PSC porque consideran que su oposición a Pujol es demasiado tibia. Retoma la noticia al cabo de pocos días, pero luego la abandona. En realidad, como demuestra la hemeroteca, Quintà cada vez publica menos en el periódico. ¿Por qué? Lo que es seguro es que los medios de comunicación y su relación con la política son entonces uno de sus intereses principales. Él es el director de un seminario que a principios de septiembre se imparte en Sitges en el marco de los cursos de la Universidad Menéndez Pelayo. *Comunicación: poder político, cohesión social y cambio tecnológico*.

Porque la comunicación es poder, también entonces empiezan los trabajos y los días de la edición catalana de *El País*. Ahora es de verdad. Durante la primavera la empresa ha encargado un ambicioso estudio de mercado para saber cuántos ejemplares podrían vender de esa edición. En verano Quintà pasa unos días con Juan Luis Cebrián en Regencós, un pueblo de la Costa Brava. En teoría mantienen una buena relación y por entonces Quintà cree que él será el elegido para liderar el proyecto. ¿Por qué no iba a ser él? Pero ese verano algo va mal en su relación con Cebrián. Si aún no se ha dado

cuenta, no tardará en saberlo. Tras el regreso de las vacaciones Quintà se colegia como letrado en el Colegio de Abogados. Ya es licenciado en Derecho. También por esos días coincide por casualidad en la calle con Antonio Franco. Le explica que él será el director de la edición catalana.

El director de *El Periódico*, al llegar a la redacción, lo comenta con su equipo. No espera lo que ocurrirá pocos días después. Franco recibe la llamada de Juan Luis Cebrián, con quien mantiene una buena relación desde hace algunos años. El mensaje es claro: «Polanco y yo queremos verte urgentemente para hablar de *El País* en Barcelona». Antonio Franco se traslada a Madrid, come con los dos y escucha la oferta. Será director adjunto de Cebrián y estará un año trabajando en Madrid hasta que tenga el proyecto claro y entonces pueda empezarse la edición de Barcelona. De repente, a Franco se le rompen los esquemas. Quería pasar un par de años en París, colaborando en su diario de referencia —*Libération*—, incluso ya había hecho gestiones con su director. ¿El proyecto de Quintà? Cebrián se lo pasa. No sirve. Lo ven ellos y Franco lo ve también. En un par de días elabora un proyecto alternativo. Y en muy poco tiempo empieza a circular la sospecha de que hay dos proyectos para la edición catalana de *El País*. A Quintà le parece una deslealtad.

Desde finales de 1981 apenas publica. En diciembre, un único artículo sobre uno de sus temas predilectos: la crisis del PSC. El partido atraviesa una fuerte turbulencia. Ernest Lluch, desatendiendo órdenes de la dirección, no presentó enmiendas a la Ley Orgánica para la Armonización del Proceso Autonómico que había pactado el Gobierno Calvo-Sotelo con el PSOE. «El conflicto se sitúa claramente en el marco de las luchas por el poder». En enero de 1982 ni un solo artículo. En febrero tres. Uno sobre el estreno de una obra de Els Joglars en Madrid. Otro sobre la controversia entre el Gobierno y la Generalitat sobre las frecuencias de radio. Al final cuela un comentario que no está relacionado con la radio: «Por lo que respecta a la televisión, Cataluña se encuentra en una fase inferior a la del País Vasco, donde el Gobierno autónomo de aquella comunidad decidió crear su propia televisión sin someterse a los trámites legislativos que enmarcan el tercer canal autonómico». El tercer artículo se refiere a un caso de corrupción que hundía sus raíces en el franquismo. En marzo un solo escrito y también sobre un problema financiero: el político centrista y empresario papelero Higinio Torras dimite de sus cargos por culpa de la complicada situación financiera del banco que preside. Tres semanas después, Quintà informa de la situación judicial de Torras: un juzgado de Girona ha dictado una orden de detención:

«La decisión se enmarca dentro de la querella presentada por el ministerio fiscal por presuntas irregularidades en la gestión del Banco de los Pirineos, actualmente en suspensión de pagos, del que Torras era presidente». Es su penúltimo artículo en *El País*.

Se publica el 8 de abril. Se titula «La crisis bancaria afecta a diversas entidades financieras de Cataluña». Cuando lo envía a la redacción de Madrid, sabe que Cebrián está de viaje, aprovecha y lo carga con dinamita. Es el cierre de su campaña, de información y derribo, sobre Banca Catalana. Retoma algunos de los problemas planteados en el primer artículo de la serie, publicado hacía dos años. Problemas vinculados a empresas en las que Banca Catalana tenía una aportación importante y que eran joyas de su menguante activo patrimonial. Quintà hablaba de las obras de los túneles de Vallvidrera y la empresa Tabasa (aquellas obras estaban paradas desde hacía años) o la empresa Montigalà, cuyo patrimonio era un polígono de dos millones de metros cuadrados ubicado en Badalona y que en su día se creyó que podía albergar una ciudad dormitorio. Los dos eran proyectos del tiempo del desarrollismo y parecían haberse quedado en un estercolero de la historia. El Banco de España sugería su venta. Pero había más. Bancos que quebraban, otros que se vendían, el descalabro financiero de la sociedad anónima Financing. Suspendía pagos, y entre las entidades afectadas destacaba Banca Catalana.

Pero había un caso personal, que se había intentado silenciar, y que era el mejor símbolo del descalabro financiero catalán. Quintà explica lo que se rumoreaba en los salones de la ciudad y destapaba, sin entrar en detalles pero dando las claves, las vergüenzas de una parte de la clase dirigente del catalanismo. El mecenas Jaume Carner. Amigo de juventud de Jordi Pujol. Presidente de Banca Catalana durante veinte años. Casado con una hermana de Francesc Cabana. Había sido millonario y se había convertido en un estafador. «Empleó fondos de inversores en negocios que resultaron ruinosos. Al parecer, algunos de los inversores creían que Carner, que en realidad obraba a título personal, estaba obrando en su condición de presidente y luego consejero de Banca Catalana. El expresidente del grupo Banca Catalana habría perdido más de trescientos millones de pesetas, lo que ha implicado la cesión total de sus acciones de Banca Catalana y la ruina total».

Cuando en la redacción de Madrid recibieron el artículo, temblaron. El redactor jefe no estaba y Joaquín Estefanía se responsabiliza de su edición. Corta tres cuartas partes del original. Elimina las frases que podrían haber motivado una querella. Cuando se publica y Quintà lo lee, llama, se queja,

grita. No reconocía la relación entre el original y lo publicado. Estefanía recibe otra llamada. Es Francesc Cabana. Había llamado preguntando por Martínez Soler, que no estaba, y Estefanía fue quien lo atendió. Le reconoció que ese no era su estilo, pero también que «somos unos mandados». Cabana lo relee. Son diecisiete menciones a Banca Catalana. En el peor momento. «Con el ambiente de crisis general y las vacilaciones del Banco de España, la situación es más grave que nunca».

No es que haya sido una reunión difícil. Es que está siendo terrible. Quintà está excitado. Fuera de sí. Antonio Franco, a quien le han pedido en Madrid que resuelva el marrón, le explica por qué han desestimado su proyecto para crear la redacción de Barcelona. Cuando lo escucha, Alfons Quintà se da cuenta de que había negociado mal. La situación empeora. Franco no quiere que Quintà continúe en la redacción, al menos durante los primeros años de su dirección. Le ofrece las tres buenas alternativas que ha convenido con Cebrián: que vaya a Madrid con un puesto de responsabilidad en el *staff* del periódico, una corresponsalía en el extranjero —podría ser Pekín, con un sueldo excelente— o la indemnización. La primera reacción es tomar el dinero y correr, pero Franco le sugiere que lo piense y le dice que en un par o tres de días lo llame para comunicarle qué ha decidido. «Te lo diré a ti y tú se lo dirás al cabrón de Cebrián». Así termina la reunión.

Al llegar a su casa de la calle Fígols, Jordi Pujol habla por teléfono. Pujol sabe que el momento de escuchar con provecho es cuando tu interlocutor atraviesa un momento crítico. ¿Qué ha ocurrido? Se citan para el día siguiente o para el otro. Primavera de 1982. Quintà tiene treinta y ocho años. Es la reunión más determinante de su trayectoria profesional.

¿Desde cuándo se conocen? ¿Desde cuándo tiene en su despacho la tarjeta de Jordi Pujol clavada en la pared? Como periodista Quintà lo trata desde la primera mitad de 1975. Desde el primer artículo sobre Banca Catalana es uno de los periodistas que más le asedian. Tenía buenas fuentes y el apoyo de la dirección del periódico. Pero *El País* le ha abandonado —nada despierta con tanta fuerza sus demonios como la vivencia del abandono— y la única llamada, la única mano para no caer, es la de Pujol. Ese hombre a quien ha combatido con la pulsión del parricida lo ha citado para hablar de su presente y de su futuro.

¿Qué sabe de él Pujol? ¿Hasta qué punto lo conoce? Desde la conversación por teléfono de ayer o de hace dos días, sabe que Quintà está herido. Pujol sabe quién ha herido a ese hombre de personalidad vulnerable: los responsables del periódico que le han golpeado donde más le duele, en la herida del banco. Y sabe que *El País* está trabajando para sacar una edición catalana que le seguirá atacando. Como sabe lo que sabe, y como conoce la complejidad humana para usarla en favor de su afán de poder —Pujol es un animal político—, ahora puede convertir en aliado a quien hasta este momento ha sido un enemigo. Quintà está en una posición de debilidad que puede serle útil. Pujol, que conoce que el comercio de los hombres es la verdad profunda de la política, sabe que puede serle útil.

¿Qué sabe Quintà? Que no está en condiciones de chantajear a Pujol. Ni puede ni en aquel instante seguramente quiere. ¿De qué le va a servir? Le ha demostrado ya hasta dónde es capaz de llegar. No tiene reparos en usar el dolor ajeno. Lo había demostrado al día siguiente de la muerte de Florenci Pujol. Ni siquiera aquel día concedió una tregua. Quintà ya ha escrito sobre el engaño y la ruina de Jaume Carner. Y después de todo eso, tras algo más de un año de una campaña de acoso, lo ha citado. No es la primera vez que Quintà acude al Palau de la Generalitat para verse con él. Lo ha entrevistado y Pujol le ha pedido que apoye a la Generalitat en su reivindicación del legado Dalí. Se sientan uno frente al otro. Pujol quiere información sobre *El País*; no le pide el silencio que está a punto de conseguir. No hay chantaje ni compra.

No es tan vulgar ni tan obvio. Pujol debe saber qué podría pasar si le ofreciese lo que en realidad sería una humillación.

Primero Pujol le aconseja que se desvincule de *El País* y después lo sondea por si querría tener un papel protagonista en el entramado comunicativo que puede y quiere impulsar la Generalitat. Ese era el cargo que esperaba que le ofreciese Tarradellas, y no lo hizo. ¿No es el cargo que ejerce Ibáñez Escofet? ¿Podría él ocupar el lugar del director que lo despidió del *Tele/eXpres*? Lo está fichando y al mismo tiempo lo está cooptando. Tal vez hablen ya entonces de la televisión. Pujol quiere tener una televisión y quien ha recibido el encargo —el Departament de Cultura— no avanza o apenas lo hace. ¿Quién podría hacerlo? ¿A quién necesitaría? Con Pujol ha hablado ya Jaume Casajoana o Quintà sugiere el nombre de Jaume Casajoana como equipo inicial. Por ahora es un pacto entre caballeros. La gente pensará que ha habido un chantaje. Piensas demasiado. No es un misterio. Es la otra cara de la realidad. Son los negocios del poder. Existen unos códigos y ellos dos, sin explicitarlos, los conocen. Pujol los domina. Quintà cree que también. Ni hace falta hablar de Banca Catalana. Forma parte del pacto. Silencio. Termina la reunión. Fin.

Llama a Antonio Franco. Ni un cargo en Madrid ni una corresponsalía en Asia. El dinero.

El día que se hizo público que Antonio Franco dejaba la dirección de *El Periódico* para hacerse cargo de la edición de *El País* en Cataluña, el nombre de Quintà apareció en los papeles. Era el 11 de mayo de 1982. Durante ese verano volvería a dirigir un seminario de los que se impartían en los cursos de la Universidad Menéndez Pelayo en Sitges. Del 13 al 17 de septiembre él sería el director. Título: *Control social de la televisión privada, estatal y autonómica*. La persona que está elaborando el proyecto para crear el tercer canal —el periodista Agustí Farré— pronto sabrá que él no será el elegido para dirigir la televisión. Llama al ingeniero a quien se le ha encargado el desarrollo industrial del canal. Es Jaume Ferrús. Farré le dice que suena el nombre de Quintà como posible director.

El problema ya no son los artículos. Los clientes de Banca Catalana sacan sus ahorros del banco mientras las relaciones con el Banco de España empeoran porque, vista la cuenta de resultados, no tiene sentido que los accionistas cobren dividendos. En La Caixa siguen pensando si apuestan por un plan de saneamiento de la entidad, pero no dicen ni sí ni no. El paso del tiempo va diluyendo la posibilidad de dar con una salida del laberinto de pérdidas donde

Banca Catalana agoniza. A partir del viernes 11 de junio de 1981, todo estará perdido.

El *Boletín Confidencial* que la agencia Europa Press envía a sus asociados incluye un resumen económico. Ese día el resumen lleva una nota de cinco líneas con este titular: «Última hora: es inminente la suspensión de pagos de una entidad financiera». Cabana lo lee en su despacho y entra en pánico. Lee lo que allí se dice aunque no esté escrito. La entidad solo puede ser Banca Catalana. Por si hubiera alguna duda, el canal catalán de Televisión Española lo explicita en su informativo. Banca Catalana. A los desmentidos oficiales —ellos mismos, el Banco de España, la Consejería de Economía de Trias Fargas— se solapa la retirada de depósitos de los clientes. Vuelan miles de millones. Llamadas en múltiples direcciones para intentar taponar la sangría. Es tarde. Ese día circula el rumor de que Jordi Pujol ha buscado a un abogado para la suspensión de pagos: el penalista Joan Piqué Vidal, especialista en asuntos económicos. Así se lo cuentan a Cabana. Parece que el President asume que necesitará una defensa jurídica y, al mismo tiempo, mueve hilos para evitar la catástrofe bancaria —busca notables de la economía catalana para que se integren en un consejo de administración de patriarcas.

A mediados de junio parece que se encauzan los trabajos previos para crear una televisión y una radio públicas. Agustí Farré, en la Conselleria de Cultura, empieza a concretar el proyecto. Se constituirá un ente público similar a Radio Televisión Española. El proyecto lo apuntalará una ley que deben aprobar las Cortes. La Generalitat había hecho la petición el año anterior y en Madrid no se ha avanzado, pero el Govern ya prepara un anteproyecto de ley para cuando exista la cobertura legal oficial. La idea expuesta por Farré es que dicho ente se subdivida en dos sociedades: una será la de la televisión, dependiente de la infraestructura de Televisión Española; la otra, la de la radio. Cada uno de esos medios tendrá su propio director. Para todos los cargos se barajan diversos nombres.

Pujol decidirá. Tiene que vencer cierta resistencia íntima. Al final se da por vencido. Pujol ya ha decidido. El 28 de junio recibe a Jaume Casajoana y a Alfons Quintà en su despacho del Palau de la Generalitat. El President confirma el encargo. Ellos van a ser los responsables de crear el tercer canal. Es el proyecto más importante de esta legislatura, lo necesita, y quiere controlarlo. Directamente. Lo entiende como el mejor paradigma del proceso de normalización que define y definirá su acción política: la asunción de Cataluña como una nación que, después de décadas de nacionalismo españolista autoritario, se institucionaliza en el Estado de 1978 a través del

pacto que es el Estatut. TV3 es una pieza clave de ese proceso: mostrará la mejor cara del mito sobre el cual una sociedad se reconoce a sí misma.

Quintà y Casajoana salen del despacho del President. Mientras caminan por el patio gótico, Pujol descuelga el teléfono. Llama a Lluís Prenafeta. Tiene cuarenta y tres años. No es un pujolista histórico. No pertenece a los círculos del nacionalismo. Pero es el hombre de máxima confianza de Pujol (y no menos importante, también de su mujer, Marta Ferrusola). Es la mano izquierda que necesita el ejercicio del poder. Es un hombre del comercio, un vendedor. Un tipo pragmático, eficaz, que resuelve problemas. Es el secretario de Presidencia. Mientras Casajoana y Quintà se encaminan hacia su despacho, suena el teléfono de la mesa de la oficina de Prenafeta. Pujol. Le dice que la televisión la montarán Casajoana y Quintà. ¿Quintà? Prenafeta queda desconcertado, pero no hay tiempo que perder. Es perfectamente consciente de la necesidad de hacerse con el control. Toma rápidamente decisiones. Agustí Farré dimitirá. Las competencias de radio y televisión, que pertenecían al Departamento de Cultura, pasan a Presidencia. Por delegación de Pujol, Prenafeta controlará la más potente estructura mediática del país. En la práctica, va a convertirse en el responsable de comunicación más influyente de Cataluña.

Prenafeta recibe a Casajoana y a Quintà en su despacho. Tienen que empezar a trabajar. Ellos tres. Prenafeta, que en breve va a firmar los primeros contratos profesionales, les habla de los trabajos de Farré. Quintà llama a quien ya trabaja en el proyecto técnico. Ferrús reconoce la voz porque había escuchado *Dietari* y le parecía un buen programa. Se citan en el primer piso de una cafetería en Barcelona. «No solo tienen que ver esta televisión porque es catalana sino a pesar de que sea en catalán», le dice Quintà. Con la misma idea había diseñado el proyecto de *Dietari*. Trabajarán juntos. Desde Presidència ya se ha decidido destinar al proyecto buena parte de las partidas de libre asignación presupuestaria de las que dispone. ¿Que si estaba preparado para montar la delegación de un periódico? Levantará un canal de televisión desde cero. ¿Una televisión provinciana? No. Insuflará la máxima ambición. Será la televisión pública de una nación moderna.

Alquilan una oficina en el centro de Barcelona. Calle Tuset con avenida Diagonal. Quintà empieza a hacer llamadas para construir el equipo. Llama. Llama por ejemplo a Àngel Casas, periodista que domina los géneros de la cultura moderna. Lo cita en el restaurante Set Portes. Al llegar, Casas creía que Quintà le iba a ofrecer colaborar en *El País*. No. Le esperan Quintà y Casajoana para proponerle un programa de entretenimiento para el futuro

tercer canal. Aún no les dice que sí y les pide que lo contacten de nuevo cuando el proyecto esté en marcha. Llama a Salvador Alsius. Cuando lo recibe en el despacho de Tuset, a bote pronto, Quintà le hace una pregunta: «¿Eres de un partido o de una camarilla política?». Cuando responde que no, le propone que se incorpore al equipo, vaya a París y aprenda el funcionamiento del teletexto por si pudieran replicarlo en el tercer canal. Por ahora, también no, dice Alsius, y quedan pendientes de una nueva conversación para algunos meses después. Casas y Alsius están trabajando y hace años que se dedican al periodismo. Conocen los fracasos reiterados de Pujol con los medios de comunicación. No quieren poner en riesgo sus trayectorias.

Otra de las primeras llamadas es a Rosa María Calaf. También joven periodista, también prestigiosa. En alguna ocasión, a mediados de los setenta, Quintà se había cruzado con ella en los estudios de Radio Barcelona. La contacta para hacerle una propuesta de parte de la Generalitat. Incorporarse al equipo que creará su televisión. Calaf no dice que no y se citan para comer en Madrid. Lo primero que ella le comenta es que trabaja en Televisión Española y Quintà le contesta diciéndole que, precisamente, la televisión que él creará será opuesta a esa. Ni politizada ni burocratizada. Le pide que esboce un modelo. En pocos días Calaf redacta un folio y medio donde están las líneas maestras de una televisión: la imagina tan solvente como la BBC y con recursos tecnológicos como los de las televisiones norteamericanas. Se lo manda a Quintà, que incorpora las ideas al proyecto que está escribiendo. Quintà también le dice que Pujol quiere hablar con ella y que le manda los billetes de avión. En esa reunión Calaf constata quién controla el proyecto: Prenafeta. Calaf acepta. Justo antes de marcharse al Líbano para realizar un reportaje, consigue una excedencia de un año. Cuando vuelve se encargará con Quintà y Ferrús de comprar las mesas del despacho y contratar a las primeras secretarias.

A mediados de julio, rueda de prensa de Pujol. Anuncia el nombre del director general del Régimen Jurídico de Radio Televisión: Jaume Casajoana, un pujolista clásico. Nada que sorprenda. Los periodistas de la Transición — los que controlaban la opinión y el relato en Cataluña— pueden ver confirmadas sus sospechas sobre la decantación ideológica del proyecto. Durante la rueda de prensa le preguntan a Pujol si ha decidido ya el nombre del director de la radio y la televisión. Todavía no, les dice. Pero él ya lo sabe y a finales de agosto lo hará público. Y rompe esquemas. Alfons Quintà. ¿Chantaje? En la Consejería de Cultura no tenían la menor duda al respecto.

En el semanario *El Món* la sospecha se puso negro sobre blanco en un despiece anónimo incluido en un artículo sobre el tercer canal. Su autor es Salvador Alsius. Pero es que incluso Quintà alimenta ese rumor. Cuando le preguntan cómo puede ser que él sea el elegido, tras contar lo que ha contado sobre Banca Catalana, siempre responde lo mismo: «Porque saben lo que puedo seguir contando». Hay quien habla de una caja fuerte con documentos, dosieres con información sobre Banca Catalana. Quintà vivirá de esa leyenda. Ese será su mito.

Mientras se enciende la mecha de la televisión, Banca Catalana explota. El desenlace empieza durante el último trimestre de 1982. El agujero de la entidad es de muchos miles de millones. El Fondo de Garantía de Depósitos, al fin, asume su control. Cuando su nuevo responsable intervenga en la junta de accionistas, será claro: «Se han cometido errores e incluso podríamos decir que, habiendo detectado alguno de esos errores, no siempre se tomó el camino más barato para aceptarlos y corregirlos, y en cambio se intentó muchas veces el proceso, siempre más caro, de desconsiderarlos y compensarlos». Los accionistas aceptan perder su capital y se somete a votación si se debían exigir responsabilidades a los gestores que habían provocado la ruina. Se vota y por amplia mayoría se decide que no. El coste de saneamiento de la entidad ascendería a más de 83 000 millones de pesetas. Es la crisis más grave de la historia financiera española. ¿Cómo se tapa el agujero?

Ha empezado la cuenta atrás de la televisión. Con escepticismo por parte de unos, con determinación por parte de otros. El objetivo es empezar a emitir en septiembre de 1983. El equipo lo vive como un reto colectivo. Para Presidència sería clave poder tener la televisión de calidad de la Generalitat funcionando a pleno rendimiento antes de las elecciones de 1984.

Muy pronto se decide dónde construir el centro de producción. No en L'Hospitalet, como se había dicho en tiempos de Farré, sino en un solar enorme que es de titularidad pública y está en Sant Joan Despí, a escasos kilómetros de Barcelona. Casi al mismo tiempo el Parlament aprueba de manera unánime la concesión de un crédito extraordinario a la dirección general de Casajoana. 4800 millones de pesetas para la creación de infraestructuras y la puesta en marcha del proyecto. Ferrús, que contacta con las personas que el Gobierno vasco ha designado para poner en marcha Euskal Telebista, visita diversas empresas europeas de telecomunicaciones. Se publican en prensa los primeros anuncios para formar y contratar a personal: técnicos para filmar imágenes con unidades ligeras, operadores, ingenieros de mantenimiento y supervisión... Las pruebas y los evaluadores

son franceses, de una institución que se había creado para impulsar televisiones en países de órbita francesa.

«No queremos una televisión casera y folklórica que hable de Cataluña desde Cataluña. Queremos una televisión profesional e institucional que hable de todo desde una perspectiva catalana». Con estas palabras presenta Quintà su proyecto en su primera sesión de control ante los diputados. Transmite máxima seriedad. La misma que transmite en la conferencia que a finales de 1982 dicta en el Ateneu Barcelonès. Entiende que un medio de comunicación público integrado en el proceso de «reconstrucción nacional, recuperación plena y total de nuestra identidad cultural y lingüística», debe plantear una idea de sociedad y sobre la composición plural de la catalana parte de la idea de que la inmigración del resto de España «no son verdugos sino víctimas», al tiempo que los «integraremos en una sola comunidad nacional». No será por la ideología. La lengua será el canal pero no el instrumento. Lo logrará por la calidad y por la calidad ganarán audiencia. «Si no tiene audiencia, si no es competitiva, será un fallo más de los diversos que se han cometido en Cataluña en el terreno de la comunicación social». No será un canal de tercera ni tampoco un canal regional.

El Gobierno central empieza a constatarlo. No solo descubre que puede perder el monopolio informativo de la televisión. Es que lo perderá sin plantear una alternativa frente a una cadena mucho más joven y ágil, moderna y competitiva. La Generalitat no va a supeditarse a la estructura televisiva existente. Creará la suya. La determinación política es absoluta. Ante ese desafío, que es periodístico y es político, José María Calviño —director general con el nuevo Gobierno socialista— sostiene que la misión del tercer canal debe ser la potenciación del hecho diferencial. La afirmación responde a una lógica centralista incapacitada para decodificar el cambio de paradigma en marcha. Calviño persiste en el error. Quedará claro cuando afirme que la televisión autonómica debería ser un canal antropológico. O expresa temor o ignorancia, y crea las mejores condiciones para que Pujol se plante: «¿Qué quiere decir Calviño cuando declara que el Tercer Canal ha de ofrecer una “imagen antropológica” de Cataluña? El Tercer Canal no ha de ser una TV localista, pobre, folklórica, de porrón..., sino que ha de ser una TV absolutamente normal en su programación, con una producción universal y exportable». Pujol quiere una estructura de Estado. Es lo que ha pedido y lo que Prenafeta le ha prometido.

Para conseguirlo se trabaja a destajo a todos los niveles. Pensando la programación. Formando al personal. Solucionando problemas técnicos. Con

fuerza política. Este es el papel de Prenafeta. Nada debe frenar el proyecto. Lo están consiguiendo. En abril de 1983 se coloca la primera piedra de los futuros estudios. Ese día se celebra una rueda de prensa. Quintà sube el peldaño de un escenario improvisado junto al presidente de la Generalitat y el del Parlament. Lee un discurso. Habla insistentemente de exigencia. Con todos, y lo transmite al equipo, que lo asume con jovialidad. Con los bancos que operan en Cataluña (3600 millones de pesetas) se firma una operación de crédito para avanzar a mayor velocidad.

Aparecen obstáculos, pero se van sorteando. A finales de mayo el Parlament aprueba la ley del tercer canal por procedimiento de urgencia. En virtud de esa ley se crea la Corporación Catalana de Radiotelevisión. Quintà viaja con Pere Cuixart —el nuevo director general de la corporación— a Ginebra para entrevistarse con los directivos de la organización europea a través de la cual intercambiar imágenes y obtener derechos de retransmisión internacionales. Les dicen que no habrá problema, que tienen que validarlo con sus socios españoles, y entonces surgen las dificultades. Cuando se plantea la incorporación de la televisión catalana a la organización, Televisión Española la bloquea. A la hora de pensar en los repetidores para que la señal llegue a los domicilios particulares, no se usa la red de Televisión Española —aunque así se les ofreció y así lo quería Casajoana—, sino que se buscan soluciones para que no hubiera dilaciones ni intromisiones. Se encuentran alternativas.

Una es usar repetidores de la Ser. El acuerdo se firma en la Casa dels Canonges. La sesión fotográfica oficial escenifica la relación de los poderes. Los que se están creando. Están los responsables de la emisora. Están Pujol y Prenafeta. Se sientan en butacas y sofás en un salón decorado con mal gusto y algunos cuencos sobre la mesa para picar cuatro cosas. Y allí, en la alcoba del palacio, Quintà. Uno más. Traje y corbata, mano sobre mano, piernas cruzadas, mirando fijamente la conversación que mantiene Pujol con su interlocutor. No es un invitado de piedra. No es como su padre, que se limitaba a estar sentado ante la mesa redonda de Pla guardando silencio. Quintà, al ser el arquitecto del proyecto, se convierte en el periodista catalán más influyente del momento. Es un hombre del cuarto poder y su proyecto se va encauzando con la complicidad del poder político. Se solapa. Porque también se ha convertido en el proyecto principal de esa legislatura fundacional. Permite dejar atrás el pasado. Valdrá como la nueva frontera.

Un pasado que en Presidència saben que es una amenaza: Banca Catalana. En mayo de 1983 aquella entidad «nacida de una ilusión de país» —lo afirma

La Vanguardia en primera página— deja de ser catalana: el Fondo de Garantías de Depósitos opta por la oferta del *pool* de los bancos españoles para quedarse sus activos. «Otra desgracia, una anilla más en la tragedia ininterrumpida de Banca Catalana», escribe Cabana en sus notas personales. Es el proyecto de su vida y se volatiliza. Para Pujol se ha convertido en una losa que puede impedirle seguir consolidando el mando de Cataluña. Tiene que avanzar. Quitársela de encima.

La prensa de Barcelona desconfía, sigue dudando del proyecto del tercer canal, repite que ese equipo no lo conseguirá o que será un producto pujolista. La responsable de prensa acumula páginas de periódico donde se repiten las críticas. Cada una de ellas es un desafío para Quintà. Quiere la tecnología más innovadora y plantea como trabajador modelo de la empresa no al periodista tradicional sino a alguien capacitado para adaptarse a los cambios. No contrata a los periodistas del pujolismo. Tampoco a sus compañeros de generación, con quienes empezó su trayectoria y que son tan antipujolistas como él lo había sido. Tampoco a los periodistas con mayor prestigio en ese momento. Ni de la prensa. Ni de la radio. Tampoco a los del circuito catalán de Televisión Española, vinculados al catalanismo progresista que durante los setenta fue hegemónico en el campo cultural. Si cambia el modelo, el personal tiene que ser nuevo. Está formando un equipo joven, muy joven, con poca o casi ninguna experiencia, pero convencido de que ese va a ser el proyecto profesional que marcará su vida. Lo saben ellos, pero parecen creerlo solo ellos.

Hay dinero, repetidores y técnicos. La ley y un organismo oficial en cuyo consejo de administración figuran diputados del Parlament. También locales provisionales donde instalarán oficinas, la redacción y desde donde se empezarán a realizar las emisiones. Calle Numancia con la avenida Diagonal. Tienen incluso los derechos de una serie americana de éxito, *Dallas*, que Televisión Española ha dejado de emitir a pesar de su audiencia. La compra de los derechos de emisión no se hace desde el despacho de Quintà ni tampoco la decide Calaf. El proyecto se obtiene a través del contacto que facilita la consultoría de Henry Kissinger, y la persona que viaja a Nueva York para firmar el contrato con la productora no trabaja en la televisión. Es el secretario de Presidència. Es Prenafeta. Manda Prenafeta y manda Quintà.

El proyecto avanza y él, que sabe que tiene la confianza de quien manda más, empieza a comportarse de manera inquietante. En ocasiones desconcierta. En otras es arbitrario. Está entregado. Es inteligente. Todos trabajan a contrarreloj, porque en septiembre de 1983 pretende hacer la

primera emisión piloto, y la tensión se acumula. Pero la tensión puede confundirse con el maltrato. No es que sea sectario. No lo es. No tiene inconveniente alguno en contratar a alguien significado como Jaume Roures. Hacía tan solo unas semanas que este dirigente de la Liga Comunista Revolucionaria había sido detenido por presunta colaboración con una banda terrorista. La acusación era falsa, al cabo de pocos días salió en libertad y lideró cierta campaña de protesta contra el ministro Barrionuevo. En 1983 se sabía quién era y qué pensaba. Y esa fama no fue inconveniente alguno para contratarlo. Supera las pruebas y se incorpora al equipo, de la misma manera que Quintà tampoco puso reparo alguno a la incorporación de otros militantes de la izquierda revolucionaria.

El problema no es ideológico. O eso es secundario. Es algo más peligroso. El problema es la conducta y la progresiva instauración de un clima de asedio y terror. El peligro es que normaliza el caos. Alguien que ya tiene cierta experiencia dimite. Un mes antes de la primera emisión dimite Enric Bañeres, responsable de deportes. «Las relaciones personales con el director no son buenas». No es el único periodista que dimite. Algunos de los conflictos salen a la luz. La mayoría se silencian. La dinámica de trabajo no se ve afectada, pero él actúa como un tirano. A la hora de hacer las pruebas para contratar a los redactores, decide con absoluta arbitrariedad. Descarta a un candidato que estaba haciendo una buena prueba. No le parece apropiado que vista con camisa de manga larga. A una secretaria la abronca más de lo normal y le lanza un pisapapeles. En otra ocasión los gritos serán tan histéricos que otra secretaria, bloqueada, pierde el control y no puede contener la orina. Depende de cómo está ese día, porque su humor es muy variable, algunos redactores no se levantan de la mesa para no cruzarse con él por el pasillo. Hay mujeres que sienten con asco cómo va acercándose su respiración y temen que les proponga lo que empieza a convertirse en una costumbre. A Ferrús un grupo de trabajadores le confiesan que la situación es insostenible.

Él y Quintà están construyendo una buena amistad. Ferrús es consciente de la excentricidad abusiva de Quintà, pero sabe que el proyecto tiene tanta ambición de calidad desde que Quintà lo pilota. Han decidido comprarse un barco a medias. Está amarrado en Port Ginesta, no muy lejos de los locales de la televisión. Unos días lo usa uno, otros lo usa el otro. Cuando Ferrús llega al barco, sabe que lo encontrará desordenado.

Nadie lo sabe, pero ese barco es el *Rosebud* de Quintà. Cuando navega por las costas de Garraf, busca en el mar los ecos de unas voces perdidas. Pep Cantina. Baldiri Gallinaire. Joan Calons. Pau de la Menuda. Le vuelven a la

memoria las palabras de sabiduría vital de aquellos pescadores que conoció en la bahía de Roses. El barco es la infancia perdida. Y no la reencontrará porque la felicidad murió entonces. Ha olvidado los instantes de felicidad navegando con el Tumlare de su padre. No existieron.

En ocasiones, sin motivo alguno, se levanta del despacho de director de la televisión, desaparece y solo algunos saben que se ha ido a navegar. Allí habla como un gran magnate del periodismo, que sabe que está construyendo un gran medio de comunicación y que nunca tendrá un proyecto más estimulante. Pero esa dimensión se va oscureciendo porque el barco puede ser también el cabo del miedo. Todos saben que su mujer es japonesa, porque además él no se corta a la hora de explicar sus relaciones sexuales con ella como una experiencia exótica. Pero todas saben también que es mejor evitar una invitación al barco, o si no, deberá evitarse un intento de acoso. Alfons Quintà ha cumplido cuarenta años.

Rosa María Calaf, que empieza a comprender que el director no es un excéntrico sino una persona dominada por la maldad, se atreve a comentar la situación con compañeros y responsables. En un viaje a Estados Unidos con Ferrús. Tomando café con Cuixart. Y se lo comenta también a Prenafeta, cuando dice que ya ha cumplido el año prometido, y que vuelve a Televisión Española. Habrá cambios, le dice, pero tardarán. La relación de Quintà con el personal se va degradando. Pero nadie lo ve ni la cultura del momento exige una relación profesional marcada por el respeto. El director del proyecto sabe que tiene el poder y sabe que puede actuar, sí, como un tirano porque cumple con su misión. Se firma el contrato con el FC Barcelona para retransmitir sus partidos. Al mismo tiempo se adquieren los derechos de una producción inglesa de máxima calidad: las obras de Shakespeare grabadas para la televisión por la BBC. No se pasarán en inglés sino en catalán, y como se pretende que el proyecto revele exigencia, se encarga a Salvador Oliva — poeta y profesor de filología— que traduzca todo el teatro de Shakespeare completo para poder doblar cada pieza. A Quintà le interesa el modelo de lengua que se usará. Había hablado de ello con Pujol en 1980. Estaba en contra del modelo artrósico del Institut d'Estudis Catalans. Para elaborar un modelo lingüístico propio contrata a filólogos para que hagan una propuesta rigurosa pero actual y moderna. Asume el encargo uno de los filólogos que está renovando el modelo de catalán escrito: Ferran Toutain.

El sábado 10 de septiembre de 1983 TV3 emite por primera vez. Pocas horas antes de que empiece a emitir, el canal catalán de TVE dedica un reportaje al nuevo medio. Es una bienvenida elegante. El contraste entre una

tele anclada en la década de los sesenta y lo que proponen los responsables de TV3 es clamoroso. Entrevista a Cuixart, a Ferrús, también a Calaf y a Quintà. Son veintidós minutos que Quintà cierra sentado en su despacho. Habla un catalán elegante. Habla de técnica y arte. Habla con rotundidad y ambición. «Jugamos a obtener la máxima calidad». Como si fuera una apuesta entre ellos dos, porque sabe que ese día no existiría si él no hubiese hecho lo posible para conseguirlo, hará lo que había prometido. Instantes antes de entrar en antena, desde la sala de máquinas, Quintà descuelga el teléfono y marca el número de Lluís Prenafeta. Prenafeta está ante el televisor encendido, con el canal sintonizado y viendo una imagen fija. Quintà empieza la cuenta atrás. Está de pie. Va vestido con un traje gris. Lleva una corbata oscura, pero no negra. A su lado, sentado, Ferrús. Con la mano izquierda sujeta el teléfono y con la derecha mueve un dedo cada vez que pronuncia un número. No deja de mirar el monitor. Dice uno, después, *top* y Prenafeta ve cómo en la pantalla va construyéndose el logo y se escucha una sintonía onírica que acaba con un estruendo. Son las tres y media de la tarde. Están en antena.

Algunos lo ven en sus casas. En algunos pueblos se instalan pantallas en las plazas para que pueda verlo quien quiera. Algunos invitados lo ven en la fiesta oficial. En Zacarías, una discoteca de la parte alta de Barcelona.

Habrà un programa especial con figuras catalanas y de todo el mundo saludando el estreno de la televisión. «Como ausencia absolutamente relevante entre las saluciones cabe destacar la de representantes de la Administración central y de las instituciones del Estado. Concretamente, los responsables de TV3 no solicitaron una salutación real para esta emisión. No hubo tampoco salutación del expresidente de la Generalitat Josep Tarradellas, a quien no se le ofreció un tiempo de aparición en pantalla superior a los otros políticos», explica Lluís Bassets en su crónica del día siguiente en *El País*. En esa primera emisión habrá música. Habrá historia de Cataluña y un programa sobre la televisión vasca. Habrá un capítulo de *Dallas* y un partido del Barça, al final del cual el locutor entrevista a Maradona en el campo y a Jordi Pujol desde el palco. Habrá dos películas. Una de Jacques Tati. La otra anunciada, en tres dimensiones, no pudo emitirse porque hubo problemas con la importación de las gafas (Quintà escribió al ministro de Economía Miguel Boyer para protestar). A toda velocidad tuvo que doblarse *Alba zulu*. La intencionalidad de la elección es evidente. El film cuenta cómo un pueblo colonizado había resistido ante el imperialismo británico y había resistido combatiendo con inteligencia. La elección es política porque la

intencionalidad política de la concepción de la televisión también lo es. A las ocho de la tarde, antes del partido, Pujol se pasa por Zacarías. Llega con su esposa y los dos hijos mayores, Jordi y Josep. Está exultante. Hay pocas imágenes del momento. En una de ellas, entre la multitud, se le ve avanzando entre los focos. Pletórico. Eufórico. Y justo detrás de él, con el traje gris, Quintà.

En casa, sentado en su sofá, Cabana ha contemplado la emisión entera. «Se estrena TV3. Muy bien». Solo tiene un reparo. «Muy bien si no fuese por un director que se llama Alfons Quintà». Así consta en una nota de su libreta. Sus notas, como siempre, orbitan en torno a Banca Catalana. Cabana no olvida que el principio del fin empezó con aquel artículo de Quintà. No hay manera de escribir el punto final de esa historia. Ya no tienen el banco, pero el problema para ellos continúa. En el Congreso de los Diputados el ministro Boyer había afirmado que el Banco de España había constatado graves irregularidades en la gestión de Banca Catalana. Es su valoración tras haber analizado los informes tanto del Banco de España como del Fondo de Garantía de Depósitos. Pero lo sustancial de aquella intervención en la Comisión de Economía en el Congreso no son los problemas del pasado sino las soluciones que se había dado a la crisis. Aunque para Cabana lo fundamental son las hipotéticas consecuencias jurídicas de esos informes. Banca Catalana acompaña siempre a Cabana. Como una sombra que le entristece y le preocupa. A Quintà, aunque ahora le parezca que no porque está en la cima de su trayectoria profesional, le ocurrirá lo mismo. Será la sospecha que irá pudriendo su prestigio en el silencio.

La fotografía en blanco y negro parece la redacción de un medio de comunicación norteamericano tras un día interminable de presiones y trabajo. Van a brindar. En un extremo, de perfil, el director técnico de la televisión sostiene una copa en la mano derecha. Viste camisa y corbata. En el otro, quien hace tan solo un mes ha sido nombrado jefe de informativos. Copa de champán, corbata y traje. Detrás dos jóvenes, también con una copa en la mano. Un chico y una chica. Él, a pesar del bigote, es elegante y en ese instante baja la mirada para ver la copa que aguanta con la mano. Ella, pelo largo y jersey claro, copa también, mira a quien está de pie detrás de todos, sobre una mesa o una silla, pronunciando unas palabras. Manos en los bolsillos, americana abierta, corbata oscura algo desplazada sobre la camisa blanca. Tiene el nudo destensado, como si acabase de hacer el gesto tras las horas de tensión. Rostro cansado, sensación de trabajo cumplido. Quintà. Está dirigiendo unas palabras al equipo. La emisión, todavía experimental, empezó

el domingo día 20 de noviembre a media tarde. Ahora ya son las dos de la madrugada del 21.

En esta ocasión ya no ha sido una programación especial. Ha sido un ensayo de lo que se pretende que sea la programación. La columna vertebral la integrarán los informativos. En esta emisión parte del equipo se ha estrenado. Han ido más allá de Cataluña. Información sobre inundaciones en Sevilla. Crónica del viaje de los reyes de España a Zaire. Esta pieza la ha grabado y montado un equipo de dos personas. Son dos de los llamados ENG. Ellos filman, ellos realizan y ellos envían la noticia preparada para emitir. Pero en este caso las imágenes llegan más tarde de lo previsto. Llegan, pero ha sido una odisea. Televisión Española no ha permitido que se utilice su red de enlaces. De manera que se contrata un servicio para mandar las imágenes vía satélite, se reciben en unas instalaciones en Buitrago, de Buitrago viajan en el asiento de un piloto durante un trayecto del puente aéreo Madrid-Barcelona; en el aeropuerto de Barcelona un motorista espera en la salida de pasajeros, recibe el material, sale disparado hacia los estudios y entonces pueden emitir el reportaje. A pesar de toda esta peripecia, TV3 cuenta el viaje de los reyes antes que TVE. Ha sido una petición de Pujol que la casa real tenga la mejor de las coberturas posibles.

No es el único problema técnico que Televisión Española crea para sabotear. Sigue vetando el acceso a Eurovisión. Hay que inventar una alternativa para obtener imágenes internacionales. La corresponsal en París acude a la televisión nacional francesa, se coloca detrás de un realizador que visiona imágenes de noticias de todo el mundo y ella, al ver las imágenes que podrían interesarle, le hace una señal en la espalda (dos golpes), graban, las imágenes se envían a un repetidor de Perpiñán y allí un realizador las recoge y con el coche vuela por la autopista a doscientos kilómetros por hora para llevarlas a los estudios de la calle Numancia en Barcelona.

Así lo están consiguiendo. Con medios, con profesionalidad, con imaginación. No será una televisión regional. La impresión, ni que sea por contraste, es de televisión moderna. Catalana e internacional. El domingo día 20 se retransmite otro partido del Barça, se pasa la película *La ciutat cremada* y un nuevo capítulo de *Dallas* doblado al catalán. Y pocas cosas ejemplifican mejor aquella vocación disruptiva que el reportaje que emiten para conmemorar el 20N. No miran hacia el franquismo. En el estudio entrevistan a un grupo de niños que habían nacido ese día de 1975. Matan al pasado.

A las dos y pico de la madrugada Quintà, satisfecho, antes de brindar con champán, felicita al equipo. Todo ha ido bien. La segunda emisión

experimental es un éxito. Otro. Como hizo dos meses antes, la documentalista Pepa Piñol recoge la grabación del día y coloca las cintas en un archivo que empieza a crecer. Hay personal que ficha los contenidos que graban los ENG o las imágenes de archivo de grandes personalidades que Quintà dice que deben ir a grabarse. La máquina funciona y el organigrama de la televisión se compacta. Enric Canals, que había trabajado en *El País* y en la radio con Quintà, es uno de sus hombres de confianza y será el director de programas. Al equipo se suma Josep Sanz. Ha dejado el cargo de subdirector del pujolista *El Correo Catalán* y ahora será director de informativos. De *El Periódico* Josep Maria «Tatxo» Benet, que se incorpora al área de informativos para ejercer de jefe de atribuciones, una especie de redactor jefe. Para los informativos Quintà cuenta con Alsius, ahora sí, y con Josep M. Ràfols. Los dos periodistas habían tenido dudas sobre si sumarse o no al proyecto, pero se citan un día, valoran los resultados y el ambiente de la redacción y aceptan la propuesta. Inmediatamente después de incorporarse hacen una estancia de formación en Francia y harán una inmersión en Estados Unidos para replicar aquí el modelo de telediarios de cadenas como ABC o CNN acompañados por asesores profesionales.

Todo este trabajo de rodaje, después de meses y meses de preparativos, llega a su fin cuando el 16 de enero de 1984 empiezan las emisiones regulares. La dinámica de trabajo es esta. A las ocho de la mañana reunión de Quintà con Sanz. Valoración del día anterior y primera conversación sobre los temas de la jornada. Lo fundamental es la línea de los informativos. Algunos miembros del equipo saben cuál es la principal preocupación Quintà. No quiere intromisiones de los políticos, repite que no quiere alfombras rojas para ellos, pero tiene muy claro qué debe controlar: todo lo que rodee a Banca Catalana. Eso debe estar bajo control. A las nueve otra reunión, ya con otros directivos para decidir cómo será el día. Entre las nueve y las diez comienza a llegar el personal. A las diez nueva reunión para definir los contenidos del noticiario. Es el consejo de redacción. Copian el formato de Antenne-2. Esta es una reunión más numerosa, con gente de la mayoría de los departamentos, y la preside Quintà sentado en un extremo de una mesa alargada. El mismo formato de reunión se repite a las cuatro de la tarde.

Simultáneamente, en otro estudio de la ciudad se trabaja durante buena parte de la semana en uno de los programas estrella de la televisión. *Àngel Casas Show*. Àngel Casas también ha aceptado el encargo que Quintà le hiciera más de un año atrás. Presenta y dirige un programa de espectáculos semanal que es puro entretenimiento adulto. Entrevistas, actuaciones

musicales (nacionales e internacionales), una orquesta propia y, para cerrar la emisión, unos minutos de erotismo. El primer programa se emite el martes 17, pero el día anterior Casas recibe una llamada alarmada de Quintà. Aunque así se había anunciado, creando gran expectación, no podía emitirse el *striptease*. Aunque ellos dos así lo habían pactado, no podría ser. Llamada de Prenafeta por orden de Pujol. No en su televisión. Pero Casas creyó que sería peor estrenar incumpliendo lo prometido a la audiencia, y la artista Christa Leem, después de haber sido entrevistada al principio del programa, se desnudó tras una hora y media de emisión. Quintà reaccionará desquiciado, mostrando otra vez, y la cosa iba a más, que pierde el control sobre sí mismo y que proyecta su histeria emocional al personal.

Su televisión funciona, nada que ver con Televisión Española. La imagen que proyecta TV3 es la de una Cataluña moderna, local e internacional al mismo tiempo, sin complejos ni rémoras con el peor pasado. Es un éxito en todas las dimensiones. Exclusivamente en catalán, por decisión de Quintà. Y allí donde no llega la tecnología, llega la inventiva de unos redactores jóvenes que encuentran soluciones para todo. Prenafeta tiene lo que quiere y llama día sí y día también a Quintà. Quintà cumple con el poder, para sus golpes cuando es necesario, al tiempo que actúa como un tirano. Quiere reconocimiento total y exige sumisión absoluta. Su conducta va de la mala educación al asedio. No es que sea raro o excéntrico. Es péfido.

Hay dos dimensiones de Quintà que pueden solaparse en el día a día: la del director que cumple con el intenso programa de reuniones y la del ogro arbitrario. A cualquier hora pueden ver cómo sale del despacho y se pasea entre las mesas del estudio de la calle Numancia. Si una le parece que está desordenada, grita. A veces si dos compañeros están simplemente hablando, les echa la bronca. Por el pasillo se cruza con un trabajador. Lo mira y le dice que no le gusta su cara. A veces no le gusta el bigote y exige que se lo corte. A media mañana puede pedir al primero que le pasa por delante que le acompañe a dar una vuelta en barco. No hay problema con el horario. Es el jefe, él manda y a él se le obedece. Ve el noticiario del mediodía, que empieza a emitirse cuando falta una semana para que arranque la campaña electoral, y detecta que el nombre de la presentadora aparece escrito con una falta. Es Imma y no Inma. Como si estuviera poseído, pregunta quién es la ayudante de redacción. La busca. No la encuentra. Amenaza con echarla. Y los compañeros, que la ven, le piden que se esconda.

Si invita a comer, el comensal sabe que pasará una hora muy desagradable. No solo devora como si fuera bulímico. Es que puede meter las

manos en tu plato en cualquier momento, cogerte la comida sin preguntar y metérsela en la boca mientras sigue masticando. No usa la cuchara. Coge el plato, se lo lleva a la boca y empieza a tragar. Al volver al despacho llama a un presentador o a un realizador. Reunión con el director. Quintà dice lo que quería decir y cuando su interlocutor empieza a hablar deja de escucharle. Convoca a otra persona. Repite el mismo ritual. Pueden congregarse cinco o seis personas en el despacho. De repente les pide a todos que se vayan porque es la hora del barbero, que le afeitará la barba. Hay gente que no aguanta y se va, y hay gente a la que él despide sin una razón de peso. Si alguien osa defender al afectado, se pone histérico. Los insultos ya no impresionan. Llega a amenazar de muerte. A Toutain, por ejemplo. Impone un clima de terror. Corren los rumores y cunde cierta preocupación. Si al principio de la televisión no era sectario, ahora lo es cada vez más. Al recibir el currículum de Enric Juliana, lee el nombre y lo descarta. «Demasiado politizado».

Quintà ha liquidado a dos de sus teóricos jefes. Primero, a su amigo Casajoana, luego a Pere Cuixart. La realidad es la que es. Parece como si el director de la Corporación, entre Prenafeta y Quintà, actuase como un hombre de paja. Al tensarse las relaciones entre el director de la televisión y el director de la corporación, que está en una posición institucional superior, Prenafeta no duda. Quintà. Cae el convergente de turno porque mucho más importante es poder mantener el control de la televisión ni que sea de manera informal. Y además todo debe estar bien atado. Las elecciones se celebrarán al cabo de pocos meses y a Pujol aún le persigue la sombra de Banca Catalana.

Esa sombra no consta en la agenda de los temas previstos que Jordi Pujol discute con Felipe González durante la reunión de alto nivel que el 20 de enero de 1984 se celebra en la Moncloa. El banco del que Pujol había sido el accionista principal tampoco aparece en las notas que González redacta a mano durante la reunión y que después le mecanografiarán. Pero se habla de Banca Catalana. Se habla de todo, y también de TV3, pero lo fundamental es que Miguel Boyer, que también está presente, le entrega un documento a Pujol: el informe elaborado por el Banco de España tras la enésima investigación al Banco. Lo conoce el Gobierno, ahora lo conoce Pujol, pero antes de este, lo ha tenido entre manos la Fiscalía General del Estado.

El informe tiene dos anexos. En el primero se describen los posibles delitos cometidos por los responsables de la entidad, atribuidos básicamente al último consejo de administración. Si Pujol busca su nombre, no lo encontrará. Gente de su entorno sí, pero él no. En el segundo anexo sí puede

leer su nombre, pero no se le atribuye actividad delictiva alguna. Cuando salen de la sala donde se han reunido, González le pide a Pujol un aparte. Van al primer piso del palacio, al despacho personal de González, y este le comenta a Pujol que él personalmente ha analizado la documentación del Banco de España sobre Banca Catalana y está humanamente tranquilo. Pujol interpreta que González le dice que puede estar tranquilo. Que hay problemas, pero que no van a afectarle. La tranquilidad se nota en las fotografías que toman los reporteros gráficos cuando salen de la Moncloa.

Pujol puede respirar. Llega el momento de preparar la campaña electoral. Está en disposición de solucionar la pequeña crisis en la Corporación. Los primeros candidatos a quienes les propone ocupar el cargo, que son de su máxima confianza, dicen que no. Miquel Roca sugiere uno de los suyos: Josep Caminal. Tiene treinta y tres años y es una figura de peso en Convergència. Pero también dice que no. Finales de enero de 1984. Roca insiste. A las cuatro de la madrugada, Caminal, por fidelidad, acepta. Su nombramiento será público a principios de febrero. En su presentación ante el consejo de administración, Caminal, que es un buen político, se expresa con astuta diplomacia: «Nada sería para mí más satisfactorio que caracterizar la etapa en que he de ejercer esta función como una etapa de estrecha colaboración con los componentes del consejo, con el fin de obtener una radio y televisión catalana, plural, objetiva y abierta». Caminal quiere mandar, actuar con responsabilidad, solucionar problemas y llegar a acuerdos, y, al mismo tiempo, lograr dos objetivos no explícitos pero que son fundamentales. Primero, controlar a un Quintà cada vez más desbocado, y preparar su relevo. Después, velar para que la televisión no tenga un discurso de oposición a Pujol en la previa a las elecciones.

Las relaciones entre Caminal y Quintà comenzarán con la suspicacia y terminarán siendo pésimas. Caminal negocia con Calviño acuerdos para reducir costes. Algunos sobre retransmisiones futbolísticas. Quintà los boicotea llamando a Prenafeta. Caminal constata que Quintà hace un uso abusivo del talonario y logra que no se le renueven los poderes al director de la televisión y así evitar un gasto desbocado. Histérico, Quintà llama a Prenafeta. Porque Quintà se ha acostumbrado a gastar cantidades desorbitadas. Llama a pastelerías para que le traigan bandejas de lionesas que devora una tras otra en el despacho. Gasta en bebida. Gasta en comidas. Es probable que también gaste en drogas. Y el acoso. Como poco, las mujeres tienen que aguantar sus comentarios procaces. Dicen que se acuesta con la mujer de un directivo de la televisión. Hay quien le ha visto mantener

relaciones sexuales en su despacho. Obliga a alguna presentadora a asistir a una ceremonia en la que él se casa con su pareja japonesa. Pero esta también desaparecerá.

Alfons Quintà tiene ahora cuarenta y un años y va a la deriva. A medida que avanza 1984, la situación parece estar cada vez más fuera de control. Pero Quintà cumple con su parte. La televisión funciona, la audiencia crece, la calidad se consolida.

Sigue repitiendo que está en contra de la politización de la televisión, pero la escaleta de los informativos se filtra. En Presidència saben puntualmente qué dirán los noticiarios y cómo lo dirán. En este contexto Caminal, consciente de la situación crítica que se vive en la redacción, confiesa a Prenafeta su plan a corto plazo. Llegar a un acuerdo estable con Televisión Española para evitar gastos. Cesar a Quintà tras las elecciones. No es un secreto. Antes de que se inicie la campaña electoral se celebra una reunión a la que asisten, seguro, Caminal, Quintà y un posible sustituto: Ramon Colom, jefe de los informativos no diarios de TVE. Lo publica la prensa y se comenta que Quintà, cuando deje el cargo, ejercería de periodista en el gabinete de un importante empresario catalán. Pero Quintà no quiere marcharse. Descuelga el teléfono, se come el orgullo, llama a uno de sus lejanos enemigos: Ibáñez Escofet. Cree que el viejo periodista conserva una buena relación con Pujol, que aún ejerce como asesor de medios en Presidència. ¿Podría sugerirle al presidente que lo mantenga en el cargo? Ibáñez responde con ironía:

—Siempre he pensado que es bueno tener un enemigo. En mi caso eres tú. Me gusta que siga siendo así.

Por ahora Quintà resiste. Resiste durante la campaña electoral y, actuando como un pujolista, él, que lo había odiado, orienta la información para favorecer al presidente y degradar a sus oponentes. En paralelo a la campaña se escucha el runrún de una posible querella contra directivos de Banca Catalana. La amenaza forma parte de la campaña, de manera explícita o implícita. Las consecuencias de la amenaza son imprevisibles. La tensión va en aumento. El resultado es contundente. El 29 de abril de 1984 Jordi Pujol gana las elecciones. Mayoría absoluta.

El camino que lleva hasta el anuncio de la querella traza un zigzag laberíntico. El punto de partida está claro: la documentación sobre Banca Catalana elaborada por investigadores del Banco de España y del Fondo de Garantías de Depósitos. ¿Quién analizó esa documentación contenida en un único volumen de centenares de páginas? Al responder esta pregunta, los senderos se bifurcan.

Los técnicos del Ministerio de Economía y Hacienda estudian la documentación y sobre ese estudio Miguel Boyer interviene en la Comisión de Economía del Congreso de los Diputados durante el verano de 1983. En esa intervención, que tuvo un reconocimiento unánime, afirmó que se habían detectado irregularidades en la gestión de Banca Catalana durante el período anterior a su intervención. También es probable, y este sería el segundo camino, que esa información primaria la estudie un equipo de expertos del Ministerio de Justicia. El tercer camino es el diseñado por los asesores jurídicos del Banco de España. Ellos también estudian la documentación y elaboran un dictamen donde constatan que los responsables de Banca Catalana habrían cometido un supuesto fraude y supuesta falsedad documental. En una reunión del Consejo Ejecutivo del Banco de España, en teoría celebrada en el mes de noviembre, se discute qué hacer. Enviarán el dictamen y la documentación a la Fiscalía General del Estado por si considerase que debe iniciarse un proceso judicial. Pero antes de dar ese paso, que puede tener unas consecuencias políticas de la máxima magnitud, deciden enviarlo al Gobierno. González lee el dictamen, del que se desprende que hay responsabilidades administrativas, y en una reunión en el mes de enero le dice a Pujol que puede estar tranquilo. O eso interpreta Pujol.

Durante los últimos meses de 1983 y enero y febrero de 1984 los caminos se han cruzado. Con tantos actores implicados se extienden los rumores y las presiones, hay filtraciones interesadas a diversos medios y los directores de prensa juegan con la información privilegiada de la que disponen. Se suceden las reuniones de alto nivel para saber qué es verdad, qué es mentira y qué es una verdad a medias. No hay una sola verdad porque todo depende del camino sobre el que se pregunte. Mientras unos lo problematizan por sus repercusiones políticas, otros lo sitúan en una dimensión estrictamente judicial. Se busca a responsables, cuando no hay uno solo, y se piensa en las consecuencias electorales que puede tener un problema que se va enredando día tras día. Hasta que, ya sea por uno u otro camino, la información llega a la mesa de Luis Antonio Burón Barba, el fiscal general del Estado. La revisa y decide seguir con la investigación. Como es preceptivo, la traslada a la Fiscalía de Barcelona.

Aquí se produce el cambio de escala. En Barcelona deberá decidirse si hay que interponer o no una querrela y a quién incluirá. El fiscal jefe debe nombrar a los fiscales encargados de estudiar el caso. No puede ser solo uno porque la documentación existente es inmensa. Quienes lo asumen son los fiscales Carlos Jiménez Villarejo y José María Mena. Son dos profesionales

muy respetados que han tenido un fuerte compromiso con la democracia durante la dictadura. Se sitúan a la izquierda del PSOE y tienen una vivencia estricta de la función democrática de la justicia. De ellos depende el camino que se siga a partir de entonces. Saben que la posibilidad de una querella disgusta al Gobierno, porque el ministro de Justicia así se lo ha comentado al fiscal general, pero no reciben presión alguna. Los fiscales de Barcelona saben que disponen de la máxima confianza del fiscal general. Durante meses trabajan obsesivamente, con unos recursos escasos. Básicamente estudian la documentación que ya han analizado diversas personas. Mantienen una comunicación constante con el fiscal general. Cuando tienen alguna duda, cuentan con la colaboración de los técnicos del Banco de España. Para el Banco de España el problema queda resuelto gracias a su intervención y, en realidad, la querella puede problematizar su imagen si los fiscales descubren algo que ellos ignoraron. Además no es el único banco que el Estado ha tenido que salvar y los gestores no han sido procesados por la fiscalía.

Pero la conclusión a la que llegan Mena y Villarejo es que no solo hubo falsedad documental. No hacen una lectura política de la situación ni comparan lo ocurrido en Banca Catalana con otros bancos ni se preguntan por qué los dirigentes de otras entidades intervenidas fueron o no procesados. Ellos han llegado a una conclusión y sobre ella fundamentan su acusación. Su hipótesis de fondo es que se había producido también un delito de apropiación indebida. La clave era el desvío de fondos a una caja B. Ni la conocía el Banco de España ni la conocía la junta de accionistas. Mientras Banca Catalana se hundía, los responsables de la empresa se habrían enriquecido vaciando su patrimonio. También Jordi Pujol.

El 24 de abril Mena y Villarejo tienen redactado un primer borrador de la querella. Faltan cinco días para la celebración de las elecciones autonómicas. En *El País* se publica que el Banco de España asesora a la fiscalía en la querella y que incluirá a quienes hubiesen formado parte de los consejos de administración desde 1974. Pujol también. La noticia se replica en el informativo de la desconexión catalana de Televisión Española. El impacto es limitado porque la influencia de esa cadena se ha vuelto muy escasa. En uno de los últimos mítines de la campaña, Alfonso Guerra compara el caso Banca Catalana con Rumasa. El viernes 27, el último día de campaña, el abogado Joan Piqué Vidal asegura a Prenafeta que hay un primer borrador de la querella que incluye a Pujol. Domingo 29. Victoria electoral de Pujol. Rotunda.

El borrador de la querella está redactado, sí, pero todavía no está firmado. En Barcelona el fiscal jefe no quiere asumir dicha responsabilidad. El fiscal general del Estado recibe el borrador y plantea la situación al núcleo directivo de la fiscalía. Lo más probable es que acepte la querella y así se lo comunica al ministro de Justicia, Fernando Ledesma. Todos son conscientes de la dimensión política del problema. El ministro lo plantea en la reunión del gabinete, donde se sientan los socialistas catalanes Narcís Serra, Ernest Lluch y Joan Majó. Todos preferirían que no hubiera querella. El ministro considera que no hay pruebas del delito del que se acusa a Pujol, pero sabe que no puede desautorizar al fiscal general porque las consecuencias institucionales podrían ser peores. Burón quiere discutirlo con Mena y Villarejo. Viernes 18 de mayo. En Barcelona se rumorea que los fiscales se han desplazado a Madrid para entregar personalmente el borrador al fiscal general. Hace días que lo tiene. Van a Madrid para discutirlo.

Tras horas de discusión, adoptando un aire solemne, el fiscal general les anuncia a los dos cuál va a ser su decisión. Si nadie se interpone, habrá querella. Mena y Villarejo salen de la fiscalía. En la puerta está Bonifacio de la Cuadra, redactor de tribunales de *El País*. Cuando los ve salir, De la Cuadra les pide si pueden hablar con él. No se niegan. Van a la cervecería Santa Bárbara y responden a sus preguntas con la condición de que no tome ni una sola nota. Le cuentan cuáles son las claves de la querella, cuántas personas hay imputadas. ¿Pujol? Pujol también.

Al salir de la cervecería, el periodista apunta lo que le acaban de decir. Con las notas se va a la redacción. Le avanza al subdirector que tiene una exclusiva importante. El subdirector propone que no la publiquen al día siguiente, el sábado 19, sino el domingo 20. De la Cuadra llama por teléfono interno a Cebrián. Cebrián dice que tiene que salir el sábado. Reunión para decidir la portada. «Boni, ¿tienes confirmado seguro que es el fiscal general?» Sí, responde. Titular: «Inminente querella del fiscal del Estado contra Jordi Pujol y otros responsables de Banca Catalana». Subtítulo: «Solo el Gobierno podría dar marcha atrás a la decisión adoptada». La última frase de la entradilla: «Fuentes jurídicas manifestaron el temor de que el Gobierno socialista dé marcha atrás a esta decisión». Las fuentes son los fiscales. Para evitarlo han filtrado la información. Ellos, muy conscientes de lo que está en juego, sospechan que el fiscal general se reuniría el lunes con el ministro de Justicia, el martes habría nota de prensa de la fiscalía anunciando que se interpondría la querella y se pediría al fiscal de Barcelona que la presentara.

Esa gestión de los tiempos se fue al traste con la filtración de los fiscales y la publicación de la noticia en *El País*.

Ya es de noche cuando suena el teléfono en casa de Lluís Prenafeta. Reconoce la voz de inmediato. Quintà con dinamita. Le acaban de llamar de *El País*. ¿Quién? Le han llamado para avisarle de que al día siguiente, en primera página, se publica la noticia de la querella contra Jordi Pujol. Cuelgan. Prenafeta sale de casa en dirección a la de Jordi Pujol. Son las dos de la madrugada del sábado día 19 de mayo. A Prenafeta lo escuchan con atención Marta Ferrusola y Pujol. El golpe es durísimo. A las siete de la mañana llama a Antonio Franco —el director de la delegación de Barcelona—. «Soy el presidente de la Generalitat. Tenía derecho a saber que esa noticia iba a publicarse». Franco le dice que sí, pero le confiesa que no se lo comunicó porque sabía que Pujol podía parar la publicación de la noticia. ¿Cómo? Haciendo lo que hará después de colgarle el teléfono a Franco. Llama para quejarse a Madrid. No a Cebrián. Directamente a Polanco.

«La querella es un arma claramente desestabilizadora», apunta el domingo Cabana en su cuaderno. «Se proponen que Jordi dimita, lo que supondría la decapitación del catalanismo. ¿No ven que el país se va a radicalizar?», escribe el lunes 20, y el martes 21 Cabana anota: «Estoy indignadísimo y excitado». El miércoles 22 el fiscal jefe de Barcelona emite una nota. Tiene la documentación y hará lo que se le ordena, es decir, lo hace porque lo obligan a ello. Se va expandiendo un clima de indignación. El editorial del jueves 24 de *El País* se titula «Inocente o culpable» y, excepcionalmente, se publica en primera página. Se nota la mano cerebral de Javier Pradera: «Las consecuencias de este conflicto penal, nacido de presuntas irregularidades en la administración de un negocio bancario, pueden llegar a afectar a la estabilidad del sistema institucional sobre el que descansa la Monarquía Parlamentaria». No puede plantearse el problema judicial al margen de la política. Quien lo piense, pecará de ingenuidad. Pradera comprende perfectamente la dimensión y las consecuencias de la querella: es una operación muy arriesgada que obliga a tener todas las pruebas que justifiquen una acusación con potencial desestabilizador.

La prensa no se pregunta si Pujol es culpable. El abordaje informativo del caso no es sobre la causa económica sino sobre la consecuencia política. En Cataluña mayoritariamente se da por buena la idea de que Pujol es víctima de una persecución y que dicho ataque no es solo contra él sino que es contra todo lo que él representa. Este es el marco mental que se impone y que determina la estrategia que va a dirigirse desde la Presidència de la

Generalitat. La batalla es política. Será una batalla de poder. Puede perderse, pero también ganarse y esa victoria no conseguirá una transferencia de poder sino que acabará por modificar el tablero de juego del Estado de 1978. Esa es la dimensión política de la querella. Debe generarse un sentimiento reactivo que pueda ser capitalizado en términos de poder para contraponerlo al poder del Estado. Las víctimas de la bancarrota del banco, que son los accionistas que han perdido sus ahorros y los ciudadanos con cuyos impuestos se ha tapado el agujero de Banca Catalana, deben convertirse en cómplices.

Es la hora de tramar el mito. La retórica es la clave. Los relatos de movilización política más populares son los de victimización y venganza. Son características populistas. Son universales. Se trata de crear un momento populista para refundar el poder. El calendario crea las condiciones para el contraataque. Será un acto de fuerza, con violencia simbólica incluida, que encubrirá la forja del mito.

El 29 de mayo será la primera sesión del debate de investidura. El día 30 Pujol será reelegido porque cuenta con una amplísima mayoría absoluta. Desde el miércoles 23, como mínimo, empieza a trabajarse para que sea un éxito la manifestación de adhesión convocada para la tarde del 30. La primera idea es que su epicentro sea la Plaça de Sant Jaume. Al comprobar la dimensión que adquiere la convocatoria, se amplía el planteamiento. La idea de los organizadores es que la gente desborde el recorrido desde el Palau de la Ciutadella, donde Pujol será investido, hasta la Plaça Sant Jaume.

Comienzan a recogerse firmas de accionistas de Banca Catalana que le serán entregadas a Pujol cuando llegue al Palau de la Generalitat. Empiezan a circular pasquines con estas leyendas: «*Pujol, el poble et vol*» o «*PSOE, Felipe i Guerra ofenen la nostra terra*». En la prensa nacionalista *El País* es descrito como un órgano gubernamental caracterizado por los ataques y ofensas a Cataluña. Se hace una llamada para que el martes y el miércoles —que son los dos días del debate de investidura— los ciudadanos cuelguen banderas catalanas en los balcones de sus casas. En algunos pueblos se publican adhesiones a favor de Pujol y contra los ministros socialistas. «Será una crítica a su mutismo ante Cataluña». Diversas entidades de la sociedad civil —el Centre Lleidatà, el gremio de mercería, el Orfeó de Sants, el Club Socialdemòcrata Català...— publican anuncios llamando a manifestarse. Lo cierto es que simplemente ceden su nombre. El redactado y el coste de edición lo paga Convergència, aunque desde el partido se niega que tengan nada que ver con la manifestación. El domingo 27 el diario *Avui* publica un avance del libro *Els fets del Palau i el Consell de guerra a Jordi Pujol* de

Joan Crexell, la mejor crónica de los sucesos de 1960, cuando Pujol fue detenido, torturado y condenado. Y se convirtió en un mito. El motivo de esta publicación, se explicita en la portada, es intencionado: «Ciertos hechos actuales nos pueden llevar a pensar en un retroceso en el tiempo».

Pero el principal motor de la movilización, por orden directa de Prenafeta a Quintà, es TV3. El día previo a la manifestación, el martes 29, se resume el discurso de investidura, se da voz a los portavoces de la oposición y el presentador informa de la manifestación del día siguiente: «Diversas entidades ciudadanas han convocado una manifestación ante el Parlament para apoyar a la figura del President Pujol». No es un momento agradable para los periodistas porque sienten que, en realidad, están invitando a la audiencia a asistir a la manifestación. En el reportaje se mostraba el recorrido, se entrevistaba al presidente de Òmnium Cultural, que apareció como una de las entidades convocantes, y a un muy buen amigo de Quintà, Ramon Trias Fargas, en cuanto presidente de Convergència. «Hemos de estar con el pueblo de Cataluña que quiere demostrar su apoyo al President Pujol». Se veía la mesa donde se recogían firmas de apoyo a Pujol y se informaba de que los convocantes pedían a la ciudadanía que colgase banderas catalanas en los balcones de sus casas. Al día siguiente, durante las reuniones de la mañana, se decide cómo va a cubrirse la manifestación: se alquilará un helicóptero para captar imágenes aéreas. Tatxo Benet es el encargado de conseguirlo.

La manifestación, en teoría, arranca a las siete de la tarde. A las seis empieza a llegar gente al parque de la Ciutadella, acercándose al Parlament. Decenas de miles de personas. El servicio de orden reparte pegatinas con el lema «*Jo, Pujol*». Mientras esperan que termine la sesión de investidura, cantan. El himno de Cataluña y el del Barça, *L'Estaca* de Lluís Llach o el *Virolai* dedicado a la Virgen de Montserrat. Algunos cánticos independentistas, con un seguimiento escaso (según los cronistas). Los principales gritos son «¡Jordi, Jordi!» y «*Català, sí, bilingüisme no*». Hay otro grito que se repite: «TV3, TV3». Muchas banderas catalanas, algunas esteladas y, entre muchas, destaca esta pancarta: «FELIP V – 1714, FRANCO – 1939, FELIPE GONZÁLEZ – 1984».

Dentro del Parlament el presidente del grupo socialista, después de afirmar que estaba sorprendido por el momento y la amplitud de la querella, quiere fijar su posición. Obiols habla del respeto total por los querellados y de la honorabilidad de Pujol, pero, al mismo tiempo, afirma tener la convicción de que el ministerio fiscal y el poder judicial eran, son y serán independientes. Expresa su afán de que los querellados queden en libertad. Por ellos y por la

institución. Y señala con buenas palabras lo que está realmente en juego: «Rechazo de actitudes plebiscitarias y de explotación de actitudes pasionales. No puede usarse Cataluña y su institución de autogobierno como un escudo». En el intercambio parlamentario Pujol responde afirmando tener la convicción de que la querella tiene una motivación política impulsada por el Gobierno socialista. Obiols responde. Necesita que se distinga entre persona y cargo institucional. Siguen con buenas palabras, a pesar de la dureza de lo debatido. Y Pujol dice que entonces nadie está siendo tan perseguido como él y que a él lo atacan adversarios poderosos.

Después de haber estado rodeando ese ángulo muerto, la querella sobre Banca Catalana sale al final de la sesión de investidura. Y Pujol es reelegido presidente a las siete y cincuenta minutos de la tarde.

Al salir del hemiciclo, los diputados constatan que hay muchísima gente ante el edificio del Parlament. Intentaba controlarlos un servicio de orden improvisado, no oficial, que pretende organizar la situación. Muchos van identificados con un brazalete de los *boy scouts*. Le sugieren al líder de la oposición, Raimon Obiols, que él y su grupo no salgan del edificio para evitar problemas, que esperasen. Obiols dice que de ninguna manera. Al salir no solo tiene que escuchar gritos de histeria —«*Mateu-lo, mateu-lo*», «*Obiols, botifler*»— sino que incluso lo golpean. Los Mossos d'Esquadra, vestidos con uniforme de gala, establecen un cordón de seguridad para que el coche salga sin más problemas del recinto, mientras los manifestantes le gritan «¡Traidor!». El coche del alcalde de Barcelona —ya es Pasqual Maragall— también recibe golpes. Quien había sido presidente de la cámara en la legislatura anterior, el nacionalista Heribert Barrera, escucha cómo le aplauden desde el interior de su vehículo.

Mientras tanto, a las ocho de la tarde, Pujol sale al balcón del Palacio del Parlament. Lo acompañan su mujer y el presidente de la cámara. Frente a él miles de personas congregadas. Saluda orgulloso. Es la imagen que abre la edición del informativo, que empieza cuarenta minutos después de su horario habitual. Al dejar el edificio a Pujol lo espera un coche en la puerta. Tras unos instantes de confusión suben al Ford él, su mujer y Prenafeta, que va en el asiento del copiloto. A ritmo lento empieza el recorrido. Baja la ventanilla para saludar y sonreír a quienes allí están para solidarizarse con él. Detrás del coche le siguen, en primera fila, los principales dirigentes de su partido. En el centro, Miquel Roca. Pujol, con la ventanilla del coche abierta, saluda mientras escucha los gritos de «*Som una nació*». En el balcón del Centro

Andaluz puede leerse esta pancarta: «SI ERES BIEN NACIDO ACUDE A FAVOR DE JORDI PUJOL, NO AL JUEGO SUCIO CON MALDAD». Al llegar al Palau de la Generalitat, Pujol, su mujer, Prenafeta y los dirigentes de Convergència se encaminan hacia el balcón. Simbólicamente estaban sustituyendo en la memoria colectiva la imagen de Josep Tarradellas. Parecía certificarlo otra de las pancartas de la manifestación con este lema: «*Tarradellas ja no és aquí*».

En el balcón de la Generalitat el micrófono espera el discurso de Pujol. Da las gracias a los asistentes, les dice que con su presencia le apoyan a él, a la Generalitat, pero sobre todo a Cataluña, y afirma que aquella manifestación es necesaria para hacer un acto de afirmación política: «*Amb un poble no s'hi juga*». Entonces señala: «Permitid que os diga una cosa, que es la última vez que la diré, pero quiero que quede clara: el Gobierno de Madrid, el Gobierno central más exactamente, ha hecho una jugada indigna y a partir de ahora, cuando alguien hable de ética y de juego limpio, seremos nosotros». Pujol excita a la multitud y habla para que lo escuchen en los centros de poder de Madrid. Ese es el objetivo de la manifestación. Ese es el mensaje. Pujol no rompe con el poder. Pujol dice que su fuerza la pone al servicio de la construcción del país siempre y cuando los catalanes tengan el reconocimiento que se merecen. ¿Propone un pacto? Dice que «todos sepamos hacer uso de esta gran victoria que hoy hemos conseguido». A los congregados les dice que «hoy habéis sido protagonistas de un día histórico». Y les invita a cantar el himno de Cataluña y, después de cantar, a corear por tres veces un «*Visca Catalunya*».

En un extremo de la plaza un grupo radicalizado quema ejemplares de *El País*. Andreu Missé, que es periodista económico del periódico, lo ve. También escucha cómo algunos manifestantes se plantean ir a la redacción para seguir con la protesta. Pero Missé no escribe la crónica que al día siguiente abre la edición. Se titulará «Miles de personas aclamaron a Pujol en desagravio por la presentación de la querella sobre Banca Catalana». La ilustrará una fotografía del President pronunciando su discurso desde el palacio. La firma un periodista que entonces tiene veintiocho años: José Antich. En los estudios de TV3, en la calle Numancia, a toda velocidad se redacta otra crónica de la misma manifestación. Es la pieza que cerrará el informativo. Lo anuncia la locutora Maria Gorgues: «Estamos en condiciones de ampliar la información sobre la noticia del día».

El reportaje empieza con imágenes de Raimon Obiols saliendo del Parlament. Le sigue Heribert Barrera. Fin del primer bloque. Luego imágenes aéreas del parque de la Ciutadella lleno de gente. Cincuenta y cinco mil

personas según la Guardia Urbana. En un coche se graba la manifestación cuando pasa por delante de la Estación de Francia. En esa parte del reportaje la mayoría de las imágenes son de manifestantes. Aquí una familia. Allí un grupo que avanza por la calle brazo en alto y con la mano extendida haciendo la señal de las cuatro barras con los dedos. Una pancarta. Luego una vista panorámica de la Plaça Sant Jaume. Final del segundo bloque. El tercero es el resumen del discurso. No se escucha la frase acusatoria contra el Gobierno socialista. Se escoge otra parte del discurso de Pujol: la manifestación como respuesta nacional y demostración de fuerza. Una fuerza, dice, que debe usarse. No para vengarse sino para construir pueblo. Por unos instantes la imagen deja de enfocar el balcón. Es la plaza y no cabe un alfiler. Al cabo de tres segundos la imagen regresa al balcón. De nuevo Pujol. A su lado Prenafeta, el Gobierno y los líderes de su partido. De fondo un grito. «*Som una nació!*» Pujol, que sostiene el micrófono con la mano derecha, extiende el brazo derecho y repite por cinco veces «sí», y tras el último él lo afirma también. «*Som una nació!*» Fin del reportaje.

Son cinco minutos de televisión poderosos. Lo tienen todo. El chivo expiatorio. La gente. Al fin el presidente. Habla de la fuerza que representa la manifestación y el uso que debe hacerse de ella. Es, sí, un plebiscito y la imagen que se proyecta es la de que Pujol lo ha ganado frente al Estado porque él encarna la nación. Con ese objetivo se había diseñado ese acto, que se pretendía fundacional. Ese relato, con palabras e imágenes, lo compacta el periodista que elabora el reportaje. Lo ha escrito un periodista sentado frente a su máquina de escribir. No lo escribe en su despacho sino en una sala de edición a la que ha ido expresamente. No se esconde. Quiere que todos lo vean. Porque no es algo habitual. Es el director de la televisión. Alfons Quintà apuntala el mito que antes quiso destruir.

Hacía cuatro años de aquel artículo en que denunciaba la situación de Banca Catalana y disparaba contra Jordi Pujol. Aquel reportaje, que era el primero de una serie que se paró por las presiones políticas y económicas, podría haberlo convertido en el gran periodista de la democracia en Cataluña. Él podría haber tenido su Watergate. Pero él mismo se encargó de ocultarlo. Cerraba el círculo y se encerraba dentro de él el mito. La paradoja trágica de su vida es que su obsesión por el mito, que tardará más de veinte años en intentar volver a destruir, acabó destruyéndolo a él. Ha empezado a despenarse por la línea descendente de la parábola de su vida.

No continuará dirigiendo TV3. La suya. Hace meses que se rumorea el cese o el cambio, no importa la etiqueta, y el momento ha llegado tras las elecciones autonómicas. Junio de 1984. Le gustaría seguir. Por ahora ha tumbado a quien le había plantado oposición. Josep Caminal, director de la Corporación Catalana de Radio y Televisión, deja el cargo. Es el tercer director general que se ha cargado. Caminal cesa, pero se va enviando una carta a Pujol por registro. Le pone por escrito lo que este no quiere escuchar. La situación en la televisión es caótica porque la conducta de Quintà pone en riesgo el proyecto. Quintà se sabe en falso. Le propone una alternativa a Lluís Prenafeta. Ascender en el escalafón. Dejar de ser director y a cambio ser nombrado director general de la Corporación. Así seguirá mandando. Tiene claro quién dirigiría la radio y la televisión. Gente de su máxima confianza. Josep Sanz y Enric Canals. Y presiona para conseguirlo.

El domingo 17 de junio se celebra el cónclave de Convergència Democràtica. Es un consejo nacional importante para el presente y para el futuro del partido. De manera orgánica se señala al PSOE como responsable de la querella contra los consejeros de Banca Catalana. Se decide impulsar una alternativa centrista para competir en las elecciones españolas —se presentará en todo el país, fruto de una coalición de diversos partidos, y la liderará Miquel Roca—. E incluso en esa circunstancia comparece la sombra de Quintà. Un grupo de militantes formulan una pregunta a Pujol. ¿Qué ha ocurrido con Caminal? Pujol, con su cinismo salomónico, les responde que Caminal es un valor, así se lo comunicó él mismo tras las elecciones en privado, pero Quintà es un valor también. Ante los cargos más destacados del partido afirma literalmente que «sin su dedicación TV3 no habría sido posible». Quienes le conocen pueden concluir que el elogio es el prólogo de la sentencia. En algo más de una semana, Quintà caerá.

Pero antes de desaparecer, un último momento de plenitud. El 18 de junio el director y un equipo de TV3 son recibidos por el presidente Felipe González en el Palacio de la Moncloa. Es la primera entrevista que González concede a una televisión autonómica. La graban en el despacho presidencial.

Se sientan en unas sillas de madera con acabados dorados. En la pared, tapices con escenas campestres y marinas. Al fondo de la imagen, la mesa de trabajo del presidente y una bandera española. Cuando la cámara muestre un primer plano de González, la bandera española se verá justo detrás de él. No de cualquier manera. La escenografía se ha estudiado a fondo. Lo que se muestra es el escudo. De vez en cuando suena el teléfono y en una ocasión, al fondo de la imagen, se ve a alguien contestando. Cuando la cámara enfoca a Quintà, ofrece una imagen algo degradada. Hinchado, la barba descuidada, y los ojos ansiosos. Pero la conversación es de alto nivel. Geopolítica de España y proceso de saneamiento industrial, deuda pública, desarrollo del estado autonómico y relación con la Generalitat. E incluso los problemas sobre el funcionamiento de TV3. Y sin nombrarla, la querella de Banca Catalana. Quintà pregunta, González contesta.

—Usted en el pasado utilizó la expresión, cito de memoria, confío en no falsear su pensamiento, calificó las relaciones entre el Gobierno central y la Generalitat de modélicas. Creo que lo hacía, quizá, poniendo un contrapunto que yo no voy a citar. ¿Las considera todavía modélicas? ¿Mejorables? ¿Mal momento? ¿Buen momento?

—Bueno, aparte de algún incidente, quizá, por una interpretación sesgada sobre un acontecimiento, yo creo que doloroso por la interpretación, aparte de eso las relaciones institucionales entre el Gobierno de la nación y la Generalitat, decía entonces y digo ahora, que son unas relaciones magníficas. Y espero que no se tengan por qué torcer o deteriorar.

La entrevista se emite el jueves 21 de junio. Setenta minutos de *prime time*. Cuando los espectadores empiezan a verla a las nueve y media de la noche, Quintà ya sabe que su etapa en TV3 ha concluido.

El miércoles había sido nombrado el nuevo director general de la Corporación: Joan Granados, convergente con el número 27 de afiliación al partido. Ese era el cargo que Quintà quería. Y además Quintà afirma que Granados no sirve para ese cargo y que no van a entenderse. Lo comenta con Ferrús y canals en su despacho. Se le dirá que no se entrometa en la televisión. Pero Granados no se amilana: lo despide. Para limar asperezas, para tomar una decisión no traumática, la noche del miércoles los dos cenar juntos. Al mismo tiempo hay movimientos en la televisión que él aún dirige. El jefe de informativos redacta una carta de apoyo defendiendo que Quintà ha sido el motor de un modelo de éxito y ahora ese modelo podría estar en peligro. Lo firman los principales responsables del canal. El director técnico y el de programas. La mayoría de los mandos. Pero no todos firman, la verdad,

y Quintà sabe quién no firma, y no olvida. Esa no es la única gestión en marcha. El comité de empresa redacta un documento de apoyo a Quintà como director. Se somete a votación de la plantilla. El resultado es revelador. Dos tercios de la plantilla votan en contra. Es la demostración más evidente de su falta de apoyo interno. Son números que se publican en el *Avui* y queda claro que algo va mal. Por ello había gente que se había negado a firmar. La televisión seguía demostrando una calidad indiscutible, lo saben quienes la están haciendo y sobre todo lo saben los espectadores, pero de puertas adentro estaba amenazada porque el director estaba convirtiendo la cotidianidad en un caos.

El lunes 25 de junio la situación se resuelve. En su primera rueda de prensa, Granados confirma que Quintà no seguirá como director. ¿Ha dimitido? ¿Ha sido destituido? Quintà dice que dimite, pero se le rescinde el contrato. Si como director cobraba 262 758 pesetas mensuales, se firma un acuerdo en virtud del cual cobrará 200 000 al mes como asesor del director de la Corporación. Pero el monto relevante es la indemnización: 8 403 813 pesetas. Y además podrá tener otros ingresos vinculados a la televisión: 5000 pesetas por cada hora de asesoramiento. Como director en funciones le sustituye su hombre de máxima confianza: Enric Canals. Habían trabajado juntos en *Dietari* y *El País*. Canals recibe una llamada de Quintà. Cree que puede seguir dándole órdenes y esta es explosiva: «Tú desde dentro y yo desde fuera. A partir de ahora, contra la televisión, goma 2». Se rompe su relación. No es lo único que se quiebra esos días de finales de junio de 1984. Empieza a diluirse la relación del primer director con la historia de la televisión. En los pasillos de la cadena catalana no se vuelve a hablar de Quintà a medida que se normaliza el día a día en el trabajo. Porque por fin, después de meses de terror, se puede respirar. De esa época previa de acoso y pánico muchos no querrán hablar durante décadas. Un tabú. Y él empieza su propia deriva. Extraña.

¿Qué quieres? ¿Director del diario *Avui*? ¿Delegado de la Generalitat en Madrid? Son cargos que Alfons Quintà dice que Lluís Prenafeta le ofrece en esa coyuntura. Quintà dice no. Tras haber cobrado los ocho millones de la indemnización, prefiere dejar el periodismo (al menos por una temporada) y dedicarse a la justicia. Es un abogado colegiado. Y Prenafeta reacciona de inmediato. ¿Querría incorporarse al bufete de Piqué Vidal, es decir, colaborar con el prestigioso abogado que, entre otros, defiende a Jordi Pujol frente a la querrela que le ha interpuesto la fiscalía por el caso Banca Catalana? Tampoco.

Como es habitual, la Audiencia de Barcelona tiene plazas de juez para cubrir. No son fijas. No es necesario aprobar una oposición. Presentas un currículum y la Audiencia, tras valorarlo, puede escogerte para ejercer como juez suplente. Es el caso de Quintà. Ejerce como juez suplente en El Prat de Llobregat. Durante un par de años su nombre desaparece de la vida pública en un despacho de un juzgado del área metropolitana. Hay algún testigo que recuerda haberle visitado y protagoniza una de las anécdotas que van ensombreciendo la leyenda sórdida de un personaje atípico. Casó a una pareja de novios en el juzgado. Al terminar la ceremonia, como agradecimiento, le dieron al juez 5000 pesetas. Los acusó de soborno, llamó a la policía local y pidió que los detuvieran. En alguna ocasión recordará haber colado un latinajo en una sentencia. Se referirá al levantamiento de cadáveres de suicidas. Pero muy poco se sabe de su etapa en El Prat.

Un largo silencio acompañado de una respuesta vehemente. En el piso de la calle Fígols suena el teléfono. Quintà atiende la llamada. El interlocutor se presenta: es el periodista Siscu Baiges. Con otros dos colegas —Jaume Reixach y Enric González— está realizando una investigación sobre Banca Catalana. Les interesaría hablar con él. «Yo no tengo interés alguno en hablar con vosotros». Y cuelga. Parte de la leyenda Quintà tiene que ver con ese silencio. Con amigos y conocidos repite lo que viene diciendo desde que lo eligieron para dirigir la televisión: «Saben lo que puedo decir». Pero la realidad es que, si sabe más de lo que había escrito ya, no lo cuenta. Comentará que se quedó corto, que la situación del banco era mucho peor de lo que él reveló, pero como periodista no aportará más información a la que contó en aquel artículo de la primavera de 1980. Quintà no atiende a los periodistas, pero ellos siguen trabajando. Durante este período que Quintà pasa apartado de la vida pública, los tres constatarán que Banca Catalana sigue siendo el ángulo muerto de la política catalana.

Para evitar que ese ángulo muerto pueda ser contemplado se organiza una campaña de defensa compleja y ambiciosa, que se desarrolla en diversos frentes. Es un episodio político duro cuyo objetivo no es solo ganar la absolución. A esa victoria está asociada otra más determinante. Lo que se ha puesto en juego es la fuerza efectiva del nuevo poder político catalán, la virtualidad del pujolismo para ser reconocido como tal. Se trata de explotar la potencia del mito para fundar un auténtico poder y ganarse un espacio en el Leviatán del 78. ¿Moral? No. Y el juicio sobre lo que está ocurriendo, para comprenderlo, tampoco debe serlo. Es política al margen de los carriles institucionales. Poder en bruto. Poder real.

Un frente de batalla de poder para que el ángulo muerto no sea contemplado es el de la opinión pública interna. Y está ganada prácticamente por completo. En Cataluña se ha impuesto una verdad social: Pujol no solo es víctima de una persecución del Gobierno, sino que además sus perseguidores son los poderes del nuevo Estado. Los encarnan *El País*, el partido socialista y los dos fiscales. A uno de los dos, a José María Mena, le rompen sistemáticamente los cristales de su casa de veraneo y en esa casa una madrugada incluso disparan contra una ventana con una escopeta de caza.

Si alguien pretende desmitificar el relato oficial, se intenta desactivar la operación. Los periodistas Baiges, Reixach y González, que investigan la historia del banco, lo van a constatar. Han hablado ya con centenares de personas y han redactado una primera versión con ese material. Un agente literario hace llegar muestras a grandes grupos editoriales. Planeta dijo que no y Plaza & Janés dijo que sí, atendiendo a un informe de lectura que puntuó el manuscrito con nota alta. Entonces los autores viajan a Madrid para hacer más entrevistas con el dinero que Plaza les ha avanzado. Por entonces ya saben que se estaban preparando informes sobre ellos y, de un día para otro, Enric González supo que no trabajaría en TV3. Vetado. Cuando en noviembre de 1984 el semanario *El Món* publica un adelanto del contenido del libro, los problemas crecen. Hay reunión entre Miquel Roca y Antoni Subirà —que también es dirigente convergente y con cargos de responsabilidad en la editorial—. Hay versiones del manuscrito que se reparten a militantes de Convergència sin autorización. Hay un dictamen encargado por la editorial a sus abogados por si el texto incurre en delitos.

Pasan los meses, se pospone la distribución y los tres autores, resignados, empiezan a negociar con abogados el contenido del libro a la baja. Y mientras el tiempo pasa, y no es casualidad, se publica otro libro sobre Banca Catalana. Es la versión autorizada, la que escribe el periodista económico de *La Vanguardia* Feliciano Baratech. Y solo entonces, cuando se han ensayado varias vías para desactivar la verdad periodística del libro de Baiges, Reixach y González, Plaza lo distribuye. Llega a las librerías durante el verano de 1985, pero no se comunica a los autores. Estos se enteraron porque un familiar compró un ejemplar cuando lo vio impreso. La diferencia entre su original y lo que descubrirán los lectores no es menor. «La opinión pública continuará sin ver la luz sobre algunas de las cuestiones clave para interpretar la crisis de Banca Catalana». Lo afirma Andreu Missé, en septiembre de 1985 y en *El País*, en el artículo donde se reseña la aparición de *Banca Catalana*. *Más que un banco, más que una crisis*.

Missé, que había leído con dudas deontológicas los artículos de Quintà sobre el banco, se atreve a reproducir fragmentos censurados del libro maldito. Como este: «Florenci Pujol practicaba el contrabando de divisas de forma pública y notoria, y pocas personas lo ignoraban en el mundillo económico barcelonés». Pero lo más peliagudo, y Missé lo señala, es y será determinar si Pujol se había enriquecido o no vendiendo acciones del banco, mientras otros accionistas habían perdido todo el capital. En la versión original del libro se comentaba un documento esclarecedor. Ha desaparecido en la versión publicada. Missé lo da a conocer. Es una escritura de venta de acciones que Pujol habría hecho tras las elecciones constituyentes y con la que habría ganado seiscientos millones de pesetas. En la hipótesis de que el dato fuese cierto, y Missé no publica lo que no sabe, se abriría en el corazón del mito una grieta que permitiría ver un ángulo muerto: tras la coraza de la ética podría haber un pastizal. Para preservar el mito, el abogado Piqué Vidal reacciona de inmediato. No es la primera vez que se mueve entre bambalinas para que nadie cuestione la verdad social. A los autores del libro ya les había amenazado con doscientas querellas en un solo día. Para desmentir a Missé convoca una rueda de prensa a la que no se invita al periodista y donde fija un mensaje. «Está claro, y éticamente hablando es una suerte para el señor Jordi Pujol, que en el caso de Banca Catalana él también perdió su capital».

La batalla de Banca Catalana, más que sobre lo que debe ser juzgado, tiene como eje principal la desestabilización que conlleva la querrela. Ese es el argumento que la defensa política plantea en Madrid. En parte Pujol se dedica a ese frente, pero sobre todo es Prenafeta. Durante horas, días, semanas y meses esa es la prioridad del secretario general de Presidència. De este modo cursa un máster sobre la mecánica del poder real. Porque el poder real, también el de la realeza, está informado de qué puede implicar el procesamiento. No es solo la desestabilización a través de la fuerza política ejercida desde la calle. Es que podría encender incluso la mecha de la reivindicación independentista.

Quien mejor ha entendido la profundidad de lo que está en juego es quien lleva la corona del Leviatán del 78. Juan Carlos I fijó posición desde el día que siguió a la investidura de Pujol. Él es un símbolo y es consciente del valor político de las imágenes simbólicas. Lo abraza en público y los fotógrafos toman la imagen. Una condena podría poner el régimen en riesgo y lo mejor sería llegar a un pacto de Estado. El objetivo de la defensa política es, en último término, ganar ese pacto con el poder. Por eso se busca la complicidad de las elites de la capital del reino. Desde el decano del colegio de abogados

—Antonio Pedrol Rius—, pasando por miembros de la Real Academia — Pedro Laín, Fernando Lázaro Carreter— o directivos del Banco de España, hasta exministros de Suárez. Gente del poder de ayer y de hoy, los abanderados del mito fundacional de la Transición modélica.

El éxito de esa ofensiva tiene dos concreciones. Una pública y otra privada. La pública es el nombramiento en 1984 de Pujol como «español del año» por el periódico monárquico *Abc*. La gala de concesión se celebra el 17 de abril de 1985 en Madrid. El tema del acto, según escribe el cronista, es cómo Pujol había derrotado electoralmente a los socialistas. Los comensales pertenecen a la plana mayor de la derecha española. Ahí está el presidente de la CEOE, don Juan de Borbón o el líder de la oposición Manuel Fraga. El texto del pie de la fotografía principal, donde se ve la mesa de la presidencia, es un rumor cogido al vuelo. «A todos estos hombres les unen muchas más cosas que les separan. Bastaría con que coordinasen sus esfuerzos para que los socialistas fueran derrotados en las elecciones generales». ¿Ese desafío plantea Pujol al Gobierno? Sí. Lo hará a través de la Operación Reformista que liderará Miquel Roca, sentado ante esa misma mesa.

Prestigiar a Pujol en los círculos de la derecha de Madrid es una de las estrategias de su defensa política. Puede ser un instrumento para desgastar a González. Tiene que ser entonces, en 1985 o 1986, cuando Prenafeta vuelve a llamar a Quintà. Propuesta: la creación y dirección de un periódico moderno y en castellano. Dicho de otra manera: construir la alternativa a la hegemonía de *El País*, que se ha fundido con la hegemonía del felipismo. Lo apoyará un grupo de empresarios del círculo de Prenafeta, le gustaría vincular a Javier Godó —propietario de *La Vanguardia*— y cuenta con el beneplácito de sectores de la máxima confianza del rey Juan Carlos. Así se lo explica.

El juez suplente Quintà, en su despacho en El Prat o en el piso de Les Corts, elabora el proyecto e incluye un estudio económico. Prenafeta, aún mano derecha oficial de Pujol, lo convoca a una comida en la terraza del hotel Ritz de Madrid. Acuden el conde de Godó, Quintà, Prenafeta y el financiero Manuel Prado y Colón de Carvajal. Desde 1986 este íntimo amigo y administrador del rey reside en Barcelona. A Quintà le extraña la relación entre Godó y Prenafeta, la interpreta como el resultado del mutuo interés, pero sí entiende la función política del nuevo periódico: «Una oposición controlada —la oposición de Su Majestad, podríamos decir en términos genéricos—. Durante los días que seguirán Quintà se reúne incluso con el director técnico de *La Vanguardia*. Pero ese proyecto queda abortado sin más

explicaciones. Tal vez porque las relaciones entre la Generalitat y *La Vanguardia*, poco a poco, han empezado a deteriorarse.

Con el tiempo empieza el deshielo de la guerra fría entre la Generalitat y la Moncloa. A principios de octubre de 1985 Pujol y González se reúnen en la Moncloa durante tres horas. Se nota el cambio de atmósfera. Se nota y se concreta. Un día Juan Luis Cebrián, que juega su papel político como miembro de la elite del cuarto poder, llama a la delegación de Barcelona de su periódico. Un mensaje. Hasta aquí la investigación para determinar la verdad periodística del caso Banca Catalana. No lo dice, pero puede interpretarse lo que implica: el Estado ha asumido que lo mejor para la estabilidad es el pacto y el reconocimiento de Pujol como un hombre del poder. Otra batalla ganada. Al cabo de pocos meses, reunión de los abogados de la defensa de los querellados. Aparece Miquel Roca. Explica algo que podría demostrar la utilidad de la batalla política planteada. El cambio de posición del Gobierno socialista se va a notar aún más. En Madrid corren rumores de que se podría sustituir al fiscal general del Estado, que en último término es quien validó la presentación de la querella.

El 22 de junio se celebran elecciones generales. Las piezas se recolocan. Felipe González revalida la mayoría absoluta y la operación reformista fracasa estrepitosamente. En Cataluña Roca obtiene un muy buen resultado, pero en el resto de España ni un solo diputado. Con ese cero empiezan a caer fichas del dominó y el tablero se aclara. El centrismo se desintegra y el apoyo de grandes nombres como Garrigues Walker o Florentino Pérez no ha dado fruto electoral. El gasto electoral se ha desbocado y hay muchas deudas para pagar. El poder encontrará cómo solucionarlo. El poder toma nota de quiénes son los perdedores. A principios de septiembre de 1986 Pujol y González se reúnen de nuevo en la Moncloa. El presidente querrá zanjar la cuestión: «No me siento políticamente responsable de lo ocurrido con el tema de Banca Catalana. Tampoco con la presentación de la querella». Una semana después dimite el fiscal general, Luis Burón Barba.

La batalla política está ganada. La judicial, prácticamente también. Todo depende de lo que decidan cuarenta y un jueces de la Audiencia Territorial de Barcelona. El pleno está convocado para el día 21 de noviembre. El 18 Salvador Alsius entrevista a Pujol en TV3 y en *prime time*. El periodista le pregunta si el caso Banca Catalana ha sido para él una pesadilla. Pujol responde que no y que, en cualquier caso, era una pesadilla que había gravitado sobre toda Cataluña. Mientras se emite la entrevista, el abogado Piqué Vidal llama a Prenafeta. Puede confirmarle ya que veintinueve de los

cuarenta y un jueces votarán en contra del procesamiento. Muchos de ellos ni se han leído el sumario. Es probable que algunos, discretamente, hubieran cenado en el restaurante Gorriá con Prenafeta y Piqué Vidal. Poderes cruzados. Pero es que además pesa el entorno. La verdad social es una. Incluso el socialista Obiols declaró que condenar a Pujol sería colectivamente traumático. La noche anterior al pleno Prenafeta amplía el número de los que votarán en contra del procesamiento. No es que quieran absolverlo. No es que quieran condenarlo. No lo quieren ni juzgar. El viernes 21 se resuelve. No habrá verdad judicial sobre el caso Banca Catalana. La querella llega a su fin.

A las nueve de la noche de ese día Pujol hace una declaración institucional. «Toda Cataluña se libera de una gran presión». La escenificación del momento está perfectamente calculada. En la sala desde la que habla Pujol hay un retrato: el del rey Juan Carlos.

Llegar hasta aquí ha sido duro. El episodio no puede ser moralmente idealizado. No ha sido cuestión de ética. Está más allá del bien y del mal. Es poder. El poder entendido como la producción de los efectos deseados. Política sin máscaras. Sin la virtud. Política más allá de la ley. Es la naturaleza de la política que aspira la fuerza que posee todo momento fundacional. Ha sido un acto de fuerza sostenido, cubierto desde el primer momento por el manto de la noble mentira que siempre es el mito. El mito de la víctima cuyo sufrimiento se funde con el pueblo. El instante en que las víctimas se convierten en cómplices para sentirse parte de una misma comunidad. En ese instante, con la entronización plena del mito político, cuando se instaura un nuevo orden.

En su vértice está Pujol y tras él la corte del pujolismo. Se reconocen como la clase dirigente de un sistema que se institucionaliza a través del Estado de las autonomías. No es solo la mayoría. Es una elite que siente que ha ganado la hegemonía con la resolución del caso Banca Catalana y que tienen clara la voluntad de mantenerse en el poder que han instituido. Lo van a desplegar. La alternancia se bloquea. En el palacio pueden sentirse impunes. La oposición se desfonda. Es el régimen dentro del régimen. Es democracia y son negocios. El pujolismo en el 78. Un subsistema del sistema. El corazón de la fiesta ha empezado a latir.

Imagina que la historia puede repetirse como éxito, pero se repetirá como fracaso. Primero para él, después para la empresa. Conferencia de Alfons Quintà en el Ateneu Barcelonès. Lo plantea como un *déjà vu* en su propia biografía, el ensueño de que el momento de plenitud volverá. A finales de 1982 había expuesto el proyecto de lo que sería el canal de televisión de la

Generalitat. Ahora, en mayo de 1990, explica cómo va a ser el nuevo medio de comunicación que está creando y que va a dirigir: *El Observador*. Tiene un proyecto y, en teoría, ha obtenido el millón y medio de pesetas que necesita para materializarlo. La propuesta procede del fontanero que en su día impulsó con él TV3. Prenafeta. Esta vez el periódico va en serio.

Pero Prenafeta ya no está en la Generalitat. Después de una década mandando, dos meses antes de la conferencia de Quintà ha dejado la secretaría general de Presidència. No son solo los enemigos internos, que le envidian el poder que en él ha delegado Pujol. En los círculos históricos del pujolismo incomodan los rumores sobre sus negocios. Después está también la información que desde hace algunos meses publica un equipo de periodistas de *La Vanguardia*. Pero hay más. Se sabe asediado por una investigación que ha emprendido la fiscalía de Barcelona. Otra vez Jiménez Villarejo. El 9 de marzo de 1990 dimite. Anuncia que deja la política y que pasa al sector privado.

No es una decisión improvisada. Hace como mínimo año y medio que el lugar del que partió —la empresa familiar de curtidos— ha empezado una expansión paradigmática de ese momento. En el régimen se juega al pelotazo. En el subsistema dentro del sistema también. La empresa familiar, Tipel, ha absorbido a Geset. Era una empresa que pertenecía al padre de Marta Ferrusola y la operación la había liderado un joven comercial que trabajaba en la empresa de los Prenafeta: Jordi Pujol Ferrusola. Entonces Tipel renueva su estructura y desde mediados de 1988 tendrá dos divisiones. La tradicional, dedicada a producción de pieles y curtidos, y otra nueva, Vilassar Internacional, cuyo objetivo a corto plazo es comprar participaciones en empresas diversas y llegar a cotizar en Bolsa. Uno de los ejecutivos que ficha la propiedad para impulsar la dimensión financiera de la empresa es un prometedor director general de la Generalitat Artur Mas.

No es un secreto. La noticia de la incorporación del economista Mas a Tipel se publica en prensa en julio de 1988. No es el único cargo que pasa de la administración a la empresa privada. Carles Vilarrubí. Su carrera en el pujolismo empieza también conduciendo un coche: era un militante prometedor del partido, fue chófer de Jordi Pujol. Se hace amigo de los hijos de Pujol, es hombre de la máxima confianza de Prenafeta y empieza a trabajar de consejero delegado en una empresa que se dedica a la inversión y cuyo presidente es Manuel Prado y Colón de Carvajal. Hasta hacía pocos meses ese hombre que gozaba de la máxima confianza económica del rey, que ha movido hilos para que otro hijo de Pujol —Josep— pueda estudiar en una

universidad norteamericana, había sido el presidente de Vilassar Internacional. Era la sociedad a través de la cual los Prenafeta quieren crear su *holding*.

Aparentemente una noticia y la otra no tienen nada que ver, pero son estampas de un mismo momento. Cuando el Estado del 78 se ha consolidado, algunos poderes españoles, nuevos y antiguos, no van a servir a la democratización sino que explorarán cómo servirse de la democracia. España es el país del mundo donde más fácil es hacerse rico rápidamente. Lo proclama el ministro de Economía Carlos Solchaga. Más que produciendo, invirtiendo. Más que con la industria, con las finanzas. No se trata de ser más competitivos. Es un buen momento para forrarse. Muchos lo intentan. Algunos acabarán mal. Otros ganarán. Así se pudre el felipismo. Y Prenafeta es consciente de que necesita ganar una parcela del cuarto poder para afianzar una posición de poder asediado. El 14 de septiembre de 1988 una nueva sociedad se inscribe en el registro mercantil: Promotora Editorial Europea. El objetivo de Predeusa es crear un periódico.

El capital inicial de la empresa es de 50 millones de pesetas, según consta en el registro. El principal accionista es Jordi Planasdemunt —había sido consejero de Economía, por entonces es síndico de la Bolsa de Barcelona— con 46 millones. Es un secreto a voces que Planasdemunt es el hombre de paja del factótum del proyecto: Prenafeta. La empresa tiene cuatro accionistas minoritarios y cada uno de ellos aporta un millón de pesetas. Uno de los cuatro es Quintà, nombrado consejero delegado. Pronto se incorporan nuevos accionistas, algunos a propuesta de Quintà, como el nuevo presidente Armand Carabén —empresario y articulista que había formado parte del Camelot de Josep Pla—. Nadie duda de quién dirigirá la nueva publicación: el periodista mítico, desaparecido, que fue capaz de crear el gran medio de comunicación de la Cataluña de la democracia. El objetivo de Prenafeta está claro. Jugar fuerte, tan fuerte como con la creación de TV3, para ganar la batalla del cuarto poder en Cataluña.

El periódico será en castellano y catalanista, nada que ver con el *Avui*, porque su propósito casi explícito es desgastar a *La Vanguardia*. Ficharán a algunos de sus mejores articulistas. Y Godó reacciona. Mejora el contrato de Baltasar Porcel, por ejemplo, quien a la vez sabe que su firma es influyente porque publica en ese periódico. Miembros del equipo directivo —el director Joan Tapia, el exdirector Lluís Foix— hablan de poder a poder, a cara de perro, con Quintà y Prenafeta. Desde finales de 1989 se publican en *La Vanguardia* trabajos de investigación sobre problemas de Vilassar

Internacional —servirán para abrir la investigación de la fiscalía— o se reproduce una crónica mordaz sobre *El Observador*.

Días antes de la conferencia de Quintà aparece una noticia sobre el nuevo periódico y se pone rostro al hombre que quería quedar en la sombra: ese periódico será el de Prenafeta. Él, cuando se lo preguntan, miente porque lo niega rotundamente. En su conferencia Quintà asume el reto. Hacia el final de su participación interviene con vehemencia en la polémica: «Yo no estoy seguro de que el señor Javier Godó Muntañola —propietario de *La Vanguardia*— no haya pretendido hacer un periódico de la mano del señor Lluís Prenafeta. Y lo repetiré: yo digo que no estoy tan seguro de que nunca el señor Javier Godó Muntañola —propietario de *La Vanguardia*— no haya pretendido hacer un periódico de la mano del señor Lluís Prenafeta». Piensa en la reunión de hace pocos años en el Ritz de Madrid. No la ha olvidado y está dispuesto a contar el episodio. «Si *La Vanguardia* tiene interés en este particular, en averiguar lo que explico, lo que debe hacer es publicar una larga información sobre este punto para la que contará, ciertamente, con mi colaboración gratuita». Ante los inversores y el equipo de periodistas concluye su conferencia. «Lo hacemos y lo haremos sin espíritu mezquino ni de venganza». Quiere situarse en un plano de superioridad moral, pero inmediatamente añade un matiz: «Tal vez sí que podría decir algo relativo a la venganza. Lo diré solo en el sentido en que lo dice el emperador y filósofo Marco Aurelio, que dice: *Venganza es no ser como ellos*». Algunos de los periodistas de su equipo saben que esa conferencia es delirante. La redacción es notable pero casi todo va mal. Quintà encadena los errores y con su conducta retrasa la aparición, tal vez porque sabe que el producto es defectuoso.

Su pretensión es crear un periódico que fuera mayoritario desde el primer día. Ganar no por ideología sino por calidad. Replicar lo que en su día fue TV3 pero en prensa. Entonces tuvo un cheque en blanco. Ahora le parece que también. Necesita 1500 millones de pesetas para hacer el periódico que quiere. En principio hay dinero, pero los inversores quieren cierto control de gasto. Le piden al asesor financiero Joan Anton Sànchez Carreté que vigile. Cada quince días visita la redacción y repasa las cuentas. Estas resultan disparatadas y los gastos personales de Quintà se acumulan. Así se lo dice a Quintà el día que acepta navegar con él en el barco atracado en Port Ginesta: «Te crees Dios y no lo eres». Quintà lo escucha indignado y empieza a gritar. «Es el peor insulto que he recibido en toda mi vida». O le deja hacer su trabajo, responde el *controller*, o se va. Quintà intentará que lo echen. Es

cuestión de días que ejecute su venganza. En una reunión del consejo de administración saca de su cartera unas cintas de casete. Son grabaciones de comienzos de la década de los setenta en las que Sànchez Carreté arengaba a los universitarios con discursos revolucionarios. ¿De veras quieren los empresarios que un hombre como ese controle las cuentas de la empresa? Lo que los empresarios se preguntan es cómo Quintà ha conseguido esas cintas. ¿Existe esa caja fuerte donde se dice que guarda documentación sobre Jordi Pujol? ¿Tan buenas son sus relaciones con la embajada de Estados Unidos? De Quintà empieza a contar más su leyenda negra que su prestigio.

Quintà gasta el dinero con el argumento de que *El Observador* será el *New York Times* de Barcelona y con proyección española. Con ese ensueño redacta un código deontológico que hará firmar a todos los periodistas que contrate. Hay algo de libro de estilo para que los artículos fuesen como los de la mítica cabecera —fija el número de líneas máximo por párrafo—, pero además incluye alguna de sus extrañas obsesiones, la de que los periodistas de la redacción no podían establecer relaciones de pareja entre ellos. A los accionistas les dice que lo mejor sería un periódico no estructurado por secciones sino que fuese la suma diaria de suplementos. Pero realizan un estudio de mercado y constatan que el modelo de periódico que esperan los lectores no es el que Quintà tiene en la cabeza.

Él, que se ha asegurado una plaza en un consejo de administración (donde también entra la empresa editora de *El Periódico*), manda, gasta. En más de una ocasión se equivoca y gasta todavía más. Viaja para estudiar las empresas más vanguardistas. Quiere una maqueta rompedora, que encarga al director de arte del NYT. 40 millones. Cuando la tiene, la encierra en una caja fuerte de la que solo tienen la llave él y otra persona. Firma contratos con proveedores que hipotecan cada vez más la empresa. No solo él. A algunos colaboradores los ficha Prenafeta directamente: no cobrarán por artículo, tendrán un sueldo fijo. Piensan en grande. En sus sueños piensa que venderá 80 000 ejemplares, pero nunca se alcanzará esa cifra. Ni siquiera una cuarta parte. Entre la ilusión y la megalomanía, entre la vanidad de considerarse el mejor periodista de su generación y el afán de venganza que retroalimenta la beligerancia de Prenafeta, no puede ver que desde muy pronto todo va a la deriva.

El equipo inicial trabaja primero en un piso en la Plaça Universitat. Lo cede uno de los accionistas, el propietario de la inmobiliaria Forcadell. Quintà incorpora a dos colaboradores de los juzgados del Prat de Llobregat. Una de las personas con mayor prestigio en TV3 —Dolors Genovès, sabe cómo tratarle— se suma también y ella se encarga de fichar a algunos periodistas,

como a Vicent Sanchis. A la redacción también se incorpora un joven Jordi Juan. Hay más nombres valiosos, que provienen de *El Periódico* o del agonizante *Diario de Barcelona*. No tardan en constatar que Quintà no controla el proyecto. No es capaz de fijar el organigrama e improvisa dando bandazos. Los periodistas saben que se encierra en el despacho para beberse botellas del refresco que bebe entonces compulsivamente, TAP, lo oyen regurgitar y saben que cuando salga se paseará por la redacción y es perfectamente plausible que robe el bocadillo que alguien tiene sobre la mesa. Dice que le preocupa su sobrepeso y al mismo tiempo devora con voracidad.

«Este tío está loco», comentan entre ellos. «¡Esto es un desastre!», exclama una mañana el veterano Mateo Madrideo al llegar a la redacción. Es el 2 de agosto, el diario aún no se publica, pero a las seis de la mañana ha recibido la llamada ansiosa de Quintà para comentar la invasión iraquí de Kuwait que está viendo por la CNN (porque en casa tiene todas las parabólicas posibles para seguir las televisiones de todo el mundo). Se anuncia que saldrán en septiembre de 1990. Y tampoco.

Los fundamentos de la idea inicial se disuelven en el caos, pero nadie se atreve a denunciarlo porque causa pavor y despierta de manera arbitraria. No tiene la confianza de nadie en la redacción. Cuando su director les pide a algunos periodistas que vayan a navegar con él, a veces encuentran excusas para negarse, sobre todo las necesitan ellas, pero en algún caso acceden a su obsesión. En pocos lugares como a bordo del barco se muestra su ciclotimia de una manera tan clara. Por una parte está el Quintà que enraíza con la paz infantil, la de los viejos pescadores de Roses y los viajes con el velero de su padre. Todo iba bien entonces. Todo puede ir bien. Entonces Quintà habla con pasión de ese periódico que desearía que fuese el *New York Times* de Barcelona, que no dependiese de nadie porque tendría la mejor información y así podría actuar como un verdadero cuarto poder. Nadie lograría silenciarlos. Atacar a La Caixa, atacar a los socialistas, atacar la relación servil de *La Vanguardia* con el poder. Él se imagina como uno de esos legendarios periodistas a los que lee, veteranos de la prensa internacional que le parecen un ejemplo de profesionalidad y comprensión de la realidad, que descubren la corrupción y tienen las mejores fuentes para describir lo que nadie se atreve a contar.

Ellos serán los portavoces de la verdad. Él quiere ser ese, pero ese no es él. Él es el director que impone en la redacción el miedo colectivo. Él será el periodista que siempre afirmó que sabía más, pero nunca acabó por contarlo. Él, cultivando el misterio, acabó siendo el parche del sistema. Lo pinchó al

denunciar el caso Banca Catalana y lo tapó después para que allí quedase la sospecha sobre los hechos y sobre su credibilidad. Esa era la negra verdad, como un ancla de serenidad abandonada en una bahía a la que no quiere ni puede volver. Se oxidó su conciencia. Lo saben quienes le escuchan en la barca. Allí pasa de la utopía a la psicopatía. De repente Quintà intimida, asedia, atemoriza. Quintà es el hombre que se pasea por la redacción con una fotografía en la que se le ve navegando. En una mano el timón, en la otra un pez. Él es el hombre que busca a las periodistas, les dice que miren la foto y les susurra si quieren ver su sardina. Es un ejercicio de dominación grotesco. Él es el hombre que antes de una cena de confraternización le pide a una compañera que lo acompañe un momento al piso de la calle Fígols porque ha olvidado algo. Mientras ella espera en el comedor, él se desnuda en el dormitorio, se planta ante ella y le dice si quiere ir a cenar o quiere quedarse así en casa. Ella huye, porque todos irán huyendo de Quintà. Ese es él.

Ese hombre que en su día fue un gran reportero y tuvo iniciativas genialoides, ahora está dominado por sus demonios y el afán de venganza. El programa de tratamiento de textos que contrata a una empresa informática ha costado una millonada y no funciona. Los técnicos van a la oficina y no logran resolverlo. Les han estafado. Habrá más retraso, pero Quintà altera sus prioridades. No quiere salir antes. Quiere acabar con esa empresa. Joderlos. Hundirlos. Centra las energías del equipo en preparar un periódico de ocho páginas con un solo objetivo: documentar el fracaso de esa empresa. Lo quiere para distribuirlo en una feria de empresas de comunicación y sonido que se celebra en Barcelona. Lo tiene todo pensado. La edición será en inglés y en catalán. Contrata a centenares de personas para que repartan ejemplares en el recinto ferial. Lo llega a tener en sus manos. Es su delirio materializado, su arma destructiva. Lo muestra a uno de los accionistas para que disfrute con él del prólogo de la venganza. Es uno de los hermanos Vicens Vives. Lo conoce de toda la vida. «Alfons, no tiene sentido alguno». Puede decirle que es absurdo. Y Quintà lo piensa por un instante y es capaz de parar. Pero parar implica evitar que se distribuya un solo ejemplar. Contrata a una empresa de seguridad y, finalmente, logran destruir todos los que estaban en la imprenta.

¿Tiene lógica trabajar así? ¿Alguien está dispuesto a plantear un ultimátum a la propiedad? Quim Aranda confiesa a la gerente que ya no puede más y quiere que le paguen el finiquito. Ella le dice que espere porque Quintà no durará. Es lo mismo que le dice Sanchis. Esto no puede durar. Y Sanchis, con temor por si Quintà lo descubre, va al impulsor del periódico — ese Lluís Prenafeta que niega tener papel alguno— y le dice que la situación

es insostenible. Prenafeta le dice que todavía no puede despedir a Quintà, pero Sanchis le advierte que cada día con Quintà como director será un mes perdido para el proyecto. Y al fin, casi por casualidad, *El Observador* publica su primer número el 23 de octubre de 1990.

La tarde anterior llama a la periodista Rosa Cullell. Había querido incorporarla a TV3, explicándole que su televisión iba a ser como la BBC. Cullell dijo que no. En 1990 es directora de comunicación de La Caixa. Quintà la llama para decirle que en su primera edición el periódico descubrirá que La Caixa se fusiona con Caja Madrid. Cullell se lo pregunta a Josep Vilarasau —director general de la entidad—. Lo desmiente. Cullell llama a Quintà, le dice que la información es falsa, pero a Quintà no le importa: será noticia de portada. La noche anterior se presenta en sociedad en el palacio de Pedralbes y ante tres mil personas. De esa noche se conserva la fotografía de un Pujol sonriente con un ejemplar en la mano del periódico que se distribuiría al día siguiente. Frente a él está Quintà, dándole la bienvenida, tal vez comentando la maqueta. Imágenes de la fiesta podrán verse en la noticia del informativo de TV3 del mediodía. La sala está a rebosar. Gente elegante con una copa de cava. Pero no se verá a Quintà ni un segundo, y cuando la locutora dice que Quintà es el director no recuerda que había sido el primero de TV3. El editorial reproduce fragmentos de la conferencia del Ateneu. Incluso ese final que quiere ser un aviso para navegantes, pero es un autorretrato: «No nos moveremos en otro terreno que el apuntado. Puede que sea una venganza, en el sentido en que utilizaba la palabra el emperador y filósofo Marco Aurelio: *Venganza es no ser como ellos*».

Su paradoja es que él es la primera víctima de la puñalada vengativa. Quintà es destituido el 12 de diciembre. Han sido como mínimo dos años, tal vez tres, y para él la historia se ha repetido como fracaso. Ya nada podrá detener la deriva. Será lenta, pero constante. El despido se lo comunica alguien a quien considera un amigo: Armand Carabén, presidente del consejo de administración de Predeusa. Quintà está histérico. Pregunta quién lo va a sustituir. Carabén lo sabe y lo dice: Enric Canals. Otra vez Canals. Su antiguo colaborador y con quien no se han cruzado una palabra desde 1984. Al escuchar ese nombre agradece a Carabén. Es un toro herido que embiste contra todo. La escena la contempla Sanchis. Sanchis ve cómo Quintà se le acerca.

—¿Vienes conmigo?

No. Sanchis responde rápido.

—Me voy si me pagan lo mismo que te van a pagar a ti.

Naturalmente no habrá acto protocolario de relevo. Lo mismo pasó en *El País*. Lo mismo en TV3. Canals nombra subdirector a Sanchis. Quintà, que tenía un contrato blindado, exige la cifra establecida para rescindirlo: 50 millones de pesetas. Puntualmente irá al despacho de Prenafeta para cobrarlos. Prenafeta paga.

Aunque siga negando que él está relacionado con *El Observador*, a veces Lluís Prenafeta aparece en las oficinas de la Zona Franca. Si él no acude, piensa el centenar de periodistas, no se cobra. En la delegación de Madrid, que dirige Mercedes Rivas —había colaborado con Quintà en *El País*—, circula el rumor de que cobran cuando Prenafeta llega a las oficinas con un maletín lleno de billetes. ¿De dónde saldrá el dinero?

El 23 de julio de 1991 es noticia de primera página que la Generalitat compra la sede barcelonesa del Consorcio Nacional del Leasing. Ese edificio, situado en el número 525 de la avenida Diagonal, había sido uno de los motivos por los que Prenafeta y socios suyos habían intentado hacerse con el control del CNL. Pero no lo lograron. Los accionistas prefirieron aceptar la opa que el financiero Javier de la Rosa presentó durante la primavera de 1991. Al poco de convertirse en el accionista mayoritario, vendió la sede de la empresa a la Generalitat para albergar la Consejería de Medio Ambiente. La Generalitat la compró por 4100 millones, aunque había quien la tasaba en 2200. De la Rosa quería liquidez para convertir el CNL en una corporación financiera potente. Pero parte del dinero ingresado fue para pagar una comisión de 252 millones a ACIE —una sociedad instrumental vinculada al propio De la Rosa y que era inoperante—. 210 de esos 252 millones fueron a parar a Coterma —empresa vinculada a Prenafeta—. Y de Coterma 170 millones pasaron a la empresa editora de *El Observador*. Serían esos y muchos más. En un titular del periodista Manel Pérez en *El País* se fijó el total aproximado: «De la Rosa financió el diario *El Observador* con 1000 millones de Grand Tibidabo». En 1991 en la presidencia de la junta de accionistas donde se constituyó Grand Tibidabo se sentaron De la Rosa, el abogado Piqué Vidal —que había perdido parte de su fortuna con aquel periódico— y Prado y Colón de Carvajal. Los tres acabarían entre rejas.

El impulso de venganza es clave en la trayectoria de Alfons Quintà. En momentos críticos de su vida su conducta responde a un silogismo perverso. ¿Adónde puede ir tras haber sido destituido? ¿Su resentimiento aún cotiza en las redacciones? ¿Desde dónde podrá vengarse? Si *El Observador* había sido creado para atacar a *La Vanguardia*, ahora él se ofrece a *La Vanguardia*.

Juan Tapia —había sido jefe de gabinete del Boyer ministro— dirige el periódico de los Godó. Recibe la llamada de Quintà. Primero recuerdan la conversación que habían mantenido medio año antes, cuando se estaba preparando el lanzamiento de *El Observador* y la tensión entre las dos empresas iba en aumento. Tapia le había dicho que acusar en castellano de poco catalanismo a *La Vanguardia* no sería creíble; Quintà replicó diciéndole que no había mercado para un diario en catalán. En ese momento Tapia aún desnudó más la aporía del proyecto impulsado por Prenafeta: en catalán podría tener credibilidad y no mercado, pero haciéndolo en castellano no tendría credibilidad y por tanto tampoco iba a tener mercado. Y entonces, cuando había pasado medio año de la acusación en público —la venganza es no ser como ellos—, Quintà le pregunta si lo querría como colaborador de *La Vanguardia*. Tapia no dice que no, más bien dice que sí, pero le pide un tiempo. Quintà acepta, pero insiste cuando han pasado pocas semanas. Tapia dice que aún no es el momento, pero Quintà, con ira compulsiva, responde que ya no quiere colaborar con los Godó. Es probable que ya haya aceptado la propuesta que le plantea un personaje determinante del periodismo español de la democracia: Pedro J. Ramírez.

El diario *El Mundo* había empezado a publicarse en 1989, exactamente el mismo día pero un año antes que *El Observador*. Su propósito era cubrir un espacio vacío del cuarto poder español: un medio de papel, potente, ambicioso y moderno, que a través de la información asediase al felipismo, ya en fase declinante. La estrategia de Ramírez era cuestionar el poder establecido para ganar influencia y ejercerla. Ser poder. Personas y sectores con información y voluntad de impugnar el orden eran aliados potenciales en su afán de intervención en la vida pública. En Cataluña el orden era el pujolismo y un potencial aliado de *El Mundo* podía ser Quintà. Tiene cuarenta y siete años. Pedro J. lo nombra delegado en 1991. Delegado para crear una delegación.

La vida no es una novela, pero en la biografía de Quintà se repiten los episodios. Primero como éxito, luego como fracaso. Él había sido el primer delegado de *El País* en Cataluña, entre 1976 y 1982, y así consolidó un prestigio como el periodista mejor informado. Ahora le encargan que sea el delegado del periódico que quiere disputarle la hegemonía periodística al diario de Polanco. Pero como ocurrió con el espejo de *El Observador*, que se resquebrajó al reflejar el mito de TV3, otro espejo se le rompe. El que proyectaba su imagen en *El País* de la Transición. Quintà sigue demoliendo su propio mito.

La oferta de Ramírez consiste en que Quintà cree y lidere la edición catalana de *El Mundo*. Es exactamente lo que no le ofrecieron Polanco y Cebrián en su día. Le pide que elabore un proyecto y mientras tanto Quintà, que ya tiene despacho, empieza a publicar en *El Mundo*. Desde esa tribuna es pionero a la hora de dar luz a alguno de los negocios de los hijos de Jordi Pujol, pero tal vez su página más sonada entonces es la que dedica a un episodio oscuro de la historia empresarial del periodismo barcelonés. Como el artículo de 1980 sobre Banca Catalana, que lo entronizó como el periodista más temido para la Generalitat, publica otro que también es áspero y escandaloso, y también sobre otro poder catalán: el Grupo Godó.

En aquellos momentos el grupo de comunicación presidido por Javier Godó atravesaba serios problemas económicos. Además de *La Vanguardia* y *El Mundo Deportivo*, Godó era el máximo accionista de la emisora de radio Antena 3 —tenía como programas estrella el informativo matinal de Antonio Herrero y el vespertino de José María García— y disponía del máximo de acciones permitido por el Gobierno de la cadena de televisión privada Antena 3. Para gobernar ese imperio creó un consejo directivo que él presidía, compuesto por cinco miembros: Juan Tapia, Manuel Martín Ferrand —director general de la radio y la televisión—, Rafael Jiménez de Parga, Carlos Fajardo y el asesor jurídico Alberto Garrofé. A principios de 1991 Garrofé, que planteó vender parte del grupo a Javier de la Rosa, fue destituido y al poco se incorporó a la dirección empresarial de *El Observador*. Por el cargo que había ostentado, él podía saber las pérdidas que acumulaba la cadena Antena 3 de televisión. La cifra se publicó el 14 de julio en un artículo sin firmar y de batalla, titulado «Juan Tapia», publicado en *El Observador* de Enric Canals. En este contexto Godó, tras recabar información confidencial, fue asumiendo que parte de su consejo directivo iba en contra de los intereses de la propiedad. Incluso estaban desviando parte del dinero de la empresa. No podía descartarse que parte de ese dinero estuviera financiando *El Observador*. A principios de octubre destituye a Carlos Fajardo. También fueron despedidos otros implicados en la trama, que para denunciar a la empresa recurrieron a los servicios del bufete de Joan Piqué Vidal —abogado de la máxima confianza de Prenafeta y figura clave en la defensa de Jordi Pujol por la querella de Banca Catalana.

En parte Quintà mostró ese fango en el artículo sin firmar «Terremoto en *La Vanguardia*», publicado el 12 de octubre en *El Mundo*. El interés del artículo es que sin citarlos daba voz a Fajardo y a Garrofé, que también se habían incorporado a la dirección empresarial de *El Observador*. Desde uno y

otro medio se estaba dando la batalla contra Godó. El cuarto poder servía para dirimir un combate en el que reverberaba el poder político, pero que en último término era una pugna pura y dura por el poder en bruto entre periodistas y empresarios. Desde *El Observador* se apuntaba contra *La Vanguardia* porque era un diario convergente que había cooptado a dos figuras del mundo turbio de los negocios de la ciudad que querían defenderse; y desde *El Mundo* se atacaba a *La Vanguardia* porque Quintà no perdonaba a Tapia y porque Pedro J. Ramírez entendía que la línea editorial se había decantado a favor del Gobierno socialista y por tanto contra sus intereses por tumbar a Felipe González.

En su artículo Quintà dispara contra todo. Enumera los despidos, los vincula a la historia del periódico, habla de los problemas económicos y acusa a los tres directivos que con su silencio cómplice apoyan a la empresa: «La principal característica de este cese colectivo, que se suma al agitado y centenario historial de *La Vanguardia*, es el silencio, una auténtica *omertà* siciliana». Se refiere a la compra de un inmueble junto al edificio de la redacción del periódico (unos querían ponerlo a nombre de la empresa, otros de la familia) o a la casa que se está construyendo el conde de Godó. Y para rematar, además de cuestionar las ventas del periódico, se refiere a un artículo publicado en la *Revista de Catalunya* donde se documentaba que el padre de Javier Godó había declarado contra Gaziol —el legendario director del periódico durante la Segunda República— en un juicio celebrado en el primer franquismo.

Quintà dispara, pero ya no desde el portaviones de 1980 ni con la fuerza que tenía cuando era reconocido como uno de los periodistas catalanes mejor informados. Ya no. Porque la imagen que queda de él como periodista es la de un hombre que atacó al poder y a quien el poder compró. El espejo donde Quintà puede descubrir cómo es visto por la sociedad se lo pone ante él dos días después el artículo «El Mundo de Quintà» que aparece sin firmar en *La Vanguardia*, pero sobre cuya autoría nadie duda: Juan Tapia.

Las ventas de la edición de *El Mundo* para el País Vasco han resultado decepcionantes. Como consecuencia, el rotativo del bullicioso Pedro José Ramírez Codina ha decidido «congelar» indefinidamente sus proyectos para hacer una edición catalana. Los tristes resultados conseguidos por algún nuevo rotativo barcelonés —que sobrevive con más pena que gloria— también han sido tenidos en cuenta. La decisión ha «agriado» el carácter, ya no muy templado, de Alfons Quintà, periodista que llevaba algunos meses

estudiando el proyecto. Pero Alfons Quintà ha decidido no tirar la toalla y sigue escribiendo para *El Mundo* desde Barcelona, a veces con firma y otras agazapado en el anónimo epígrafe «Redacción». Quintà fue un gran profesional en los primeros años de *El País*, diario del que fue el primer corresponsal en Cataluña. En aquel momento, Quintà fue muy crítico con la marcha económica de Banca Catalana y con la figura de Jordi Pujol. Después abandonó *El País*, decepcionado de que Juan Luis Cebrián no le hiciera director de la edición catalana del diario. Entonces, este antiguo militante «leninista» hizo una reconversión ideológica y reapareció como director de TV-3, a las órdenes de Pujol y Prenafeta. Pero las cosas se torcieron y Quintà fue despedido y sustituido por su eterno «segundón», Enric Canals, que ya había sido su «ayudante» en *El País*.

Pero el personaje tiene capacidad de resurrección. Y así, mientras ejercía de juez en El Prat de Llobregat, volvió a comer con Prenafeta, el mismo que le despidió de TV-3. Juntos y con dinero de procedencia no muy conocida empezaron a preparar un diario que tuvo un largo y complicado embarazo de casi cuatro años: *El Observador*. La verdad es que los cuatro años —en los que hubo misteriosos viajes de Quintà por todo el mundo— no debieron ser muy bien aprovechados y la «criatura» nació con poco éxito de crítica y ventas. Y ello pese a que Quintà se quemó las cejas para que los redactores trabajaran de firme, llegando incluso a prohibir las relaciones sentimentales entre sus periodistas. Y la historia se repitió con precisión matemática. Prenafeta volvió a despedir a Quintà y le sustituyó por el chico de siempre: Enric Canals. Aunque Quintà tuvo algún éxito con *El Observador* ya que —se afirma en todos los mentideros— recibió una indemnización de 50 millones de pesetas, es decir, un millón por cada día que dirigió el «invento». Habrá que seguir las «vidas paralelas» de Prenafeta, Quintà y Canals. Y las de sus respectivas aventuras «periodísticas», en las que aparecen, emboscados en las sombras, peculiares personajes del periodismo, la finanza y la abogacía.

En este contraataque se cruzan múltiples voces. De fondo se escuchan ecos de las tensiones entre grandes grupos de comunicación españoles, pugnas de poder que al cabo de pocos meses desembocarán en la venta de acciones de Godó a Polanco del paquete mayoritario de acciones de Antena 3 Radio. De manera explícita se ataca a la competencia, a *El Mundo* y a *El Observador*. Sin entrar en muchos detalles se sugiere la existencia de una trama de corrupción. Tapia se desquita y responde al artículo de Canals del verano y al de Quintà de hacía solo dos días. Pero el núcleo del artículo es un retrato demoledor de Quintà.

Es cierto que Pedro J. Ramírez le va a devolver el golpe a Tapia con un breve, pero no será una defensa de Quintà. Ni está ganando peso en el periódico ni logra sumar ventas en Barcelona. Como pasa siempre, cuando alguien responde a sus ataques, Quintà se amilana. Así parece ocurrir entonces. Y lo dramático no es solo que se esté quedando sin capacidad de respuesta. Lo demoledor es que la imagen que proyecta de Quintà es la que va a consolidarse. En pocas líneas carga sobre su carácter, señala sus relaciones opacas, destroza su trayectoria. Había sido un buen periodista, sí, pero su reacción emocional al perder la confianza de Cebrián lo había situado en la senda del discurso oficial del pujolismo. Primero en la televisión. Luego con *El Observador*. Es un hombre culto e inteligente, de acuerdo, puede ser peligroso, pero es un tipo vendido al poder de Prenafeta y en público ya se dice que está algo desequilibrado. Si algo había obtenido, al fin, es dinero. Dinero opaco en lugar de prestigio.

El golpe de Tapia lo tumba porque lo desnuda. Lo había atacado por el carácter y había puesto negro sobre blanco la contradicción en la que Quintà había empezado a consumir su prestigio como periodista desde el momento en que entró en TV3: él, que se había presentado como alguien que atacaba al poder a través del cuarto poder, se había fundido con el poder. Esa deriva lo alejaría cada vez más de la respetabilidad profesional porque su última oportunidad para ser quien quería haber sido únicamente había sido posible porque estuvo dispuesto a servir a unos intereses espurios que le estaban pagando a través de la corrupción. Desde entonces, Quintà, por muchas llamadas que siguiera haciendo a cualquier hora y por muy buenas fuentes que mantuviera, empieza a ser una figura de segunda en la vida pública catalana. Un colaborador como cualquier otro. Una pluma más y sin más. Pasado. En el mejor de los casos, un mito degradado. Cuando se hable de él en la redacción de *El Mundo*, algunos recordarán sus manías con la comida. La obsesión por las bolsas de patatas fritas, la nevera llena de comida que en un momento de tensión podía devorar. Esas son las anécdotas pintorescas. Pero lo que todos recordarán es su conducta tiránica y la voluntad de imponerse por el acoso y el miedo. Nada que no supieran todos los colegas de profesión. Nada que ya fuese necesario denunciar. Es prescindible. Es pasado. Aún no ha cumplido cincuenta años.

Victòria tiene unos treinta años. Sus padres se ganan la vida con una modesta sastrería en el barrio de Sant Antoni. Tienen dos hijas. Ni Victòria ni su hermana quieren seguir con el negocio familiar. En el caso de Victòria su vocación, desde siempre, ha sido la medicina. Poco tiempo después de licenciarse trabaja en un centro de estética. Uno de los servicios que ofrecen son tratamientos de adelgazamiento. Alfons Quintà, obsesionado con su peso aunque coma compulsivamente, contrata los servicios de la clínica. Allí se conocen. La imagen que Quintà proyecta de sí mismo es la del triunfador que querría ser y podría haber sido, pero ya no es ni lo será. Él se presenta como el reportero que viaja y el analista del mundo que lee prensa internacional en diversas lenguas. ¿Tal persona? Sí, es amigo mío. ¿Tal otra? También. En los medios políticos y periodísticos se sabe que ha entrado en la fase declinante de su prestigio, justo cuando tiene la edad de la plena madurez de un periodista. Pero en la cotidianidad, donde la realidad es la que se toca y se escucha, Quintà puede seguir actuando como aquel gran reportero. Antes había quien creía que lo era. Ahora ya solo lo cree él.

Como otras veces en su relación con las mujeres, mezcla el mito con su torbellino emocional, que clama la necesidad del cuidado; con esa máscara privada, que tiene absolutamente interiorizada, aleja los brotes de la psicopatía. Empiezan una relación sentimental. En el mundo de Victòria, Quintà no tarda en ser percibido como alguien tóxico. Si ella habla de él, lo hace con admiración, pero cuando la pareja se encuentra con los amigos de ella, él desparrama su ego sin educación. Tampoco son fáciles las relaciones con la familia menestral de Victòria. Desprecia a todo el mundo. También a ellos. Es agrio con la gente de su entorno. También con los padres de ella. ¿Le preguntan? ¿Ella les cuenta? Cuida con amor a su padre enfermo. Los padres sufren. O por lo que ven o por lo que cuenta o por sus silencios. Un día su madre ve a un escritor que sale de comer de un restaurante por el barrio de Sant Antoni. Por entonces Quim Monzó, que es uno de los grandes narradores de la democracia, es conocido porque tiene una desternillante sección fija en un programa de TV3. La madre de Victòria se le acerca. Habla con él. Se

presenta como la madre de la pareja de Alfons Quintà. Tienen miedo de lo que pueda ocurrirle a su hija. Quintà es un peligro. Monzó le aconseja que vaya a la policía a explicar el caso.

Cuando termina sin éxito la etapa en el diario *El Mundo*, Quintà tiene una oportunidad de reinventarse. Van a celebrarse diez años del arranque de TV3. Su director ahora es Jaume Ferrús. Han mantenido la relación. Ferrús piensa que la conmemoración puede servir para que haya un gesto de reconciliación tácita con Quintà. Habrá quien se oponga, lo sabe, pero quiere suturar la herida. Le propone que elabore una serie de reportajes sobre televisión y naciones. Una condición es que trabaje desde casa. Nada de ir a los estudios. Quintà acepta. Compra libros, elabora guiones, firma el contrato en mayo de 1993. Pero presenta un proyecto desordenado y además hay recortes en el presupuesto. Ferrús lo llama. Le pagarán lo que le deben, pero no grabarán los programas. Rompe la relación con Ferrús. Eso cuenta y cuenta también que se arruina con esa mala jugada. ¿Ha gastado ya todo el dinero de la indemnización? Quintà necesita trabajo y se ofrece en el *Avui*. Desde la muerte de Albert Viladot —lo había conocido en la televisión, Quintà había escrito una bella necrológica—, el nuevo director era Vicenç Villatoro. En sus círculos —que son los de un nacionalismo que no se esconde, que se desacompleja—, nunca acabó de entenderse la operación de *El Observador*. Lo normal, pensaban, habría sido que el pujolismo apostase a fondo por el diario en catalán. Ahora el *Avui*, tras el naufragio de aquel proyecto, incorporaba a algunas de sus firmas de prestigio. En ese contexto también fichan a Quintà. Muy buen sueldo y con una cláusula privilegiada en el contrato: si le echaban cobraría una indemnización durante dos años. En el otoño de 1993, sin previo aviso y sin anunciarlo, los lectores del *Avui* pueden empezar a leerlo.

De entrada, su posición es de privilegio. No tiene sección ni género fijo. El director le da libertad. Puede hablar de lo que quiera y tiene espacio disponible. Toca todos los palos. Se estrena con una necrológica larga y crítica del alcalde franquista José María de Porcioles. Escribe retratos críticos, crónicas denunciando los intereses económicos tras las crisis de suministros —agua o electricidad—, series extensas a partir de viajes —Cuba o Sicilia, Marruecos, incluso su Vietnam—. También elabora reflexión ensayística —por ejemplo, sobre el nacionalismo y la crisis del Estado-nación— y opina cada vez más sobre política internacional, como había hecho un cuarto de siglo atrás en la revista *Presència*. Pero si entonces daba voz a los focos de conflicto revolucionario y descolonizador, desde mediados de los años

noventa sus fijaciones van a ser esencialmente dos: el comunismo y Francia. Es tan recurrente su obsesión antifrancesa, especialmente contra Jacques Chirac, que a la dirección llegan quejas desde el consulado francés a través de Carles Sentís. Y naturalmente sigue escribiendo contra una de sus obsesiones, contra la que había escrito en *El País* y durante los pocos días que pudo en *El Observador*: contra La Caixa.

Puede escribir lo que quiera, pero tiene que cumplir con una condición: es un colaborador, no un periodista de la redacción. Es mejor que envíe los artículos. No es una decisión arbitraria. Villatoro conoce la conducta de Quintà. No solo por los rumores, que se multiplican. Durante la primavera de 1984, avalado entre otros por Manuel Vázquez Montalbán, Villatoro entró en la sección de cultura de los informativos de TV3 y vio cómo Quintà había convertido la redacción en un espacio dominado por el temor. No podía volver a ocurrir algo semejante. Pero cuando Villatoro deja la dirección tras la enésima crisis económica del periódico y lo sustituye Vicent Sanchis, Quintà lo aprovecha para saltarse esa condición con frecuencia. Si Sanchis se plantea rebajarle el sueldo o la frecuencia de sus colaboraciones, no puede: el contrato lo ata y Quintà sigue escribiendo mucho sin tener muchos lectores.

Cuando un periodista tiene que compartir ascensor con él para subir al piso donde está la redacción, Quintà desprende incomodidad. Cuando se cruza con una joven periodista de la sección internacional —Esther Vera—, le pide una vez, otra vez y otra más, que lo acompañe y dé con él una vuelta en su barco, un barco que ya va perdiendo lustre. Hasta que ella no responde con contundencia, él no deja de insistir. Cuando entiende que el no es definitivo, no le vuelve a dirigir la palabra. Después de incomodar a otra redactora, llega a la sección de opinión. Porque es en «Opinión» donde se publican sus artículos desde 1997. Quintà actúa como siempre. Se sienta ante una mesa desde donde empieza a llamar sin parar. Se apunta a la comida de los periodistas sin que le inviten. En el restaurante popular cercano a la redacción, como siempre, pone sus manos en el plato de los otros comensales para robarles lo que sea, desde una patata a un muslo de pollo. Vuelve a la redacción, remata el artículo y no pierde la ocasión de atacar al jefe de sección. ¿Por qué había publicado esa carta al director en la que se criticaba su artículo? Así lo habían pactado, responde Enric Sòria, era muy sospechoso que no saliese ninguna y habían convenido que con esa, solo una, sería suficiente. Entonces Quintà entra en cólera. Del traidor pasa al hijo de puta y el tono progresa en proporción a la ofensa. Hasta que Sòria, que ha aprendido

a tratarlo, lo insulta con más fuerza. Entonces Quintà se amansa como un niño.

En algún artículo, puntualmente, incrusta algún recuerdo de la vieja red en torno a Josep Pla donde él había crecido. Es una novedad en su articulismo. La primera vez ocurre a mediados de 1994, cuando está cubriendo las elecciones andaluzas desde Sevilla. Rememora una madrugada en la casa de Llofriu durante los sesenta. La escena se desarrolla donde siempre. En ese lugar de memoria seminal y privado de la Cataluña de la segunda mitad de siglo xx: la mesa bajo la campana del hogar en la sala del primer piso. Todos han bebido y sale el sol. Está Pla dominando con el lúcido discurso de la borrachera. Lo escuchan el ensayista Joan Fuster, el cantautor Raimon y él: Quintà hijo. En el párrafo están los cuatro y nadie más. En las agendas de Pla no solo ellos. Poco a poco Alfons Quintà se va posesionando del mundo de su padre como si fuera el suyo, cuando la realidad es que él lo había conocido porque era el hijo del chófer. Pero nadie lo desmentirá. Todos van muriendo y se llevan la memoria de esos años al cementerio. Él los sobrevive. Y para sobrevivir nunca nombra a su padre.

Josep Quintà murió diez años atrás. El 7 de febrero de 1986. Tenía setenta y tres años. Murió lejos de Lluïsa Sadurní. No en Figueres sino en Palafrugell. Lo entierran donde fue quien decidió ser: la sombra de Pla mientras pudo. Pero a la hora de transmitir ese mundo, su hijo lo borra y así ejecuta el único acto de parricidio del que ha sido capaz. Su madre sigue viviendo en Figueres. En casa hasta que él logra ingresarla en un asilo. La plaza que tiene la ha obtenido llamando a Frederic Sunyer. Había conocido a su padre y era presidente de la Diputación de Girona. Tras insistir una y otra vez lo consiguió. Lluïsa Sadurní vive en una residencia de ancianos y allí se le pierde la pista. No hay una sola esquila publicada en la prensa. No hay rastro.

Sus padres desaparecen de su recuerdo, pero él ha empezado a mitificar el Camelot de Pla. Están todos sentados en la silla alrededor del escritor. Él con ellos, pero no está quien siempre estaba. Su padre. Solo aquel grupo de liberales catalanistas y europeístas, aquellos hombres del poder del que él ha pretendido formar parte. En un origen Pla y Vicens, con él viéndolos en Palafrugell o en su casa de Figueres. Luego los Ortínez y Duran Farell, Carabén o Trias Fargas. Ellos eran los llamados a refundar el país. Esos hombres del poder industrial y financiero para quienes era tan importante el poder intelectual. Ellos con Pla en los restaurantes de la Costa Brava cuando Cataluña sabe reconvertirse en el centro económico español. Ellos con Alfons Quintà hablando en una conversación telefónica interminable.

Pero al recordarlos y mitificarlos, aprovechando una anécdota o escribiendo su obituario, lamenta que ellos no pudieron cumplir con la misión de constituirse en la elite del nuevo poder catalán. Ellos, a pesar de esa inteligencia, a pesar del glamur, no fueron los constructores del poder. A Quintà le parece una injusticia histórica, porque ellos con él debían ser los elegidos, pero no comprende que el estilo y el pensamiento no son la matriz donde se gesta el liderazgo político. Su conversación podía ser la más interesante del país y ellos podían tener los mejores contactos con la elite del poder española. Pero eso no garantizaba el éxito político. Ni entonces ni nunca. Ese éxito tiene como primer fundamento el mito —el mito de ser un país normal— y alguien debe encarnarlo para que la comunidad lo viva como una esperanza genuina. Y ese magnetismo, como él vio desde muy pronto, Pujol lo tenía y esa es la sustancia de un liderazgo. Y liderar políticamente a una sociedad implica conocer la naturaleza del hombre como parte de la sociedad y saber cómo dominarla para transformarla.

Quintà lo intuye y, poco a poco, va sintiéndose una víctima cómplice del poder del pujolismo. Existe un sistema de poder que se regenera y él quiere conocerlo, entrar dentro de él, porque necesita destruirlo. El mito lo neurotiza. Su padre ha muerto y parece que transfiere a Pujol el complejo nunca resuelto. Durante años es incapaz de escribir sobre él, como si fuera un tabú. Lo reprime, lo desnorta y lo obsesiona.

Quiere seguir bien informado sobre la vida interna de Convergència. Llama a mandos intermedios y acumula información que no usa porque el *Avui* no es el lugar para la venganza. Su mejor fuente es el viejo amigo de siempre, el pujolista histórico que era Jaume Casajoana. «Juntos hemos visto cómo crecía la corrupción, el oportunismo descarado, el desprecio por la reflexión intelectual y, por eso, la Cataluña de progreso y modernidad pasaba a ser un sueño del pasado». Hablan día sí y día también. Y Casajoana le revela que lo que intuye es coherente y se corresponde con la conversación diaria que mantienen desde hace años. La sucesión del poder en Cataluña será de Pujol a Pujol. Oriol. El hijo del padre. No habrá alternancia. Tampoco interna. Él lo conoce a través de Casajoana. Comen con Oriol en alguna ocasión. Pero nunca llegó a pensar que Pujol padre pensase en términos de clan. Descubre que así va a ser. Pero no lo dice. Cree que no puede o no se atreve. Y si dice algo, casi nadie puede descifrarlo. Por ejemplo, en un artículo de 1999 cuando cita un reportaje sobre Panamá escrito por John Lee Anderson. Ni dice que apareció en *The New Yorker*. Esto es lo que Quintà resume: «Anderson describe una escena en ese país a la que incidentalmente

asistió. Estaban juntos el antiguo presidente de aquella República, Nicolás Ardito Barletta, el hombre de negocios Juan Manuel Rosillo (conocido en ocasiones como John Rosillo, ya que parece que tiene nacionalidad norteamericana) y un familiar de un político de nuestra tierra». ¿Por qué no dice quién es? ¿Por qué no escribe el nombre de Josep Pujol Ferrusola? ¿Por qué en nuestro país nadie dice la verdad?

Si Quintà fuese el periodista que le gustaría ser —como alguno de los grandes nombres de la prensa occidental que de vez en cuando aparecen en sus artículos—, tal vez estaría a tiempo de recuperar el prestigio que ha perdido. Pero está atrapado por su propia biografía y no volverá a escribir en un medio que lo prestigie. Su momento ha pasado. Cuando había acumulado el prestigio y gozaba de la mejor tribuna, la de *El País*, lo cambió todo para vengarse y, en cuanto fundador de la televisión, acabó siendo constructor de un poder que siente que le asfixia y que querría destruir. En esos cuatro años, de 1980 a 1984, se funde su capital periodístico. Empieza a reescribir su biografía en los artículos. Incrustándose en el Camelot de Pla y abdicando de su momento de mayor gloria profesional.

«Fui engañado de manera repugnante y políticamente deliberada por TV3», escribe ya en un artículo de 1999. No dejará de repetirlo. Otra vez en el año 2000. Él no se había propuesto como director de la televisión, explica, se lo ofrecieron reiteradamente y al fin aceptó. «Empezaron los dos años más tristes de mi vida. Querría no haberlos vivido. Fueron de una ingenuidad absurda. Ni antes ni después he trabajado treinta o treinta y un días al mes. Ni antes ni después he orinado sangre por el puro agotamiento. Solo siento vergüenza [...] Si volviera a nacer y pudiera evitar un solo acto de mi vida, escogería no haber tenido jamás tratos con aquel proyecto ni con la institución que tuvo la iniciativa de proponérmelo. Nunca más. Reniego íntegramente». Y otra vez en 2003. «Mis costillas están endurecidas por el error cometido hace veinte años, el peor de mi vida. Fue estar cerca de personas —pienso en los políticos que tenía sobre mí— que querría no haber conocido».

Es fácil deducir en quién está pensando, pero Quintà no dice quiénes son. No puede señalarlos. Orbita siempre sobre ese ángulo muerto. «Los poderes que duran demasiado se convierten inevitablemente en desastrosos. En ellos es inherente el mesianismo». Claro que puede deducirse de qué y de quién está hablando. Pujol. Siempre de Pujol. Y en Italia ve un espejo de lo que cree que necesitaría Cataluña. Un Tangentopoli. Lo expone en una columna titulada «La Generalitat com a sistema». Solo lo describe cuando se han celebrado ya las primeras elecciones en las que no se presenta Jordi Pujol.

«Sería difícil intentar argumentar que, en estos últimos veintitrés años, Cataluña ha tenido solamente un Gobierno. Hemos estado bajo un régimen o un sistema, basado y según la medida de una sola persona». Ni siquiera ahora se atreve a nombrar a Pujol, aunque considere que es el núcleo del problema. «Describirlo, a través de estudios serios, es una asignatura pendiente, muy necesaria. Debe hacerse y conseguir que los trabajos que el tema requiere tengan difusión, para terminar con la nefasta resignación que nos domina y se pueda intentar superar los errores fundamentales».

Quintà cree que hay alguien capacitado para dirigir políticamente el cambio de paradigma. En este caso el espejo es francés. Alguien tiene la misión de reproducir aquí lo que en su día Nicolas Sarkozy dijo que haría en relación con el legado de Chirac: una ruptura tranquila. Podría ser Artur Mas. Podría ser si asumiese un liderazgo que implicaría desvincularse del pasado. Lo piensa y lo escribe. No en el *Avui*. En otro medio donde colabora desde 2006. Es un periódico de ámbito comarcal. Y no es ni el primero de su región. Se había ofrecido en *El Punt*, pero le dijeron que no. Es en el *Diari de Girona*, donde ha sido recibido como periodista de prestigio. Allí empieza a desvelar las luchas intestinas de Convergència, elaborando teorías sobre las familias del partido y temiendo por si los Pujol lo siguen controlando: «Decir que debe desencadenarse una tempestad sería excesivo. Negar que hay muchas nubes sería mentir».

Es fácil interpretar qué dice, pero no está claro si el delirio dicta lo que escribe o si su inteligencia rebota entre las paredes de sus artículos. Revela lo que sabe desde hace una década: el heredero de Pujol será Pujol. La única posibilidad de romper el clan sería superar el pujolismo y su duda es saber si Mas quiere y puede. ¿Está dispuesto o no a protagonizar la ruptura tranquila? ¿Matará Mas al padre? Lo hará o no lo hará. Para él esa es la cuestión. Su ser o no ser. Esa es la pregunta que Quintà dice que le hace durante la primera de las reuniones que dice que mantienen en 2007. ¿Es cierto? ¿Podría volver a tener hilo directo con el poder? Explica que se citan en el despacho del político, que es el líder de la oposición, en la sede del partido. Mas no responde a la pregunta de Quintà. Mientras conversan el periodista se fija en la distribución del mobiliario y la compara con otros despachos del poder que había conocido. Lo habitual era un sofá y una butaca o dos butacas, una en cada extremo del sofá. Pero en el despacho de Mas, en un extremo, ve dos butacas. Cuando están reunidos un sillón está vacío. Quintà no puede dejar de pensar que ese espacio alguien lo ocupa. Donde nadie está sentado, Quintà ve el fantasma. Después de media vida observándolo, Alfons Quintà fija su

retrato de Jordi Pujol: un político como los había en Francia hace años, de prestigio regional y práctica caciquil. «La política era una proyección de su permanente caciquismo, por descontado aliñado de clientelismo y de populismo, sin estar ausente lo que hoy denominamos corrupción», escribe en el *Diari de Girona*. Ese era el sistema. Durante buena parte de 2007 Quintà piensa cómo Mas sería capaz de *resetearlo*, aunque sabía que no era fácil por la herencia recibida. Pasados unos meses asume que no lo logrará. La sustitución no va a producirse. En octubre de 2007, tras la segunda derrota electoral, da por hecho que se perpetúa el pujolismo porque a Mas lo han amortizado quienes de veras mandan en el partido. Por una parte, lo inclinan hacia el soberanismo («intelectualmente y prácticamente no tiene sentido alguno») y por otra, sigue operativa la trama económica que rodea a las familias del partido («me precisan que el hermano de Puig comparte un despacho de los llamados de gestiones con el hijo mayor de Pujol»). Así se confirma lo que él teme desde hace una década: el poder real en Cataluña pasará de Pujol a Pujol. Mas no logrará matar al padre.

El sistema se reproduce, como mínimo en el cerebro conspirador de Quintà. Él siente que conoce el secreto y sigue comportándose como el periodista que fue, despreciando como lo hacía y atemorizando en las pocas ocasiones que puede, pero Quintà no se da cuenta de que es una rémora: ese colaborador de un periódico que sigue allí, como un mueble viejo, esperando el momento de que lo lleven a un contenedor.

Una nueva dirección en el *Avui* quiere marcar distancias con la línea dominante durante los últimos años de Vicent Sanchis. Así se lo piden los grupos de comunicación que se han incorporado a la propiedad: el grupo Planeta, con un 40 por ciento de las acciones, y el grupo Godó, con un 20 por ciento. Durante los últimos años, que son los de la alternancia de izquierdas en la Generalitat presidida por Pasqual Maragall, el periódico se ha convertido en uno de los espacios donde Convergència sigue conectada con sus bases al tiempo que se repiensa. Algunos de los nombres que impulsan esa línea, liberal y soberanista, están vinculados a la Fundació Catalunya Oberta, un *think tank* que protege, entre otros, Lluís Prenafeta, dispuesto, otra vez, a dar la batalla ideológica para reconquistar el poder. Pero aunque algunos de los publicistas de ese momento son los más leídos en el periódico —el caso de Salvador Sostres—, la dirección entiende que el tono que emplean dificulta el ensanchamiento de lectores. No es fácil para el director, Xavier Bosch, y para Toni Cruanyes imponer su línea. Siempre hay presiones.

Pero hay herencias del pasado por las que nadie moverá un dedo. Articulistas como Quintà.

Cruanyes, que le pide que rebaje su obsesión antifrancesa, es el encargado de renegociar su papel en el periódico. Le propone disminuir la frecuencia de colaboración y que escriba una página entera cada quince días sobre aquellos temas de los que siempre dice tener información confidencial y los mejores contactos: mafia y tráfico de drogas. Se lo dice por teléfono y Quintà responde con ira. Le parece una falta de respeto, le parece intolerable. Y deja el *Avui*, el medio de comunicación donde más tiempo ha colaborado. Y la sensación es que nadie le echa en falta. Ni en la redacción ni entre los lectores. Quintà va desapareciendo. Si algún colega lo ve, es en los entierros. Cruza cuatro palabras, sugiere la posibilidad de verse un día para comer, bueno, sí, pero todos prefieren evitarlo. Ha empezado su aislamiento. En alguna ocasión se lo ve borracho, sentado solo a la mesa de un restaurante.

No deja de escribir en el *Diari de Girona*. Su periodismo es un espacio cada vez más dominado por sus obsesiones. A finales de la primera década del siglo lo tiene perfectamente conceptualizado: vivimos dentro del sistema de control social creado por el pujolismo.

Un sistema compacto al que, de vez en cuando, se le abre una grieta. El 27 de octubre de 2009 el juez Baltasar Garzón ordena que sean detenidos un selecto grupo de expolíticos, acusados de soborno y corrupción. Son miembros del PSC —como Bartomeu Muñoz, alcalde de Santa Coloma— y dos históricos de Convergència. Quintà los conoce bien. Macià Alavedra y Lluís Prenafeta. Los han investigado y han estado grabando sus conversaciones. Más de un cuarto de siglo después, cuando hablan por teléfono, retoman ese momento fundacional del sistema. «La culpa es de haber ganado el tema de Banca Catalana y que a Pujol no le pase nada. Y a partir de ese momento, Pujol se ha desentendido de todos». En esos instantes Quintà se siente fuerte. Tiene la oportunidad de vengarse. A Prenafeta lo considera el principal responsable del error de su vida, de esos años de los que reniega. «Él fue la razón básica por la que yo dimití como director de TV3, un hecho cierto y acreditable que él ha querido cínicamente enmascarar». Empieza a sacar suciedad del estercolero de su memoria. No datos. No dossieres. No información. Recuerdos. «El poder estaba encarnado solo por Pujol, mientras la vía de ejecución preferente era Prenafeta». Cuando Oriol Pujol compara la detención de Prenafeta y Alavedra con Banca Catalana, Quintà reacciona: «No se puede permitir un segundo juicio de Banca Catalana. Entonces los fiscales Jiménez Villarejo y Mena expusieron unos

hechos. Pero, en el debate público, en cambio, predominó la invocación del nombre de Cataluña». Quintà sabe que Garzón ha ordenado la detención de Philip McMahan Bolich. Él sabe quién es. Responsable de la división internacional de Banca Catalana.

En los artículos incrusta nombres, datos y sospechas. Quintà espera, aislado, la explosión del sistema político catalán. Su última campaña para conseguirlo, desde el *Diari de Girona*, es la denuncia sistemática de un caso de corrupción. En plena crisis económica, cuando Artur Mas ya es presidente de la Generalitat y la crisis de la deuda pública lo lleva a aplicar una política de recortes de los servicios públicos, Quintà empieza a explicar lo que ve detrás de una operación de desmantelamiento del sistema catalán de salud.

El 25 de octubre de 2011 publica «La sanitat catalana, privatitzada furtivament». No es responsabilidad del consejero de Salud, que parece no ser consciente de la dimensión del proceso que está en marcha. Quienes dirigen esa operación son un Germà Gordó —el hombre de las finanzas del partido y por entonces secretario de la Presidencia de Mas— y Josep Prat —director del Institut Català de Salut—. El Parlament, dice Quintà, no sabe nada de lo que está ocurriendo, pero son pocos los que se benefician de la privatización y cada vez serán más los que sufrirán las consecuencias. Pueden llamarlo copago o pueden llamarlo sanidad concertada. No podrán pagar una sanidad privada. El cerebro de dicha operación es Prat, según Quintà. Lo empieza a asediar y durante meses no parará. Desde el primer artículo denuncia la incompatibilidad para ejercer tres cargos al mismo tiempo. Además del ICS es el director general de Innova —el *holding* de las empresas privadas del Ayuntamiento de Reus— y tiene cargos de responsabilidad en el grupo hospitalario UPS. Desde el primer artículo, diciendo que tiene las mejores fuentes pero sin nombrarlas, va detallando la angustia de muchos médicos.

Quintà no solo denuncia la venta de activos sanitarios públicos, sino que empieza a denunciar la corrupción en Innova al tirar del hilo de Josep Prat. Ese modelo de empresas de capital público posibilita la mala praxis. Su naturaleza anfibia, medio pública y medio privada, permite avanzar trámites y hacer política sin tantas trabas burocráticas, pero dificulta su fiscalización por parte de la oposición y facilita una actuación opaca. Innova sería un paradigma de ello, según Quintà, y no hay mejor ejemplo que la imposibilidad de conocer el sueldo de Prat por dirigirla.

Por eso es tan importante que el regidor de Reus de la CUP haya presentado un escrito a la fiscalía sobre la situación de Prat y de Innova. No debe considerarse tan solo un asunto local. Porque el déficit de Innova es

brutal y su mala gestión, escribe, debería inhabilitarlo como figura clave de la sanidad pública catalana, con intereses en la industria de la sanidad. «La llegada del tema a la autoridad judicial puede provocar efectos monumentales». Efectos políticos y sobre la salud pública. «En un recorrido por el Baix Llobregat vi de todo: médicos que lloraban desesperados ante los dramas de los usuarios, familias de origen andaluz que decían haber pedido dinero a familiares de su tierra de origen para operar a un abuelo de cataratas, en la privada, a la fuerza. Esto es así ahora, incomparablemente peor de como estaba antes». A principios de 2012 Quintà, que ha destapado la noticia, puede dar la información: Josep Prat ha dimitido de sus responsabilidades en Reus y del cargo del consejo del grupo hospitalario UPS. «Puede considerarse el mayor escándalo de la presidencia de Artur Mas. Un escándalo que probablemente no ha hecho más que empezar».

En los artículos de Quintà, donde recoge los datos de numerosas fuentes sin especificar su nombre, se crea una sensación de corrupción generalizada y él tiene claro a qué obedece. El problema no eran los recortes ni la crisis económica. El problema es el sistema: «La concepción del poder que tenía Pujol (ahora nadie puede negarlo) y que lógicamente ahora sigue teniendo Mas. Siempre han considerado el dinero y el caciquismo como elementos principales de su concepción del poder partidista». Entiende que ese sistema se está adaptando a través del independentismo y es así, como un *spin off* de su obsesión por el pujolismo, como el Procés se convierte en una nueva fijación para Quintà.

En este contexto lo redescubre un pequeño sector marginal que hacía lustros que lo había olvidado. El Quintà que ataca al Gobierno de Artur Mas, y cada vez más al independentismo, es una voz aprovechable en el combate contra el soberanismo. Tiene atributos que le hacen interesante para sectores que, poco a poco, comienzan a articularse. Para ellos Quintà viene del lado oscuro, con todo lo que debe saber, y van a reintegrarlo en su bloque sobre todo porque ha abjurado de lo que para ese sector es el origen del mal en Cataluña: TV3.

En mayo de 2012 es nombrado director de *El Debat*, un digital que cuenta con una estructura mínima y que es uno de los medios de la galaxia del unionismo mediático en Cataluña. Aparecen otros medios, en la órbita del socialismo menos catalanista y de Ciudadanos, como *La Voz de Barcelona*, *Catalunya Press* y, algo después, *Economía Digital*. Son tribunas que acabarán convergiendo en *Crónica Global*. En alguno de ellos colabora Quintà; en otros, como en el caso de *Economía Digital*, quiere publicar

artículos sobre la corrupción sanitaria, pero el periodista Manuel Manchón no ve nada clara la lógica conspiranoica que se desprende de esos artículos. Cuando ambos coinciden en la sala de espera de un estudio de Radio 4 —la emisora en catalán de Radio Nacional de España—, Quintà le espetta, despectivo, que no tiene nada que decirle y que no le dirija la palabra. En la tertulia de un programa de informativos Quintà acude porque así se lo han impuesto al conductor del programa.

En la batalla de la opinión, se puede contar con él. Quintà ha entrado en la agenda mediática del unionismo en tiempos del Gobierno del Partido Popular. No es sorprendente verlo en una tertulia de la cadena ultra Intereconomía. Es el invitado especial y el presentador, que parece teletransportado del plasma franquista, le habla de TV3 y le dice que él creó al monstruo. Incluso está dispuesto a participar en la convención del PP de Cataluña. Se espera que diga lo que dirá: hablará mal de TV3 y hablará del control de la información por parte de Pujol, como si Pujol fuera el único político que quisiera controlarla y como si él no se hubiese doblegado a ese control. Digamos que funciona en el pequeño y subvencionado *star system* del unionismo catalán que se opone a la independencia de manera burda.

No es su única dimensión como figura pública, pero siempre es una voz solicitada para que hable mal del sistema. En las redes rebotan sus artículos sobre la privatización del modelo sanitario políticos de izquierdas, desde Joan Ferran a Joan Coscubiela o el activista Albano Dante Fachín. Además, imparte conferencias sobre la crisis de la sanidad catalana. Le invitan partidos políticos que van del centro a la izquierda radical. Del PSC a la CUP pasando por Iniciativa. Quintà es un buen orador y tiene una teoría sólida sobre el problema sanitario y la naturaleza de la corrupción. Siempre que puede cita el libro *Corrupción en la España democrática*, de Alejandro Nieto: «Negar que nuestra democracia está invadida por la corrupción no es solo una mentira: es también una estupidez». Pero parece que para Quintà solo haya corrupción. No ve más. Solo un sistema perverso que lo empapa todo y se ve a sí mismo prácticamente como un héroe de la investigación periodística, como la única voz libre que se atreve a denunciar una situación de degradación sistémica. Él es el cuerdo en un país podrido, cree. Y no. Es un enfermo que vive en un sistema de poder. Si dice la verdad, es al servicio de su propio delirio.

Así vive Quintà, cautivo de realidades que se confunden con sus delirios y con el prestigio en bancarrota, hasta el viernes 25 de julio de 2014. Tiene setenta años. Jordi Pujol difunde un comunicado donde confiesa haber sido un defraudador fiscal durante décadas. Su padre Florenci tenía cuentas abiertas

en el extranjero, con mucho dinero sin declarar. El origen de ese dinero, según se desprende del comunicado, era su participación en el negocio de obtención de divisas por encargo de los industriales del textil catalanes. Aquella operación financiera de la que él era un instrumento y cuyo cerebro principal había sido Ortínez. En un momento sin precisar, tal vez durante la segunda mitad de la década de los setenta, Florenci Pujol creyó que la apuesta política de su hijo podía acabar con la fortuna que tenía gracias a Banca Catalana y, para evitar su ruina, decidió que dejaba ese dinero en el extranjero a su hijo, pero era para su nuera y para sus nietos. Ese dinero, al fin, había sido regularizado, pero la tardanza en cumplir con el fisco había contaminado de corrupción a su propia familia.

Ese viernes un amigo llama a Quintà. Le explica lo que ha comunicado Pujol. Y de repente es como si todo tuviera sentido. Era verdad. Es ahora o nunca. El advenimiento del *Tangentopoli* ha llegado. Le parece que el caso Pujol —el caso de su vida— está resuelto. Si logra matar al padre, al fin, podrá redimirse. El sábado escribe su primer artículo sobre el caso Pujol. Se publica el domingo 27.

EL VIERNES, PÚBLICAMENTE, «LA BANALIDAD DEL MAL».

El 12 de abril de 1945 murió el entonces presidente de Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt. Una inmensa mayoría de los norteamericanos que en aquella fecha eran adultos todavía recuerdan qué hacían exactamente en el momento preciso en el que eso sucedió.

Mientras viva, yo también recordaré qué estaba haciendo en el momento en que un amigo y fuente me llamó para informarme del tema que ayer destacaron las portadas de todos los diarios catalanes (incluido este), los de Madrid y, sospecho, los de toda España. Quedamos lucidos.

En aquel día de 1945 hubo una muerte política. En cambio, no tengo la certeza de que el viernes se produjera la muerte política y moral de una persona que dominó durante decenios la vida política catalana. Sufrimos una fuerza mediática malvada capaz de hacérselo tragar todo.

No se tendría que olvidar que se hizo creer a muchos que se había creado un auténtico pensamiento político y, por desgracia, moral. Se quiso crear una dinastía de poder. Se fundó un grupo bancario que solo podía acabar como una inmensa chapuza. Lo dominó todo un solo hombre.

Cuando estaba escondido, el «escándalo Banca Catalana» fue investigado durante meses por quien esto escribe, obrando en solitario y expuesto en un artículo en el diario *El País*, del que entonces era el delegado en Cataluña, el 29 de abril de 1980.

Tuve solo y solo fuentes financieras de la misma Banca Catalana y de CDC así como, quizá, alguna muy marginal y secundaria del mundo financiero catalán, o bien periodístico de ciudades donde Banca Catalana había hecho de las suyas. Contrariamente a lo que me dijo posteriormente Jordi Pujol, cenando solos, no tuve ninguna, ni una, del Banco de España, ni de «Madrit». Estoy dispuesto a explicarlo con extremo detalle en el medio que quiera publicarlo o a dar una o mil conferencias donde me lo propongan, así como exponer todo lo que pueda saber ante diez notarios. Ningún problema: «*Hakuna matata*», en suajili.

Con años, se creó un modelo clánico de poder digamos judicialmente interesante y finalmente noticiado. El caso Banca Catalana me ha servido para entender la base del drama sanitario catalán, la confusión fundadora y organizativa actual de los Mossos y, por descontado, el sistema mediático público catalán. En su nacimiento tuve responsabilidades. Con respecto a estas, he escrito varias veces que «siento vergüenza por haber participado en ello y pido perdón por si mi nombre sirvió para engañar a alguien». No tardé treinta y cuatro años en hacerlo.

Pero tanto da decir como no decir. Continuamos enfermos de un lirismo hegemónico, en el sentido que usa esta última palabra Gramsci, en capas amplias de la sociedad. Hay miembros tozudos, irracionales, carlistas con seis cadenas de televisión y ufanía autárquica, creada por un solo hombre. Al estar en las postrimerías (que en estos procesos pueden durar años) ellos usan un falso y tronado lenguaje profético. Construyen un imaginario que solo les y nos deja ver lo que ellos quieren hacer ver. ¿Por qué se matan por una nefasta Conselleria de Cultura? George Orwell lo entendería.

La alternativa es crucial. Si el engaño perdura —cosa que sería imposible en una sociedad realmente moderna—, nos vamos al garete. La estafa casera, durante decenios hegemónica, nos lleva al suicidio, por ahogo, por autismo intelectual. Creo poder demostrarlo de sobra. Fuimos más bien un puente hacia el norte y ahora somos una barrera en todo.

No estamos en una demanda sincera de perdón. Sino en un momento de espanto por la posible caída de una espada de Damocles seguro que mayor y más variada de lo que se admite. Todos nos afeitamos.

Es un terreno en el que me gustaría aportar todo lo que pudiera y como fuera. Es imprescindible una información precisa, con un debate abierto y contradictorio. Pero incluso en eso, tan elemental, tiendo al pesimismo. ¿Cómo hacerlo? ¿Dónde hacerlo? ¿Quién lo quiere realmente? Todo es una inmensa maldad muy enquistada en la sociedad. Con todo, haré lo que pueda, donde lo pueda hacer. No he cambiado ni querría cambiar. Como poco, será

difícil y peligroso. No es por razones misteriosas o líricas, sino, como diría Hannah Arendt, porque nos domina «la banalidad del mal».

«Durante años lo he visto en acción, hasta que hui, hui y hui, como podría y querría explicar con detalle. El domingo escribí que estoy dispuesto a escribir sobre ello y dar charlas donde sea necesario». Han pasado cuatro días desde que Jordi Pujol dio a conocer su comunicado y Quintà cumple con su palabra. Empieza a escribir día sí y día también artículos sobre el caso. Quiere que se aclare el enriquecimiento personal y de la familia, pero quiere que se vaya más allá. O se desmonta el sistema de control social naturalizado por la corrupción o el país se hundirá del todo. Investigar el sistema, describirlo y denunciarlo, como ha hecho él desde hace dos años descubriendo el clan del poder político y sanitario, poniendo nombres a sus responsables y explicando los riesgos de una privatización cuyas consecuencias sufrirán los pacientes. ¿La figura jurídica que describe lo ocurrido?: un «consorcio criminal». Así lo escribe el día 29, y el 30 añade que «ahora podemos tener una oportunidad para liberarnos de una opresión real, inherente a la Cataluña actual». Todos quieren sus artículos. Digitales y diarios de provincias. Quintà se multiplica.

«Podría probarse que en Cataluña, desde hace decenios, el poder político podría haber funcionado como la Italia anterior a la gran barrida de 1992 llamada *Mani Pulite* (Manos Limpias) o *Tangentopoli* (la ciudad de los porcentajes o “mordidas”)). Lo que entonces se destruyó, argumenta, era una dinámica consolidada: «la corrupción como herramienta de Gobierno y, en especial, de control social». Es lo que tiene que ocurrir aquí. Ese es su objetivo. Habla de la responsabilidad de los medios de comunicación y de las malas prácticas ocultadas durante lustros. Cita al teórico de la corrupción Alejandro Nieto: «La corrupción pública de beneficio político suele ir acompañada de la individual o familiar. No son dos mundos inconexos». Cita la interlocutoria del caso Innova que él destapó como una descripción sintética y modélica de lo ocurrido durante lustros: «Estamos ante un fallo sistémico que propiciaba, con evidente intención, que se contratase sin seguir ningún procedimiento y que se pagasen los trabajos sin fiscalizar su realización». Repite esa información que hace dos años ya escribió sin que nadie le hiciera caso: el secretario general del Sindicato Unificado de Policía había dicho que la fortuna de los Pujol ascendía a 500 millones de euros. ¿Conseguirá lo que pretende? ¿Acabará con el sistema?

En los artículos que escribe, poseído, siempre insiste, en uno u otro momento, en que él estuvo allí. Habla de lo que ha visto, de lo que le han

contado, de él como periodista, de Banca Catalana. Habla de la historia del banco. De Tànger. De Andreu Abelló. Del tráfico de divisas. Y de lo que se comentaba en los setenta. «Es una obviedad afirmar que, desde el primer momento, Banca Catalana sirvió para ir articulando el partido de Jordi Pujol». Se lo dijeron los integrantes de la red de su padre. El primero de ellos, Ortínez. «Me dijeron desde el primer momento que la mezcla de banco y política (entonces hecha en las catacumbas) terminaría en un gran desastre, como mínimo para el banco. Así fue». El banco como el origen. «Fue en Banca Catalana donde Pujol impuso métodos que después aún potenció a la Generalidad. Mal gestor y pésimo gobernante, pero siempre con voluntad de poder omnímodo, resultaba consecuente (por no decir inevitable) que se rodease de incompetentes».

El último artículo de la decena que escribe durante el verano de 2014 se titula «Fracaso de las maniobras de confusión de Jordi Pujol». Le parece una buena noticia que se cree una comisión en el Parlament. Servirá para que los diputados investiguen el sistema del pujolismo, la configuración del clan y la naturalización de la corrupción. Saldrán implicados la elite del poder político convergente. El clan. Y en ese artículo, deshilvanado, disemina acusaciones sobre negocios opacos donde se repiten los mismos nombres desde hace años. También Mas. Que se hunda también. Todo tiene que explotar. No solo ha llegado la hora de matar al padre. Por extensión quiere acabar con todo. Quintà espera que reviente el país.

No pasará. Nadie le pedirá conferencias. No escribirá el libro sobre Pujol que podría haber escrito. En realidad, más o menos, todo sigue igual. Menos él. Después de ese verano desbocado, cuando creyó que podría redimirse, empieza, ahora sí, el hundimiento.

Después de guardarla quince años escondida en un cajón, al fin la periodista Margarita Rivièrè publica *Clave K*. En marzo de 2015 aquel *roman à clef* es fácil de descifrar: son los círculos del pujolismo en tiempos de Banca Catalana, y la Cataluña del poder de los ochenta aparece como un país enfermo, kafkiano como una parábola sarcástica. Es una novela fallida, como lo fue la fábula sobre el pujolismo que escribió Trias Fargas y que no llegó a publicarse. Uno de los personajes del libro de Rivièrè es Quintà. Quintà transformado en personaje de novela. Es Adolf Queiket. K es Pujol, y le dice a Quintà-Queiket que no dirigirá la televisión. Queiket explota. «Te tengo cogido por los huevos y te vas a enterar de hasta qué punto estás en mis manos». Allí está retratado con todos los ingredientes de una leyenda patética y degradada.

Meses después de la presentación del libro, suena el teléfono en el piso de la calle Fígols. Llama el periodista Jordi Pérez Colomé porque quiere entrevistar a Alfons Quintà. En la onda expansiva de la confesión de Jordi Pujol y en la previa de las elecciones planteadas como un plebiscito sobre la independencia de Cataluña, Pérez Colomé realiza una investigación sobre la relación de los medios de comunicación con el pujolismo. Por eso llama a Quintà. Le gustará intentar responder a las incógnitas sobre el personaje y su relación con el poder. Quintà, sorprendentemente, accede a mantener una conversación. Se ven un par de veces —en el bar Velódromo y en la cafetería de El Corte Inglés— y hablan durante seis horas. Más que un hombre, Quintà le parece una catarata que suelta un discurso interminable. Quintà querría revisar el texto, puntualizar alguna cita, pero el artículo es bastante aclaratorio sobre una leyenda que empieza a dejar de serlo.

Pero Quintà, que ya es historia y es historia oscura, vive en una conciencia moribunda. Ha empezado a ser un cronista del terror íntimo confundido con la política del momento. Retoma los temas de siempre, la sanidad y el pujolismo, pero proyecta en ellos su propia decadencia y cada vez más la sintaxis demuestra que su mente no controla su discurso.

«Podemos tener una Cataluña de los cementerios. Pero no creo que esto angustie a Mas. Él quiere reinar. Aunque sea entre los muertos. Hace meses que estoy escribiendo que Mas encarna el Tánatos. Los hechos lo prueban, cada día más y mejor». Así termina un artículo espectral, sombrío y depresivo. A nadie parece importarle. Se ha destrozado la sanidad pública y nadie publica artículos para denunciarlo. Aumenta la tasa de suicidios y nadie se interroga sobre lo que esa cifra implica. Y esa enfermedad colectiva es culpa de muchos pero en especial de Artur Mas, porque atiza el discurso del odio y ese discurso lo escupe TV3. No hay escapatoria. «Ha habido perturbación de base psicológica y, por tanto, mucho desequilibrio psicológico». Es la descripción tétrica de un país moralmente deshecho, incapaz de ver la espiral de muerte en la que ha entrado. Se publica el 12 de octubre de 2015 en *Crónica Global* y se titula «Muertes y suicidios catalanes evitables y bien tapados».

Dos meses después Quintà sale a navegar con el periodista Lluís Falgàs. Lo ha conocido en el Parlament y que le ha invitado un par de veces para que participe en el informativo que conduce en Televisión Española. La esposa de Falgàs, que es médico, conoce a Victòria, la pareja de Quintà. Desde hace años Victòria trabaja como doctora en el ambulatorio de Les Corts. Es una doctora respetada por sus compañeros y querida por sus pacientes. Llega por

la mañana con el café y empieza a trabajar sin llamar la atención. Sí que está comprometida en el combate con los recortes en la sanidad pública, pero nada destaca de su conducta profesional. «Serena y sensata», piensa una de ellas, que es periodista —Patrícia Gabancho— y sabe que es la pareja de Alfons Quintà. Pero nunca hablan de él. Ella nunca habla de Quintà en el trabajo. Pero se preocupa por él. Llama a Falgàs para agradecerle que acepte acompañar a su marido en el barco.

El día es espléndido para navegar. Sol. No hay olas. Pero Quintà tampoco parece dominar especialmente la vela. Apenas hablan. Quintà mira una y otra vez el teléfono. Recibe mensajes y busca información. Se celebran elecciones generales. Y mientras pasan los minutos, Falgàs se da cuenta de que algo va mal. Ya le había extrañado que le llamase obsesivamente y, al final, había tomado una decisión: solo contestaría una llamada a la semana. Pero lo extraño es el escaso interés de un periodista que se presentaba como el mejor informado. No tiene nada que decir. Cuando Falgàs piensa en la situación, se incomoda y siente miedo. Regresan a puerto. Cuando ya han amarrado la embarcación, Quintà resbala e impacta contra el suelo. Falgàs se ofrece a ayudarlo y Quintà le pide que no lo toque. Le dice lo mismo al personal del puerto. Lloriquea y grita el nombre de su mujer, que finalmente llega y se ocupa de él.

Compra libros por internet como siempre y fotocopia páginas de la prensa extranjera como siempre y escribe los artículos de siempre. Pero cambia algunos hábitos porque se siente perseguido. Decide alquilar un trastero donde guarda libros que ya no caben en casa. Cuando manda un artículo, llama repetidas veces para comprobar que lo han recibido en la redacción de Girona. Quiere confirmarlo porque sospecha que le han pinchado el teléfono. Se siente perseguido e instala todo tipo de alarmas para evitar que le roben y si decide marcharse de viaje le pide a alguien que se instale en su domicilio porque está convencido de que querrán entrar en él para destruir documentación sobre corrupción, aunque casi todo lo que sabe lo tiene memorizado y en su conciencia todo está mezclado. Cierra con llave las habitaciones, dentro de su propio piso. El suelo está lleno de libros, notas, fotocopias, papeles.

Epílogo

El fin de la tragedia

TIRESIAS: Digo que, sin tú saberlo, vives en vergonzoso trato con los que más amas, y que no te das cuenta del grado de miseria al que has llegado.

EDIPO: Pero ¿tú crees que podrás hablar siempre en este tono, tan contento?

TIRESIAS: Sí, al menos si la verdad tiene alguna fuerza.

SÓFOCLES, *Edipo Rey*

La tempestad conduce a Eneas y a su flota hasta una pequeña isla. Él y sus soldados ponen pie en tierra y, empapados de agua salada, primero rebozan sus cuerpos en la arena. Después salvan lo que pueden de sus barcos tras el naufragio. Uno de ellos produce una chispa entrechocando piedras y con unas plantas hace un pequeño fuego. Es el compañero fiel del protagonista de la *Eneida*. Es Acates. Poco después de iniciada su historia, Eneas y Acates llegan a Cartago y se dirigen al palacio. Mientras esperan que los reciba la reina, contemplan los frisos donde están esculpidas las guerras que fundan la ciudad. Mirando las paredes, el héroe va siguiendo esa historia que es la suya y la de su pueblo, profundamente conmovido, esperando la llegada de la reina Dido. Sabe que siempre estará acompañado. A su lado, fiel, Acates. Al ver una escena protagonizada por Príamo, Eneas, sollozando, formula en voz alta una pregunta retórica dirigiéndose a su amigo: «¿Dónde, en qué lugar de la tierra, Acates, no se conocen nuestras desgracias?».

Acates es el nombre en clave que, en abril de 1960, Alfons Quintà usó para referirse a su padre. Tenía entonces dieciséis años y escribió a Josep Pla para chantajearle. Le daba unos pocos días para conseguir que Josep Quintà, su padre, firmase la autorización para poder sacarse el carné de conducir, tramitar el pasaporte y huir así de un presente sin horizonte. Como su padre le llevaba la correspondencia a Pla, debía imaginar la estratagema para que no la descubriese. Inventó un remitente falso y colocó la carta dentro de un libro. Acates no la encontró y aquella carta fue una más entre los miles que Josep Pla recibió a lo largo de su existencia. Parte de su vida de madurez Pla la

vivió acompañado del fiel Josep Quintà. Parece como si el centro de la vida de Josep Quintà hubiese sido Pla y no su familia de Figueres.

Ese fue el abandono originario que sufrió Alfons, y su respuesta fue la venganza. Nada se interpondría para imponer ese furor. Esa carta quedaría olvidada y perdida en el mar del tiempo y la memoria, como el fósil más antiguo donde descubrir su conciencia perturbada. Pero cincuenta y seis años después, puede verse reflejado en su propio espejo.

Julio de 2016. Está sentado en un bar delante de su casa. Ha quedado con el profesor Xavier Pla, de la Universidad de Girona. Alguna vez han hablado por teléfono, se han visto un par de veces. Una en Girona, otra en Palafrugell. Fue el día de la presentación de *La vida lenta*: el libro donde se reproducen tres agendas de Josep Pla en las que el escritor levantaba acta de las personas que le visitaban, con quién comía, alguna impresión sobre su propia degradación. Quintà ha leído el libro, le ha gustado y le dedicó un artículo en el *Diari de Girona*. Se habrá visto en sus páginas, porque el escritor consignó el día que le dejaron en libertad tras haber sido detenido acusado de propaganda ilegal. Y leyendo el libro ha constatado otra vez que esa sombra que él intentaba borrar —la sombra del padre— era una presencia constante en la vida de Pla.

¿Cómo revive ese recuerdo? ¿Regresa la imagen de Acates, el hombre que se iba de casa, que los abandonaba, a él y a su madre, para vivir una felicidad lejos de ellos? ¿Era así, decadente y alcoholizado, como recordaba a Pla? A ojos de ese profesor que le visita, Quintà está ya en una fase decadente. Lo ve desmejorado. Xavier Pla, intranquilo, le ha traído fotocopia de documentación conservada en la Fundació Josep Pla: las cartas que Alfons Quintà envió al escritor. La primera es la escrita desde la escuela de Perpiñán, donde su familia pensó que tal vez lograría reconducir sus estudios. Caligrafía regular y una ortografía pésima. Xavier Pla espera con inquietud su reacción cuando llegue a la carta de la primavera de 1960. La del chantaje. Quintà la mira. No hace ni un comentario sobre esa página que desnuda su lejana psicopatía. ¿Conserva las que él recibió de Pla? ¿Las que Pla mandó a su padre? No. Quintà le dice que Josep Pla es el catalán más importante del siglo xx y que el momento más interesante de su biografía es precisamente aquel que él pudo ver cuando era un niño y un adolescente: el tiempo de la refundación de un país. Se despiden y se comprometen a retomar la conversación.

Durante ese verano de 2016, la relación entre Alfons Quintà y Victòria, que siempre ha sido complicada, se deteriora. Ella tiene cincuenta y siete años; él setenta y tres, la edad de su padre al morir. Son pareja desde hace

más de veinte. En septiembre ella decide marcharse, destrozada por tantas discusiones sin sentido, para instalarse en casa de su hermana. Él, con las pocas personas con las que tiene trato, habla obsesivamente de ella. Habla bien y habla mal. Sigue escribiendo artículos, con mucha frecuencia, y sigue con la obsesión de confirmar que el responsable de opinión del *Diari de Girona* los ha recibido. Habla, con mirada pesimista, de lo de siempre. Todo va mal. Una vez que los han colgado en la red, manda por WhatsApp sus artículos a antiguos colegas. Nadie responde y son pocos los que contestan sus llamadas.

Quintà está enfermo y está solo. No hay épica, solo tragedia. No tiene a Acates porque es un Edipo destruido.

El 2 de octubre publica el artículo «La sort de morir agafant la mà estimada». Parece otro escrito más sobre la destrucción de la sanidad pública catalana. Así empieza. Con el desmantelamiento sanitario se revela el fracaso de una sociedad justa y se niega la humanidad al otro. Se da por derrotado. «Todo se ha perdido. Puede haber algún sentimiento de humanidad, pero el de humanidad lo impregna todo. La norma es que no hay norma». ¿Cuál es la realidad? «La banalidad del mal se ha instalado. No de una manera sino de todas». Vuelve a hablar de la situación precaria en la que trabajan los médicos y cómo los hospitales se han convertido en un lugar dantesco. «Los enfermos son abandonados cerca de una columna, para no perderlos donde pueden haber estado horas esperando, durante las que tendrán que hacer sus necesidades a la vista de todos». Él lo ha visto en urgencias. Enfermeras que cobran diez euros la hora y son incapaces de colocar un gota a gota. «De momento incluso hay personas que pueden dejar de ser atendidas por sus familiares, cuando personalmente algunos sería la única cosa que deseáramos». Ha pasado de la tercera persona del plural a la primera y no es casualidad.

Quintà está hablando de él y le está pidiendo a Victòria que vuelva porque tiene miedo de morir solo. Necesita humanidad. Más que nunca. «Pero no es tiempo de eso sino de lágrimas (muchas lágrimas) e inhumanidad, soledad, malentendidos, vidas acortadas».

Victòria escucha el ruego desesperado y, a diferencia de las parejas que pasaron por la vida de Quintà, regresa. Para cuidarlo. Le han diagnosticado una enfermedad cardíaca avanzada: una endocarditis. Victòria, que lo sabe, no se perdonaría si le ocurriera algo y decide estar con él para acompañarlo. Como mínimo cuando esté ingresado en el hospital. El día 16, Quintà habla en su artículo de la crisis dominante, de cómo está concluyendo un orden

global. En momentos como ese se vive en la intemperie. Entonces «la mejor compañía es la esposa de siempre». Dos días después publica un artículo titulado «La mentida i la veritat avui en el matrimoni». Es un texto caótico, que acaba con referencias a Artur Mas y la mentira, pero en cuyo centro está presente una extemporánea reflexión sobre la crisis de la institución matrimonial. Es un escrito sin sentido, donde ya ni consigue evitar la exposición impúdica de su propia crisis. Habla de un matrimonio que convive desde hace veintiséis años y que se está rompiendo porque ella lo acusa a él de haber sido infiel. Es falso, dice, pero no puede hacer nada. Todos se ríen de él, incluso ella, y la mentira se instala porque todo es mentira.

Durante diez días no publica. El 28 de octubre aparece un artículo sobre la crisis sanitaria. Y no vuelve a publicar hasta pasadas dos semanas, con un artículo sobre la crisis del PSOE. Se justifica por no haber estado presente en la discusión de los últimos días, pero ha estado «afectado por graves problemas de salud». La convalecencia en el hospital es larga y Victòria, que ha pedido la baja en su trabajo, lo acompaña. Una compañera de su centro de atención primaria la visita. Está hundida. Debe de ser el cansancio. Aprovechando que ella ha salido de la habitación, él llama a una de las personas que aún responden. Le dice que está harto de ella, que le hace la vida imposible y que quiere separarse.

El 15 de diciembre publica un nuevo texto sobre la degradación de la sanidad pública y las malas condiciones que padecen los enfermos. Se acumulan en las salas de urgencias. Los ingresados se pasan las horas en sus literas vomitando y nadie limpia el suelo. «Mueren personas antes de la que debería ser su hora y otras tienen una evidente pérdida de calidad de vida. Todo es monstruoso y debe quedar bien expuesto». Tres días después retoma el asunto sanitario y explica el origen del hundimiento: el pujolismo. «Todo podrido. Sanidad, educación, radio y televisión, comunicación social, educación», repite, «Mossos». Él ha estudiado todos estos temas. Sabe de lo que habla. Es su vida. Es su fracaso. «Fui director general del Proyecto de TV3 y podría ponerlo en el mismo saco. Ya había revelado el escándalo de Banca Catalana». «Una sanitat i una Generalitat fracassades» aparece el domingo 18 de diciembre.

Por entonces Alfons Quintà y Victòria vuelven a convivir en el piso de la calle Fígols. Ahora que ya se está recuperando, ella le dice que se va. Nunca le dijo que se iba a quedar. Las navidades ya no las pasará con él. Han sido dos meses y medio a su lado, cuidándolo, pero seguir con él es hundirse. Por eso se había marchado hacía pocos meses y por eso le dice que volverá a

marcharse. Porque él la hunde y ella quiere salvarse del infierno. En realidad, se irá como se han ido todos. El último abandono. Como aquel día del verano de 1968 se marchó su pareja de entonces y él la persiguió por el piso, la escalera de vecinos y hasta la calle con una pistola. Se va como se iba su padre del piso familiar de Figueres, y él, encerrado en la habitación, lo imaginaba con un dulce en la mano, llegando a la casa donde convivía con otra familia.

Los que se marcharon nunca regresaron. No pudo vengarse. Los trató de olvidar mientras acumulaba tanto resentimiento que estaba ciego para entender por qué nadie quería vivir con él. Pero Victòria volvió para cuidarlo y, precisamente por el gesto de humanidad de ella, él puede vengarse.

Intenta disimular su pulsión enfermiza de venganza con la justificación perversa de un psicópata que es incapaz de empatizar con el sentimiento de los otros. Ella duerme en la cama donde durmieron juntos tantos años. Tiene un arma en casa. Una escopeta de caza. Hace cincuenta años hacía prácticas de tiro porque se sentía un revolucionario dispuesto a sacrificarse por el bien de la humanidad. Ahora solo está poseído por el mal. Ni sabe el grado de miseria al que ha llegado. No tiene la valentía de liberarla del monstruo que es. No la dejará marchar. No le perdonará haberle cuidado. Mátate tú. Le dispara un solo tiro. Los vecinos oyen el ruido seco. Redacta unas notas para justificar su abyección. Con la misma escopeta, minutos después de haber asesinado a la única persona que había regresado con él tras haber huido, Alfons Quintà se dispara un balazo en el rostro. Los vecinos oyen el segundo disparo.

Cinco días antes de que Alfons Quintà asesinara a Victòria y después se suicidara, envié al *Cultura/S* de *La Vanguardia* la reseña de *Primera página*, las memorias de Juan Luis Cebrián. Además de la crítica incluí un despiece sobre un episodio que desvelaba Cebrián: esa comida en Zalacaín con directivos de Banca Catalana en el año 1980, cuando le pidieron a él y a Jesús de Polanco que *El País* no publicase más artículos de Quintà sobre el banco. El breve párrafo que escribí terminaba con una cita del libro: «es, creo, la mayor pifia que cometí durante mis años al frente del diario y constituyó un crimen de lesa periodismo». En ese momento yo no había leído un solo artículo de Quintà, al menos conscientemente, ni tampoco lo hubiese reconocido si me hubiera cruzado con él por la calle. Para mí solo era uno de los nombres posibles a quienes debía entrevistar para el libro que preparaba por entonces: la biografía de Josep Benet. Entonces descubrí el obituario que Quintà escribió de Benet cuando murió: «Josep podría haber escrito mi vida con detalle y yo podría haberlo hecho con gran parte de la suya». ¿Cómo podía no haberle entrevistado?

Esa frase y el fragmento de las memorias de Cebrián me tenían fascinado. Durante las siguientes semanas pregunté por Quintà a varios amigos que lo habían tratado y, como en las agendas de Pla aparecía, le pregunté también a Xavier Pla si en la Fundació Josep Pla había documentación del personaje. Sí. Entre otras me pasó la carta del chantaje y, cruzando varios testimonios, el 29 de enero de 2017 publiqué en *La Vanguardia* un artículo titulado «El hijo del chófer». Diversas personas que lo leyeron contactaron conmigo para explicarme episodios de su relación con Quintà. Un lector escribió este comentario debajo del artículo: «¿por qué no escribió usted hace un año?». Naturalmente, porque no lo sabía, pero dudo de que lo hubiese contado si hubiera sabido algo de lo que ahora sé.

No pensé que iba a dedicarle unos años de mi vida hasta que leí *Laëtitia o el fin de los hombres* de Ivan Jablonka a finales de ese 2017. Avalado por sus estudios como teórico de la historia y sus relaciones con la literatura, en ese libro Jablonka contaba cómo había reconstruido la biografía de Laëtitia Perrais y su trágico final. Su compromiso en primera persona con el caso le legitimaba para explorar el suceso de manera honesta y descubrir cómo el Estado puede perpetuar la dinámica de la injusticia a través de esa grieta de

dolor en la realidad. Pocos libros me han conmovido tanto. Jablonka convertía la escritura biográfica en un ejercicio cuyo propósito era concienciar a sus conciudadanos. Actuaba como un Plutarco democrático, una expresión que descubrí en la contracubierta de *El meteorólogo*, de Olivier Rolin. A esa misma idea, digamos ética y política, respondían otros libros, la mayoría franceses, que estaban ensayando una nueva manera de moralizar la prosa de no ficción. El caso más evidente era Emmanuel Carrère, cuyo *Limónov* me parecía ejemplar, pero valía también por Éric Vuillard. Cuando el 13 de marzo de 2018 los editores Juan Cerezo y Pilar Beltrán me regalaron la oportunidad de presentar *El orden del día* en Barcelona, aprendí también cómo la simple elección de escenas descritas con fiel intencionalidad podía ser otro mecanismo literario para revelar las trampas ocultas del funcionamiento de la sociedad. Se trataba, esencialmente, de fijarse en lo que no se ve y descubrir en ese detalle lo que pretende ser ocultado.

Todas las reflexiones dispersas sobre la retórica de libros de este estilo intenté sistematizarla cuando Josep Ramoneda me invitó a dar un curso en la Escola Europea d'Humanitats. Durante la primavera de 2018 —discutiendo con los asistentes sobre el Eichmann de Arendt y el Mercader de Luri, el Marco de Cercas y el Smith de Capote— nos comprometimos en una reflexión adulta sobre el mal de los otros y el mal que habita en nosotros. Fue una gran experiencia. El 6 de junio fue la última sesión y la dediqué a explicar mi proyecto de libro sobre Alfons Quintà y les pregunté si les parecía que tenía interés. Dijeron que sí.

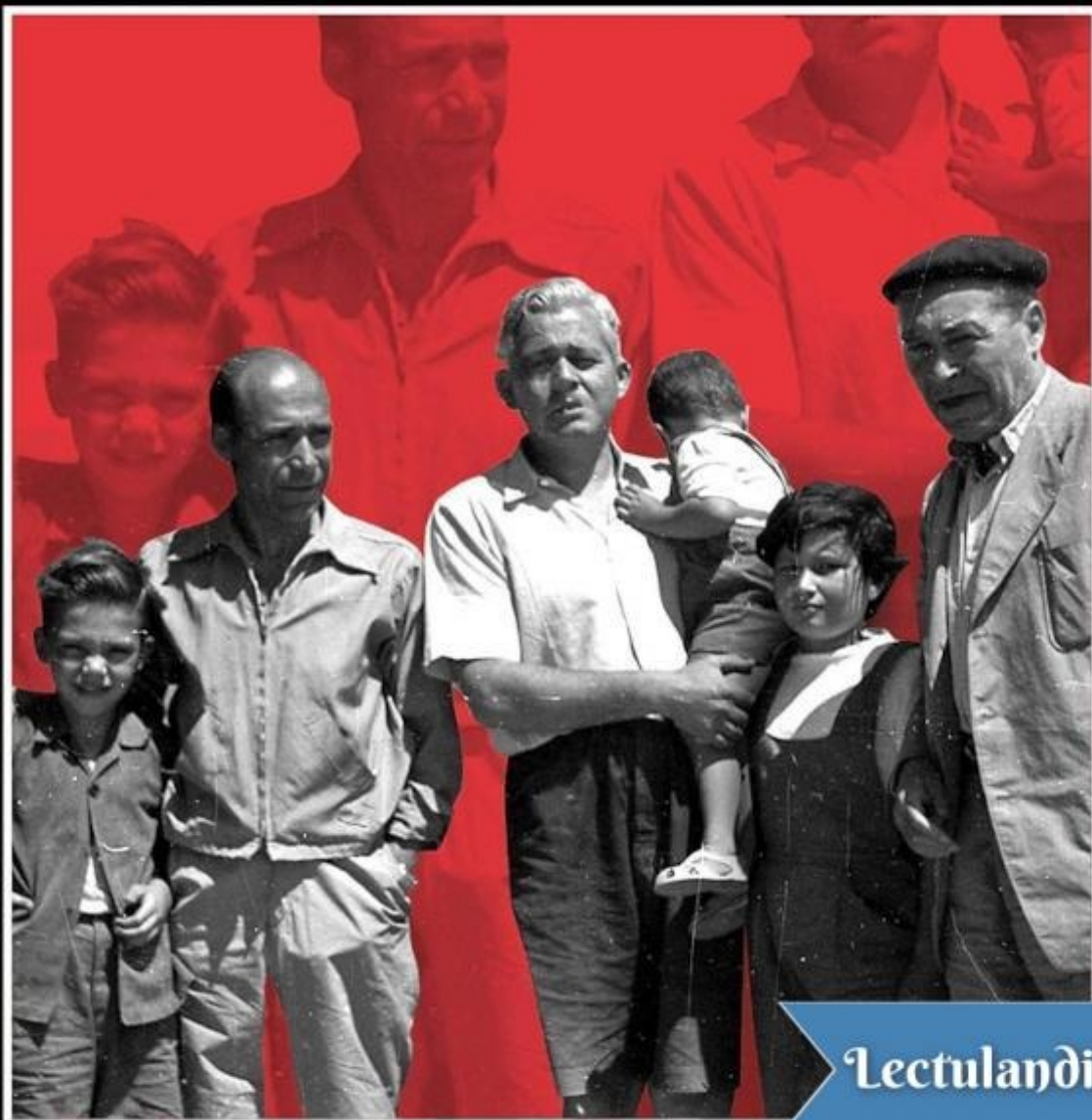
Apenas había avanzado en mi investigación, pero mi hipótesis era que ese hombre maligno, precisamente por su final y la reacción que se produjo justo después, podía descubrir disfunciones de nuestro país, ya que en algunos momentos de su vida parecían cruzarse poderes e intereses de la política, la banca y el periodismo. El desafío era intentar ir más allá del suceso o del relato histórico para construir una narración, pero asumir al mismo tiempo que el ejercicio literario de ir hacia dentro del caso y el personaje era una forma de embrutecimiento. Implicaba no solo descubrir realidades turbias, sino también embrutecer de sordidez mi conciencia y la del lector. Esa había sido una duda constante para el Carrère de *El adversario* y su vía de salida había sido aceptar que escribir un libro como ese no lo convertía en mejor persona, pero le permitía, si lograba dar con una voz honesta, ensanchar una mirada moral sobre los otros y sobre sí mismo. Era, de alguna manera, una catarsis para superar el horror.

Con estas ideas, con estas lecturas y con estas dudas, y con mi convicción de que el conocimiento biográfico nos hace más libres y que la no ficción literaria tiene una función social fundamental, empecé a trabajar para escribir *El hijo del chófer*. Durante dos años he realizado decenas de entrevistas, leído o releído muchos libros y he intentado recopilar tanta información y tantos artículos de Quintà como me ha sido posible. Me he servido de todo lo publicado sobre él y diversos amigos me han facilitado documentos. A todas las personas que me han ayudado, incluyendo a los amigos que han leído las mil versiones del manuscrito, les doy las gracias por su tiempo y su paciencia. También a Lluïsa, Jordi y Maria por su amor y el tiempo que les debo.

Escribir esta narración de hechos reales no ha sido agradable y ponerle el punto final a esta historia trágica ha sido apaciguador. Necesitaba quitármela de encima. Olvidar para perdonarme que su publicación podía causar un dolor por el que me disculpo. Asumir que no lo iba a descubrir todo sobre el protagonista y su circunstancia, porque hay silencios petrificados, pero que debía contar todo lo que pudiera documentar aunque implicase saltarse la raya del respeto, traspasar la frontera de la educación o derruir el muro de la conveniencia. He acabado por convencerme de que contar lo que explico es moralmente discutible, pero al mismo tiempo socialmente necesario. Se trataba de buscar la verdad oscura que el poder esconde para perpetuarse. Intentar encontrarla es experimentar el riesgo traumático y redentor de la libertad.

Jordi Amat

EL HIJO DEL CHÓFER



Lectulandia